



*La Rendición  
del Highlander*

ARLETTE  
GENEVE

Serie Penword 3

# **RUTHVENCASTLE**

La Rendición del Highlander

Arlette Geneve

RUTHVENCASTLE

La Rendición del Highlander

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

\*\*\*

CAPÍTULO 22

\*\*\*

CAPÍTULO 23

\*\*\*

\*\*\*

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

\*\*\*

\*\*\*

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

\*\*\*

CAPÍTULO 30

\*\*\*

\*\*\*

CAPÍTULO 31

\*\*\*

\*\*\*

CAPÍTULO 32

\*\*\*

\*\*\*

EPÍLOGO

# PRÓLOGO

*RUTHEVENCASTLE, TIERRAS ALTAS, ESCOCIA*

¡Era el día más frío del año! El lago había amanecido con una capa de hielo sobre su superficie cristalina. El helor penetraba por los sólidos muros de piedra alcanzando y cubriendo con su espeso manto las zonas más cálidas del castillo. Se extendía por cada recoveco con un vaho que olía a una mezcla de óxido envejecido, oscureciendo todavía más los largos pasillos del castillo. La noche abrazaba los campos desiertos y los cubría con una espesa niebla oscura que cubría el velo blanco que había caído durante las horas más silenciosas del día.

Cuando se iniciaron los dolores de parto, la frágil mujer que se encontraba recostada en el mullido colchón, no percibía el olor caliente de su transpiración, ni el aroma dulzón del líquido pálido, casi incoloro, que se escurría por sus piernas desnudas. Sus sentidos estaban totalmente embotados por los latigazos que sacudían su cuerpo. Solo quería que el tormento al que estaba sometida cesara de una vez: acabar cuanto antes con el martirio del parto. Era la primera vez, pero ella se juró que sería la última.

Lady Sophie McGregor, con su pálida melena rubia, trataba de encerrar el miedo bajo una capa de serenidad, pero sus pocos años de vida y experiencia no la habían preparado para algo tan sufrido como el alumbramiento de una nueva vida. Siempre se había creído valiente, y, en ese momento crucial de su existencia, se sentía quebrada por el sufrimiento. El lacerante dolor en su vientre parecía que la iba a partir en dos en cualquier momento, y la vieja partera no hacía sino incrementar su desazón con la pasividad que mostraba. Sentía que la vida se le escapaba sin control, de la misma forma que la sangre pegajosa se vaciaba de sus entrañas, y teñían los suaves paños que cubrían el lecho con un color rojo caliente. El bebé venía de nalgas, y la curandera se persignó ante el padecimiento que contemplaba. La vida se le escapaba a la parturienta, mas ella no podía hacer nada para evitarlo. Iba a ser imposible salvar a la madre y al heredero, y había que hacer una elección, pero no le correspondía a ella, sino a Dios. El grito desgarrador hizo temblar los muros de Ruthvencastle con un sonido de ultratumba, y despertó los miedos de las almas que habitaban entre las sólidas paredes.

Brandon Keith McGregor, laird de Ruthvencastle, seguía erguido y tenso en el gran salón de recepciones. La espera se le hacía interminable. Oía sufrir a Sophie, y el corazón se le encogía por los remordimientos. Ella padecía, y él no podía hacer nada salvo contemplar de forma impotente las horas que se sucedían monótonas. Tras el grito desgarrador, el silencio impregnó el aire de impotencia, se había vuelto denso, pero él seguía quieto escuchando los alaridos de sufrimiento, como si fuese él mismo quien los exhalase.

Las puertas del gran salón se abrieron con un golpe seco, la partera, con sus ojos de ciervo asustado, hizo una negación con la cabeza que él entendió a la perfección. Lanzó un suspiro acerbo y se secó la frente sudorosa con el pañuelo que desató de su cuello. Morgana se encontraba detrás de la partera sin apartar sus ojos de acero de la figura de Brandon. La acusación que encontró en el rostro de ella hizo que maldijera entre dientes. Había temido ese gesto durante las dieciocho horas que había durado el parto.

—Salvamos al heredero, laird McGregor. —Morgana había pronunciado las palabras como si el nacimiento fuese un momento de luto, y no de alegría. Ese detalle le arrancó un gemido que no llegó a salir de su garganta—. Ian Douglas McGregor espera para conoceros. —Brandon escuchaba a Morgana como si su voz le llegase desde muy lejos. El nombre escogido con afecto

para su primogénito le sonaba en los oídos con un chirrido horrible.

Se sentía completamente superado en emociones negativas.

—Os revelé el destino antes de que se cumpliera. La maldición que pesa sobre estos muros... —Brandon fijó sus pupilas negras en la figura de Eleonor, la vieja curandera del clan: había perdido la cuenta de los años que tenía

—No creo en premoniciones, ni en brujerías— declaró él con el mentón apretado.

—Vuestro padre tampoco, y mirad el resultado. Os dije que ella no era para vos, pero ignorasteis mi consejo. Sois culpable de lo que sucede.

Brandon inspiró profundamente para controlar la réplica amarga que pugnaba por salir de su boca.

—¿Cómo está mi esposa? —la curandera volvió a negar con la cabeza. Brandon clavó sus ojos en Morgana que le daba indicaciones—. Tengo que verla. —Morgana asintió, se volvió hacia el gran vestíbulo, y Brandon la siguió de cerca con pasos largos y firmes.

El lento recorrido hasta las dependencias de Sophie resultó tremendamente penoso. La entrada hacia la alcoba resultó una dura prueba que afrontó con todo el coraje que pudo reunir. La habitación olía a sudor y a sufrimiento. Vio los cubos llenos de agua caliente: el vapor subía hasta el techo del dormitorio y humedecía las cortinas y los muebles. Brandon lo percibió como algo insoportable. Sus ojos recorrieron la estancia hasta encontrar el lecho donde reposaba el cuerpo sin vida de Sophie. Habían tendido sobre ella un lienzo blanco que la cubría hasta el cuello. Su rostro, ahora sereno, parecía el de un ángel que dormía en paz, ajeno al desastre que se cernía sobre los sobrevivientes de Ruthvencastle.

El pecho de Brandon saltó peligrosamente al ser consciente de lo que había sucedido, de la consecuencia nefasta de la decisión de casarse con Sophie. Acababa de recibir un justo castigo a su soberbia. La bruja había tenido razón.

—Nunca os perdonaré, laird McGregor. —Brandon clavó sus ojos verdes en los de Morgana, que brillaban con un odio infinito—. ¡Miradla! Habéis matado a mi hija.

# CAPÍTULO 1

## *REINO DE ESPAÑA, ANDALUCIA*

El aire de la mañana olía a tomillo en flor, al inconfundible aroma de la madera de pino cuando está mojada, y a toda la mezcla de agradables aromas que el rocío de la mañana había dejado tras su paso. Marina inspiró con fuerza para impregnarse del olor de la tierra: de la hierba mecida por la brisa primaveral cordobesa. Adoraba esos montes llenos de ondulaciones doradas; de olivos brillantes como la plata cuando eran acariciados por el cálido sol de la mañana; de valles frondosos donde discurrían riachuelos que parecía que cantaban cuando chocaban con las rocas de la ribera, y con la vegetación que la adornaba: encinas, alcornoques, pino y quejigo. Le encantaba perderse por los senderos enmarañados de maleza y buscar en el cielo azul el vuelo de un águila, e incluso escuchar el aullido de algún lobo en la distancia... pero lo que oyó Marina en esa mañana no fue el aullido de un lobo, sino el sonido de un trueno. Confundida, frunció el entrecejo: el cielo estaba despejado, no había una sola nube, era un hermoso día de primavera, pero escuchó otro sonido idéntico al anterior, y entonces supo que el estallido procedía de un arma. Por el número de disparos y por el bullicio que se escuchaba colina abajo, dedujo que debían de ser bandoleros asaltando algún carruaje. El semental que montaba se mostraba inquieto, pero ella le susurró de forma suave a la vez que acariciaba su cuello con tiernas pasadas de su mano para tranquilizarlo.

Marina azuzó a su montura entre los árboles para pillar por sorpresa a los bandidos. Era una desfachatez que atacaran dentro de su propiedad porque de alguna forma se sentía responsable. El número de disparos le indicó que los asaltantes podrían ser tres, quizá cuatro. Las ramas de los árboles la golpearon, una de ellas enganchó su catite negro hasta arrancárselo de la cabeza, pero ella logró soltarlo sin detener el avance. A medida que se acercaba al grupo por detrás, podía escuchar las voces airadas. Marina, oculta por la espesura del bosque, tuvo una visión perfecta de lo que ocurría. Tres jinetes rodeaban un hermoso carruaje negro del que descendía en ese momento un gigante furioso. Tenía el cabello rubio, le llegaba casi hasta los hombros. Marina admiró el mentón cuadrado y le resultó tremendamente varonil, para su sorpresa, se le tensó el estómago ante aquella visión masculina. Observó cómo se enfrentaba a sus atacantes sin miedo. Percibió la extrema arrogancia y el profundo desdén con el que estudiaba a los bandidos, como si tuviese el control de la situación. Uno de los bandoleros, el líder, levantó su pistola y apuntó al forastero justo en medio de la frente. Cualquiera otra persona que observase la escena pensaría que se iba a cometer un asesinato de forma impune, pero ella sabía que no. Reconoció el pañuelo verde bajo el sombrero que llevaba el bandolero, y la chaqueta negra y la navaja con mango de marfil metida en el fajín negro; aquella hermosa navaja había sido un regalo de ella, pero hacía tanto tiempo de eso...

Marina no perdió más tiempo. Agarró el trabuco que llevaba sujeto en la silla de montar, abrió la bolsita de piel que contenía la pólvora y la introdujo dentro del cañón por la boca. La presionó para compactarla. Metió la estopa y la bala de plomo, apuntó encima de la cabeza del bandolero mientras el caballo seguía descendiendo por la ladera y ofreció una advertencia con voz clara y firme. Se encontraba a escasos metros del carruaje, pero ninguno de los cuatro hombres se había percatado de la presencia de ella, salvo el cochero, que estaba demasiado asustado para decir nada.

—¡Malditos ladrones! ¡Largaos de mis tierras!



El bandolero jefe volvió su rostro hacia la voz y la miró. Marina vio que llevaba el rostro cubierto con un pañuelo de hilo al que le habían hecho dos aberturas para los ojos. Lo único que no cubría el pañuelo era la boca de labios finos y dientes perfectos.

—¡Mira qué tenemos aquí! —un brillo calculado asomó en las negras pupilas que recorrían la figura de ella con insolencia—. ¿Piensas salvarlos a todos, Da? —era la cuarta vez en dos semanas que Marina intervenía para evitar un atraco en la propiedad de su padre.

—A todos aquellos que crucen mis tierras.

—Solo quiero aligerar un poco su bolsa pues me da la impresión de que está demasiado llena.

—No volveré a advertírtelo —le informó ella con voz seca.

—¿Acaso crees que voy a obedecerte? —le replicó.

Brandon no cabía en sí de la sorpresa. Ser atacado por bandidos españoles era lo último que podía esperar. Cuando decidió aceptar la invitación de su cuñado Diego para pasar una temporada en el sur del reino, y comprar en la feria de ganado sementales españoles para su propiedad en Escocia, no se podía imaginar el desenlace que podía tener su viaje de negocios. Su interés por los caballos de pura raza le hizo admirar el hermoso semental negro que estaba parado delante de él; era dos palmos más alto que sus propios caballos, los que le conseguía su primo Justin, pero Brandon estaba perplejo, y no por el hermoso animal pues frente a sí tenía a una belleza de ojos color miel, con un arma más grande que sus brazos, y que apuntaba sin un asomo de duda a la cabeza del bandolero. La visión de esa espléndida mujer lo dejó sin respiración, con el estómago encogido, y el corazón acelerado. Se percató de que ella tuteaba al asaltador como si lo conociese, y ese detalle le hizo enarcar una ceja, pero desechó la idea de inmediato para volver su atención al desastre que podía acontecer en unos segundos. Brandon creía realmente que, si apretaba el gatillo, aquella mujer podría salir disparada hacia atrás por la fuerza de la detonación.

Su alma de caballero se antepuso para evitar esa posible eventualidad.

—Ya han oído a la señora... ¡largo! —vociferó con voz de trueno.

Marina desvió los ojos del asaltador para mirar a la víctima tan rápido como un rayo, pero fue un tremendo error; el gigante intimidaba con su estatura, y además poseía un brillo peligroso en la mirada. Su marcada mandíbula estaba rígida, sus ojos verdes, que refulgían, ofrecían un reto en su profundidad. Las palabras habían sido dirigidas al bandolero, pero la mirada estaba clavada en ella. Tragó la espesa saliva con dificultad, aunque trató de conservar el dominio sobre sí misma.

Apretó el arma todavía más entre sus manos.

—No volveré a repetírtelo, ¡fuera! —y Marina pasó a la acción.

Con un solo disparo por encima de la cabeza del líder, partió la rama de un pino. La rama al caer golpeó la mano del bandolero e hizo que soltase el arma que apuntaba al forastero. El estruendo de la detonación hizo que los pájaros echaran a volar, y que las ramas oscilaran con un siseo por encima de las cabezas de ellos. Los asaltantes, estupefactos, comenzaron a lanzar juramentos y amenazas, pero el cabecilla detuvo sus perjurios con un gesto de su palma alzada. La rama del pino le había hecho una herida de la que manaba sangre, aunque él no parecía percatarse de ello porque seguía mirando a la mujer con un destello de humor en sus pupilas.

—Me cobraré esta ofensa, Da, no lo dudes.

El bandolero espoleó su montura y huyó por el sendero a todo galope; el resto de bandoleros hicieron lo mismo. Marina esperó hasta que el sonido de los caballos se hubo desvanecido para azuzar al suyo. La montura avanzó hacia el carruaje y el forastero que la miraba atónito. Brandon entrecerró los ojos al ver la cara de ella; lo miraba entre el tedio y la desazón, como si él hubiese



tenido la culpa del asalto hacia su persona.

—No tenía que haber disparado, podría haberme herido —le dijo con voz neutra. Marina se dio cuenta de que el gigante creía que ella había errado el tiro, y no supo si enfadarse o reírse. Su puntería era extraordinaria, pero no corrigió la conclusión desatinada de él—. Brandon McGregor —se presentó.

Marina seguía montada en su semental, pero incluso así, la altura del individuo lograba intimidarla, y no le correspondió en el saludo.

—Ya puede continuar su camino. La ciudad de Córdoba no está lejos si es allí hacia donde se dirige. Brandon entrecerró los ojos con cautela. La voz de la española había sonado excesivamente seria—. Le aseguro que hoy no volverán a molestarlo —ratificó ella.

—Me gustaría saber el nombre de mi salvadora.

Marina lo miró de forma atenta. Sentía muchos interrogantes por el hombre de ojos esmeralda, pero contuvo su interés. Los forasteros solían ocasionar problemas, y ella no necesitaba ninguno.

—Puedo asegurarle que no es necesaria una presentación formal.

Brandon se había quedado sorprendido; ella lo despedía así, sin más.

—Alguien me dijo una vez —comenzó el forastero—, que es de ser bien nacido mostrarse agradecido —le respondió a bocajarro.

Marina abrió los ojos completamente atónita por el refrán popular. El individuo parecía conocer muy bien los dichos populares, ¿dónde los habría aprendido?

—Que tenga un buen día —le respondió al fin de forma altanera.

Pero Brandon no se iba a dar por vencido tan fácilmente, no, cuando había quedado deslumbrado por la valiente y esquivada dama.

—¿Se muestra siempre tan grosera? —le preguntó.

Marina había emprendido el camino de regreso, pero las palabras ofensivas la detuvieron. Giró su cuerpo un tercio para mirarlo con la sorpresa pintada en su rostro.

—Olvida convenientemente que he salvado su bolsa de oro. —Las palabras sonaron como un consejo que Brandon no aceptó.

—No ha salvado mi bolsa de oro, acaba de robarme el corazón. —Ella entrecerró los ojos confundida. El forastero hablaba su lengua de una forma correcta, pero arrastraba las eses que sonaban como un silbido, aunque no llegaba a ser molesto—. No puedo permitir que se lo lleve.

—¿Siempre se muestra así de arrogante señor...?

—McGregor, Brandon McGregor. —Brandon repitió su nombre como si no lo hubiera pronunciado antes. Ella le hizo una inclinación con la cabeza a modo de aceptación.

—Marina, su salvadora.

Cuando Brandon abrió la boca para responderle, ella no se lo permitió. Espoleó su montura con energía, y comenzó un trote suave por el camino secundario entre los castaños, para desaparecer por el espeso follaje de la maleza un momento después. Brandon se había quedado con la palabra en la boca, pero con la sonrisa de par en par. Así que la fascinante mujer se llamaba Marina, y en ese preciso momento él estaba cruzando sus tierras. Si sumaba uno más uno obtendría la respuesta que buscaba. Volvió sobre sus pasos para dirigirse hacia el interior del carruaje, abrió la portezuela, pero antes de subir el primer peldaño, miró al cochero que se había mantenido en silencio durante todo el altercado; se veía demasiado acobardado.

—¿A quién pertenecen estas tierras? —El cochero dudó en ofrecerle una respuesta al escuchar su tono, pero lo hizo de todas formas.

—Pertenecen al conde de Zambra, don Álvaro del Valle y Aguilar. Su hacienda, «Los

Encinares», está a poco más de media legua de nuestra ruta.

Brandon meditó la información con mucha atención. El destino era un bastardo juguetero, pero qué bien le favorecía. Él iba al encuentro de su cuñado en Córdoba, y la dirección que tenía en su poder era precisamente la del palacio de Zambra. La sonrisa de Brandon se amplió todavía más. Así que la mujer creía que lo había despedido así, sin más, que no iba a volver a contemplar su hermoso rostro... Brandon soltó una carcajada profunda. La vida estaba llena de sorpresas.

### *PALACIO DE ZAMBRA, CÓRDOBA*

Los amplios balcones del palacio estaban abiertos a la templada y silenciosa noche; las notas musicales eran claramente audibles desde los jardines adyacentes a aquellos altos muros que guardaban siglos de herencias y linaje. Las enormes arañas de cristal emitían destellos en la oscura e impenetrable noche, e iluminaban los hermosos jardines labrados y llenos de las más variadas flores de primavera: rosas, lavandas, clavellinas... pero Marina ansiaba estar de nuevo en la hacienda «Los Encinares», la hermosa propiedad de su padre en la sierra de Hornachuelos. Allí, entre olivos y romero, se sentía libre, podía ser ella misma sin tener que guardar las formas, pero había regresado a Córdoba por un motivo muy importante: su mejor amiga se marchaba hacia Cádiz para embarcar en el navío *Santa Esperanza* con rumbo a Francia. Tenía la imperiosa necesidad de despedirse de ella, aunque para hacerlo tuviese que abandonar su propio baile durante una hora. Si era cuidadosa, nadie se percataría de su ausencia. Alejandro, su paladín, iba a cubrir sus pasos en caso de que su padre la echase en falta, se lo había prometido, y el gitano siempre cumplía su palabra.

Marina sujetó la cuerda a un extremo de la gruesa barandilla de mármol. La altura desde ese rincón escondido no superaba los siete metros de altura, pero ella se había deslizado en varias ocasiones desde puntos más altos. Tenía cuarenta minutos antes de que la echasen en falta, necesitaba toda la rapidez que pudiese inculcarle a sus manos y a sus pies. La casa de Ágata estaba a tres manzanas de la suya, podía estar de regreso incluso antes de lo que calculaba. Oyó voces que se acercaban al balcón donde se encontraba medio escondida. La precaria situación hizo que maldijese por lo bajo, como lo haría una verdulera y no una dama educada desde la niñez en la rigidez más absoluta. Ocultó, entre el vuelo de su amplia falda, la cuerda delatora.

—Marina, ¿pero ¿qué haces aquí a oscuras? —la voz de Lorenzo le hizo murmurar una disculpa. Su hermano siempre conseguía pillarla en los momentos más inoportunos. Desde que recordaba, sabía en qué momento pensaba ella perpetrar alguna travesura, salvo que en ese momento no iba a realizar ninguna.

—Estoy tomando un poco de aire, los alhelíes huelen de forma extraordinaria esta noche.

Lorenzo la miró con suspicacia en sus ojos oscuros. Las manos de Marina entrelazadas en la espalda le hicieron apretar la boca para no mostrar una sonrisa. Su hermana era la imagen misma de la culpabilidad.

—Esa explicación serviría con padre, pero yo te conozco demasiado bien para creerte. No deberías abandonar el baile sin compañía. —Ella ya se temía esa observación, pero tenía una respuesta preparada y se la ofreció con una sonrisa que no lo engañó en absoluto.

—Tengo el corsé tan apretado que apenas puedo respirar. He estado a punto de desplomarme encima del coronel Sigüenza mientras bailaba. —Lorenzo sonrió al escuchar la respuesta de su hermana—. Necesitaba un poco de aire.

—Nunca me acostumbraré a tu verborrea sincera.

Marina miró a su hermano menor con fastidio al tiempo que hacía una mueca con la boca.

—Si tú llevaras un corsé bajo los pantalones, hermano, otro gallo cantaría.

Lorenzo terminó por soltar una carcajada por sus palabras. Ella trató de endurecer el gesto, pero no lo consiguió.

—¿Se ha excedido tu aya esta vez? —Marina pensó que su hermano se había quedado corto; tener el corsé tan apretado hacía que su cerebro se quedase sin ideas—. Puedo aflojarlo un poco. —la hermana asintió de inmediato con profunda adoración en sus ojos castaños.

Lorenzo cruzó los pasos hasta alcanzarla, se puso tras su espalda y comenzó a desabotonar la fila de diminutos botones del vestido hasta dar con el arma llamada corsé. Con dedos diestros comenzó a soltar las cintas. Marina medio sonrió por la habilidad de su hermano con las prendas femeninas, pero no dijo nada.

—Y, ¿hacia dónde vas? —ella entrecerró sus ojos con sospecha. El tono casual que había empleado él lo conocía ella de memoria.

—¿Cómo sabes...? —pero no pudo terminar la pregunta porque el padre de ambos acababa de salir a la terraza.

Marina frunció los ojos, preocupada. Su tiempo se agotaba y su nerviosismo crecía. Lorenzo, que había aflojado las cintas del corsé, no pudo terminar de abrocharle el vestido sin que su padre se percatara de ello. Para no levantar sospechas se situó a la derecha de su hermana con las manos en la espalda, y un brillo culpable en sus ojos, aunque el padre de ambos no lo apreció por la oscuridad de la noche.

—Es inaudito que te hayas escabullido de tu propio baile sin decir nada a nadie.

Marina gimió interiormente. Lo último que necesitaba eran las palabras amonestadoras de su padre que se dirigía hacia ella con el rostro demudado por la ira. Siempre estaba enfadado con ella.

—Estábamos conversando. —Lorenzo trató de suavizar la tensión con sus palabras, pero Álvaro siguió mirando a su única hija con dureza en sus ojos de halcón.

—¡Regresa inmediatamente al salón! —le ordenó.

Marina inspiró para controlar la réplica ácida que pugnaba por salir de su boca. Como tenía la cuerda sujeta con las manos a la espalda, no le quedó más remedio que seguir de pie frente a su padre, aunque distendió los hombros y le sonrió para no enojarlo más. Sus ojos le mostraron una mirada conciliadora. Si Álvaro la descubría, iban a temblar los muros de la mezquita con su cólera. Se acercó más hacia la barandilla, hasta que la tocó con su espalda. Lorenzo se posicionó a su lado para cubrirla.

Álvaro miró a su hijo con una ceja alzada tras su movimiento.

—¿La estás protegiendo como siempre? —Lorenzo tensó la espalda.

Su padre conocía demasiado bien su tendencia a defender a su única hermana en las diversas travesuras que realizaba. Marina solía meterse en todo tipo de problemas por su carácter decidido y sus actos impulsivos, pero él adoraba ese espíritu indomable y detestaba la cárcel de normas donde pretendía encerrarla su padre. Como si la castigase por algo que él no era capaz de comprender.

—¿Piensa que lo necesita, padre? Es su fiesta de cumpleaños. —Álvaro le sostuvo la mirada a su primogénito con dureza—. Simplemente estábamos conversando un poco, y disfrutando de la frescura de la noche antes de regresar al sofocante salón de baile. —Álvaro entrecerró sus ojos.

Las rígidas palabras de Lorenzo lo habían pillado por sorpresa. Marina bajó los ojos al suelo completamente avergonzada. Había conseguido que su padre y su hermano se enfrentasen por ella. Desde que recordaba, Lorenzo había salido en su defensa cada vez que lo había necesitado, y su corazón se llenó de remordimientos porque lo último que pretendía era un altercado entre las dos personas que más quería en el mundo.

—Simón te está buscando.

Marina se tragó el gemido que había acudido a su garganta. Su padre había decidido casarla contra viento y marea con Simón, o con quien fuese, tal parecía que quería quitársela de encima, como si ella fuese un grano molesto y tedioso, ¡un grano en...! El codazo cariñoso de su hermano la llevó bruscamente de vuelta a la terraza. Debía admitir que su enfado no iba dirigido a Simón, sino al conde de Zambra.

—Padre, he bailado tanto que he perdido la cuenta de las vueltas que he dado esta noche. Ni el mismísimo Aquiles soportaría una danza más sobre sus talones. —Álvaro del Valle valoró las palabras de su hija que le sabían a excusa. Aunque era cierto que la había visto bailar durante toda la noche sin una queja, pero también sin una sonrisa, él esperaba poder dar el anuncio de sus próximos esponsales con Simón de Soriano y García, y la muy tunante eludía sus intentos de casarla con una maestría que lo volvía loco—. Bailaré con Simón cuando recupere el aliento, lo prometo.

Álvaro dudó de sus palabras zalameras.

—Vigila, Lorenzo, que no tarde mucho en recuperarse o tendrás que vértelas conmigo después. Auguro que no te iba a gustar en absoluto mi actuación. —Álvaro miró con una advertencia a su hijo menor por si desoía sus palabras, se dio la vuelta con energía, y caminó con pasos enérgicos para regresar al salón.

Marina soltó el suspiro que había estado conteniendo.

—Si te marchas, notará tu ausencia —le reprochó Lorenzo, y Marina se miró los pies sin poder objetar nada—. Hasta el último momento, padre dudó que asistieras a tu propio baile de cumpleaños. Sabe que adoras estar en la hacienda, la libertad que respiras allí, por eso sospecha que tramas algo tan drástico como fugarte. No sería la primera vez, ¿verdad?

—Pero la realidad es que he venido ¿no es cierto? Aunque te juro que en el último minuto dudé de hacerlo.

—¿Cuándo llegaste de la hacienda? —preguntó Lorenzo.

—Poco después del almuerzo. Me acompañaron Juan y uno de los mozos nuevos. —Juan era el capataz de la hacienda y el encargado de cuidar a Marina cuando se encontraba fuera de los muros del palacio—. Pero los dos regresaron antes de que anocheciera.

Lorenzo la miró con profundidad. Marina se había escapado demasiadas veces de la prisión que representaba para ella el palacio de Zambra, la hacienda «Los Encinares» era su refugio, el bastión donde se sentía libre.

—Solo necesito una hora, hermano. —Lorenzo la miró de forma seria y preocupada.

—Una hora es mucho tiempo.

—Alejandro va a cubrir mi ausencia para que padre no sospeche que me he marchado — Lorenzo la miró de forma suspicaz.

—¿Cómo piensa hacerlo? —ella le respondió con energía incontenible.

—Dentro de algunos minutos, Alejandro va a realizar un pequeño escándalo que mantendrá a padre ocupado durante mi ausencia.

—Lo que has planeado con ese tunante me quita el sueño, lo juro.

Marina alzó sus cejas con burla. Alejandro era la persona idónea para armar un alboroto en una fiesta sin que después se resintieran las posiciones.

—Padre ni se lo imagina, pero Alejandro va a bailar con Teresa. El espectáculo está a punto de comenzar.

Teresa era la única hija de Francisco de Linares y Ángeles de Sánchez, hermano y cuñada de su madre, Rosa. Su padre había muerto en la batalla de Somosierra; su madre poco después. El

conde de Zambra se había hecho cargo de la educación de la sobrina política de su esposa, y velaba por el patrimonio de la muchacha hasta que contrajese matrimonio, o alcanzara la mayoría de edad, cosa que iba a ocurrir muy pronto. Lorenzo la miró preocupado porque cada vez que esos dos bailaban, saltaban chispas. Aún recordaba con un escalofrío el día que Teresa bailó con el gitano; don Álvaro estuvo a punto de sufrir un infarto.

—Padre te matará si se entera de que tienes algo que ver con esa actuación, aunque no participes en ella. —Lorenzo sabía que el gitano Alejandro bebía los vientos por Marina, y Teresa los bebía por Alejandro. Una situación bastante complicada y paradójica.

—Pero no se enterará.

—¿Y dónde vas? —Marina dudó entre sincerarse con su hermano o no, finalmente ganó la lealtad que le profesaba.

—Quiero despedirme de Ágata, que vuelve a París con su padre. Esta noche embarcarán en el buque *Santa Esperanza*. —Lorenzo asintió, pero nada convencido.

Conocía la pasión que desbordaba a su hermana en todo, nunca hacía nada a medias. Esa impulsividad la metía en más situaciones comprometidas de las que podía afrontar, pero sabía el enorme peligro que representaba para ella las negativas continuas del conde a todo lo que no fuesen bordados y quehaceres domésticos. Y Marina era la antítesis de la sumisión y la obediencia.

—¿No cometerás una locura? —le preguntó.

Marina negó con la cabeza varias veces tratando de que su hermano no se percatase de la ansiedad que la consumía.

—De veras, solo pretendo despedirme de ella.

Lorenzo entrecerró los ojos con cautela, su hermana se mostraba excesivamente nerviosa, y no supo si debía permitir que se marchara o no. Los tres años de diferencia entre ambos resultaba insignificante: él era el consuelo de ella, y ella el de él.

—No podré engañar a padre si finalmente se percata de tu ausencia a pesar de tus previsiones con el gitano Alejandro.

Marina se lamio el labio pensativa, y asintió.

—Regresaré tan rápido que apenas notará mi ausencia, más tarde bailaré con Simón el vals de medianoche para contentar a padre.

Lorenzo no sabía por qué, pero esa afirmación lo inquietó todavía más.

—Ten cuidado.

Marina le sonrió a su hermano con dulzura.

—Lo prometo —y justo cuando iba a comenzar a deslizarse por la barandilla, su hermano carraspeó.

—Será mejor que descendas desde el balcón de tu alcoba.

Marina negó con la cabeza.

—Ya lo había pensado, pero la bajada es más difícil. La enredadera no es tan fuerte.

—Te ayudaría, pero estoy convencido de que no piensas permitírmelo.

Marina asintió con una sonrisa.

—Ya lo hago mejor que tú. —Ambos hermanos habían descendido por las enredaderas en numerosas ocasiones para perderse entre los jardines en las noches de luna llena.

—Pero sigo siendo el maestro.

—No me distraigas tanto y vigila sobre tu hombro.

—Es mejor que te deslices desde el balcón de mi alcoba pues la bajada hacia los jardines es mucho menor, solo tienes que sujetarte bien a la celosía. Marina frunció el ceño, pensativa, su

hermano acababa de ofrecerle la total libertad de andar por sus dominios, algo completamente prohibido para ella hasta ese momento.

—Algún día las mujeres podrán disfrutar de los mismos privilegios que vosotros, y entonces os daréis cuenta de lo afortunados que sois.

Lorenzo comenzó a caminar para adelantarla, silbando a modo de burla. Salieron de la terraza sin encontrarse con ningún invitado.

—Afortunadamente, tú no lo verás.

Marina le hizo un gesto altanero a su hermano mientras dejaba que la precediese por el amplio corredor hasta alcanzar la segunda planta.

—¿Por qué mi dormitorio tiene que estar tan alejado de la entrada principal? Es absurdo.

Lorenzo sabía que era la estrategia seguida por la mayoría de los padres con hijas casaderas. Las ponían en la zona menos alcanzable y susceptible de escapadas a medianoche, de fugas fáciles o de enamorados enarbolando baladas insoportables a la luz de la luna, pero no se lo dijo por educación, y porque la quería muchísimo.

—Para que los ronquidos de papá no oscurezcan tus ojos por las mañanas.

Marina pifió de forma poco femenina ante la información.

—O los tuyos—le respondió mordaz.

—Cuida tu lengua, o dejaré que te pillen, y cuando me pregunten, me sacudiré el polvo de mis botas como si nada.

Marina entendió la amenaza de su hermano.

—Y entonces yo le contaré a padre qué hace el heredero de Zambra en *Quebrantos*.

—¿Así me agradeces los esfuerzos que hago para proteger tu espalda?

—Pero Lorenzo, si es maravilloso, haces algo que te apasiona. Me haces sentir muy orgullosa, y me encantaría presumir, alardear de tu arte.

Lorenzo ahogó un juramento al escucharla, pero calló porque ya habían alcanzado el corredor principal.

—Que nuestro padre no te oiga, o yo tendré un problema bastante serio.

Una de las invitadas a la fiesta acababa de aparecer entre los cortinajes de brocado azul. Había sujetado a Lorenzo del brazo y se lo iba llevando hacia uno de los salones privados. Marina pegó su espalda a la pared para que no la delatase su vestido, vestido que Lorenzo no había terminado de abotonar por la llegada inoportuna del padre de ambos.

—Disculpame, pero tu hermano me debe un baile y pienso cobrármelo ahora mismo.

Marina se quedó sola mirando la marcha de Lorenzo. La audacia de la mujer la había dejado sorprendida, pero terminó por encoger los hombros con resignación. Miró alrededor para cerciorarse de que no hubiese nadie observándola, se introdujo con pasos cautelosos en la alcoba de su hermano, abrió las amplias cristaleras que daban al jardín trasero, y miró hacia abajo para cerciorarse de que la celosía podía aguantar su peso. Pasó con decisión una pierna sobre la balaustrada de piedra, unos instantes después soltó un juramento, el vestido se le descolgaba por el escote. Ella pensó que tenía demasiada mala suerte esa noche en concreto, ¿o había sido esa la intención de su hermano? Estaba abierto casi hasta la cintura, y supuso que podría molestarla en su bajada; de nuevo se subió los tirantes y trató de abotonarse el primer botón sin conseguirlo, lo afianzó a sus hombros, pero se volvió a deslizar al más mínimo movimiento. Con un gruñido de fastidio, se bajó los tirantes y el cuerpo del corpiño sin pensárselo dos veces; dejó el cuerpo superior del vestido colgando sobre su cintura. Las cintas rosas del corsé brillaban delatoras, pero los jardines privados de esa parte del palacio no acogían visitantes en los bailes pues su verja se mantenía cerrada a los curiosos. Fue hasta el rincón más sombrío, pasó una pierna por la

pulida balaustrada y la aseguró junto al saliente; con su mano izquierda sujetó la madera enrejada antes de sacar la otra pierna. Los zapatos de tacón resultaron un problema, con mucho cuidado se descalzó el pie derecho y dejó caer el zapato al vacío. La altura no era mucha, así que no debía preocuparse de que se rompiera; el otro zapato corrió la misma suerte. Con manos diestras y pies ligeros, comenzó la bajada tanteando con cuidado para no rasparse los dedos en la trepadora, pero el vestido terminó por engancharse entre los espinos de la enredadera.

Maldijo violentamente y optó por deslizárselo del todo.

Con una mano comenzó a quitárselo mientras con la otra seguía sujetando la celosía con fuerza. El vestido comenzó a descender por sus caderas con un suave siseo. Agitó sus piernas en un zigzag sin moverlas del sitio y lo dejó caer en el suelo junto a sus zapatos. La libertad de movimiento que le produjo la ausencia de vestido fue determinante para que no la molestase el hecho de haberse quedado en ropa interior fuera de los dominios de sus aposentos. Marina lanzó un suspiro de alivio que quedó atrapado entre sus labios. Faltaba la parte más complicada de la bajada, pues la celosía terminaba a una altura de unos dos metros y medio, con lo cual iba a tener que dar un salto. Esperaba no romperse un tobillo en el intento. Marina inspiró profundamente...

—¡Estoy esperando la enagua!



## CAPÍTULO 2

La profunda voz, que no le resultó desconocida, le dio un susto de muerte, y además le hizo perder pie. Su mano no pudo asir la enredadera a tiempo y su cuerpo se balanceó precariamente en el vacío antes de poder sujetarse a algo. Las ramas se rompieron entre sus dedos que estaban ateridos por la sorpresa. Finalmente cayó sin remedio. El fuerte golpe la mareó por un instante, afortunadamente, había caído sobre el cuerpo de un hombre. Estaba protegida por sus fuertes brazos. Él la miraba con una sonrisa en sus ojos verdes. Marina nunca había visto un color tan intenso, salvo en la sierra de Hornachuelos esa misma mañana. ¡Era el individuo al que ella había evitado que robasen! ¿Qué hacía en el palacio de Zambra? A pesar de la oscuridad de la noche, los ojos del forastero eran claramente subyugadores, y la atraparon por completo. Las manos del hombre sujetaron su cintura, y ella se permitió apoyar la cabeza en el pecho de él tratando de recobrar el resuello.

Tenía que asegurarse de que no tenía nada roto.

Hizo balance de sus miembros, y, aparte del susto, estaba todo bien; menos su raciocinio, que se debía de haber enganchado en la hiedra, porque no podía pensar con claridad.

Al momento, se tensó enfadada y le increpó molesta:

—¡Me he caído por su culpa! —Marina estaba sin aire.

El hombre no la soltaba a pesar de los intentos de ella de resarcirse de sus brazos.

—Cierto, nada más oír mi voz ha caído rendida a mis pies.

¿Se estaba riendo de ella? Marina no podía creérselo.

—¡Suélteme! —ordenó con firmeza.

El hombre desoyó su orden, aunque aflojó la presión de sus brazos, aunque ella no fue consciente de ese detalle pues seguía con los miembros laxos y relajados encima de él, bebiéndose su calor y deleitándose con su aroma. Sintiendo los planos duros de su cuerpo. Su mente le decía que tenía que poner distancia de inmediato, pero era incapaz de llevar a cabo la acción.

—Solo si me asegura que no tiene nada roto. —Marina alzó al fin la cabeza y lo miró con mirada confusa, pero agradecida de que la hubiese sujetado a tiempo. El golpe podía haber resultado muy grave—. Me ha dado un susto tremendo, creía que no podría sujetarla.

—Pero lo hizo, y le estoy muy agradecida. —Marina se mostró enormemente intrigada. ¿Qué hacía ese forastero en el jardín privado de Zambra? ¿Por qué motivo se había mantenido oculto en la oscuridad de la noche?—. El golpe me ha dejado sin respiración —trató de explicarle.

—Y tú me has dejado a mí sin la mía —le respondió él.

Marina entrecerró los ojos con cautela ante el tuteo inesperado, pero no tuvo tiempo de analizar nada más. La mano del gigante sujetó su cuello por la parte de su nuca y le alzó la cabeza con delicadeza hacia sus labios. No podía ser cierto, ¿acaso pensaba...?

El contacto de ambas bocas le produjo una descarga inesperada y completamente desconocida. La lengua de él se introdujo con facilidad en el interior de ella, que de repente se quedó quieta, sin saber qué le sucedía a su cabeza porque era incapaz de pensar con coherencia. El hombre jugó con sus dientes, lamió el interior de sus mejillas, y ella se abandonó a las caricias que le resultaban excitantes. Ningún hombre había conseguido que ella participase tan activamente en un beso tomado sin consentimiento. Resultaba tentador y emocionante dejarse besar por un desconocido que había visto solo una vez, y era pecaminoso. ¿Por qué desconocida razón el beso de ese forastero le resultaba tan placentero?

—Tu sabor es delicioso. —Aquellas palabras la devolvieron de golpe a la realidad, y, sin creerse del todo el descaro que la había empujado hacia él, puso ambas manos en su pecho, y se apartó un paso con cautela.

El hombre le sonrió con mirada lasciva. La sensatez había hecho su aparición, y Marina apretó la boca con disgusto.

—¡Discúlpese ahora mismo!

El hombre tensó la espalda, y ella retrocedió por la altura: sin zapatos no le llegaba ni siquiera al pecho, parecía un gigante. ¿Parecía? ¡Era un gigante!

—Mis disculpas, señora.

¿Por qué la disculpa había sonado como una caricia? El forastero tenía un enigmático y burlón brillo en los ojos. Marina sentía como si un imán la atrajese hacia él, y ella no entendía el motivo. Nunca se había sentido atraída por un hombre, por atractivo que fuese.

—Confío en su discreción sobre lo sucedido hace un momento —le dijo turbada. La potente carcajada la desconcertó por completo—. No suelo besar a extraños —se excusó.

—Me salvaste la vida. ¿Recuerdas? —Marina retrocedió otro paso con mucha cautela. El rostro atractivo le dio un poco de aprensión, por la fuerte decisión que mostraba. Estaba completamente convencida de que ese hombre pretendía algo, y no saber qué la dejaba en un mar de dudas. ¿Qué hacía en los jardines privados? Mejor, ¿a quién diantre esperaba?—. Puedes confiar en mi discreción, pequeña.

—Su vida no corría peligro —le informó Marina—. No hay ninguna deuda que saldar, se lo aseguro.

—Yo pienso todo lo contrario. Salvaste mi vida, ahora te pertenece, seré tu esclavo.

Esas palabras lograron tensar el estómago femenino. Por un momento creyó que el forastero estaba bromeando, pero no, la miraba con una posesión que la desconcertó.

Marina cuadró los hombros y redujo sus ojos a una línea precavida. ¿Su esclavo? Qué forastero más extraño, y qué palabra más sugerente.

—Cuidado con lo que ofrece, podría costarle muy caro y...

Él, no le dejó continuar.

—Daría la mitad de mi herencia por besarte otra vez.

Marina no se podía esperar de ninguna manera que la sujetase por los brazos y la atrajese de nuevo hacia él. Brandon buscó sus labios con los suyos, y ella quedó atrapada en una espiral desconocida. Apoyó la espalda de ella en la hiedra del muro y la rodeó con sus fuertes brazos, sin permitirle una escapada digna. Marina se sentía incapaz de ordenar un pensamiento coherente; la lengua del forastero la seducía, y ella tenía ganas de que siguiera besándola con ese frenesí que le resultaba subyugante.

Absolutamente pecaminoso. ¡Nadie la había besado así!

La mano de Brandon había abandonado la espalda y la fue deslizándose por su costado hasta que alcanzó su busto por debajo del corazón. Al tener los lazos del corsé aflojados, Brandon pudo introducir la palma caliente con asombrosa facilidad. Marina dio un respingo cuando la piel quedó expuesta a la caricia, emitió un jadeo involuntario, y siguió con los ojos cerrados ante las sensaciones que la mareaban. Le resultaron deliciosas, y ningún otro hombre había conseguido despertar su interés en los placeres carnales de forma tan física, y tan inoportuna.

Ambos escucharon sobre el suelo de guijarros del jardín unos pasos firmes que se acercaban hasta el lugar donde se encontraban. Marina comenzó a recomponer su atuendo de forma apresurada, pero el gigante no la soltó, afortunadamente, su enorme constitución la ocultaba casi por completo.

—¡Santa madre!

Las palabras de su padre lograron encogerla, pero el hombre no permitió que se separase con la prontitud que a ella le hubiese gustado, siguió atrapada entre su pecho y sus brazos que en ese momento le parecieron el refugio del diablo. ¿Qué hacía su padre en el jardín? ¿Por qué Alejandro no había comenzado su actuación como le había prometido?

Don Álvaro miraba el rostro del forastero y las manos femeninas que se colocaban la ropa con torpeza.

—¿Marina...? ¡Dios del cielo! ¡Explícate!

Las palabras de su padre le hicieron cerrar los ojos ante el desastre que se avecinaba. Ella no podía explicar nada porque estaba en ropa interior, medio oculta por un extraño, y con toda la vergüenza asomando por sus mejillas sonrojadas. ¿Cómo podía explicar qué hacía en el jardín? Trató de abrocharse los botones, pero le resultó imposible pues sentía las manos torpes. Álvaro pensó que su única hija tenía un encuentro amoroso con un desconocido, y el alma se le cayó a los pies. Cerró los ojos para tragarse la decepción que lo embargaba.

—¡Brandon, por amor de Dios!

La exclamación de Diego hizo que Marina saliese del escondite de la espalda del extraño, pero la azotó la aprensión cuando contempló los ojos de Diego, y su mano firme que sujetaba el brazo de su padre en un intento de que no se abalanzase sobre el desconocido, o sobre ella, para infringirle quién sabe qué tipo de castigo. Ahora entendía por qué su padre había abandonado los salones del palacio, tenía que ver con la presencia de Diego, pero, ¿qué hacía él en Córdoba? Marina lo creía en Inglaterra.

—¡Primo!

Dio un paso al frente, pero el forastero la sujetaba con fuerza. Marina trataba de desasirse de sus brazos sin conseguirlo.

—¡Suelta a mi hija, bastardo! —Álvaro estaba consumido por la ira viendo cómo un extraño abrazaba de forma íntima a su hija. Sus oscuros ojos brillaron desolados. ¿Cómo había podido ella mostrarse tan casquivana?

Marina salió en defensa del forastero sin percatarse.

—¡Padre no es lo que imagina! —trató de explicar, pero cuando contempló los dos pares de ojos que la miraban como si se hubiese vuelto loca, lanzó un gemido ahogado—. Me he caído de la celosía cuando bajaba por ella —calló un momento pues trataba de dar una explicación coherente—. Este amable caballero ha impedido una desgracia. Me ha sujetado a tiempo, y ha impedido que cayera sobre el suelo. Podría haberme roto el cuello.

Tanto Álvaro como Diego la miraban sin poder creer su explicación. ¿Su hija, una señorita decente, se escapaba por la celosía? ¿Con qué propósito? La cólera comenzó a invadirlo.

Brandon miró al hombre de mediana edad que acompañaba a su cuñado Diego. Tenía el porte erguido, el pelo y la barba cuidadosamente rasurados, vestía con una elegancia innata, y miraba a su hija con un profundo dolor en sus pupilas.

—¡Maldita sea! ¿Dónde ibas? —Marina volvió a encogerse.

La voz de su padre había adquirido un tono peligroso.

—Ágata se marcha esta noche, y yo quería despedirme de ella, por ese motivo había decidido escaparme un momento. Juzgué que la celosía soportaría mi peso, pero me equivoqué.

Álvaro resopló, indignado.

—¿Ibas a ver a Ágata? —una vena latía en la sien de su padre, y Marina se mordió el labio con pesar—. ¿A mis espaldas? —ella inspiró mientras pensaba en las palabras acertadas para calmar a su padre—. ¿Por ese motivo estabas medio desnuda? —preguntó don Álvaro con acritud

—. ¿Estás tratando de engañarme?

Marina ignoraba cuál sería peor noticia: que se escapaba para despedirse de su amiga del alma, o tener un encuentro ilícito con un amante en el jardín.

—La parte superior del vestido se me enganchaba en las espinas de la hiedra cuando bajaba, solo podía quitármelo para hacerlo sin problemas. Es mi mejor prenda y no quería que se rompiera. Ignoraba que hubiese alguien en el jardín.

Sus ojos volaron hacia el hombre forastero con reproche.

—Tus decisiones siempre me producen dolor de cabeza—exclamó don Álvaro, dolido—. Escaparte de tu fiesta como una fugitiva.

—Padre, tengo que despedirme de ella, ¿no lo comprende? —su voz había sonado angustiada.

Amaba a Ágata como a una hermana.

—¡Regresa a la casa de inmediato! —exclamó don Álvaro con sequedad.

Marina se fijó en los ojos decepcionados de Diego. Su primo avanzaba hacia ella al mismo tiempo que se quitaba la chaqueta. La colocó sobre sus hombros desnudos.

—Brandon, lamento la tardanza. —El tono de Diego había sonado contenido—. Ha sido una sorpresa encontrarte con mi prima, no esperaba que hiciese una travesura el día de su cumpleaños.

Marina hinchó tanto el pecho que temió reventar las costuras de su ropa. ¿Por qué parecía que la única culpable era ella? ¿Porque lo era! ¿O alguien más se había quitado la ropa sin pensar?

Diego suspiró profundamente tratando de calmar al conde.

—Tío, le ruego disculpe este bochorno. El jardín me pareció un lugar apropiado para que esperase mi cuñado mientras iba en su busca, creí más conveniente que lo esperase aquí y no en un salón abarrotado de gente.

Marina miraba a su primo con adoración en sus ojos pardos, pero con los labios apretados de ira. ¿El gigante de ojos verdes era cuñado de Diego? ¿Por qué no lo había sospechado?

Álvaro suspiró, indignado, y Diego miró a su cuñado con suma atención. No había escapado a sus ojos el íntimo abrazo que había compartido con Marina. ¿Qué demonios ocurría? ¿Por qué lo había permitido ella? Su prima era conocida en toda la nobleza cordobesa por su carácter irascible respecto a los hombres.

—Confío en su palabra de caballero... —Álvaro volvió sus ojos hacia el forastero antes de concluir la oración—, de que este incidente quedará entre nosotros, o la reputación de mi hija... —ahora volvió los ojos hacia Marina con excesiva dureza—, reputación que se empeña en arrastrar por el estiércol, quedará completamente arruinada.

—Le doy mi palabra de laird de que no ha ocurrido nada que ensombrezca el buen nombre de su hija. Afortunadamente me encontraba en el lugar indicado para evitar una desgracia mayor.

Marina miró al desconocido con la boca abierta. ¡La había besado con lascivia! Supo, instintivamente, que tenía que mantenerse alejada de él.

—Permítame, tío, que haga las oportunas presentaciones —ambos hombres tensaron la espalda y alzaron la barbilla—. Mi cuñado, Brandon McGregor, hermano de mi esposa Violet Casandra.

Álvaro entrecerró los ojos al contemplar con sumo interés al sujeto que había soltado a su hija de forma renuente. Como invitado de su sobrino y ahijado, no podía ofrecerle un desplante, aunque Dios era testigo de que sentía ganas de estrangularlo.

—Será un placer para mí, y para mi casa, corroborar la invitación que le ha ofrecido mi sobrino Diego. —Marina supo que su padre aguantaba la ira a duras penas. A pesar de las

palabras amables, el forastero se había ganado la enemistad del conde de Zambra, y no supo calibrar si esa circunstancia la alegraba o la entristecía—. Sea bienvenido a Córdoba. Las puertas de Zambra estarán abiertas para usted.

Pero Marina no podía pensar en nada más que en Ágata, y en que no había podido despedirse de ella. La velada había resultado un desastre, aunque había conocido al hombre más extraordinario de su vida. Era el más osado y sinvergüenza, pero besaba realmente bien.

\*\*\*

—Te lo advertí. —Marina miró a su hermano con más pena que enfado mientras paseaba nerviosa por la estancia.

Las paredes de la casa se le caían encima. Estaba como loca por volver a la hacienda «Los Encinares». Tenía ganas de cabalgar sobre su semental, regalo de su padre por su quince cumpleaños, y de conducir las vaquillas hasta los chaparros y el río. Pero Marina no podía hacer nada de eso porque estaba recluida en el palacio de Zambra, asistiendo a bailes que odiaba, y vistiendo ropas que la incomodaban. Se alisó la falda de su vestido sin compasión, como si con ello descargase la furia que la dominaba.

—No he podido despedirme de Ágata —su tono lastimero ablandó el corazón de Lorenzo, que conocía el profundo afecto que unía a las dos muchachas.

—Quizá ha sido mejor así. A padre no le hubiese gustado, sabes que desaprueba vuestra amistad. —Marina se tensó, pero no dijo nada. Sabía que su padre no veía con buenos ojos su amistad con la familia Martín, pero ella amaba a su amiga—. Eres consciente de su antagonismo pues la considera una enemiga.

Marina no pudo contenerse al escuchar las palabras de su hermano.

—Ágata no tiene la culpa de la guerra que enfrentaron a nuestros reinos, ni que su padre luchara al lado de Napoleón. Lorenzo la sujetó por los hombros y la volvió hacia sí. Marina lo miró con dolor—. Su madre era española, amiga de la nuestra. Y su padre renunció a toda su vida en Francia por amor, ¿cómo se puede obviar algo así?

—Ambas sois hijas de la guerra, y los adultos suelen olvidar ese detalle cuando os ven juntas.

Marina miró a su hermano creyendo entender sus palabras, pero Lorenzo no se refería al aspecto físico de ambas, tan diferente, sino al nacimiento y linaje. Su hermano era tres años menor que ella, y sin embargo parecía mucho más maduro.

—Ella no tiene la culpa de ser rubia. Si buscas un culpable, culpa a su padre gabacho. —Lorenzo asintió con un gesto leve de su cabeza—. Ágata detesta más que nadie sus raíces francesas. La hacéis sentir fuera de lugar, y eso es una canallada.

Marina miró a su hermano con determinación pues no había protestado por la fiel defensa que ella había abanderado sobre su amiga del alma. Lorenzo seguía siendo su paño de lágrimas. Los tres años de diferencia los unían todavía más en una camaradería única y extraordinaria. Lorenzo no conoció a la madre de ambos pues había muerto tras el parto. España estaba en guerra, la falta de medios y medicamentos habían propiciado el desastre. Rosa de Linares no fue capaz de superar el posparto; una infección interna la había consumido en días. La familia no había podido sobreponerse al amargo trago desde entonces, y don Álvaro del Valle, conde de Zambra, había volcado en sus hijos todo el miedo que lo había llenado tras la pérdida de su esposa. Los vigilaba de forma constante, severa, sobre todo a ella.

Marina había sido la niña más solitaria del mundo. Lorenzo lamentaba esa vena intransigente de su padre que la llevaba casi siempre al borde de la rebeldía, pero había suplido esa falta de

atención paterna con aficiones masculinas. Era una experta en marcar ganado, e incluso montaba mucho mejor que la mayoría de jinetes de la hacienda. Lorenzo aún sentía escalofríos al recordar la vez que su hermana, en un intento de llamarla atención del padre de ambos, había toreado un novillo. El conde la había castigado muy duramente, pero ella no cesó en su empeño de llamar su atención de todas las formas posibles. Aun así, no logró ablandar el corazón del conde o resquebrajar la coraza que se había colocado hacía muchos años, el mismo día en el que su condesa se fue de él.

—Simón está muy decepcionado contigo. —Si esas palabras pretendían molestarla, lo consiguieron con creces—. Y muy preocupado.

—¡No pienso casarme! —Lorenzo la fue llevando hacia el pequeño diván situado en la recámara de la alcoba de su hermana. Su padre le había prohibido expresamente salir de sus aposentos durante todo el día—. No lo haré nunca.

—Simón es más manejable que padre.

Marina se giró violentamente para quedar frente a su hermano. La diferencia de altura era muy notable; tanto su padre como su hermano poseían una estatura respetable, pero ella apenas pasaba el metro y medio, circunstancia que la llenaba de fastidio, aunque lograba disimularlo.

—Quiero ser libre. —Lorenzo arqueó una ceja—. No deseo las ataduras que representa un esposo, además, quiero seguir montando a Cabrón con total libertad, criar sus potrillos, domarlos... —Lorenzo hizo una mueca ante el nombre que su hermana le había dado a su semental—. Gobernar mi propia vida. Un marido no me permitiría algo así.

—A mamá no le hubiese gustado oírte hablar de forma tan despectiva sobre el matrimonio. —Marina escuchó a su hermano—. Debes comprender a padre, desea verte protegida por un hombre leal.

Marina bufó incrédula.

—A Simón me lo meriendo yo con patatas, y me parece inaudito que no os deis cuenta de ello. —Lorenzo terminó por soltar una carcajada—. ¡No te rías de mí! —Marina le dio un codazo a su hermano para llamarlo al orden—. Pienso ingresar en el Convento de Santa Clara si no me dejáis más opción.

Si pretendía dejar a su hermano con la boca abierta, lo consiguió.

—¡Decididamente te has vuelto loca! —Marina terminó por mantenerse quieta junto a su hermano—. ¿Tú, en el convento de Santa Clara?

—No quiero casarme, Loren —el hermano sonrió ante el diminutivo cariñoso—. Y no puedo convencer a padre de que escuche mis razones, por ese motivo no descarto tomar los hábitos.

—Tienes demasiados pretendientes desagaviados para que padre tenga en cuenta tu opinión, salvo Simón, ya no le quedan recursos.

Marina entrecerró los ojos con cautela.

—Hasta donde sé, solo uno pidió mi mano formalmente —respondió ella con voz controlada.

—Será porque el resto ni se atrevió a hacerlo —Marina meditó las palabras de su hermano, aunque no las había dicho para ofenderla—. Eres demasiado irascible —continuó él, imparable—. Tu carácter produce más miedo que un toro embravecido.

—Soy el colmo de la virtud —respondió ella. Lorenzo estalló de nuevo en carcajadas al oírla, pero Marina no se lo tomó en cuenta—. ¿Y por qué no te casas tú? Así padre se olvidaría por un tiempo de mí.

Lorenzo le guiñó un ojo con picardía.

—Yo todavía no tengo edad para casarme, apenas he cumplido dieciocho años —Marina le sonrió—. Aún no me has contado cómo fuiste a parar a los brazos del forastero —Marina optó por

sentarse y pegar su espalda al sofá.

Su hermano tenía un cierto rictus de burla en la comisura de los labios, y la pregunta le sonó contenciosa.

—Esperaba a nuestro primo Diego que había ido en busca de padre. Caí sobre él sin querer; estaba tan oscuro que no me percaté de que había alguien en el jardín, ya sabes que suele estar cerrado. —Lorenzo siguió callado—. La hiedra no resistió mi peso, pero imagino que lo sabes —Marina inspiró varias veces sin dejar de mirar a Lorenzo—. Ese silencio tuyo me da escalofríos —le espetó ella.

—Padre me ha contado una versión diferente. La ausencia de tu vestido se puede interpretar de muchas formas.

Marina inspiró con fuerza.

—¡Fuiste tú quien me dejó los botones desabrochados!

—Lorenzo se llevó una mano al pecho con solemnidad.

—Ese pequeño detalle se me escapó, tienes mi palabra de que no fue intencionado.

—Tuve que quitármelo porque no podía bajar por la celosía, se me descolgaba por los hombros y temía que se rompiese si se enganchaba entre los espinos. —Lorenzo le hizo una inclinación con la cabeza—. ¿Qué hace el forastero en la casa? ¿A qué ha venido? ¿Cuándo se marcha? —Lorenzo terminó por silbar ante semejante aluvión de preguntas.

—El invitado de Diego ha venido a ver a su hermana.

Marina alzó sus bien contorneadas cejas ante la aclaración.

—Por lo que sé, su hermana no se encuentra en Córdoba.

—Imagino que él no tenía modo de saberlo—apuntó Lorenzo—. Creo que ambos, nuestro primo y él, se marcharán al cortijo Vílchez. Debe ser muy difícil un cambio tan drástico de geografía y clima para un forastero.

—Forastero y del norte—apostilló Marina—. ¿Sabes si piensa quedarse mucho tiempo? —Lorenzo alzó los hombros con un interrogante, pero sin responderle.

Marina se quedó pensativa durante unos segundos.

—Nunca me hubiese imaginado a nuestro primo casado con otra mujer que no fuese la sobrina del conde Ayllón—Lorenzo asintió tras escucharla—. La amaba tanto...

—El amor nos tiende caminos desconocidos. Quién sabe lo que nos deparará el futuro... —Marina le hizo una mueca comprensiva a su hermano, pero no pudo responderle por la entrada de su doncella.

—Señorita Del Valle, Eugenia Cortés desea ser recibida. —Marina se levantó presurosa, pero Lorenzo la cogió de la mano antes de que pudiese responder.

—Recuerda la advertencia de padre.

Marina le sonrió de forma cándida, pero no logró engañarlo en absoluto. Después se volvió hacia la doncella para darle las órdenes.

—Acompáñela a la salita privada, estaré con ella en cinco minutos.

La doncella asintió con la cabeza y cerró la puerta tras de sí. Marina volvió los ojos hacia Lorenzo.

—Si papá piensa dar un baile más esta semana, juro que saldré a la calle y comenzaré a lanzar chillidos.

Lorenzo se levantó también.

—Padre intenta dar el anuncio de tus esponsales antes de que cumplas los veintidós.

Marina apretó los labios en una mueca de fastidio.

—Un solo baile más y aceptaré al coronel Sigüenza, ¡lo juro!



Lorenzo salió de la estancia de su hermana con la sonrisa en la boca.

\*\*\*

Cuando Marina contempló el rostro angustiado de Eugenia, supo que algo grave sucedía. Su amiga miraba hacia el suelo y se retorció las manos con nerviosismo incontrolado, y, cuando se percató de su presencia en la sala, se levantó de un salto, la abrazó, y comenzó a llorar profusamente.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Marina con un hilo de voz, pero sus palabras sirvieron para desatar la congoja de Eugenia todavía más. Marina la abrazó para consolarla—. Tranquila, no puede ser tan grave. —Eugenia siguió llorando sin tregua.

—Estoy arruinada. Perdida —Marina estaba acostumbrada al dramatismo de Eugenia, aunque esta vez su desconuelo parecía demasiado auténtico. Trató de restar seriedad a su tono con sus palabras.

—¿Estás herida por la enfermedad? —Eugenia negó con la cabeza—. ¿Se han muerto tus mascotas? —nuevamente negó—. ¿Tu padre está en la ruina financiera? —negó otra vez con más urgencia—. Entonces no es tan grave.

Eugenia alzó la cabeza y la miró, molesta.

—¿Qué fácil es para ti decir algo así!

Marina la cogió de las manos, y la llevó hacia los sillones frente al balcón.

—Solo la muerte puede arruinar nuestra vida, nadie más tiene ese poder, de verdad. —Eugenia terminó hipando, pero logró contener el llanto—. Dime qué te sucede.

—¿André me está chantajeando! —confesó al fin.

Los labios de Marina se apretaron en una línea. Conocía al sujeto en cuestión pues se dedicaba a enamorar a jovencitas para luego chantajearlas justo cuando estaban a punto de casarse, pero ignoraba que su amiga Eugenia hubiese sido tan inocente.

—¿Ese gabacho malnacido! —Eugenia volvió a sollozar con fuerza—. ¿Por qué dices que te chantajea?

Eugenia no pudo contestarle, los temblores no se lo permitían.

—Tiene mi medallón —pudo responderle con voz entrecortada—, y unas cartas que le escribí cuando me creí enamorada de él.

Marina pensó que se había quedado corta al pensar que Eugenia había pecado de ingenua: se había comportado como una estúpida.

—Y pensar que goza de la hospitalidad de mi padre...

André Moliere trabajaba como secretario para don Álvaro, y como se encontraba rehabilitando una pequeña propiedad a orillas del Guadalquivir, el conde de Zambra, en su infinita generosidad, le había ofrecido una habitación en el hogar familiar hasta que la suya propia estuviese restaurada. Marina fijó sus enormes ojos en los de su amiga, que estaban anegados en lágrimas.

—No se saldrá con la suya —calló un momento—. ¿Qué quiere?

—Dos mil reales de plata —respondió. Marina jadeó—. La pequeña herencia que me dejó mi abuela.

—Pero ese dinero es tu dote... —Eugenia sollozó más fuerte—. Debes hablar con Alfonso, cuéntaselo todo. —Alfonso de Molina era el prometido de Eugenia: un próspero ganadero que criaba hermosos sementales para las ferias, y un hombre tremendamente conservador.

—Qué fácil es hablar así cuando no es tu corazón el que sufre —Marina la miró de forma penetrante—. Lo perderé, se avergonzará de mí.

—No alcanzo a comprender qué viste en ese individuo para que cayeras rendida a sus pies, no creo que haya en toda Córdoba una doncella que no haya suspirado por sus modales gabachos —Eugenia se tapó la boca con una mano mientras Marina hacía planes mentalmente buscando una solución para su amiga—. Tendremos que quitárselo —afirmó decidida.

Eugenia gimió con espanto.

—¡Estás loca! No sé dónde guarda mi medallón y las cartas.

—Si vuelves a llamarme loca, atente a las consecuencias —la regañó Marina con severidad, aunque al momento suavizó su tono—. Tenemos que actuar ya —Marina se giró por completo hacia Eugenia.

—Estoy desesperada —exclamó Eugenia.

—Cuéntamelo todo.

## CAPÍTULO 3

Diego seguía mirando a su cuñado entre el interés y la curiosidad. Su llegada al reino de España había resultado toda una sorpresa. Cuando le había extendido la invitación para una visita, jamás podía haberse imaginado que aceptaría tan pronto, máxime cuando su esposa se encontraba de viaje en la ciudad de Granada con Aurora y Justin, pero Brandon se conducía bastante bien en el palacio de Zambra, sin que la circunstancia de la ausencia de su hermana lo alterase lo más mínimo.

Brandon movía una copa de jerez con gestos cuidadosos. Ambos cuñados compartían un momento de solaz en esa tarde de primavera. Brandon seguía evocando con una sonrisa la bajada que había efectuado Marina por la celosía del jardín. Había contemplado con sumo interés cada uno de sus elegantes movimientos, y, cuando se deslizó el vestido por su cuerpo de sirena, hizo que su estómago se tensase, y que el corazón comenzase a cabalgar de forma descontrolada. ¿Cuánto hacía que no se sentía atraído por una mujer? Y una mujer que desconocía que la observaban. Su temeridad lo había llenado de curiosidad, y no había podido despegar los ojos de la piel brillante de ella, de los rizos oscuros de su cabello que se mecían con cada movimiento en la bajada. Brandon creyó que estaba siendo testigo de una fuga, pero cuando vio que las ramas se rompían y que la mujer caía al vacío, sintió una sacudida inesperada de temor. Solo tuvo el tiempo suficiente para tratar de sujetarla, y, cuando lo hizo, el cerebro se le convirtió en mantequilla derretida; olió el aroma del miedo de ella, sintió la piel sedosa de su cuerpo, y no fue capaz de pensar en nada más salvo en besarla. Y lo hizo sin ser consciente de la provocación que mostraba hacia ella. La había ofendido moralmente con su beso, había comprometido su reputación con sus caricias, y Marina le había respondido con una pasión subyugadora, con una candidez y una inocencia que lo habían dejado aturdido e incapaz de razonar nada. Brandon se moría por besarla de nuevo y comprobar si ella le había devuelto el beso abrumada por la caída, o porque realmente lo había deseado tanto como él.

—Partiremos en unos días —le anunció Diego. Brandon hizo un asentimiento de cabeza al escucharlo—. He desatendido demasiado tiempo mi cortijo.

—Cortijo es una palabra extraña —Diego volvió a servirse un poco de jerez en la copa de cristal—. No consigo acostumbrarme a ella. —Brandon rio sorprendidamente—. He de reconocer que no me acostumbro a muchas de vuestras palabras.

—¿Bromeas? —preguntó Diego con un guiño de sus ojos negros—. Tu hermana se ríe bastante de mi pronunciación gaélica, tú lo haces bastante mejor que yo.

—Vuestra lengua es más fácil, he de admitirlo—apuntó Brandon—, pero en Córdoba me cuesta mucho más comprender las palabras porque el acento es muy fuerte.

—Es por la tonada —le informó Diego.

—¿Tonada? —preguntó Brandon.

—Tonada cordobesa, el acento es propio de una lengua o reino, por ejemplo, tú tienes acento. —A Brandon la explicación le parecía tan ilógica como incoherente—. Un cordobés tiene tonada.

—Yo tengo acento y vosotros tonada —resumió Brandon, y Diego asintió—. Curioso.

—La tonada es propia de región más pequeña. —Ahora Brandon había comprendido.

—Me gusta Córdoba —afirmó Brandon.

—Es un pueblo que tiene como seña más significativa el sentido del humor. Ha aprendido a reírse de sí mismo, pero respetando al mismo tiempo a los demás, y consciente de ese saber

atávico que conquista imperios.

—Has conseguido que me pierda—le replicó Brandon a Diego que se había quedado ensimismado.

—No importa —le respondió Diego con una sonrisa extraña—, estaba divagando.

—Háblame de tu prima —le espetó Brandon de pronto, y a Diego comenzaron a sonarle las alarmas dentro de la cabeza.

—¿Cuál de ellas? —le preguntó Diego de forma socarrona.

—¿Cuántas no conozco? —Brandon había alzado su ceja rubia en un perfecto arco.

—Sin contar a Ana María, no conoces a siete —respondió Diego, y Brandon resopló por lo bajo.

—Solo me interesa una, mi salvadora.

Diego lo miró con sorna.

—¿Salvadora? —Diego creía a Brandon incapaz de comprender esa palabra que había pronunciado con una perfecta tonada cordobesa.

—Mi salvadora Marina...

—¿Que te hable de Marina? —Brandon asintió al mismo tiempo que se llevaba la copa de jerez a los labios. Diego ni se lo pensó—. Solo debes saber una cosa sobre ella, está fuera de tu alcance.

Brandon entrecerró los ojos con humor.

—Me tiene completamente embrujado.

Diego no pudo resistir la tentación de soltar una potente carcajada. El comentario de Brandon había resultado muy gracioso.

—¿Embrujado? Estimo, cuñado, que desconoces el significado de esa palabra tan nuestra.

Brandon hizo un gesto de sorpresa con la boca al mismo tiempo que meditaba en las palabras de Diego. La palabra «embrujo» la había oído en numerosas ocasiones en boca de su primo inglés, Justin, para referirse a su esposa española.

Diego tenía un brillo de humor en sus pupilas negras.

—Evitó que unos bandoleros me robaran —explicó Brandon de forma llana. Diego, al escucharlo, dejó suspendida la copa a medio camino de su boca.

—¿Marina? —le preguntó.

Brandon asintió.

—Me encontraba de camino a Córdoba cuando mi carruaje fue detenido por tres bandidos —Diego seguía sin poder decir nada, la noticia lo había dejado estupefacto—. Pero ella surgió de la nada y detuvo con un disparo el delito que estaban a punto de cometer.

—Típico de Marina —reflexionó Diego casi para sí mismo.

—¿Que disparara? —preguntó Brandon con sorpresa—. Admito que durante un instante temí por mi vida y no por la de los ladrones. Una mujer con un arma puede ser muy peligrosa.

—No dirías lo mismo si la vieras manejando una faca —Brandon ignoraba qué era una faca, pero se abstuvo de preguntar.

—Me sorprendió su valor.

—Así son las españolas; temerarias, valientes.

—Y muy hermosas —remató Brandon.

—La más bellas de todo el reino, y la más inaccesible.

—¿Por qué dices algo así? —quiso saber Brandon.

Diego miró a Brandon con una advertencia en su profundidad.

—Mi prima tiene una familia muy protectora. Mi tío no posee el talante tolerante y

diplomático del conde Ayllón. Me inclino a pensar que ya lo has descubierto.

—Eso suena a advertencia —contestó Brandon.

—Lo es.

—Con tus palabras no haces sino incrementar mi curiosidad por ella.

Diego lamentó sus palabras anteriores. Si se lo proponía, su cuñado podría ocasionar muchos problemas. Todavía tenía muy claro sus manipulaciones en Inglaterra y que le habían costado la libertad.

—Estás en Córdoba. Recuerda que aquí protegemos a nuestras mujeres.

Brandon soltó una estruendosa carcajada.

—Acepto el consejo.

Diego, al escuchar las palabras de Brandon, soltó un suspiro de alivio, pero si hubiese mirado al escocés en vez de su copa de jerez cuando pronunció las palabras, se habría percatado del interés que había despertado en su cuñado su advertencia sobre su prima. Marina había cautivado al escocés hasta un punto donde ya no había retorno. El corazón de Brandon había sido acariciado por los dedos de la pasión, y lo habían dejado anhelante, ansioso. Emociones que ningún hombre llevaba bien, y menos si ese hombre era tan temperamental como él. Marina se había convertido en el primer y último de sus pensamientos diarios.

—¿Está lejos tu cortijo? —preguntó lleno de curiosidad.

—Está muy cerca de la hacienda «Los Encinares», la hermosa propiedad de mi tío Álvaro.

—Diego continuó explicándole—. El cortijo Vilchez perteneció en el pasado a la misma hacienda, pero fue segregado y obsequiado como regalo de boda a mi madre. Mi tío Álvaro aumentó de esa forma la dote de mi madre.

—Un gesto muy generoso por parte de tu tío —añadió el escocés.

—Mi madre adora el cortijo Vilchez, y mi tío adora a su hermana.

Brandon, escuchando a su cuñado Diego, supo que el destino le estaba siendo favorable. Si el cortijo estaba dentro de la propiedad del conde, podría ver a Marina casi a diario, perturbarla hasta crearle un motín emocional.

—Pero no hace falta que me acompañes, si lo deseas puedes continuar el viaje hasta la ciudad de Granada. Tu hermana se alegrará de verte —Diego le ofreció la sugerencia sin sospechar que Brandon no tenía ninguna intención de moverse de la ciudad de Córdoba.

—Prefiero esperarla aquí.

Diego asintió y apuró su copa de jerez. Brandon hizo lo mismo. Ambos hombres se levantaron al unísono y se marcharon.

\*\*\*

Marina cerró los ojos e inspiró de forma profunda. Le encantaba el olor de las especias, de los salazones, y de las verduras recién cortadas. Adoraba ir al mercado, y para ella resultaba un placer acompañar a la cocinera encargada de comprar las viandas y ayudarla a cargar la cesta con los alimentos elegidos para disfrutar durante las comidas familiares.

—Señorita, esta mañana el pescado parece muy fresco. —Marina dirigió sus ojos hacia el puesto de pescado. El olor a mar resultaba inconfundible, aunque ella no había tenido la oportunidad de conocerlo. Aun así, casi podía saborear su textura salada. Marina suspiró con pesar, Córdoba estaba muy lejos del mar—. Había pensado comprar un par de caballas para la cena —continuó la cocinera.

—Muy bien, yo compraré las especias. Cuando termines nos encontraremos en la puerta de la taberna Quebrantos, al final del mercado.

La cocinera asintió. Marina sonrió a Carmen y la despidió con la mano. A continuación, dirigió sus pasos hacia el final de la calle. En el recorrido por los diferentes puestos se iba encontrando quesos, embutidos, pan recién horneado... Marina detuvo sus pasos y cerró los ojos para inspirar el olor de las tortas de anís y canela. Sintió en ese preciso instante el anhelo de comerse una, pero resistió el impulso: si comía todo aquello que le apetecía del mercado, iba a tener problemas de apetito a la hora del almuerzo.

—¡Buenos días, señorita Del Valle! —el frutero le hizo una inclinación de cabeza a modo de saludo justo cuando pasaba junto a él.

Marina le devolvió el gesto con una sonrisa en los labios.

—Los albaricoques parecen deliciosos. —Marina miró las jugosas piezas, incapaz de decidirse entre las peras y los albaricoques que tenían un color sorprendente.

—Todavía están algo fuertes señorita, pero así le gustan a don Álvaro, si no me equivoco. —Marina asintió—. Y presumo que los de su hacienda no han sido recolectados todavía.

—Cierto —apuntó Marina, y, al escuchar su respuesta franca, la miró con humor—. Me has convencido —le dijo ella—. Me llevaré albaricoques, y esas ciruelas que tienes medio escondidas.

El tendero colocó las piezas de fruta con mucho cuidado en el cesto que ella llevaba colgado del brazo.

—No hay nada tan exquisito como nuestros *tayberries* —la profunda voz hizo que Marina diese un respingo al oírla.

Giro el rostro y vio plantado frente a ella al gigante escocés. Y la miraba con un brillo de admiración en la profundidad de sus pupilas negras. En la comisura de la boca de él se fue gestando el comienzo de una sonrisa que no terminaba de florecer del todo. A Marina le encantó el hoyuelo que se le formó en la mejilla derecha con la media sonrisa, le pareció atrevido, pícaro, atrayente. Observó que cogía una ciruela de forma despreocupada de su cesto, y que la mordía con un profundo deleite. Una gota de jugo se deslizó por la comisura de su labio inferior, pero antes de que llegase a la barbilla, él a relamió con la lengua de una forma que a ella le pareció lasciva—. Deliciosa...

—¿*Tayberries*? —trató de pronunciar ella sin conseguirlo.

Brandon siguió sonriéndole.

—Una fruta silvestre escocesa, se parece a vuestras moras. —Marina acababa de fruncir el ceño sin percatarse. El forastero había cogido la cesta de mimbre de la mano de ella con total

naturalidad: como si fuese un acompañante deseado—. Nuestras frutas silvestres son las mejores del mundo; grandes y jugosas.

—Disculpe... —Marina trató de recuperar la cesta, pero la altura de él le resultó un gran impedimento—. La cesta es mía —le recordó.

Brandon clavó sus ojos verdes en el canasto que le había quitado de su brazo.

—¿Quieres recuperarla? —ella asintió de forma brusca—. Entonces me permitirás que te acompañe.

Marina parpadeó atónita. Se había adueñado de su cesta, y además se estaba comiendo las ciruelas.

—¿Desea un paseo formal? —le preguntó con acritud.

Sus ojos no se separaban de los labios de él que seguía andando bocados a las ciruelas que el tendero había depositado en el canasto. Marina aún recordaba con perfecta claridad la lengua rosada del escocés lamiendo la gota de fruta, que le había lamido el interior de su boca cuando la besó en los jardines. El estómago de Marina dio un salto peligroso. ¿Por qué diablos tenía que recordar el beso? Porque nadie la había besado así, y ella lo había permitido, pero el golpe la había dejado sin respiración, sin capacidad para pensar. ¡Ja!

—Quiero acompañarte —le respondió él de forma clara.

Marina se percató de que él no pedía, ordenaba, y ese detalle la molestó.

—¿Y si no deseo ser acompañada? —volvió a preguntar ella, y la sonrisa que él le dedicó la puso más alerta todavía.

Brandon no se perdía detalle del juego de emociones que cruzaron el rostro de Marina; sorpresa, interés, y un rechazo instantáneo, pero Brandon había soportado más desplantes de los que podía recordar, por algo había llegado intacto a la edad adulta, bueno, reconoció en su fuero interno que había recibido varios raspones en el camino, pero iba a disfrutar mucho sometiendo a la mujer a sus requerimientos, poco le importaban los rechazos que iba a recibir por parte de ella en el futuro. En los jardines del palacio de Zambra había podido vislumbrar el enorme fuego que escondía en su interior. La respuesta a su beso lo había desarmado por completo. Nunca una mujer había reaccionado con la misma pasión a un beso suyo. La señorita Del Valle había firmado su sentencia a las galeras de sus brazos cuando aceptó sus caricias, su contacto íntimo. Aunque ella lo ignorase, ya le pertenecía, Brandon había marcado con sus labios la posesión carnal sobre ella.

—Soy del todo inofensivo —respondió con tono arrogante.

Marina recorrió con sus ojos color miel los de músculo y firmeza del forastero; al hacerlo sintió una opresión en el pecho. Era soberbio, magnífico. Su declaración anterior le pareció fuera de lugar: era el hombre menos inofensivo que había visto nunca, pero se abstuvo de decírselo. ¿Por qué motivo sentía un cosquilleo en la piel cuando él la miraba?

—Y un invitado al que no deberías desairar con una negativa a un paseo tranquilo por el mercado —terminó él, y Marina no supo si mostrarse ofendida por su descaro, o reír por su atrevimiento—. Prometo comportarme como un caballero.

¿Podría fiarse de él? Por supuesto, se encontraban en medio del mercado, con el sol brillando sobre sus cabezas, y la gente caminando junto a ellos.

—Hasta el final de la calle —ofreció ella.

—Hasta el final de la calle —aceptó él sin dejar de mirarla.

Marina extendió la mano para que le devolviera la cesta con la fruta, pero él, con el rostro completamente ofendido, la alejó aún más del alcance de ella. Marina alzó sus bien dibujadas cejas con un interrogante.

—Soy un caballero —apostilló Brandon con voz severa—, no puedo permitir que una dama



lleve el peso mientras pasea de mi brazo.

—Y yo pretendo que no se coma toda la fruta que he comprado.

Ante la insistencia de ella, Brandon le devolvió la cesta.

—Soy un hombre de grandes apetitos. —Las palabras de él le sonaron a Marina a peligro mortal. Los ojos del escocés le mostraban una necesidad que ni entendía ni estaba segura de querer comprender.

Él le ofreció el brazo como un auténtico galán. Marina dudó un instante porque no se fiaba de la reacción de su cuerpo al contacto del suyo, pero finalmente optó por aceptarlo. Era una mujer adulta, y podía controlar sus emociones. Ya había aceptado su compañía hasta el final de la calle, ¿qué daño podía hacerle caminar cogida a su brazo? Cuando Brandon había decidido hacer una visita a las fuentes esa mañana, se había metido de lleno en el mercado. Aunque había tratado de seguir las indicaciones de su cuñado Diego, finalmente se había perdido, pero la había encontrado a ella, a su salvadora. Su altura le había permitido seguirla hasta el puesto de fruta, había escuchado su risa, y Brandon, en un instante, decidió abordarla picado por el deseo que le producía. Ahora que la tenía cogida a su brazo, se sentía ufano. Cuando pasaron unos minutos sin que ella dijese nada, Brandon le preguntó.

—¿Siempre eres así de callada? —la pregunta, formulada con voz grave, hizo que Marina volviese su rostro hacia él.

Pese a lo grande que era, Brandon daba pasos cortos en deferencia hacia ella, algo que Marina agradecía; lo último que le apetecía era acabar el paseo con el rostro acalorado y jadeando como un galgo.

—El silencio con la persona adecuada es la mejor conversación —le contestó, y Brandon la miró con auténtico interés.

Su respuesta lo había sorprendido. Además de hermosa, Marina le parecía una mujer inteligente y de fina agudeza. Cualidades a las que no estaba acostumbrado. Él le había hecho la pregunta de una forma que podía tomarse como una crítica, pero Marina, a cambio, le había respondido con diplomacia y cortesía.

—¿Y yo soy la persona adecuada? —volvió a atacar él con burla.

—Usted ha resultado ser un grato inconveniente —le soltó ella con viveza. Brandon, al escucharla, soltó una carcajada que hizo volver varias cabezas hacia ellos. Marina enrojeció hasta la raíz del cabello al ser consciente de que los viandantes los observaban.

—Nos miran porque hacemos una bonita pareja.

Marina podía esperar cualquier cosa menos esa conclusión. Detuvo sus pasos, y alzó su barbilla para mirarlo cuan largo era. Ella apenas le llegaba al hombro, y, de repente, no pudo contener la risa. Comenzó a reír y ya no pudo parar. ¿Una bonita pareja? Cada vez que recordaba la frase sentía más ganas de reír, le parecía imposible enfadarse con él cuando le resultaba tan gracioso.

Brandon, al contemplar su hilaridad, entrecerró los ojos con extrañeza.

—No lo he dicho con esa intención —trató de justificarse.

—Lo sé —remató ella, y estalló de nuevo en carcajadas—. Por ese motivo me resulta tan chistoso su comentario.

Los ojos de Brandon y los de Marina se cruzaron en una mirada intensa. El vello de los brazos de él se erizó por la expectativa. A Marina la recorrió un escalofrío de pies a cabeza que Brandon sintió perfectamente. La corriente de deseo entre los dos resultaba muy peligrosa.

—¡Dalila! Qué alegría encontrarte aquí. —Marina había estado tan pendiente de Brandon que no se había percatado del caballero que se había parado frente a ellos. Cuando volvió sus ojos

para mirarlo, cesó la risa de inmediato. Era el mejor amigo de su hermano Lorenzo.

—¡Sebastián!

Brandon midió rápido al hombre, que no apartaba los ojos de la que ya consideraba suya. Tensó la espalda en actitud preventiva.

—¿No me presentas a tu acompañante?

Marina inspiró profundamente antes de hacer las oportunas presentaciones por sugerencia de Sebastián.

—Brandon, le presento a Sebastián de la Cruz, un amigo muy querido de la familia —el mencionado hizo una ligera inclinación de cabeza—. Sebastián te presento a... —Marina dudó un instante, trató de recordar el título de su acompañante, el que había mencionado en los jardines del palacio de Zambra, y de repente lo recordó—. lord Brandon McGregor, cuñado de mi primo Diego.

—Laird —la corrigió el escocés de forma suave—, se dice laird McGregor.

—Es un placer, laird.

El tono condescendiente de Sebastián pilló a Brandon por sorpresa que entrecerró sus ojos con mucha cautela, analizando al hombre parado frente a él, y evaluándolo.

—¿Estarás muchos días en Córdoba? —le preguntó Sebastián a Marina con sumo interés.

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—En unos días regresamos a la hacienda, ya sabes que me muero por montar a Cabrón. — Brandon enarcó una ceja porque esa palabra le sonaba muchísimo y no recordaba dónde podía haberla escuchado.

—Cómo me gustaría acompañarte.

—Siempre eres bien recibido en «Los Encinares», lo sabes.

—Tengo asuntos que resolver en Córdoba antes de poder realizar una visita formal, si soy invitado por supuesto.

—¡Fartucco! —exclamó ella—. Sabes que no necesitas una invitación formal. —Brandon se percató de que lo habían excluido de la conversación, y ese detalle lo molestó por completo. Siguió observando a Sebastián con ojos de cazador, y sin permitir que Marina se soltase de su brazo, circunstancia que no escapó a los ojos del hombre—. Eres como de la familia.

—Qué cosas tienes, Dalila, no cambiarás nunca.

—No seas condescendiente conmigo, no soy una niña —se defendió ella con humor.

—Siempre serás una niña para mí.

Brandon decidió no ser ignorado por más tiempo.

—¿Dalila? —preguntó con enorme curiosidad.

Ambos, Marina y Sebastián, volvieron sus rostros hacia él como si de repente hubiesen recordado que estaba allí con ellos.

—Dalila, sí —dijo Sebastián con un tono cauto—. La mujer que lleva del brazo es la más hermosa de toda Córdoba, y se llama Dalila —terminó por explicarle.

Brandon bajó sus ojos hacia Marina, perplejo.

—Creía que tu nombre era Marina —afirmó con sorpresa en sus ojos verdes, pero Sebastián lo sacó de su error.

—Marina Dalila Rosa, ¿no es encantador? —Brandon enarcó una ceja tratando de asimilar los tres nombres de ella.

Le parecieron demasiado pomposos para alguien tan delicado. ¿Y por qué razón ese cretino la llamaba Dalila? Observó con detalle los ojos castaños del hombre, y percibió algo que al parecer Marina ignoraba. Sebastián sentía algo muy profundo por ella, a pesar de su fachada

despreocupada. Brandon sabía reconocer los síntomas de interés masculino hacia una mujer cuando los tenía delante. Él mismo se sentía muy atraído por la mujer que llevaba del brazo. Descubrir que otro hombre se sentía fascinado por Marina, hizo que el disgusto floreciera en su rostro. Brandon tensó los músculos de su brazo sin percatarse.

—Mis tres nombres tienen una explicación lógica —comenzó ella, pero Brandon no estaba interesado en la explicación que ella pretendía darle. Le importaba más seguir analizando cada emoción que asomaba a los ojos de Sebastián cuando miraban a Marina. Puso su mano en la mano de ella de forma posesiva, y el gesto fue muy claro para Sebastián, que redujo sus ojos a una línea —. Me llamo Marina en honor a la virgen de Córdoba, Dalila por mi madrina, y Rosa por mi madre.

Ninguno de los dos hombres escuchaba su explicación. Sebastián reconoció el reto en los ojos del forastero. Marina, de pronto, se sintió incómoda. Ni Sebastián ni Brandon decían nada. Se miraban con intensidad, y sin un parpadeo. Ella podía sentir la tensión entre los dos, y se le escapaba el motivo o la causa que podía haber generado esa repentina antipatía.

—¿Vendrás esta noche a cenar? —le preguntó a Sebastián para suavizar la rigidez que palpaba en el ambiente que los rodeaba.

—Uno no rechaza una invitación del conde de Zambra sin temer las represalias después. — Marina sonrió con calidez. Brandon se enderezó todavía más, haciendo que su estatura resultase más notoria entre la gente que paseaba al lado de ellos—. Tu hermano me ha ofrecido la invitación esta misma mañana en su nombre.

—Mi padre se alegrará de saber que has regresado a Córdoba —continuó ella.

—¿Cómo está? —Marina se perdía en la mirada de Sebastián. Sus ojos negros le encantaban. Ojos de bandolero cordobés.

—Pregúntaselo esta noche, y es posible que te sorprenda su respuesta.

Sebastián hizo una mueca bastante significativa.

—¿Continuamos nuestro recorrido por el mercado? —la oportuna intervención de Brandon hizo que Marina regresara su atención hacia él. Se había olvidado por completo del forastero a pesar de que iba cogida de su brazo.

—Tengo algo para ti —Sebastián le extendió una carta cerrada, y Marina identificó la letra de Ágata. Inspiró con fuerza para aguantar un jadeo. Era el mejor regalo que podía recibir—. Imaginó que no pudiste despedirte de ella.

—¿Cómo...? —pero Marina fue incapaz de terminar la pregunta.

—Nos encontramos en el puerto, mi barco había llegado desde Valencia, el suyo estaba a punto de partir. Hasta el último momento tuvo la esperanza de despedirse de ti.

—Gracias, Sebastián, no sabes lo que significa esta carta para mí.

—Lo sé.

Marina lo miró con infinito agradecimiento.

—Nos vemos en la cena —se despidió ella con un tono de pesar.

—Si Dios quiere, preciosa.

Marina siguió los pasos de Sebastián hasta que se perdió entre el gentío del mercado, entonces volvió sus ojos hacia Brandon, que tenía en el rostro una mirada adusta.

—Es un buen amigo de la familia —le explicó.

Pero no obtuvo respuesta por parte del escocés. Ambos siguieron el recorrido hasta llegar al final de la calle, donde la esperaba la cocinera del palacio de Zambra.

## CAPÍTULO 4

La cocinera miró el rostro de Marina con extrañeza. La hija del conde no solía pisar las cocinas del palacio, si fuesen las caballerizas de la hacienda no le resultaría tan asombroso, pero verla en la cocina era algo insólito.

—Carmen...

—Señorita.

—Quiero estofado de rabo de toro para la cena.

La mujer la miró pensativa.

—Había pensado en las caballas que compramos esta mañana en el mercado —le dijo Carmen con voz respetuosa.

—Estarán riquísimas en escabeche, pero además quiero rabo de toro. —Carmen siguió con la mirada azorada por la petición insólita de Marina.

—Al conde no le gustan las cenas fuertes, y menos con invitados en la casa.

Marina supo que tenía que utilizar otra táctica. Carmen era demasiado leal a su padre, pero ella tenía en mente una velada que iba a resultar inolvidable.

—Quiero que el invitado pruebe los sabores de nuestra casa, y qué mejor manera de hacerlo que degustar un plato de rabo de toro bien sabroso y algo picante —la cocinera terminó por aceptar la sugerencia de Marina. Afortunadamente, había podido comprar un par de ellos en el mercado.

—Entonces tendré que cambiar los entrantes. —Carmen tachó los platos que tenía anotados en la hoja de papel, era su forma particular de elaborar los diferentes menús para no repetir en las cenas.

—De entrante, ajo blanco —dijo Marina. Carmen tomó nota y siguió esperando las sugerencias de la hija del conde—. Morcillas, jamón, y de segundo, rabo de toro y escabeche de caballa.

Carmen anotó todo con pulcritud.

—¿De postre? —preguntó con una ceja alzada.

—Membrillo de Puente Genil, y pestiños con cabello de ángel.

—Señorita, son platos muy fuertes para... —Marina la miró con atención, y la cocinera reculó en su postura. Marina era la señora de la casa, si deseaba platos fuertes, los tendría—. Como desee, la cena estará lista.

Marina asintió y salió de la cocina con una sonrisa de optimismo.

\*\*\*

Álvaro miraba a su hija que conversaba de forma atenta con el coronel Sigüenza que estaba sentado a la derecha de ella. A su izquierda tenía a su secretario, André Moliere, que trataba de obtener la atención de Marina sin conseguirlo. Su sobrina Teresa estaba sentada entre el laird McGregor y su sobrino Diego. Al conde no se le escapó la atención que prestaba el forastero a la conversación que mantenía su hija con su viejo amigo militar. Diego estaba sentado a la izquierda del escocés, y parecía perdido en pensamientos que no compartía con nadie. Sebastián estaba sentado al lado de Lorenzo. Cuando los sirvientes comenzaron a servir los entrantes, Álvaro arrugó el ceño. El comedor se llenó de un aroma a ajo que hizo que André se recostase en el respaldo de la silla con el rostro contraído por el asco. Marina volvió su rostro hacia el francés

con sumo interés, como si el rechazo del primer entrante fuese el colmo de la grosería, entonces hizo algo completamente asombroso: miró de frente al escocés y le sonrió de forma coqueta. Álvaro no cabía en sí de la sorpresa, su hija no había mirado nunca a un hombre de esa forma, al menos en su presencia, y, ese detalle, le hizo enarcar una ceja con cierto sobresalto. ¿Qué se estaba perdiendo? ¿Y por qué motivo Simón no estaba esa noche entre los comensales?

—Espero laird... —Marina pronunció el título del escocés correctamente en esa ocasión—, que no desaire la mesa de su anfitrión con una negativa a probar nuestra excelente comida. Carmen, nuestra cocinera, se ha esmerado mucho esta noche.

Brandon la miró con gesto sapiente. Veía en la comisura de los labios de Marina un reto que no podía rechazar. ¿Qué tenía preparado ella? ¿Por qué había sentido la necesidad de prevenirlo? ¿Habría envenenado algún plato en su honor? Todavía no le había ofrecido el motivo carnal para hacerlo, aunque estaba deseando dárselo.

—Estaré encantado de probar la comida de Zambra.

A Marina pareció agraderle el comentario ofrecido por Brandon. Un segundo después volvió su rostro al comensal que estaba sentado a su izquierda, y lo miró de la misma forma que miraría un insecto destripado en el suelo: con asco, pero Moliere no pudo ver la mirada de Marina pues estaba demasiado interesado en tapar su plato de porcelana blanco para que no le sirviesen las morcillas. Marina amplió la sonrisa porque esa noche el señor Moliere no iba a probar nada de lo que ella había elegido, pero todo tenía un propósito definido: que Moliere saliera de su alcoba de madrugada en busca de alimento para que ella pudiera introducirse en sus dominios y recuperar las cartas y el medallón de Eugenia.

—Espero, Sebastián, que hayas traído los sacos de arroz que te pedí. —La voz del conde hizo que Marina desviara su atención del secretario para fijarla en Sebastián, al hacerlo, su rostro se dulcificó.

Brandon comenzó a hacer cábalas.

—Todos y cada uno de los encargos —respondió Sebastián con sumo respeto—. También he traído algunos encajes y abanicos valencianos para nuestras damas cordobesas —tanto Marina como Teresa fijaron sus ojos en Sebastián. Ambas habían recibido como regalo un abanico—. Serán un realce a su belleza.

—El mío es precioso, padre—apuntó Marina agradecida—. Es de madera de palo rosa. Sus varillas caladas están trabajadas de forma original y exquisita. Está cosido con una tela de seda bordada con hilos de oro blanco, la puntilla de encaje es de la más fina que he podido tocar. Es un regalo muy hermoso.

—Mi abanico también es muy bello, tío —dijo Teresa que hasta ese momento se había mantenido callada.

Brandon miró a Marina que había depositado su atención al francés de nuevo. Sintió una enorme curiosidad por saber por qué estaba tan interesada en Moliere, a Brandon le parecía un mequetrefe insulso, demasiado ocupado en mantener las puntillas del volante de su camisa impolutas y su plato vacío. Brandon notó la antipatía que dejaban mostrar los ojos de Marina, y él sintió por el francés el mismo rechazo. ¿Qué había ocurrido entre esos dos? Cuando lo habían presentado formalmente, André lo había mirado con superioridad y falsa modestia. A Brandon le desagradó de inmediato porque pudo apreciar la hipocresía que escondía el francés en su interior, aunque le extrañaba que el conde no se hubiese percatado de algo tan palpable.

—¿Ha podido visitar nuestra ciudad, señor McGregor? —Lorenzo hizo la pregunta con tono neutro.

Brandon dejó de mirar a Marina para responder al heredero de Zambra con cortesía.

—Espero hacerlo muy pronto.

—Es una pena que su hermana no se encuentre en Córdoba —apostilló Marina en un impulso—, quizá debería ir a su encuentro. Granada es una hermosa ciudad en esta época del año.

Si Marina creía por un instante que su sugerencia iba a ser tenida en cuenta por él, se iba a llevar un chasco monumental.

—Pero mi hermana y yo podríamos cruzarnos en el camino sin saberlo —le respondió Brandon—. Creo que es mejor esperarla aquí en Córdoba, o tal vez en el cortijo Vílchez.

Marina abrió los ojos de par en par. Ella se marchaba en unos días a la hacienda «Los Encinares», y había creído de forma inocente que el escocés se iba a quedar en Córdoba hasta el regreso de su hermana. Era imperioso que se quedase en la ciudad pues lo último que pretendía era encontrárselo a cada momento cerca de la hacienda. La presencia de Brandon hacía que sus nervios estuviesen en tensión continua, su mirada encogía su estómago, su sonrisa hacía que su corazón se acelerase sin explicación posible, ahora mismo la estaba mirando de forma intensa, deteniéndose en su boca. Marina apretó los labios para que dejasen de temblar.

Brandon se alegró interiormente. Si era capaz de crearle tal confusión mental, eso quería decir que la mujer estaba más interesada en él de lo que dejaba traslucir en sus gestos.

—¿Tu esposa vendrá directamente a Córdoba, primo? —Diego regresó del lugar en el que se encontraba al escuchar las palabras de Marina, palabras que había dirigido a él.

—Ignoro los días que estará en la ciudad de Granada —respondió.

—Sabes que puedes esperarla aquí en Zambra —las palabras del conde hicieron que Marina enarcase una ceja—, que siempre está abierta —Diego ya lo sabía, pero no quería pasar más tiempo del necesario en el palacio.

—Ni mi cuñado ni yo podemos abusar más de su hospitalidad, tío, además, he desatendido demasiado tiempo mis tierras, y estoy deseando ver las crías de Canela —Canela era la yegua de su esposa Violet Casandra. Había sido una de las pocas posesiones que se había llevado de Escocia, y Diego le tenía un cariño especial porque la yegua era robusta y obediente. Sus crías le reportaban unos ingresos importantes.

—Tengo ganas de ver esos hermosos potrillos que tienes, estoy pensando hacer una visita a «Los Encinares». —Dijo Álvaro de pronto. Marina volvió el rostro hacia su padre tras escuchar sus palabras. Esperaba que no hablase en serio—. Aunque dudo que pueda marcharme enseguida —continuó el conde con voz autoritaria—. Estoy en medio de unas negociaciones muy importantes y me están llevando más tiempo del que creí necesario.

Marina respiró con alivio; al menos iba a tener unas semanas más de soledad antes de la llegada de su padre a la hacienda.

Brandon la escudriñó con sumo interés. Su cara era un espejo donde podía leer cada una de las emociones que sentía: ansia y alivio. Estaba intrigado por conocer qué hacía ella en la hacienda, y, lo más misterioso, por qué no quería que su padre fuese.

—Espero, Teresa, que esta noche nos deleites con tu hermosa voz. —Dijo el conde de Zambra. La sobrina miró a su tío con atención—. Será un paso más para que te perdone tu última actuación con Alejandro.

Teresa miró a su prima Marina con ojos acusadores.

—Tengo la garganta algo irritada, tío, pero si es lo que desea haré un esfuerzo por agradarlo. —Álvaro sonrió complacido por su respuesta—. Aunque imagino que mi prima podrá acompañarme al piano, no me fío de los acordes de Lorenzo, suele subir las notas para que me ahogue.

Lorenzo chasqueó la lengua con burla.

—Diciendo algo tan ingrato no te mereces los esfuerzos que hago para complacerte, prima — se defendió Lorenzo con voz neutra—. Sabes que adoro tocar para acompañarte. —Teresa lo miró sin creerlo del todo—. Salvo cuando te da por cantar saetas, no puedo alargar tanto las notas, y lo haces a propósito para dejar en evidencia mi falta de práctica.

—¿Y si le pedimos a nuestro ilustre invitado para que nos deleite con algo de su tierra? — preguntó Marina.

Brandon creyó que la pregunta hecha por Marina no era una alusión hacia él. Miró con interés a Sebastián esperando su respuesta, y, de pronto, se percató de que todos los ojos estaban clavados en su persona.

—Canto de forma horrible —respondió con voz estridente.

—Diego nos ha contado muchas veces que en Escocia se toca un instrumento parecido a nuestra gaita del norte —Brandon dirigió sus ojos hacia su cuñado, y lo miró con asombro—. Estaríamos encantados de escuchar una balada escocesa —concluyó Marina.

—No toco el *piob mhor*, me temo que soy un desastre con respecto al talento artístico —dijo Brandon algo incómodo. Todos los ojos estaban fijos en él, y la invitación de Marina le pareció un reto.

—Es una pena, laird, nos hubiese gustado mucho oír algo de tierras lejanas.

Brandon no picó el anzuelo. Marina hablaba con un tono meloso que no lo engañó en absoluto. Estaba distrayendo la atención del conde, aunque ignoraba sobre quién o sobre qué.

—Estoy convencido de ello, pero prefiero escuchar a esta encantadora señorita —los ojos de Brandon se dirigieron hacia Teresa, que bajó los ojos hacia su regazo azorada. Brandon estaba acostumbrado a esa reacción femenina de retraimiento, por ese motivo la actitud de Marina lo seducía. No exhibía en su presencia temor o turbación, se mostraba fresca y natural como una rosa escocesa. El momento de tensión aumentó cuando los sirvientes colocaron en la mesa las bandejas con el rabo de toro y el escabeche de caballa. Álvaro entrecerró los ojos con enfado, pero se abstuvo de decir nada. Había visto al escocés devorar ocho morcillas en cuestión de segundos con el placer pintado en el rostro. Se preguntó si acaso su hija sabía los gustos del forastero al respecto y había actuado en consecuencia.

—¿Es de su agrado la comida, señor McGregor? —le preguntó Marina.

Brandon acababa de terminarse el último trozo de morcilla y cerró los ojos con sumo placer.

—La encuentro deliciosa. —Álvaro clavó los ojos en su hija con un interrogante. Marina le sonrió a su padre, pero con algo de recelo.

—Diego ha mencionado en multitud de ocasiones lo fuerte que resulta la comida en Escocia, padre. —explicó Marina. Brandon miró a su cuñado con sorpresa tras escuchar las palabras de ella porque Diego nunca se había quejado de la comida escocesa—. Quería mostrarle al señor McGregor que nosotros también podemos presumir de platos fuertes, pero sabrosamente elaborados.

Álvaro desconocía la información que acababa de suministrarle su hija. En toda su vida jamás se había cuestionado la elaboración de alimentos en otros lugares.

—Esos *haggis* se parecen bastante a los nuestros —dijo Brandon señalando la bandeja de morcillas con su tenedor.

—Cuñado, acabas de darte un atracón a morcillas —contestó Diego con una chispa de humor en sus pupilas negras.

—¿Morcillas? —preguntó Brandon con curiosidad.

—Nuestros *haggis* particulares cordobeses —aclaró Diego con humor.

El resto de la cena transcurrió sin incidentes salvo para el secretario, que apenas había



probado unas rebanadas de pan con manteca. Cuando Brandon repitió tres veces del estofado de rabo de toro, el conde temió que le diese una indigestión severa, pero sus temores eran infundados pues el escocés tenía un estómago a prueba de cañones. Cuando finalizó la cena, los hombres se marcharon hacia la biblioteca para tomarse el brandy sin la presencia de las mujeres. Teresa y Marina siguieron sentadas en la mesa del comedor sin decidirse a levantarse, mientras los sirvientes recogían la vajilla usada y las diferentes fuentes de alimentos.

—¿Estás segura? —la pregunta de Teresa sonó en los oídos de Marina como un berrido.

—Ya has visto que no ha cenado nada —ambas hacían alusión al secretario francés—. Pero es posible que no baje después a la cocina. Se ha atiborrado a pan y a grasa de manteca. —

Marina arrugó la nariz con asco.

—Soy incapaz de comprender qué ven de malo estos gabachos a nuestro aceite de oliva.

Teresa chasqueó lengua con humor.

—Imagino que les disgusta su sabor ácido.

Marina miró a su prima con atención.

—¿Insinúas que es mejor el sabor rancio de la grasa de cerdo? —Teresa rompió a reír porque el comentario de Marina era muy acertado—. Es un sacrilegio lo que le hacen al cuerpo de nuestro señor Jesucristo —Marina se refería al pan. Teresa divagó durante un momento pensando en las diferencias que dividían a los franceses y a los españoles.

—Esperaré en la puerta hasta que termines —anunció Teresa—. Si Moliere regresara antes, trataré de distraerlo.

—Muchas gracias, Teresa, no sé qué haría sin ti.

Por un momento ambas primas se miraron con atención. Marina fijó sus ojos de color miel en el cabello negro de Teresa, en su piel de aceituna, y en sus ojos almendrados. Ciertamente no era una belleza en todo el sentido de la palabra, pero tenía un encanto especial, y ella la quería mucho. Sus padres habían muerto en la Guerra contra Napoleón, y el conde había acogido a su sobrina como si fuese una hija más.

—Sueles apañártelas bastante bien con Alejandro —le espetó de pronto Teresa de forma seca.

—¡Prima! —exclamó Marina.

Teresa la miró con remordimiento.

—Disculpa, me resulta muy duro comprobar que soy invisible para él si tú estás presente. — Los ojos de Marina se oscurecieron al escuchar a su prima. Conocía el galanteo de Alejandro hacia ella, y los sentimientos de Teresa por él.

—Se le pasará—afirmó Marina.

—¿Como el sarampión? —preguntó de forma retórica.

Ambas primas rompieron a reír.

—Vamos a la biblioteca —dijo Marina con voz calmada—. Imagino que los hombres estarán esperando para que comiences tu soberbia actuación.

—Hoy me encuentro sin ánimo. —Marina sabía que su prima se sentía desganada porque Alejandro no estaba en los muros del palacio.

—Pero lo harás de forma estupenda, como siempre —afirmó Marina con entusiasmo.

—Moliere es un sujeto peligroso —comentó Teresa con voz cauta—. Es muy extraño que no haya lanzado ningún comentario despectivo por la cena tan cuidadosamente escogida por ti.

Marina le sonrió a su prima por su tono condescendiente.

—Lanza sus puyas a espaldas de mi padre, como el cobarde y traidor que es —ambas mujeres dejaron el amplio comedor y se dirigieron por el vestíbulo hacia la biblioteca. Dentro de

la estancia, los hombres estaban cómodamente sentados alrededor del piano. Lorenzo afinaba las notas preparándose. Marina observó la sala y se dio cuenta de que el único sitio libre que quedaba cerca del piano estaba al lado de Sebastián. Recorrió con pasos elegantes la distancia que la separaba de él. Diego y el escocés estaban en una de las zonas más apartadas. Su padre y el coronel presidían los sillones de honor. Moliere se había retirado a sus aposentos. Marina sujetó el vuelo de su vestido para sentarse con comodidad en el mullido sofá. Sebastián se levantó con galantería para ayudarla.

—Gracias Sebastián.

—Es un placer, Da. —Sebastián sujetó la mano de Marina, y se la llevó a los labios en un gesto cariñoso para besársela con cortesía—. Siempre lo es.

Brandon no se perdía ningún detalle de la escena. Observó como un cazador atento cada gesto que tenía el sujeto con Marina. Vio la sonrisa auténtica que le prodigó a ella de forma exclusiva, el movimiento suave de su mano al asir la de Marina para ayudarla. Brandon se percató por primera vez en la noche de la venda que cubría la palma de la mano del español y arrugó la frente sin percatarse. Cuando Marina y Sebastián se sentaron frente a él, y Teresa comenzó a cantar, Brandon se dedicó a analizar al sujeto en cuestión, y a resolver el enigma que representaba. ¿La había llamado Da? Un relámpago de entendimiento cruzó su mente: el bandolero de la sierra de Hornachuelos también había llamado a Marina Da, y además había sido herido en la mano. Brandon clavó sus ojos en la mano de Sebastián. En el mercado no se había percatado de la venda que cubría su mano derecha cuando saludó a Marina, pero ahora veía la tela. La conclusión a la que llegaba le parecía de una lógica aplastante, y siguió observando en silencio.

## CAPÍTULO 5

La casa estaba en silencio y oscura, salvo en un rincón de la biblioteca. En su descenso por las escaleras hacia el vestíbulo de la primera planta, Marina no se percató del brillo amarillo que refulgía por debajo de la puerta cerrada. Sus ojos seguían los pasos de André, que se dirigía hacia la cocina. Teresa la seguía de cerca. Marina giró su cabeza para señalarle a su prima con un dedo en los labios que guardase silencio, la prima asintió con la cabeza. La bata de satén de Marina siseaba con cada paso, y se abría desde la cintura hasta los tobillos dejando asomar el blanco camión de encaje. Ambas mujeres se pararon en el último escalón.

—Solo necesito quince minutos —le dijo Marina a Teresa.

—Pero es muy poco tiempo.

Marina sonrió.

—Si obtienes algunos más para mí, te estaré enormemente agradecida.

Teresa vaciló durante unos segundos.

—Haré todo lo que pueda.

—Gracias, prima. Le di instrucciones a Carmen para que dejase preparados unos panecillos con pechuga de pollo y pepinillos; son los preferidos de André. Además, hay una botella de vino francés en la bodega, la encargué en el establecimiento de Candelaria. Ignoraba lo fácil que es obtener vino gabacho en Córdoba.

—Has pensado en todo —respondió Teresa.

—No podrá resistirse a una buena copa de vino y a una conversación sobre su ego con una muchacha bonita.

—Ten cuidado —le recordó Teresa.

Marina asintió con la cabeza y comenzó la subida a las alcobas. Teresa se dirigió con paso decidido hacia las dependencias de la cocina, y el vestíbulo se volvió a quedar en silencio.

\*\*\*

A Brandon le costaba conciliar el sueño. Intentaba soportar la incomodidad que le producían las altas temperaturas. Si le hubiesen dicho el enorme calor que soportaría en la ciudad de Córdoba, le hubiese extrañado mucho porque no había oído ningún comentario de Diego ni de su hermana sobre el infierno cordobés. Nuevamente se pasó el pañuelo por el rostro para secarse el sudor que perlaba su frente. Ahora más que nunca añoraba su casa en Escocia: el frescor de los prados y la sequedad del ambiente. Brandon se desabrochó dos botones de la camisa y se enrolló las mangas hasta el codo. Si la noche seguía así de caliente, iba a tener un problema de insomnio bastante grave. Cuando hizo amago de tomar la copa de jerez de la mesita, oyó los susurros en el vestíbulo. Brandon dirigió sus ojos al reloj, y vio que eran las dos de la madrugada. ¿Eran susurros de mujer lo que oía? Por supuesto, el calor no había menguado su fino oído. Brandon, picado por la curiosidad, se levantó, se dirigió hacia la puerta, y la entreabrió apenas dos centímetros para oír lo que ocurría fuera. Su sorpresa fue mayúscula cuando vio que Marina y Teresa cuchicheaban al final de la escalera. Ambas vestían ropa de cama. Brandon se preguntó qué hacían a esa hora tardía de la noche. Cuando vio que Teresa seguía las indicaciones de Marina, y que se dirigía hacia la cocina, llegó a la conclusión de que tramaban algo. Con paso sigiloso salió de la biblioteca y comenzó a seguir los pasos de Marina, que subía por las escaleras hacia la planta superior con una determinación en sus pasos. Brandon iba pasando la palma de su

mano por la barandilla de madera pulida siguiendo la huella de la mano de ella; casi creía sentir su calor, y podía oler el rastro de su perfume en el aire. Cuando ella alcanzó el último escalón, se paró un segundo. La gruesa alfombra del corredor amortiguaba los pasos de Marina, que se dirigió hacia la parte izquierda sin un titubeo. Él se dispuso a seguirla como un espía y vio que ella se dirigía hacia la alcoba de Moliere. Durante un momento, Brandon se quedó sin aliento al comprender que iba a ser testigo de una cita entre amantes, el encuentro amoroso de su Marina con el francés. ¡Imposible! Brandon apoyó la palma de su mano en la pared tratando de recuperar el aliento por el sobresalto recibido. Su mente era un hervidero de especulaciones. ¿Cómo podía Marina ser la amante de Moliere? Él había sido testigo durante la cena del desprecio que ella le profesaba. Un puñal de celos se clavó en su vientre pillándolo por sorpresa. Inspiró completamente abochornado. Ella no le había dado ninguna muestra de que sintiera algo por él salvo curiosidad, y Brandon se había tomado la respuesta a su beso en el jardín como una promesa eterna. Con el rostro enrojecido, decidió batirse en retirada, pero un segundo después lo pensó mejor: ella debía de haberse introducido en los aposentos del francés por otro motivo. Brandon se dejó guiar por su intuición que nunca le había fallado. Avanzó varios pasos hasta situarse frente a la puerta cerrada y aguzó el oído. Oyó el sonido de cajones que se abren con prisas, escuchó la maldición femenina ininteligible, y supo que había equivocado su conclusión. Manipuló el picaporte con suavidad y abrió la hoja de madera lo suficiente para ver lo que ocurría dentro de la alcoba. Ella estaba rebuscando dentro del armario con la atención puesta en las cosas que removía. Brandon se introdujo dentro de la habitación de forma tan sigilosa que ella ni se percató.

—Lo que haces está considerado un delito.

Marina pegó un salto al escuchar la voz conocida, se dio la vuelta con tanta rapidez que los pies se enredaron con su bata y la hicieron tropezar, pero pudo sujetarse a la puerta del armario a tiempo. Brandon extendió su brazo para ayudarla. Había llegado hasta ella en dos zancadas.

—¿Qué diantre hace aquí? —Marina hizo la pregunta completamente superada.

—Evitar que cometas una tontería —le respondió él.

Marina entrecerró los ojos con suspicacia por sus palabras. ¿Qué hacía el escocés dentro de la habitación de Moliere? ¿Por qué motivo tenía en el rostro esa mirada especuladora?

—No es lo que parece —Brandon la miró con burla—. Busco algo que no le pertenece —ahora la miró con franca curiosidad.

—¿Tuyo? —le preguntó con voz calculada.

—Como si lo fuera —alegó mortificada. Que el forastero la hubiese pillado hurgando como una ladrona en una alcoba que no era la suya, le provocaba una vergüenza abrumadora, pero se le terminaba el tiempo—. Moliere es un ladrón, y yo necesito recuperar algo que evitará un chantaje.

Brandon meditó aquellas palabras de forma minuciosa. ¿A quién estaría chantajeando el francés? Y llegó a la conclusión de que la coacción iba dirigida a Marina, de lo contrario, ¿por qué motivo iba a estar ella rebuscando entre sus pertenencias?

—Solo se me ocurre una razón para que un hombre chantajee a una mujer, sobre todo uno como Moliere —dijo él con voz controlada y con la duda paseándose por el iris de sus ojos verdes.

—Tantas razones como estrellas —lo contradijo ella—. Por ese motivo me encuentro aquí: para evitar que un hombre honrado rete a duelo a Moliere y trate de vengar un honor desagraciado con su propia vida.

El corazón de Brandon saltó en su pecho con una sospecha.

—¿El honor de Sebastián? —preguntó con un hilo de voz. Marina lo miró como si no lo comprendiera—. No importa —le dijo él—. Te ayudaré.

Marina no cabía en sí de la sorpresa. ¿Estaba dispuesto a ayudarla? ¿Con qué propósito? Pero aceptó la ayuda sin meditarlo mucho porque cuatro manos eran mejor que dos.

—¿Qué tengo que buscar? —preguntó él.

—Unas cartas escritas por una mujer.

Brandon ya no hizo ningún comentario más. Volvió sobre sus pasos para rebuscar en los cajones de la cómoda, y durante varios minutos se dedicó a ello con el mismo entusiasmo que Marina.

Los dos oyeron los pasos que se acercaban al dormitorio.

—Rápido, al balcón —dijo Brandon, y Marina asintió mientras colocaba las prendas en la misma posición que estaban antes de comenzar la búsqueda. Brandon la guio con mano firme hacia las cristaleras. Tuvieron el tiempo justo de cerrarlas antes de que Moliere abriera la puerta de la alcoba.

—Un caballero no le daría la espalda a una mujer —Marina oyó la voz de Teresa que increpaba a Moliere bastante ofendida—. La acompañaría hasta su dormitorio para darle las buenas noches con cortesía.

—Disculpe mi torpeza, señorita, creí que se había quedado en la cocina terminando su copa de vino. Permítame que la acompañe hasta la puerta de su alcoba porque mi omisión ha sido imperdonable.

Brandon y Marina oyeron que se cerraba la puerta del dormitorio.

—Va a resultar imposible salir sin que nos descubran pues todos los dormitorios dan al corredor —alegó Brandon.

Marina asintió bastante preocupada. Seguramente su prima no había podido entretener a Moliere lo suficiente para darle más tiempo a ella.

—Descenderemos por el balcón —sugirió Marina de forma pragmática.

—Tengo la impresión de que es algo habitual para ti —Marina miró a Brandon sin agravio a pesar de su tono de burla—. Me refiero a descender por los balcones.

—No es muy sabio hacer comentarios sobre un hecho sin conocer las causas que lo han originado —respondió de forma sencilla, pero Brandon estaba demasiado pendiente de sus brazos alrededor del cuerpo de Marina para pensar en sus palabras.

La había abrazado con un instinto de protección al oír que Moliere abría la puerta de la alcoba, y Marina, preocupada, se había dejado abrazar. Si los descubrían... no quería ni pensarlo. No era consciente de la posición indecente que ambos tenían escondidos en el balcón. El pecho de ella estaba clavado en el estómago del escocés. Tras un momento de silencio, Marina fue consciente de los latidos fuertes del corazón de Brandon, y se dio perfecta cuenta de lo íntimamente abrazados que estaban. Trató de separarse de forma instantánea.

Brandon se lo permitió renuente.

—Gracias —dijo ella con voz vacilante.

—De nada.

Marina tanteó las ramas de la hiedra y volvió su rostro hacia él.

—No aguantará su peso.

—Entonces tendré que saltar de este balcón al de enfrente. —Marina entrecerró sus ojos castaños, sopesando esa posibilidad—. Mientras no sea el balcón del dormitorio del conde... —alegó Brandon con humor—, no habrá problema.

—Ese balcón no es el de mi padre, es el mío —respondió ella azorada.

—¿Y pretendes bajar por la hiedra en vez de saltar hacia allí? —preguntó completamente estupefacto.

—Soy pequeña y peso poco —le replicó a continuación—. Me resulta mucho más fácil descender que saltar, pero de intentarlo no llegaría a alcanzar la balaustrada.

Brandon le guiñó un ojo.

—Pero yo soy tan grande que incluso podría hacer de puente para ti.

Cuando oyeron que Moliere manipulaba la puerta para entrar a la alcoba, ambos pasaron a la acción de forma inmediata. Brandon puso sus manos en la barandilla y saltó hacia el borde exterior, afianzó sus pies a la cornisa sin soltarse de la piedra y dio un paso largo hasta que su pie derecho alcanzó la cornisa del balcón de Marina. Parecía tan fácil que ella casi lanza una maldición. Los balcones estaban bastante cerca para alguien con la complexión del escocés, pero no para ella.

Brandon le extendió la mano con una sonrisa.

—Vamos pequeña, es muy fácil.

Marina sujetó la mano de él y pasó una pierna por la balaustrada hasta apoyarse en la cornisa, pero las intenciones de Brandon eran diferentes. La agarró de la cintura y la acercó a su cuerpo. Marina le echó los brazos al cuello y dejó descansar su cabeza en la mejilla del escocés. Brandon la pasó de un balcón a otro casi sin esfuerzo. Cuando Marina sintió la balaustrada en su espalda, se giró y bajó los brazos para asirla. Se descolgó hacia dentro con cuidado. Brandon saltó hacia el interior, y la ayudó a levantarse del suelo.

—Ha sido fácil —le susurró al oído.

Ella le sonrió cómplice, y le agradeció la ayuda recibida con una mirada arrobada. Tras un instante mágico, se dispuso a abrir las cristaleras, y cuando lo consiguió, entró por el hueco hacia su dormitorio. Brandon la siguió de cerca. Marina encendió la lámpara de gas que había en la mesita de noche. El resplandor amarillo inundó la estancia. Se volvió hacia él, y amplió la sonrisa de sus labios.

—Gracias —le dijo de nuevo.

Brandon no se movió del lugar en el que estaba. Tenía las piernas algo separadas y los brazos cruzados al pecho. Marina inspiró plenamente consciente de la masculinidad arrolladora de él. Había estado tan concentrada en la búsqueda de las cartas, que no se había percatado de la camisa desabrochada de Brandon, ni de sus mangas remangadas que dejaban al descubierto sus fuertes brazos. Su corazón comenzó un galope temerario.

—Te he salvado el pellejo —le dijo guiñándole un ojo.

—Y yo salvé el suyo, y como bien me ha recordado, estamos en paz —le respondió con el rostro serio.

—¿Puedo pedir un beso de agradecimiento? —Marina negó con su cabeza varias veces—. ¿De buenas noches...? —continuó él.

—Puede, pero no espere recibirlo.

Brandon tenía el vello de la nuca erizado por la expectación. Sentía en sus fosas nasales el perfume de su cabello, su olor femenino tan particular, y supo que se estaba volviendo loco por ella.

—Uno y me daré por recompensado —le dijo él, pero Marina no se movió.

—No beso a desconocidos —le dijo ella—, aunque crea lo contrario.

—Pero no somos desconocidos, Marina, recuerdo perfectamente el tacto de tu piel, el sabor de tus labios... —ella se iba poniendo rígida por momentos, pero no de enfado—. Desde aquella noche en el jardín soy incapaz de conciliar el sueño. Llevo tu aroma impregnado en mi piel. Clavado en mis entrañas.

Marina sufrió un vuelco al escuchar las palabras osadas.

—Debe olvidar aquello que ocurrió en el jardín —le pidió.

—Eso es un imposible —respondió él—. He cruzado la línea por ti.

¿A qué línea se refería? Marina inspiró tan profundamente que tuvo que toser porque se atragantó con su propio aire. Cada palabra que pronunciaba el forastero la retraía todavía más en su postura de precaución con respecto a su persona. ¿Cómo se atrevía a pedirle algo tan descabellado? Pero Marina deseaba otro beso como el que había recibido en el jardín, aunque no pensaba reconocerlo delante de él.

—Todo lo extravagante me atrae, es cierto, incluso un gigante con lengua de víbora y las manos atrevidas. —Marina calló un momento antes de continuar—. Pero no creo en los revolcones fugaces que suelen dejar manchado el espíritu —terminó ella—, o nos ponen una cadena alrededor del cuello. El precio es demasiado alto.

A Brandon solo le interesaba una palabra de la diatriba que había soltado: su interés por explorar los placeres físicos sin un compromiso de por medio. ¿Podía una mujer ser tan tentadora? ¿Embotarle los sentidos hasta el punto de romper todas y cada una de las reglas aprendidas desde la cuna?

—Prometo no hacer nada que no desees.

Marina dio un paso hacia atrás para poner algo de distancia entre el deseo abrasador de los ojos de Brandon, y su inseguridad para dar el paso. La mirada del escocés se había tornado oscura, de la misma forma que se oscurecía el cielo en una tarde tormentosa.

—Lo que pide es algo completamente alejado del sentido común.

—Lo sé.

Marina sentía que su corazón se desbocaba. El forastero le ofrecía la oportunidad de explorar los placeres carnales hasta donde ella se atreviese, y sin ningún compromiso al respecto. Se sentía realmente tentada. Ningún hombre le había interesado lo suficiente para querer explorar el contacto físico hasta ese extremo, y sin tener que responder moralmente después si el resultado no resultaba satisfactorio.

—¿Un beso nada más? —preguntó ella de forma tímida.

—Un millón si me lo pides —respondió él.

—¿Será suficiente para usted?

¿Cómo diablos se había atrevido a hacer semejante pregunta! Marina se sentía mortificada.

—Nunca será suficiente para mí.

Brandon se fue acercando hacia ella con paso decidido, con sus ojos verdes llameando de deseo. Tenía clavada en la retina la piel satinada del cuello de Marina que el camión no ocultaba. Había sentido sus pechos firmes en su torso cuando la había abrazado en el balcón. Brandon estaba encendido, incapaz de analizar que su deseo por ella lo hacía ser temerario e irrespetuoso. Pero Marina se sentía llena de curiosidad por experimentar de nuevo los latigazos de placer que había sentido por el forastero en el jardín la noche de su veintiún cumpleaños. Ningún hombre de su círculo se atrevería a tocarla de forma tan íntima sin obtener el beneplácito de su padre, y respaldado con un compromiso formal. El forastero estaba de paso, no quería nada con ella salvo un revolcón esporádico. Se marcharía pronto, ella quedaría libre... los razonamientos ilógicos terminaron por decidirla. Sin saber cómo, o de qué manera, Marina se encontró rodeada por los brazos del gigante. Con sus fuertes labios apresando los suyos y buscando una respuesta inmediata. Marina sentía que su corazón le golpeaba las sienas, que el estómago se le encogía hasta reducirse a una pequeña bola. Le costaba respirar, y fue incapaz de valorar si era por el beso, o porque estaba fuertemente estrechada por los brazos del escocés. Lo sintió hurgar en el interior de su boca como si buscara un tesoro, lamió el interior de sus mejillas, buscó entre los

pliegues de su lengua hasta acariciarle los dientes y el cielo de la boca con muchísima suavidad. Marina se derretía como azúcar en el fuego. Estaba superada en sensaciones maravillosas. Poco a poco, comenzó a devolver el beso con la misma intensidad que lo recibía. Brandon la sujetó de forma más firme, y colocó una mano en la espalda de ella mientras con la otra comenzaba un recorrido por su cuello de forma lenta pero imparable. Bajó por su garganta y se detuvo en el nacimiento de sus pechos turgentes. La ausencia de ropa interior le permitió acariciarle el busto con reverencia. Brandon pellizcó de forma tierna el botón rosado de su pezón que se tornó inhiesto por la atención recibida. Las entrañas de Marina se retorcieron por el placer inesperado. Ninguno de los dos fue consciente del picaporte de la puerta que comenzaba a ceder, ni del desastre que estaba a punto de acontecer.

Diego estaba estupefacto. Sentado en la oscuridad del jardín había sido plenamente consciente de las dos personas que habían saltado de un balcón a otro de la casa con total despreocupación. Sus ojos se habían reducido a una línea peligrosa cuando vio a su cuñado abrazar de forma íntima a Marina. Ignoraba la causa o los antecedentes para que algo así pudiese haber ocurrido, pero estaba convencido de que Brandon había propiciado ese encuentro de madrugada. Diego cerró los ojos para controlar la ira que comenzaba a llenarlo, y en su rostro asomó el profundo disgusto que sentía. Había sido tan claro en sus advertencias... unos nudos dolorosos comenzaron a formarse en su vientre cuando su mente evocó la intervención de Brandon en el comienzo del desastre de su vida.

Amaba a su esposa a su manera, adoraba a su niño, pero se sentía incapaz de olvidar que Aurora, el amor de su vida, estaba casada con otro por culpa del escocés. Diego había aprendido a respetar a su cuñado, se había resignado a compartir una vida con Violet, pero el sentimiento de pesar hizo que lanzara una maldición en la noche. Marina no iba a correr la misma suerte de Aurora, no, mientras él respirase. Tenía que evitar que Brandon la utilizara de la misma forma que lo había manipulado a él tiempo atrás, y no llegaba a comprender por qué motivo había puesto sus ojos en su prima, máxime cuando sabía que Marina no le había dado pie para que se tomase ninguna libertad o alimentase esperanzas sobre ella.

Inspiró profundamente y destensó los nudillos de sus manos antes de levantarse del banco en el que se encontraba. Iba a hacer algo drástico, ¡qué Dios lo perdonase! Pero su cuñado tenía los días contados.

El sonido de la puerta de la alcoba al ser abierta le sonó a Marina como el silbido de la hoja de una guillotina que cae sobre el vacío. Pudo escuchar el jadeo de sorpresa y la maldición ahogada. Se soltó rápidamente de los brazos de Brandon, y dirigió la mirada hacia la puerta de la alcoba. Diego tenía el rostro desencajado. No había entrado, se mantenía de pie en el umbral con el pomo aún sujeto con una mano, la otra la tenía apoyada en el marco de madera como si necesitase sostenerse en algo.

—¡Primo! —la exclamación de Marina hizo que Diego la mirase con un sentimiento entre la ofensa y el despecho.

—¡Suéltala! —la orden iba dirigida a Brandon.

—Primo, deja que te explique... —Marina trató de hablar, pero le fallaba la voz—. ¿De veras crees que necesito una explicación? —la pregunta había sido formulada con voz desangelada.

Se abrió una puerta en el corredor y Marina cerró los ojos. Había estado tan llena de lujuria que no le habría importado que la casa se derrumbase sobre sus cimientos, y ahora debía pagar el precio de su actuación.

—¿Qué sucede? —era la voz de Lorenzo que apareció detrás de Diego anudándose el



cinturón de su batín azul—. ¿Qué significa esto?

—Por favor, entrad y cerrad la puerta antes de que se despierte toda la casa con vuestras voces. —El ruego de ella hizo reaccionar a Lorenzo que empujó a Diego dentro del dormitorio y cerró la puerta tras de sí.

Lorenzo fue consciente de la tensión de su primo, y de sus puños apretados a los lados de sus caderas. Alzó los ojos y miró a su hermana que en ese momento ajustaba el escote de su camión. Su bata estaba completamente abierta. ¿Qué demonios hacía el forastero en la alcoba de Marina? Lorenzo se fijó en su camisa parcialmente abierta, en sus mangas subidas hasta el codo, y en el pelo rubio completamente desordenado. Si no conociese a su hermana, podría creer que estaba teniendo un encuentro amoroso con el forastero.

—Esta noche pretendía robarle a Moliere —dijo ella de sopetón—. Me introduje en su alcoba para buscar unas cartas y un medallón con el cual está chantajeando a una buena amiga mía.

Brandon clavó sus ojos en Marina sorprendido por la revelación. Él había pensado que la chantajeada era ella, y por ese motivo había decidido retorcerle el pescuezo al francés.

—¿Robarle a Moliere? —Lorenzo tenía la boca abierta por la explicación descabellada de su hermana.

—El laird McGregor me ofreció su ayuda para encontrar lo que buscaba.

Lorenzo la miró como si se hubiese vuelto estúpida de repente.

—¿Aquí en tu dormitorio?

—Me ha ayudado a escapar del dormitorio de Moliere para que no me descubriera. Hemos saltado desde su balcón hasta el mío.

Lorenzo cada vez entendía menos.

—En dos días, cuando despunte el alba —dijo Diego con un tono de voz frío. Brandon cerró los ojos al escuchar las palabras de su cuñado—. Recibirás las indicaciones oportunas de mis padrinos.

Diego miró de forma profunda a su cuñado, y apretó los labios hasta el punto de convertirlos en dos líneas blancas. Brandon hizo un asentimiento de cabeza casi imperceptible. Ni Marina ni Lorenzo comprendieron el reto lanzado por Diego, ni la aceptación del escocés. Diego giró sobre sus talones y salió de la alcoba con paso firme. Marina y Lorenzo se quedaron mirando el vacío que el primo había dejado tras su marcha.

Brandon decidió que había llegado el momento de ofrecer una disculpa.

—Por favor, deja que te explique por qué motivo me encuentro en la habitación de tu hermana a esta hora inusual de la noche. —La voz de Brandon había sonado calmada a pesar de las circunstancias.

—Por cierto, que estoy deseando oír la explicación —respondió Lorenzo de forma seca.

—En unos momentos te lo contaré, pero ha de ser en la biblioteca, no deseo comprometer todavía más la reputación de tu hermana. Ahora le presentaré a ella mis respetos y una disculpa.

Lorenzo salió de la alcoba de Marina en silencio y esperó al escocés en el corredor para darle la intimidad de ofrecerle una despedida formal. Brandon volvió sus ojos hacia Marina, ella lo miró con una sonrisa vacilante.

—Mi hermano es un hombre razonable —le dijo para animarlo. El rostro del escocés estaba excesivamente serio—. Diego será más difícil de tratar, pero yo le explicaré todo.

—De Diego me ocuparé yo —contestó Brandon—. ¿Aceptas mi reparación Marina Dalila Rosa del Valle? —a Marina le pareció la disculpa más rara que había oído nunca. ¿Reparación? El escocés debía ignorar que la palabra adecuada era *disculpa* y no reparación, aunque no lo rectificó.

—Acepto la reparación.

Marina no se esperaba la amplia sonrisa que Brandon le dedicó. Nuevamente había comenzado en la comisura del lado derecho de su boca.

—Repítelo de nuevo, pequeña. —Marina sintió un nudo de aprensión en el estómago por la solicitud repentina—. Repítelo con mi nombre.

—Acepto su reparación, laird McGregor.

Brandon había sujetado la mano de ella con mucha suavidad para enterrarla entre las suyas. Marina, aunque lo pensó, no la retiró para no herir sus sentimientos, pero la descarga había sido inmediata. Tras unos instantes de completo silencio, Brandon abandonó la alcoba y siguió a Lorenzo hacia la biblioteca. Lorenzo se había mantenido en un tramo alejado del dormitorio de su hermana para ofrecerle cierta intimidad, algo completamente fuera de lugar dadas las circunstancias, pero Lorenzo no actuaba como mandaban los cánones, se dejaba guiar por su instinto y la razón.

Marina se quedó mirando la oscuridad en silencio, se sentía anonadada por el resultado obtenido en esa noche infernal. Nada había salido como lo había planeado. Su ánimo se ensombreció. Tenía que hablar con Diego, explicarle, pero Marina se sentía confusa por los sentimientos que le despertaba el forastero. Tenía el presentimiento de que iba a complicarle la existencia. Los encuentros con él dejaban su estado de ánimo completamente embrollado. En sus brazos se sentía subyugada, perdía la razón y la noción de todo. Diego había sido testigo del beso, y le preocupaba enormemente la opinión que podía formarse de una situación así.

\*\*\*

Diego paseaba su furia por la habitación oscura. La lámpara apenas iluminaba un rincón de la misma con destellos amarillos, y los reflejos hacían que la sombra de Diego se contorsionase: como si fuese un espectro del otro mundo que lo acompañaba en ese ir y venir de sentimientos de despecho y de furia. Era plenamente consciente del clavo ardiendo que tenía dentro de su corazón desde hacía tiempo. Creía que había superado la perfidia de Brandon tiempo atrás, pero su última actuación había dejado al descubierto heridas sin cicatrizar que sobrellevaba a fuerza de voluntad. No era infeliz con Violet, pero se sentía incapaz de amarla como se debe amar a una mujer que ha sido elegida por un corazón enamorado.

Los golpes en la puerta de su alcoba lograron que detuviera sus pasos de golpe, y entrecerrara sus ojos con una llama incandescente de ira. Creía saber quién estaba detrás de la hoja de madera, y no estaba seguro de poder contener su enojo para no hacer algo drástico, como arrancarle las entrañas a su cuñado. Tras unos segundos de duda, decidió enfrentarse cara a cara con él, pero la persona que estaba frente a él no era Brandon sino su prima Marina. La confusión brilló en las pupilas de Diego, pero Marina no le permitió que le negara la entrada a la alcoba. Diego no iba a despedirla así sin más, antes tenía que escuchar su explicación.

—Sé que es muy tarde... —Marina se introdujo dentro de la alcoba y le dio gas a la lámpara que iluminaba un rincón de la habitación. Diego seguía parado con la sorpresa pintada en el rostro—. Cierra la puerta, por favor.

Diego vaciló, pero finalmente cerró la puerta tras de sí.

—Es muy tarde para andar deambulando por los pasillos de la casa —dijo él con voz seca.

—Necesito explicarte lo que has visto.

Diego alzó una ceja negra al escucharla.

—Sé, lo que he visto —contestó de forma brusca.

—Pero no el motivo.

—Es muy tarde, Marina —replicó molesto—, y estoy cansado.

—Brandon no ha cometido ninguna falta. —Diego apretó los puños a sus costados y se mantuvo rígido en su postura—. Ha sido solamente un beso propiciado por las circunstancias — los ojos de Diego se habían convertido en dos pozos negros—. Mi amiga Eugenia está en un verdadero aprieto —continuó Marina—. Necesito recuperar las cartas y el medallón que tiene Moliere en su poder y que la comprometen. Hace un tiempo se creyó enamorada, y le escribió unas cartas muy tontas.

—Podrías pedírselo por las buenas —alegó él.

—Moliere quiere dos mil reales de plata. —Los ojos de Diego se entrecerraron al escucharla—. Eugenia no es la primera muchacha ingenua a la que chantajea.

—Y has decidido hacer de Juana de Arco —la crítica le escoció a Marina, y pensó que Diego se estaba mostrando obtuso.

—Ella lo haría por mí.

El primo negó una única vez.

—Tendrías que haber acudido a un hombre —Marina enderezó la espalda.

—Lo hice —Diego apretó las mandíbulas sin percatarse—. Brandon me pareció la única alternativa pues no quería implicar a nadie de mi familia en un robo.

Diego creyó que no había oído bien. ¿Le estaba diciendo Marina que había pedido ayuda a su cuñado? ¿A un extraño?

—Estás mintiendo —aseveró él, y Marina se enfadó por la acusación.

—¿Por qué motivo lo haría?

—Para ocultar un encuentro ilícito entre amantes.

Marina inspiró hondo.

—¿Y cuál crees, primo, que es una falta menor? ¿Ser una ladrona, o ser una furcia?

—No pongas palabras en mi boca que no haya pronunciado.

Marina le sostuvo la mirada a su primo con tenacidad.

—¿Por qué motivo entonces te sientes desagraciado? Brandon no ha cometido ninguna falta, de veras, fue solo un beso motivado por mi miedo y sus ganas de serenarme —Marina vio la duda en los ojos de su primo, y continuó con la defensa que sostenía sobre Brandon—. Es un invitado tuyo.

—Un invitado que ha roto las reglas del decoro —le recordó él.

—No volverá a repetirse, Diego, lo prometo.

Diego la miró sin creerse las palabras. Aún recordaba el íntimo abrazo que habían compartido en el jardín la noche de su cumpleaños.

—¿Sientes algo por él? —le preguntó Diego a bocajarro.

Ella dudó en la respuesta que iba a ofrecerle.

—Curiosidad. —Los ojos de Diego se abrieron de par en par al escuchar las palabras de su prima—. Pero ya sabes que todo lo raro atrae mi atención.

—Una mujer no se deja besar por curiosidad —fue su agria respuesta. Marina decidió atajar por la calle de en medio.

—Bien, lo que me ha motivado a dejarme besar por el forastero es que estoy decidida a casarme con el señor McGregor. —Diego no sabía por qué motivo la conversación había cambiado de rumbo y lo llevaba a un callejón sin salida.

—No vas a casarte con mi cuñado —vaticinó con aspereza.

—¿Por qué no? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Porque no lo dices en serio. —Marina suspiró antes de asentir.

Diego estaba comprendiendo hacia dónde quería llevarlo ella.

—Por supuesto que no hablo en serio, pretendía con mis palabras ligeras que llegaras precisamente a esa conclusión. El beso no ha significado nada para ninguno de los dos. Sucedió y punto.

Tras unos minutos largos y silenciosos, Diego terminó por aceptar.

—Está bien, no le arrancaré la cabeza a ese engendro si me das tu palabra de que no se volverá a repetir. No puedo permitir que te comprometa para que te veas obligada a casarte con él.

—Ya te he dado mi palabra, primo.

—Entonces, buenas noches.

Diego volvió a quedarse solo, y rumiando la conversación mantenida con Marina. No lo había engañado en absoluto. Sus intentos de restarle culpa a su cuñado no habían hecho sino incrementar sus ansias de vengar la ofensa cometida. Decidió buscar a su primo Lorenzo, necesitaba un padrino para el duelo.

## CAPÍTULO 6

—Marina, ¿hay algo que no me hayas contado? —Marina dejó de mirar tras los cristales de la ventana para clavar sus ojos en los de su hermano. Los muros de Zambra se le caían encima.

Lorenzo terminó de cruzar la puerta de la biblioteca y dirigió sus pasos directamente hacia ella. Marina se secó las palmas de las manos en la falda de su vestido verde. Los ojos de Lorenzo lanzaban chispas, pero estaba tan atractivo como siempre. Vestía oscuros pantalones y chaqueta azul. Su hermano era un hombre sumamente atractivo, pero en esa mañana su rostro se veía contraído por la preocupación. El día había transcurrido con total normalidad, o al menos eso le había parecido a ella. Tras la conversación mantenida con Diego, Marina había podido dormir unas horas antes de que llegase la mañana. Había pospuesto la conversación con su hermano porque se sentía terriblemente cansada. Se había metido en un buen lío, y, para colmo de males, no había recuperado las cartas ni el medallón de Eugenia.

—Moliere sigue queriendo dos mil reales de plata para mantener la boca cerrada. Si no consigo las cartas y el medallón, Eugenia tendrá que pagar a ese mamarracho.

—No me estaba refiriendo al chantaje y lo sabes.

—¿Que no...? —Marina calló un momento—. ¿Qué piensas que no te he contado?

—Por qué nuestro primo Diego ha retado a duelo a su cuñado.

Los bellos ojos se entrecerraron por el fogonazo de horror.

—¿Retado? ¿Cómo sabes...? —no pudo terminar la pregunta.

—Porque me ha pedido que sea su padrino. Esta madrugada a las seis tiene una cita de honor al pie del monte de la desposada —la mente de Marina pensaba a toda velocidad.

El monte de la desposada era el nombre popular por el que se conocía a la montaña *Yebel al-Arusen* a las faldas de Sierra Morena. El lugar estaba a unas cinco leguas de la ciudad de Córdoba. Era el lugar que escogían los duelistas para vengar un honor desagraviado pues ofrecía un silencio de solemnidad inquietante, pero necesario.

—Confío que te habrás negado. —Lorenzo miró a su hermana, estupefacto—. Los duelos son ilegales —le replicó con enojo.

—No puedo negarme a un favor de honor. ¿Cómo puedes decir tal cosa?

—Diego está equivocado. No existe ninguna mancha de honor que haya que limpiar con sangre —el hermano la miraba de forma penetrante—. Tienes que hablar con él —afirmó ella con rotundidad.

Lorenzo arrugó el ceño.

—¿Con el forastero? —Marina pensó que su hermano se mostraba en ocasiones desquiciante a propósito.

—Tienes que hablar con Diego y tratar de convencerlo para que deponga esa actitud retadora.

—Eres tú la que ha propiciado esta sinrazón —replicó molesto.

—¿Todo este descalabro por un beso? —Marina no podía creérselo.

—¿Hablamos de un beso, Marina? —preguntó Lorenzo—. Porque el laird le ha pedido a padre tu mano esta misma mañana.

El corazón de Marina latía de forma desacompasada. ¿Qué diablos le estaba diciendo su hermano? ¿Cómo se podía haber enredado tanto la situación?

—¿Que Brandon ha pedido mi mano? —en su garganta se había formado un nudo que la ahogaba.

—¿Qué es lo que no me has contado? —preguntó Lorenzo, pero se quedó pensativo antes de lanzar la siguiente pregunta—. Dime que no te has entregado a él —con cada palabra de su hermano, el enfado de Marina crecía hasta un punto peligroso.

—¿Y qué ocurriría si lo hubiese hecho? —le preguntó ofendida hasta la médula.

—Que entonces seré yo quien lo rete a duelo, y juro que lo mataré.

Todo estaba adquiriendo unas proporciones gigantescas. Marina se puso la mano en el pecho para tratar de controlar los latidos alocados de su corazón, pero no lo consiguió.

—No me he entregado al forastero —confesó. Lorenzo la miró como si no fuese capaz de creerla—. Pero qué importa la verdad si actuáis como si fuese un hecho consumado.

—Le dijo a padre que aceptaste su reparación.

—Acepté su disculpa, es cierto, pues trataba de evitar todo este enredo.

—No pienso permitir que te cases con él. —Marina abrió la boca y la volvió a cerrar porque no quería herir a su hermano con su respuesta hiriente. Diego había dicho casi las mismas palabras que él.

—No tengo ninguna intención de casarme. —Lorenzo suspiró con alivio, conocía a su hermana lo suficiente para saber que hablaba en serio.

—Entonces hablaré con Diego, trataré de convencerlo.

—Y yo le pediré al escocés que retire su proposición apresurada.

Lorenzo abandonó la estancia con paso urgente, sabía dónde encontrar a su primo. Marina estaba temblando, y no de frío. Cuando vio que su hermano desaparecía tras la puerta. Se dejó caer con abandono en el primer sillón, pero el alivio le duró muy poco: su padre acababa de entrar a la biblioteca llenando el vacío que había dejado su hermano tras su marcha. Álvaro tenía el rostro severo lleno de enfado, y Marina se preguntó por qué motivo el escocés lo había enredado todo.

—Estoy terriblemente enojado contigo. —Marina se levantó con el rostro demudado por el cansancio. Había dormido muy poco durante esa noche larga, y a cada momento el caos crecía.

—Eso no es algo nuevo padre —replicó ella sin ser consciente de que le faltaba al respeto con la acusación velada, pero Álvaro no se lo tuvo en cuenta.

—He declinado la oferta de matrimonio del forastero, la considero inapropiada e inconsecuente. —Marina se molestó. Su padre actuaba sin tener en cuenta los sentimientos de ella al respecto. Afortunadamente, no sentía por Brandon algo tan profundo como para que le importara la negativa de su padre al compromiso por él solicitado, pero saber que de tenerlos tampoco los tendría en cuenta la rebeló a manos llenas—. Y no lo he echado de Zambra porque es pariente de mi sobrino.

—¿Por qué, padre? ¿Por qué ha decidido y actuado sin consultarlo primero conmigo? —Álvaro miró a su hija con sorpresa. Era la primera vez que Marina se mostraba impertinente en su presencia. ¿Qué había ocurrido para ese cambio de actitud? Se preguntó.

—¿Acaso pretendías que lo aceptara? —Marina supo que era el momento de poner a su padre en su lugar correspondiente.

—Tendría que respetar mi decisión fuese cual fuese.

Álvaro se quedó inmóvil.

—Pero Simón... —no pudo continuar. Álvaro tragó, completamente superado en emociones. ¿Realmente quería su hija casarse con el escocés? ¿Con el cuñado de su sobrino Diego? ¿Con un completo extraño?

—No pienso casarme con Simón, padre, acéptelo.

—Entonces tampoco lo harás con el forastero —le advirtió él con el rostro demudado.

Marina sentía que la ira crecía dentro de ella.

—Tengo derecho a opinar al respecto —le replicó amargamente.

—¡Marina! —exclamó Álvaro apenado—. ¿Eres consciente de lo que dices? De aceptarlo te arrancaré de mi lado, te llevaré muy lejos.

La sorpresa se reflejó en los ojos color miel de Marina. ¿Su padre temía perderla? El arrepentimiento acudió a su corazón para darle un vuelco que le provocó un dolor físico.

—Padre, no lo decía en serio.

Álvaro pestañeó varias veces antes de asimilar la respuesta de su hija.

—¿Y entonces?

Marina suspiró, ahora tocaba contarle a su padre la situación violenta que lo había desencadenado todo.

—Diego nos pilló a su cuñado y a mí en una situación comprometida. Estaba aceptando un beso del laird por una ayuda prestada.

Álvaro entrecerró sus ojos con sospecha.

—¿Qué tipo de ayuda?

—No puedo decírselo.

—Claro que lo harás, a menos que desees estar encerrada los próximos dos meses en tu alcoba.

—Ya no soy una niña, y los castigos no me intimidan.

—Doy fe de ello, pero sigo siendo tu padre, y me debes obediencia.

Marina decidió sincerarse en parte con su padre.

—Acepté un beso, y el laird cree que debe responder con el honor que requieren las circunstancias.

—¿Hablamos de un casto beso?

Marina sabía que su padre se refería a un contacto más carnal, pero ella no podía contarle que había ansiado las caricias y los besos del forastero pues hacerlo complicaría aún más las cosas.

—Padre, nunca le ofendería con una deshonra. Sé muy bien cuál es mi lugar, y no me moveré de él. Me ofende que dude de mi palabra porque nunca le he ofrecido motivos para ello.

Álvaro respiró con alivio al escucharla. Si de algo podía estar convencido, era del gran honor que tenía su hija: un sentido del honor tan elevado como el de un hombre.

—Estaba realmente preocupado —le confesó turbado.

—Lo sé, y lo lamento.

—El forastero afirma que aceptaste su reparación.

¿Otra vez la misma palabra? Se preguntó Marina.

—Padre, ellos llaman reparación a una disculpa. —Álvaro alzó una ceja meditando en la aclaración de su hija—. Somos buenos cristianos, si alguien se disculpa, tenemos la obligación moral de aceptar la solicitud de perdón.

—Por un momento creí que habías perdido la cabeza por el forastero, y admito que me entró el pánico —su padre acababa de reconocer su temor más escondido.

—No tengo intención de casarme. —Marina le sostenía a su padre la mirada con tenacidad.

Álvaro entrecerró sus ojos castaños al ver la determinación de su hija.

—Ya hablaremos sobre Simón. Ahora prepara tus cosas, mañana te marchas a «Los Encinares». El campo te sentará bien.

Era la primera vez que su padre consentía en su marcha a la hacienda. Marina estaba deseando regresar, pero antes tenía que resolver un asunto con el escocés, y con Sebastián. Cerró

los ojos y asintió con la cabeza.

\*\*\*

A medida que se acercaba a la propiedad «Los Castaños», Marina podía visualizar y recordar la bella hacienda que había sido en el pasado, y lo arruinada que parecía ahora. Estaba rodeada de una superficie arbolada muy hermosa, con castaños, nogales... con un vistazo más completo se percató del estado lamentable en el que se encontraban los jardines, que estaban llenos de maleza y de piedras. Las diversas sendas hacia los rosales secos estaban llenos de rastrojos y de hojas que el viento había acumulado sobre los márgenes. Marina clavó sus ojos en la casa, y lanzó un suspiro triste. Las paredes estaban desconchadas casi en su totalidad y tenían varias grietas que parecían muy serias. El tejado estaba prácticamente derrumbado sobre el interior de la vivienda, y la mayoría de las tejas habían desaparecido. Años atrás había sido una propiedad próspera erigida a orillas del Guadalquivir, cerca del molino y el puente que daba entrada a la ciudad de Córdoba, pero los años de abandono eran demasiados para que la propiedad conservara su apariencia majestuosa.

Marina tocó con suavidad el tirador gastado en forma de puño, pero no se oía nada en el interior de la vivienda. Esperó unos minutos antes de darse por vencida, y, cuando ya se daba la vuelta para regresar a Zambra, la puerta se abrió apenas una rendija.

—¡Da! ¿Qué haces aquí? —La voz de Sebastián había sonado seca.

—Quería hablar contigo —le respondió ella de forma titubeante.

—¿Has venido andando desde Zambra? —Marina asintió—. Es un largo recorrido hasta «Los Castaños» —le recordó él, todavía sin creerse la iniciativa de ella.

—Me apetecía pasear, hace una tarde muy agradable —respondió Marina mientras le sostenía la mirada—, y ya sabes que no me importa caminar.

Sebastián se hizo a un lado para permitirle el paso hacia el interior de la vivienda. Marina se preparó mentalmente para lo que iba a encontrarse, aun así, la visión de la estancia hizo que lanzase una exclamación de sorpresa. El interior era todavía más tétrico que el exterior.

—¡Sebastián! —exclamó Marina apesadumbrada—. ¿Cómo has podido permitir esto? —Con una mano extendida abarcó la ruina que en otro tiempo había sido un hermoso vestíbulo.

—Ya estoy acostumbrado.

Marina alzó una ceja con asombro.

—Me parece inaudito la negligencia que demuestras con tu herencia.

—¿Qué herencia, Da? Mira a tu alrededor y dime si esta cloaca te parece una herencia.

Marina clavó sus ojos en Sebastián, el mejor amigo de su hermano Lorenzo y ahijado de su padre, Álvaro del Valle. La estirpe de Sebastián era una de las mejores de Córdoba, y de las más antiguas que se habían instalado en la ciudad en sus comienzos. Por su sangre corría sangre de reyes. Antaño sus padres habían sido ricos hacendados, pero lo habían perdido todo por culpa de unos pleitos con la justicia iniciados por un familiar ambicioso y despechado. Sus continuos litigios los habían llevado a la ruina financiera. La familia De la Cruz había quedado en la bancarrota.

—¿Cómo está Rocío? —Rocío era la hermana mayor de Sebastián.

—Feliz al otro lado del charco.

La hermana de Sebastián había sido el desencadenante de la caída de la familia De la Cruz. Casada con un ilustre abogado, decidió dejarlo todo, marido, casa y familia, por un marinero americano; lo había seguido al otro continente. El marido de Rocío había volcado en su familia política todo el rencor y el resentimiento que le produjo el abandono de su esposa. El padre de



Sebastián no pudo resistir la deshonra ocasionada por su hija y los diferentes pleitos con su yerno, y optó por suicidarse semanas después.

Sebastián por aquel entonces se encontraba cursando sus estudios de medicina en la ciudad de Sevilla, pero los había dejado inconclusos porque su madre había enfermado gravemente. Su fallecimiento había dejado a Sebastián con un resquemor de desdicha muy peligroso.

—Deberías aceptar la ayuda de mi padre —le dijo ella de sopetón—, te la ofrece de buena fe.

—Soy un hombre orgulloso —le replicó él al mismo tiempo que se dirigía hacia el interior del salón. Marina lo siguió de cerca.

—¿Y de qué te sirve el orgullo salvo para lamentar cada día que amanece?

—Si fueses un hombre podrías comprenderlo.

Marina apretó los labios, medio ofendida por su respuesta agria.

—Entonces acepta mi herencia y deja de asaltar a los visitantes que cruzan las tierras de mi padre.

La sonrisa de Sebastián le pareció a Marina premeditada.

—¿Tu herencia? ¿La que pertenecerá a tu esposo cuando te cases? —Marina chasqueó la lengua porque Sebastián había desviado la conversación hacia otros terrenos que ella tenía vetados: escondidos en lo más profundo de su corazón.

—Pero no voy a casarme, Sebastián. —Él entrecerró sus ojos con burla al escucharla—. Podrías emplear mi herencia en hacer prosperar de nuevo la finca. Después podrías devolverme el dinero con intereses, intereses que yo aceptaría, por supuesto.

—Tu padre me mataría —ratificó él.

Marina le hizo una mueca con la boca.

—Tengo libertad para disponer de mi herencia cuando lo considere necesario.

Sebastián la miró con incredulidad.

—Gracias, Da, es una oferta muy generosa, pero, como comprenderás, me siento en la obligación de declinarla.

—Eres un terco y un obstinado, ¿acaso es mejor bandolear por Hornachuelos apropiándote de las pertenencias de otros? —Sebastián endureció su gesto al escucharla—. Juegas con tu vida de una forma que me produce escalofríos.

—Solo quito aquello que les sobra.

Marina inspiró hondo antes de responderle.

—Quiero ayudarte —le suplicó ella—. No soporto ver este abandono.

—Aceptaría tu herencia si fueses a casarte conmigo —le espetó de pronto. Ella aguantó la respiración—, pero jamás te arrastraría a mi miseria. Te profeso demasiado afecto, y respeto mucho a tu familia.

—Tu propuesta está aceptada si la ofreces.

Durante un instante largo y silencioso, pareció como si Sebastián sopesase aceptar la sugerencia ofrecida por ella.

—No sabes lo que dices —terminó por decir él—, además eres mayor que yo.

Marina entrecerró los ojos al escucharlo

—Soy plenamente consciente de mis palabras —le aclaró—, y parezco más joven que tú.

Sebastián soltó una carcajada.

—¡Dalila! No pisotees mi orgullo todavía más.

—No deseo verte en la horca como un ladrón, y si para ello tengo que despojarte de tu orgullo, ¡juro que lo haré! Sin importar las consecuencias.

Ambos estaban parados frente a frente. Marina le sostenía la mirada a Sebastián con tenacidad, y él la observaba con un deje de admiración en la profundidad de sus pupilas.

—Me enterece que te preocupes por mí.

—Eres mi amigo, y los amigos se ayudan.

—Prometo dejar mi faceta de bandolero muy pronto.

—Pronto no es suficiente —le espetó ella de forma dura.

—Necesito el dinero del pillaje para pagar a los hombres que trabajan para mí y que me son leales. —Sebastián paró un momento antes de continuar en un tono más ecuánime—. Estoy tratando de reunir el dinero necesario para emplearlo en estas tierras, hasta el último real de plata.

—¿De veras piensas restaurar «Los Castaños»? —preguntó ella con la voz henchida de esperanza.

—Como bien has mencionado, es mi herencia —dijo él con la voz tensa.

—Podrías pedir un préstamo.

—Mi apellido se ha convertido en una carga: un lastre imposible de arrastrar.

—Lo lamento de veras.

—No tienes por qué, bandolear, como tú lo llamas, es bastante divertido.

Ella lo miró completamente estupefacta.

—Actúas al margen de la ley, Sebastián.

El rostro de él se endureció como el granito.

—¿Hablamos de la misma ley que me lo ha quitado todo? ¿Que me ha dejado en la ruina más completa? ¿La que hizo que mi padre se suicidase, y que mi madre enfermase hasta las últimas consecuencias?

Marina sabía que sus palabras habían sido equivocadas.

—Tengo miedo de que te capturen.

—Por ese motivo solo asalto a los que cruzan la propiedad de tu padre, a pesar de tus esfuerzos para que no lo consiga.

—No puedo mantenerme al margen si estoy presente cuando lo ejecutas—exclamó ella.

—El destino seguirá su curso, Da, no importa lo que hagamos al respecto para evitarlo.

—Qué fácil sería si no te mostrases tan orgulloso —continuó ella con tono duro—. Podríamos casarnos, y así dispondrías de mi herencia con legitimidad, sin que nadie tuviese el derecho de cuestionarlo. —Cada palabra de ella se le clavaba a Sebastián en el corazón con una puntería de muerte.

—¿Es eso lo que realmente quieres, Da? ¿Atarte a un amigo toda la vida porque te sientes en la obligación de ayudarlo?

—Tú, lo harías por mí, Sebastián.

El brillo en los ojos de él no supo cómo interpretarlo ella.

—Te equivocas, Da. —Marina lo miró sin comprender, pero no le preguntó a qué se refería, estaba demasiado pendiente de su negativa para meditar en las razones que contenían sus palabras.

Sobre los dos pendió un silencio incómodo.

—¿Lo pensarás al menos? —la voz de Marina tenía un deje de esperanza.

—Prometido —fue la lacónica respuesta del hombre.

—Mañana me marcho a «Los Encinares». —Sebastián entrecerró los ojos, pensativo—. ¿Vendrás a verme? —le preguntó ella con una media sonrisa.

—Sabes que lo haré—le respondió él.

—Pero no asaltarás a más viajeros.

Sebastián le sonrió de forma ladina.

—Mientras te encuentres en la hacienda.

—¡Sebastián! —exclamó ella con enojo.

—Tranquila, te estaba gastando una broma. Ya tienes mi promesa, no bandolearé cuando estés cerca.

Marina soltó un suspiro de alivio.

## CAPÍTULO 7

Un resultado satisfactorio, de dos propósitos por alcanzar, era un balance muy positivo. Por ese motivo el corazón de Marina latía alegre y su rostro estaba ausente de preocupaciones, pero ese estado podía cambiar en el mismo momento que ella hablase con el forastero, y si el escocés optaba por adoptar una actitud belicosa, e incluso terca, cuando ella le pusiera los puntos sobre las íes sobre el tema de la reparación, y es lo que pensaba hacer de inmediato.

Se secó las manos en el lienzo y se emparejó algunos mechones que se le habían soltado de la sujeción del moño, pero decidió en el último momento ponerse una redcilla en el pelo y cambiarse el vestido. El largo camino la había dejado acalorada. El cortijo «Los Castaños» estaba más lejos de lo que recordaba. No había visitado la propiedad desde que era una niña y se escapaba de Zambra para ir a buscar a su hermano, que siempre estaba en compañía de Sebastián. Pero Lorenzo y Sebastián toleraban su compañía sin una réplica, a pesar de la diferencia de edad y de género. Había reído con ellos y aprendido muchas cosas valiosas. Marina bajó las escaleras de la primera planta y dirigió sus pasos hacia la biblioteca; sabía dónde encontrar al escocés y se preparó mentalmente para un encuentro con él.

Tocó apenas con un roce la madera, solicitando el permiso para entrar, pero la puerta se mantenía cerrada a su llamada. Accionó el picaporte y abrió la puerta, pero no había nadie en la biblioteca. Marina volvió su cabeza hacia el vestíbulo y fijó sus ojos en Gloria, la doncella que limpiaba la barandilla de plata de la escalera.

—Gloria... —La aludida bajó sus ojos hasta la figura de Marina, quieta en el enorme vestíbulo—. Busco al laird McGregor. Dejé recado de que me esperase en la biblioteca.

—Lo vi salir hace varios minutos hacia el patio de las palomas.

El patio de las palomas era uno de los tres patios que había en el interior del palacio de Zambra, y el más emblemático. Marina cruzó el vestíbulo con dirección al patio de las palomas, pero cuando casi alcanzaba el primer escalón de salida, escuchó las voces acaloradas de Diego y del escocés. El corazón de Marina dejó de latir durante unos segundos, las palabras de Diego le estaban produciendo unos latigazos dolorosos. ¡Dios del cielo! ¿Realmente el escocés había hecho algo tan horrible? Brandon tenía los brazos cruzados en el pecho y el rostro sereno. Diego vibraba de despecho al mismo tiempo que le lanzaba una mirada peligrosa a su cuñado.

—Aceptaste batirte en duelo —le recriminó Diego a su cuñado.

—Lo acepté en el calor del momento —le replicó Brandon—. Pensé que rectificarías tu postura.

—¡Soy un hombre de honor! —exclamó Diego con los labios apretados.

—No pienso batirme contigo, acéptalo de una maldita vez.

—Te dije que te alejaras de ella.

—He cruzado la línea, Diego, ya no hay vuelta atrás.

—¡Marina no es una de tus conquistas!

—Créeme que lo sé.

—No pienso permitir que la manipules.

—Ha aceptado mi reparación —comentó Brandon ufano.

Diego apretó los puños hasta crujir los nudillos y ponerlos Blancos. Una reparación para un escocés era sagrado.

—¡No estás en las Tierras Altas sino en Córdoba!

—Su destino ya está unido al mío por una promesa.

—Eres un desgraciado. —El insulto de Diego hizo que Brandon inspirara de forma profunda.

—Tus ansias de venganza no son debido a Marina, ¿no es cierto? —le espetó Brandon de forma dura—. Todavía piensas en tu amor de juventud, en la esposa de mi primo Justin, y debería de romperte el cuello por menospreciar con tus actos a mi hermana.

Diego soltó el aire que estaba conteniendo.

—Solo tú tienes la culpa de esta circunstancia —le dijo en un tono despectivo.

—Mi hermana es inocente en todo esto.

Diego soltó una carcajada.

—¿Hablamos de la misma mujer que se metió entre mis piernas como una furcia en busca de reales?

Brandon le ofreció una mirada de advertencia.

—Cuida tus palabras cuando hables de la madre de mi sobrino —le sugirió Brandon con aspereza.

Pero Diego no retrocedió en su postura.

—No vas a salirte con la tuya —le dijo él, y Brandon caminó un paso hacia Diego.

—Si tengo que hacerla mía para que lo aceptes, no dudes que lo haré.

Diego no necesitó más provocación, le asestó un puñetazo a su cuñado en la barbilla que lo lanzó con inesperada fuerza hacia atrás. Brandon cayó sobre una mesilla que se rompió con estrépito. Diego no podía parar la embestida, asió a Brandon por la pechera y lo volvió a golpear de nuevo, pero Brandon estaba preparado y pudo esquivar el golpe a tiempo. Diego era más ágil y se movía mucho mejor alrededor de él, pero la altura de Brandon le concedía cierta ventaja que supo aprovechar en su beneficio.

—No estás defendiendo el honor de tu prima, estás manchando el nombre de mi hermana —le increpó Brandon con dureza al mismo tiempo que le devolvía un puñetazo a Diego en el abdomen. Diego se quedó con el rostro contraído de dolor, pero volvió a atacar de nuevo.

—Pienso dejarte sin una gota de sangre —amenazó Diego, pero Brandon no se lo tomó en cuenta. Ninguno de los dos paró los golpes que se daban.

Marina decidió intervenir.

—¡Basta! —ninguno de los dos oyó su exclamación aguda—. ¡Deteneos!

Los gritos de Marina hicieron que Brandon la mirara durante unos instantes, instantes que Diego aprovechó en su favor. Volvió a arremeter con más furia contra su cuñado. Marina se interpuso entre los puños de los combatientes a riesgo de sufrir ella misma un golpe.

—¡Suficiente! —Marina posó sus palmas en el pecho de Diego y en el de Brandon que detuvieron la lucha—. ¿Cómo os atrevéis a montar un escándalo en la casa de mi padre?

Diego trató de esquivar la mano de Marina para alcanzar de nuevo a su cuñado, pero ella no se dejó amilanar por su gesto. Le dio la espalda a Brandon y sujetó las solapas de la camisa de su primo para mirarlo directamente a los ojos.

—¡Primo! ¡Basta, por favor! —la súplica de ella penetró en el cerebro de Diego, que bajó sus puños hacia sus caderas.

Al momento, el patio se llenó de criados atraídos por el ruido de la pelea. Marina, con un gesto altivo, les ordenó que se retiraran. Afortunadamente, su padre y su hermano no estaban en la casa para presenciar semejante descalabro.

—Os estáis portando como unos críos —les regañó a los dos de forma severa.

—Este asunto no te concierne, prima. —La voz de Diego cortaba más que el filo de un cuchillo de carnicero.

—Regresa a tus quehaceres, mujer, y deja que los hombres resuelvan sus asuntos como

corresponde. —Las palabras de Brandon hicieron que ella se volviera con lentitud hacia él. Marina paseó sus ojos por la figura de Brandon con una soberbia digna de una reina. ¿Que regresara a sus quehaceres...?

—Actuáis como dos niños en una rabieta estúpida —respondió al escocés de forma agria. Diego, al escucharla, tensó los hombros. Brandon la escudriñó de forma más intensa.

—Una mujer sensata sabría cuándo mantenerse al margen de una disputa entre caballeros.

¿Caballeros? El escocés debía de estar bromeando, pensó ella.

—Hasta donde yo veo, no son dos caballeros los que pelean, sino dos mulas —alegó sumamente ofendida.

Brandon asió el codo de Marina para apartarla hacia un lado. Diego se tomó la intervención de su cuñado como un acicate personal. Arremetió todavía más ofuscado, pero Marina estaba preparada para su arrebató.

—¡Primo! Uno de los dos debe mostrar sensatez. Confío que seas tú, un hidalgo caballero. —La palma de Marina seguía parando los intentos de Diego de avanzar hacia el escocés.

—¿Sensatez? ¡Maldita sea, trato de lavar tu honra! —contestó el primo con los dientes apretados.

Marina inspiró con fuerza para responder a Diego, pero Brandon no le permitió la oportunidad. Con sus palabras clavó el sentimiento de desconfianza en ella todavía más.

—Un verdadero hombre no se escondería detrás de las faldas de una mujer, sea prima o no —la crítica de Brandon fue desafortunada, y carente de sentido común.

Marina lo miró completamente estupefacta, tal parecía que el forastero buscaba continuar la pelea con su primo a pesar de sus intentos de apaciguar la reyerta. Ni se lo pensó, ahora fue ella la que le propinó un puñetazo a Brandon en la mandíbula con tal fuerza que le hizo escupir sangre. Marina deseaba gritar por el dolor que le había producido el puñetazo en su muñeca, pero logró contener el jadeo. Ver el hilo de sangre que se deslizaba por la comisura de la boca del escocés bien valía soportar el dolor que sentía. Cerró los ojos un momento para controlar las lágrimas. Le dolía terriblemente la mano, pero no lo demostró. Abrió los ojos y los posó en su primo.

—Mi honor ya está lavado. —Diego no cabía en sí de la sorpresa—. Y ahora compórtate como te han educado desde la niñez. Un hombre sabe cuándo parar sus acciones precipitadas.

Diego resopló con fuerza tras escuchar las palabras de su prima, y contuvo su mal genio bajo una máscara de pasibilidad, pero dio un paso hacia atrás. La mano de Marina había quedado laxa a su costado al perder el contacto. Brandon seguía masajeándose la mandíbula dolorida. Realmente la española sabía golpear con la suficiente fuerza como para dejarlo malherido.

—No he terminado con él —le dijo Diego a Marina con los ojos llenos de fuego.

—Yo no soy la mujer que defiendes —comenzó resuelta—. Pero no me dejaré embaucar, tienes mi palabra.

Diego miró a su prima de forma tan minuciosa que Marina estuvo a punto de abandonar el patio, pero se mantuvo firme.

—Entonces, mi defensa no tiene razón de ser. —Marina negó con su cabeza para darle más valor a las palabras de Diego—. Pero no pienso permitir que ese bastardo encuentre una oportunidad de crear una situación a su conveniencia.

Marina sonrió a Diego con afecto genuino.

—Primo, soy capaz de llevar este asunto de forma pragmática, permíteme que haga honor a mi linaje.

Tras unos instantes largos y pesados, Diego abandonó el patio y los dejó a solas. Brandon seguía masajeándose la mandíbula de forma inconsciente. Marina se volvió llena de ira hacia él

escocés.

—¿Por qué me has golpeado? —le preguntó él lleno de curiosidad.

—Porque se lo merecía —respondió llena de soberbia.

—Peleaba por ti —le aclaró lleno de orgullo confuso.

—Lo sé, Diego me quiere. —Brandon la miró atónito, ¿creía que él se refería a Diego? Marina había inclinado los ojos al suelo, se sentía de pronto llena de una tristeza inexplicable.

—No me refería a Diego, sino a mí mismo.

Marina dejó la réplica en suspenso. Podía comprender la actitud de su primo gracias a las palabras que había escuchado momentos antes de intervenir en la pelea, palabras que se le habían clavado como dardos afilados en los riñones.

—¿Es verdad? —Marina hizo la pregunta con un hilo de voz.

Brandon entrecerró sus ojos verdes.

—No sé a qué verdad te refieres.

Marina volvió a suspirar de forma profunda.

—¿Emborrachó a mi primo Diego para poder comprometerlo con su hermana? —por primera vez en su vida, Brandon se mostró abrumado por la vergüenza—. ¿Para alejarlo del amor de su vida?

El silencio que siguió a continuación resultó pesado de dudas y espeso de recriminaciones.

—La mujer que amaba Diego, estaba prometida a mi primo Justin desde su nacimiento. —Marina debería haberlo imaginado. Las justificaciones por los actos censurables resultaban siempre irrisorias—. Los detalles ulteriores para que esa unión fuese llevada a cabo carecen de importancia en este momento.

—¿Diego la amaba! —exclamó ella llena de un sentimiento de rechazo que Brandon paladeó como si fuese un néctar venenoso—. Me parece monstruoso, pérfido. —Marina calló un momento, llena de incertidumbre—. ¿Con qué derecho interfirió en su vida? Diego nunca le había hecho ningún mal.

Brandon se sentía incapaz de justificarse.

—Me lo dijeron las runas cuando las consulté. —Marina ignoraba qué eran las runas, aunque esa circunstancia no le importó—. Las runas son consideradas por los escoceses como algo mágico, portadoras de secretos, y suelen utilizarse como oráculos en rituales de adivinación. —Marina no lo comprendía. ¿Hablaba de brujería?—. Cuando la duda me atosiga, suelo consultarlas para decidir el camino que debo elegir. —Brandon se mesó el pelo buscando las palabras idóneas para que ella entendiera—. Si hablamos de un plano espiritual, las runas nos pueden revelar capacidades ocultas a las que solo se puede acceder mediante la meditación. En un plano más material, manifiesta para los que creemos aquello que está por venir.

—¿Las runas le dijeron que tenía que manipular la vida de mi primo? —Marina no podía creérselo.

—Me mostraron que Diego iba a quedar unido a mi familia, creí que sería por el matrimonio de mi hermana, pero desde que te conozco he dudado que mi intervención haya sido la acertada.

Marina se sentía confundida. Diego había sido manipulado por unos intereses que escapaban a su razón, pero nada de eso importaba. La sangre fraternal que la unía a su primo era espesa: la sentía latir en sus muñecas llenas de escarnio por el agravio cometido contra su persona. Marina alzó la barbilla con determinación, y con un brillo intenso en sus ojos color de miel.

—Le devuelvo la reparación. —Brandon alzó una ceja rubia con insolencia—. He comprendido que no era una disculpa, sino una coacción llena de interés.

—No puede devolverse la palabra aceptada.

Marina irguió la espalda. El escocés la miraba con ojos que parecían resabiados.

—La aceptación no es válida cuando se ignora el contenido de esa palabra en otro contexto —replicó ella de forma seca, pero Brandon no dio indicios de que le molestase la recriminación de ella.

—Hemos empezado con mal pie... —comenzó Brandon, tratando de disculpar su impulsividad.

Marina estaba atónita.

—¿Hemos empezado? Señor mío, este asunto está muerto y enterrado, y tanto que ya apesta.

Brandon no podía seguir la jerga de ella. ¿Estaban hablando sobre un difunto? ¡Que lo ahorcasen! Diego necesitaba sacar la ira con sus puños, y él había tratado de darle aquello que buscaba: una pelea en condiciones para tener después una conversación coherente y así limar todas las asperezas y malentendidos.

—Lamento que hayas sacado conclusiones precipitadas —se excusó él. Marina lo miró, y por primera vez se percató de las enormes diferencias que existían entre el forastero y ella. Eran dos polos opuestos: fuego y hielo, lluvia y sol—. No sé manejarme bien con vuestro lenguaje.

Marina podía concederle al menos eso.

—Retire la proposición ofertada a mi padre, y olvidaré este incidente desafortunado.

Brandon no se lo podía creer.

—La proposición hecha al conde es un mero formalismo, ya estás comprometida por honor a mi vida.

Marina se juró que no iba a perder la compostura, pero estaba a un paso de romperle la crisma.

—¿Cómo podía comprometer mi honor cuando ignoraba la consecuencia de esa aceptación? —le preguntó llena de curiosidad.

—Esos detalles no importan en las Tierras Altas.

Marina puso los brazos en jarras.

—¿Acaso ve las Tierras Altas aquí? Le recuerdo que se encuentre en el reino de España.

Brandon comenzó a reír con ese gesto que la descolocaba. Tras unos segundos eternos, la sonrisa que había comenzado en la comisura derecha se había extendido a toda su boca.

—Veo a una prometida renuente.

Marina redujo sus ojos a un punto.

—Como broma ha estado bien, pero está demostrando falta de sentido común insistiendo en mantenerla.

Brandon cruzó los brazos en el pecho, y se irguió todavía más en su altura.

—Bien, atengámonos a los hechos —le informó ufano—, y los hechos son que he comprometido tu reputación no una, sino dos veces. Si lo deseas, puedo explicarle esos motivos al conde de Zambra. —Marina dilató sus fosas nasales cuando inspiró de forma profunda—. Quizá no se muestre tan obtuso como la hija.

—Perfecto, atengámonos a los hechos —le replicó ella llena de cólera—. Esta proposición es absurda e irresponsable. Motivos más que censurables para seguir empeñado en ella. —Brandon abrió la boca para responderle, pero Marina no se lo permitió—. Granada es una ciudad hermosa, ofrézcale mis respetos a su hermana, y ¡buenas tardes!

\*\*\*

Brandon iba a hacer un surco en el suelo de su alcoba con el ir y venir de forma apresurada sobre el pulido y brillante mármol. Había perdido la cuenta de las veces que se había mesado el



cabello de forma exasperante, inútil. Marina había cerrado con siete llaves la coraza de la confianza para él.

Desde la pelea con su cuñado Diego, ninguno de los dos estaba dispuesto al diálogo, y que lo ignorasen era algo que Brandon no sabía llevar muy bien. Pensaba retirar su proposición de matrimonio al conde de Zambra porque sabía que había equivocado el camino.

Marina era una mujer de los pies a la cabeza, y la cabeza era lo próximo que pensaba hacerle perder a ella, con argucias, con trampas, con lo que fuese necesario para meterla bajo sus piernas. Brandon masculló porque se encontraba en una difícil situación amorosa por primera vez en su vida, y no sabía qué pasos dar o cómo ganarse de nuevo la confianza de ella. Su corazón saltaba dentro de su pecho con solo evocar su imagen; se moría por escuchar el sonido de su voz melodiosa, y ella no le había dado ningún indicio de que sintiese por él algo más que atracción sexual, ¡maldita sea! ¿Cómo diantre se seducía a una virgen renuente? Brandon tenía muy claro que había que cambiar de estrategia, necesitaba despertar el interés de ella, y debía hacerlo con algo sumamente imprescindible.

De pronto, la mente de Brandon evocó al francés que trataba de chantajear a una de sus amigas. Si conseguía aquello que Marina ansiaba... Brandon maldijo por enésima vez, y de la misma forma que maldecía su primo Justin. Él se encontraba en una situación similar: ansiaba a una mujer que lo miraba como si fuese un mosquito aplastado en el suelo. Su ego estaba reducido al polvo; su orgullo tan magullado, que dudaba seriamente poder mirarse al espejo de nuevo sin sentir vergüenza. El único aliado en su lucha pasional lo tenía en el hermano de ella, Lorenzo. Contra todo pronóstico mantenía una actitud pasiva en el intento de él de lograr que Marina se posicionase a su favor. Brandon miró el reloj de la pared, faltaban unos minutos para las cinco de la tarde. Todavía faltaban un par de horas para que el francés regresara a sus aposentos, podría aprovechar el momento para buscar aquello que Marina ansiaba, y pensaba hacerlo de inmediato.

Dirigió sus pasos hacia la segunda planta del palacio de Zambra, donde estaban ubicados las alcobas. A medida que subía, fijó la vista en el hermoso mobiliario del amplio vestíbulo que daba acceso a la vivienda, miró las alfombras tejidas con colores neutros, los hilos de lana dibujaban unas flores muy armoniosas y raras. Pasó sus dedos por la pulida madera del pasamano, sorprendiéndose de su suavidad. Su casa en Escocia distaba mucho de parecerse al palacio de Zambra.

Brandon detuvo la mirada en los oleos que colgaban de las paredes a medida que seguía subiendo, ancestros de la familia Del Valle que habían dejado una herencia y un linaje envidiable. Cuando llegó al corredor de la primera planta, clavó sus ojos en el cuadro de Marina que presidía el vestíbulo que daba acceso a los dormitorios. El pintor era extraordinario pues el parecido con la realidad era exacto, había captado en su pose la altanería de ella; en sus ojos, el brillo de fuerza y decisión. Brandon hizo cálculos mentales, el cuadro sería lo primero que cargaría en el barco con rumbo a Escocia para colgarlo en su estudio de Ruthvencastle, y lo segundo, a su salvadora...

La alcoba de Moliere estaba a oscuras. Las cortinas de terciopelo verde estaban corridas sobre el visillo blanco. Brandon oteó el mobiliario; el escritorio estaba pulcramente ordenado. Caminó hacia el centro del dormitorio con pasos sigilosos, la gruesa alfombra lograría amortiguar cualquier sonido que hiciese. Brandon abrió uno de los libros de Moliere que estaba escrito en francés. Luego volvió sobre sí mismo para observar la habitación con más atención. Sabía que aquello que buscaba no se encontraba en el armario ni en el escritorio porque Marina o él lo habrían encontrado la noche que Diego los pilló a ambos besándose con pasión. Pero, ¿dónde escondería Moliere los objetos del chantaje? Fue analizando cada uno de los rincones del amplio

dormitorio: el palanganero donde había una jofaina para lavarse, un jarro con agua y jabón. Miró el lienzo cuidadosamente doblado, y las botas de montar brillantes a un lado del palanganero, parecía que no las habían usado nunca. Los criados no solían limpiar las botas a menos que se hubiesen ensuciado, pero esas tenían algo de polvo en la punta, señal inequívoca de que Moliere no había montado durante un tiempo. La sospecha arraigó con fuerza en él que dirigió sus pasos hacia las botas, las cogió sin miramientos e introdujo la mano por una de ellas. El interior estaba vacío, hizo lo mismo con la otra, pero esta vez la mano de Brandon tocó algo escondido en ella.

Cuando arrastró el fajo por la piel, vio que era un rollo de papel, supo que eran las cartas comprometedoras. Volvió a introducir la mano y sintió un bulto envuelto en un pañuelo de hilo. Lo sacó sin dudar. Brandon no se detuvo a analizar lo que había encontrado, se metió el rollo de papel en el bolsillo de su chaqueta, y el paquete de tela en el bolsillo de su pantalón. Dejó las botas en la misma posición que las había encontrado y abandonó el cuarto de Moliere en silencio. Abrió la puerta una rendija para asegurarse de que no había nadie en el corredor que pudiese verlo en una alcoba que no era la suya, pero el corredor estaba vacío. Brandon cerró la puerta tras de sí y caminó hacia su propio dormitorio. Estaba impaciente por comprobar si sus pesquisas habían dado resultado, o si lo que tenía en su poder no servía para nada.

\*\*\*

Lorenzo miraba estupefacto al forastero y los documentos que sostenía en su mano derecha. Papeles que le ofrecía de forma altruista. Los cogió con algo de aprensión.

—¿Cómo los has conseguido? —la voz de Lorenzo había temblado ligeramente.

—Era lo que Marina buscaba en la habitación de Moliere —explicó él. Lorenzo masculló con violencia al ver las pruebas—. Como puedes observar, el individuo no solo chantajeaba a jovencitas casaderas.

Lorenzo se juró acabar con ese gabacho malnacido. ¿Cómo había logrado coaccionar a tantos ganaderos importantes de Córdoba? ¡Incluso a su padre!

—Cuando busqué en el fajo de papeles las cartas que quería Marina —dijo Brandon sin alteración alguna en la voz—, me di cuenta de que no eran cartas de amor, sino pagarés. Las sumas de dinero son verdaderas fortunas. También hay cesiones de propiedades importantes, bueno, al menos lo pienso así.

Lorenzo siguió mirando los diversos documentos que tenía en su mano. Uno de ellos era la escritura del cortijo «Los Reales», la propiedad que su abuelo materno había dejado en herencia a su hermana Marina como parte de su dote. Había pagarés por valor de cinco mil reales firmados por el conde de Zambra. ¡Tenía que ser una pesadilla!

—Estoy convencido de que mi padre ignora que lo están estafando. —Los ojos de Brandon le mostraron que no lo creía posible.

—La firma y el sello son del conde, ¿no es cierto? —Lorenzo asintió cabizbajo—. Sería muy difícil para Moliere demostrar que la propiedad ha sido una cesión del conde, máxime si esa cesión no ha sido tal, sino una usurpación en toda regla. Aquí en Córdoba no podría reclamar una propiedad que no es legalmente suya. ¿Me equivoco?

—Ni aunque lo fuese —respondió Lorenzo de forma dubitativa; creía saber a dónde quería llegar Brandon.

—Hay que averiguar por qué Moliere está chantajeando al conde de Zambra.

Lorenzo se mordió el labio inferior pensativo.

—¿Por qué nos ayudas? —quiso saber.

—Mi intención era ayudar a Marina, que arriesgó mucho por una amiga. Su esfuerzo no podía

quedar en nada.

Los ojos de Lorenzo se entrecerraron, pues las palabras de Brandon le parecieron un encubrimiento de la verdad. Era el primer hombre que no le era indiferente a su hermana, y él pretendía que ella no lo olvidase. Además, le caía bien ese fortachón de sonrisa fácil.

—Entiendo —contestó Lorenzo.

—Estoy interesado en Marina —dijo de pronto Brandon, y Lorenzo lo miró completamente estupefacto—. Tengo intención de hacerla mi esposa.

Brandon sonrió de oreja a oreja, como si sus palabras estuviesen cargadas de la razón más elemental. Lorenzo no podía recuperarse de la impresión recibida. Dudaba si lo habían sorprendido más los papeles del chantaje, o la declaración formal de Brandon sobre sus intenciones para su hermana.

—Acabas de dejarme en noqueado.

—Sabes que ella me corresponde.

—Vas a necesitar mucha ayuda.

—Lo sé. Ayuda mutua. —Lorenzo enarcó una ceja sin querer saber hacia dónde lo conducían las palabras de Brandon.

—¿Me estás pidiendo que haga de alcahueto?

—¿Alca...? —Brandon respiró profundamente—. Soy incapaz de pronunciar esa palabra, aunque imagino lo que significa.

Lorenzo amplió la sonrisa al ver la cara del forastero. Su expresión resultaba cómica porque navegaba entre la ofensa y la necesidad sin decidirse por ninguna.

—El mayor obstáculo no lo tienes en Marina.

—Lo sé —volvió a repetir Brandon.

—Mi padre no dará su consentimiento. —Si Lorenzo pensaba desanimarlo, se equivocó por completo. Su advertencia determinó todavía más la postura de Brandon.

—No me daré por vencido.

Lorenzo meditó en las palabras de Brandon.

—Entonces permite que te dé algunos consejos en agradecimiento por lo que has hecho.

—¿Qué harás con los documentos?

Lorenzo inspiró de forma suave antes de responderle.

—Haré una visita a un abogado amigo mío y compañero de universidad, pienso ponerle vigilantes a ese cabrón francés. —Brandon asintió con la cabeza—. Voy a pillarlo con las manos en la masa.

—¿Hablarás con el conde?

Lorenzo negó con la cabeza.

—Hasta que no llegue al fondo de este asunto, no. No hay necesidad de preocuparlo, ni de avergonzarlo innecesariamente.

—Necesitarás mi ayuda —se ofreció Brandon con gesto generoso.

—Mi primo Diego es ducho en temas legales, si necesito tu ayuda te la pediré, tienes mi palabra.

Brandon comprendió que había ganado un amigo. Sabía que Lorenzo era perfectamente capaz de pillar al ladrón de Moliere y de darle su merecido.

—Mi hermana se ha marchado esta misma mañana a «Los Encinares».

Brandon comprendió que el heredero de Zambra apoyaba su interés en Marina.

—Entonces me iré de caza.

Lorenzo le hizo un gesto breve de asentimiento, pero antes de que Brandon saliese por la

puerta de la biblioteca, le ofreció una pequeña advertencia.

—¡Escocés! —Brandon giró la cabeza para mirarlo, tenía el picaporte de la puerta en la mano, aunque no había llegado a accionarlo—. Juega limpio, o tendré que matarte.

Brandon hizo un gesto afirmativo, después abandonó la estancia en silencio, pero no pensaba darle tregua a Marina. Estaba completamente decidido a conquistarla, y para ello debía acosarla de día y de noche, no permitirle un minuto de paz. Iba a crearle un motín completo a sus sentidos, aunque recordaba perfectamente la advertencia de Lorenzo y de su cuñado Diego. Tenía que jugar de forma honesta, pero ¿desde cuándo un escocés jugaba limpio?

## CAPÍTULO 8

La tarde era maravillosamente cálida y estaba llena de luz. Cuando Marina alzó su rostro hacia el cielo, la sonrisa en sus labios rojos se amplió. Había ansiado tanto regresar a la hacienda, que la sensación de libertad que experimentaba le producía una inmensa felicidad. Escuchó, como si oyese por primera vez, el trinar de los pájaros en el bosque, el murmullo del arroyo bajo la ladera, el silencio.

Marina, sin soltar las riendas de Cabrón, desmontó con una agilidad natural, y con la misma gracia que había demostrado desde niña. Desató la brida, y soltó los correajes que sujetaban la silla de montar. El brioso semental se veía impaciente; la ligera cabalgada hasta las ruinas de la ermita de los Santos Patronos no había calmado su anhelo de ejercicio, pero a ella no le preocupaba ese detalle: tenía toda la tarde para dedicarla al hermoso caballo.

Marina observó las piedras negras del santuario. La ermita había sido quemada y reducida a la nada durante la guerra. Los franceses habían arrasado allá por donde cruzaron, y la ermita, refugio de guerrilleros cordobeses, había sido un objetivo principal. Doce de ellos habían muerto calcinados dentro de sus muros. A la derecha del edificio se habían ubicado dos dependencias utilizadas como sacristía. Antiguamente daba cobijo a las personas que peregrinaban al santuario. Marina se desabrochó la chaquetilla corta de terciopelo azul, y la dejó doblada de forma cuidadosa bajo el hueco de una de las puertas del muro este, que tenía los laterales gastados; también depositó el sombrero negro y el pañuelo azul claro con el que cubría el moño bajo.

Se fue quitando las horquillas para dejar su melena suelta. El caballo emitió un relincho como si la reprendiese. Marina río por la ocurrencia de su pensamiento.

—Ni te imaginas lo que lamento llevar falda, pero estaba tan ansiosa por verte que no me he detenido a cambiar de atuendo.

Marina desató la cinta de seda azul que tenía engarzada en el largo cabello para sujetar el recogido. El semental movió la cabeza como si comprendiese lo que iba a hacer ella a continuación. Con una de sus patas delanteras, pateó varias veces la fresca hierba al mismo tiempo que relinchaba con el hocico alzado.

—Sé que estás impaciente, yo también he extrañado mucho nuestros paseos a media tarde. — Marina trenzó la cinta azul en uno de los mechones negros de las crines del caballo, deslizó sus dedos por el pelo grueso, pero suave, y ese gesto fue como el pistoletazo de salida en una carrera —. Esta tarde bailaré para ti —dijo ella con voz cantarina.

Mujer y caballo se posicionaron frente a frente, y, entonces, las manos de Marina comenzaron un movimiento circular imitando las alas de una paloma. Cabrón agitó su cabeza de izquierda a derecha, haciendo que sus crines quedasen suspendidas en el aire durante unos segundos. Marina inició un contoneo premeditado de su cintura y de sus caderas; las movía de forma sugerente, sensual, siguiendo el movimiento de sus manos, que iba subiendo de forma lenta por los laterales de su cuerpo, rozándolo, jugando con sus dedos largos y finos. El semental alzó sus patas delanteras unos veinte centímetros del suelo para dejarlas caer poco después con un sonido seco. Un momento después fue alzando cada uno de sus cascos en un constante repiqueteo que Marina seguía con sus manos haciendo palmas que sonaban en el silencio como disparos.

—Has estado muy ocioso.

Marina no cesaba en su movimiento y en sus giros suaves frente a los lomos del caballo. El semental seguía con sus cascos las cabriolas que hacía Marina con sus pies, siempre atento a las manos de ella, que acariciaban su cola para animarlo a que diese una vuelta sobre sí mismo. El

caballo lo hizo así, obediente, como tantas otras veces desde que era un potrillo. Sus cascos repicaban en la hierba seca, orgulloso, impaciente. Ambos, mujer y caballo, danzaban con una música que solo podían escuchar ellos. El cabello de Marina se movía con total libertad sobre su espalda arqueada, le acariciaba el rostro y se enredaba sobre sus hombros, pero a ella no le importaba nada salvo el momento mágico que compartía con su tesoro.

—¡Eres un caballo de primera! —exclamó cerca de la oreja de Cabrón, y al semental parecieron gustarle las palabras de Marina porque comenzó un desplazamiento lateral con sus cuatro patas de forma acompasada, para volver hacia donde estaba ella unos segundos después, con un mismo movimiento perfectamente ejecutado—. Mereces que te ponga en los cascos espuelas de oro bruñido, ¿te gustaría? —nuevamente se oyó un relincho—. Entonces, una cabriola más, precioso mío —lo incitó ella con voz melosa.

El semental debió de entender la petición de ella, porque a continuación se alzó sobre sus cascos traseros y dejó alzadas sus patas delanteras frente a Marina durante unos segundos largos, preciosos, mientras ella hacía un quiebro con su cintura para girar sobre sí misma. Cabrón fue bajando sus patas de forma lenta, y cuando sus cascos iban a rozar el suelo levantó sus cuartos traseros en un salto perfecto hasta quedar completamente suspendido en el aire. Marina aplaudió con entusiasmo su acrobacia magistralmente realizada. Con sus brazos rodeó con verdadero afecto el cuello del semental, y le susurró junto al oído.

—Ahora... ¡vuela! —la mano de Marina le dio una palmada en el pescuezo, el semental se separó de ella dos pasos hacia atrás para comenzar una galopada campo a través que hizo que el vuelo del vestido de Marina se arremolinase entre sus piernas. La figura de Cabrón se fue perdiendo en la distancia—. Presume de crines al viento —le gritó.

Marina siguió con sus ojos el polvo que levantaban los cascos de Cabrón en el camino. Amaba a ese caballo con toda su alma, era el más precioso de sus tesoros. Era único, excepcional, y se dispuso a esperar el regreso de Cabrón para volver a «Los Encinares».

\*\*\*

Brandon había contenido la respiración al contemplar la actuación de Marina. Cuando decidió seguirla por el arroyo hacia el claro entre los castaños, no se podía imaginar el maravilloso espectáculo que lo esperaba. Estaba completamente paralizado por la sorpresa. Ver bailar a una mujer junto a un semental era el más raro acontecimiento que había visto en su vida. Los movimientos de ella lo habían cautivado por completo, hechizándolo hasta el punto de dejarlo paralizado, sin poder moverse o articular palabra. Había seguido los contoneos de Marina con un deseo en sus pupilas, y que no había apagado el miedo que había sentido al ver alzarse sobre sus patas traseras al soberbio animal tan cerca de su cuerpo.

A Brandon le costó unos instantes comprender que estaba siendo testigo de un momento excepcional: mujer y semental bailando al ritmo de las palmas de ella. ¿Cómo se podía hacer música únicamente palmoteando las manos?, y lo más intrigante, ¿cómo Diablos conseguía esa complicidad con el caballo? El semental había obedecido cada una de las órdenes de ella, Brandon lo sabía porque el rostro de Marina había cambiado su expresión cuando lo miraba. Él, seguía estupefacto, pero lleno de entusiasmo al comprender lo maravillosamente excepcional que era ella, su salvadora, y Brandon le ofreció a Marina la felicitación española por excelencia, y que merecía en ese momento, un fuerte aplauso.

Marina dio un brinco con sobresalto al escuchar las palmadas. Hacia ella se dirigía el escocés con el rostro decidido. ¿Qué diantres hacía en «Los Encinares»? Ella creía que se había marchado con rumbo a la ciudad de Granada. ¿Acaso no lo habían convencido sus palabras?

—Me ha dado un buen susto—le espetó ella de golpe.

Las cejas de Brandon se arquearon de forma premeditada.

—Parece que siempre consigo alarmarte, y nada más lejos de mi intención.

Marina retrocedió un paso a medida que lo veía aproximarse, alto, fuerte, decidido.

—Qué sorpresa encontrarlo de nuevo en Hornachuelos.

—No es una casualidad.

Marina pensó que debía de estar equivocado.

—¿Insinúa que este encuentro no es una coincidencia?

—Te he seguido desde el arroyuelo. Vi tu chaqueta azul entre los árboles, y sentí curiosidad por saber hacia dónde ibas.

—¿Decidió seguirme...? —Marina no terminó la pregunta, se sentía completamente sorprendida. ¿Dónde estaba el caballo de Brandon? No había escuchado el trote.

—Eres una prometida muy esquiva.

Ella se mordió la lengua para no replicarle de forma seca, aunque finalmente lo hizo.

—Ese asunto quedó resuelto en Zambra, señor mío.

—Tengo por norma no aceptar una negativa si no va acompañada de una buena explicación, señora mía. —Brandon les había dado a las últimas dos palabras una entonación especial.

—Le ofrecí no una, sino diez razones válidas.

—Pero ninguna de ellas posee la suficiente base sólida para que olvide una promesa de honor.

Marina se encrespó.

—Hasta donde sé, no hizo ninguna promesa, laird.

—Aceptaste mi reparación, ¿recuerdas?

¿Cómo podía olvidarlo? Por culpa de esa aceptación estaba lidiando con el escocés

—Laird McGregor, esa cuestión puede funcionar en sus Tierras Altas, pero no en la mía.

Brandon seguía acercándose más hacia ella. Marina retrocedió otro paso con prudencia. Su proximidad la descentraba, y lamentó haberse despojado de parte de la ropa para bailar con su caballo. Solamente tenía puesta la amplia falda acampanada y la camisa blanca lisa con jareta, cuya cinta estaba abierta casi hasta el comienzo del nacimiento de sus pechos. Marina no supo qué hacer a continuación porque se sentía prácticamente desnuda.

—Eres una belleza. —Brandon no podía despegar los ojos de la uve de piel que había dejado ella expuesta al abrirse la camisa: recorrió con ojos hambrientos el tono dorado de la piel de ella, el nacimiento de sus pechos cremosos... Brandon tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para desviar la vista y posarla en las ruinas negras.

Marina aprovechó la ventaja que le ofrecía él para anudarse la cinta y cubrir su escote. Inmediatamente después, se colocó la chaquetilla corta, aunque no pudo hacer nada para recogerse el pelo, Cabrón llevaba su cinta en las crines.

—Bailas maravillosamente bien. —Marina seguía callada, mirándolo, como si fuese incapaz de comprender cómo había llegado él hasta su lugar secreto—. ¿De quién son esas cruces?

La mujer parpadeó, el escocés pasaba de un tema a otro de conversación como si nada, pero ella no tenía forma de saber que Brandon intentaba calmar los latidos de su corazón, también el latigazo que había sentido en sus entrañas al percatarse de la sensualidad de ella. Los ojos de Brandon estaban fijos en la ermita.

—Doce almas que lucharon y perdieron en la guerra.

—¿Soldados españoles? —preguntó él. Marina negó con la cabeza, y, al hacerlo, su pelo oscuro bailó alrededor de su rostro. Brandon no podía despegar los ojos del cuerpo de ella.

Estaba a un paso de asirla por los hombros y devorarla a besos, pero se contuvo.

—Guerrilleros cordobeses —respondió mucho más tranquila—. Valientes defensores de la libertad.

Marina era incapaz de comprender que la aparente calma de Brandon escondía una lucha a muerte entre su honor de caballero y el deseo que sentía por ella. Él, que había usado a decenas de mujeres en su vida sin que le importasen lo más mínimo, se encontraba en la tesitura de no saber cómo actuar con respecto a ella. Estaba inmerso en el mismo problema y en la misma situación con la que bregó su primo Justin años atrás con Aurora, pero él no iba a caer en la misma trampa de impotencia que había dominado a su primo, ni de celos ni de errores.

—Tengo algo para ti. —Brandon metió la mano en el bolsillo de su chaqueta marrón y sacó un fajo de papeles. Marina, al ver los sobres, supo a quién pertenecían.

—¡Lo conseguiste! —ella lo había tuteado por primera vez.

A Brandon ese detalle le supo a victoria.

—Solo las cartas. El medallón se encuentra en una casa de empeños. —Marina entrecerró sus bonitos ojos—. Lo sé porque he visto el resguardo. Aunque podrás recuperarlo cuando regreses a Córdoba.

Marina soltó un suspiro de alivio. Su amiga Eugenia podría desposarse tranquila.

—¿Qué haremos con Moliere? —inquirió.

—Todo está controlado, pero yo tenía que entregarte las cartas.

—¿Por eso has venido a Hornachuelos?

El asentimiento de Brandon hizo que ella cerrase los ojos con verdadero sosiego. Había tenido la terrible sospecha de que Brandon no se daba por vencido con respecto a su propuesta, pero se había equivocado. Era todo un caballero, forastero o no.

—Te estoy enormemente agradecida.

Brandon aprovechó la ocasión que le brindaron las palabras de ella.

—¿Lo suficiente como para recompensarme con un beso? —ella no se esperaba esa petición, y por eso le ofreció la respuesta sincera que acudió a sus labios.

—De hacerlo, me encontraría en un enorme aprieto.

El corazón de Brandon había comenzado un galope temerario que no pudo sujetar, ni quiso.

—¿Y si te ofrezco mi palabra de que será uno sólo? —intentó camelarla de nuevo con palabras dulces.

—No es por ti forastero, es por mí misma.

Brandon aguantó la respiración. Que ella admitiese que se sentía atraída por él lo dejaba perplejo. Marina no se andaba por las ramas, ni mostraba falso decoro. Era tan auténtica que el deseo de Brandon creció todavía más.

—¿Te das cuenta de lo que me muestras con tus palabras?

Marina no era consciente de que había pronunciado su pensamiento en voz alta. A pesar del azoro, no se retractó.

—Siempre he sido honesta con respecto a los sentimientos que me inspiras.

—Pero yo no me conformo con tu negativa, no cuando sé que me deseas.

—¿Te has resignado alguna vez? —le preguntó con un hilo de voz, y Brandon comprendió muchas cosas con esa simple pregunta. Su vida había estado marcada por la aceptación.

—No —respondió de forma llana—, ni lo haría sintiendo lo que siento por ti.

Marina suspiró con algo de cansancio. Mantener una batalla verbal con Brandon la agotaba. Tenía un espíritu incansable, una determinación abrumadora, pero ella tenía su decisión tomada.

—Ahí está es el problema, laird, de seguir aceptando tu galanteo, podría enamorarme de ti, y



eso es del todo inaceptable.

—¿Por qué? —volvió a preguntarle con insistencia.

Brandon había separado las piernas y cruzado los brazos al pecho, como si tratara de protegerse de la respuesta que ella iba a ofrecerle. Marina siguió con su verdad demoledora.

—Porque soy mujer, y mi deber es cuidar a mi padre hasta su muerte. —Marina inspiró profundamente antes de continuar—. Y, si ese motivo no es suficiente, te ofreceré otro mucho más determinante: pronto regresarás a tu tierra, y yo me quedaré aquí.

Brandon no podía creérselo.

—Podrías llevar a tu padre contigo. En mi casa sería bien recibido, se le otorgarían los honores que se merece.

Marina supo que tenía que atajar por la calle de en medio.

—Dime, ¿te quedarías aquí a mi lado si te lo pidiera? ¿Dejarías atrás todo lo que conoces? —Brandon dudó un momento, pero finalmente negó con un gesto con su habitual franqueza. Él, tenía grandes responsabilidades en Escocia, y ella era una mujer que estaba sujeta, primero a su padre, después a un esposo—. Entonces no hay nada más que decir al respecto —contestó ella con voz muy baja.

Brandon no se iba a dar por vencido tan fácilmente.

—Entiende que soy un laird escocés. Tengo una familia a la que no puedo abandonar a su suerte.

—Y mi padre es el conde de Zambra, señor mío, mi única familia, pero eso es lo que me pides con tu proposición —nuevamente había vuelto a poner distancia—. ¿Sugieres acaso que tu título y tierras en Escocia son más importantes que las de mi progenitor en España? Déjame decirte que estás completamente equivocado.

Brandon sabía que las hijas nacían para obedecer a sus padres. Otra cuestión eran los hijos varones que heredaban los títulos y propiedades, entonces, ¿qué temía ella?

—Las hijas suelen separarse de sus padres cuando contraen matrimonio. Es ley de vida —le dijo él—. Tu padre debería aceptarlo, además, tiene un heredero que lo sucederá. Su presencia no será necesaria aquí, podría acompañarte allá donde fueres.

Marina no quería seguir oyéndole. Escuchaba hablar al forastero y cada una de sus palabras la convencían todavía más de que hacía lo correcto. Una relación con Brandon era del todo imposible. Aunque lo deseara, aunque su pecho se encogiera dolorido por la perspectiva de no verlo más.

—Mi respuesta es no, laird McGregor. No puedo aceptar tu reparación, o como decimos aquí, tu propuesta de matrimonio.

Marina vio la decepción en los ojos verdes, pero tenía que acabar con su determinación de una vez por todas.

—¿Aceptas entonces que no voy a convertirme en tu amante? —las palabras de Brandon la descolocaron, porque por nada del mundo había esperado una respuesta así por parte de él—. Lo leo en tus pupilas, Marina, no deseas un compromiso serio conmigo, pero barajas la posibilidad de tenerme y despedirme cuando llegue el momento de marcharme. Borrón y cuenta nueva como decís aquí, ¿no es cierto?

Marina enrojeció hasta la raíz del pelo. Le había leído el pensamiento.

—Es el único modo en el que me tendrías —respondió ella.

Brandon estuvo a punto de mandar su plan al diablo, pero estaba decidido a conseguirla costase lo que costase. Se había dado perfecta cuenta de que no quería conformarse con unos cuantos revolcones. Quería el lote completo. El amor de Marina, su cuerpo, su misma alma. Pero

Marina no pudo decir nada al respecto. Cabrón había finalizado su carrera, y había regresado a la ermita jadeando, pero satisfecho. Tenía los lomos sudorosos y los ojos brillantes. El semental se paró entre Marina y Brandon, como si creyese que tenía que hacer de barrera entre las dos personas que se miraban desafiantes.

Marina clavó sus ojos en su caballo.

—¿Agotaste toda tu energía con la galopada, precioso mío?

Brandon agradeció la oportuna aparición del semental. Le había dado el tiempo necesario para ordenar sus pensamientos, para que ella no pudiese ofrecerle ninguna negativa más, y dio dos pasos hacia el caballo.

—Es un ejemplar muy hermoso.

—Cabrón es excepcional en su especie —respondió ella.

—¿Por qué lo llamas Cabrón? —preguntó Brandon con osadía—. Creo que es una palabra que se aplica a las personas perversas.

Marina le sonrió. Un momento antes mantenían un duelo con dimes y diretes, y ahora hablaban del nombre del caballo como si tal cosa. A ella le temblaba la voz, pero logró disimularlo con un carraspeo.

—En un principio lo llamaba Carbón.

—¿Carbón? —preguntó sorprendido.

—Sí, como la sustancia fósil de color negro que luego se transforma en la masa mineral que se utiliza como combustible...

—Comprendo el significado de la palabra carbón en español —la interrumpió él.

—Como te decía —siguió ella sin dejar de mirarlo—, en un principio lo llamaba así por el color de su pelo, pero el muy arrogante no me prestaba atención, y un día, cuando lo entrenaba, me enfadé tanto que lo llamé Cabrón, y, para mi sorpresa, me respondió con un relincho e inmediatamente obedeció mi orden. Desde entonces lo llamo Cabrón. —Como para corroborar las palabras de Marina, el caballo husmeó en el cuello de ella y le ofreció un relincho que más parecía un gruñido.

—Increíble. —Brandon estaba acostumbrado a los caballos, pero como instrumento de uso práctico, y no como mascotas. Viendo a Cabrón se preguntó si tendría que cambiar su opinión al respecto.

—¿No has traído montura? —le preguntó ella de pronto.

Brandon hizo un gesto negativo.

—Me gusta pasear.

Marina entrecerró los ojos. La distancia entre la ermita y el cortijo Vílchez era de unas cuatro leguas.

—Cabrón podrá con los dos —contestó Marina pensativa.

A Brandon la sugerencia le pareció formidable, ella ni se percataba de lo juntos que iban a estar montados encima del animal. Brandon podría estrecharla entre sus brazos, oler su perfume, extasiarse con su piel aceitunada. Brandon sintió una erección instantánea y se posicionó más cerca del semental para que Marina no se percatase.

—Yo llevaré las riendas.

Marina no se ofendió por la orden dada.

—Como gustes, yo montaré detrás.

—Ni hablar.

Marina lo miró franca, el tono había sonado un poco brusco.

—Soy una buena amazona —respondió conciliadora.

Ella no pensaba tirarlo de la montura si era eso lo que temía.

—No me cabe la menor duda, pero soy demasiado grande para que puedas sujetarte bien. Ese detalle se le había escapado.

—Pensaba sujetarme a la silla.

—Eso es poco menos que imposible. Si colocas la silla, no habrá espacio para mí.

Nuevamente el escocés tenía razón, y Marina se la otorgó sin una réplica más al respecto.

—Está bien, dejaré aquí la silla, regresaré más tarde a recogerla.

Un segundo después, Brandon montó encima de Cabrón con una facilidad asombrosa. Ella necesitaba un taburete para poder sentarse con comodidad, y Brandon lo hacía apenas sin esfuerzo. La grupa de Cabrón era más alta de lo normal, pero Brandon era un gigante, y ahora montaba otro gigante. El forastero espoleó al caballo, que avanzó dos pasos hasta donde estaba ella esperando. Sin esperar una confirmación por su parte, Brandon se inclinó sobre el cuello del animal, y con su brazo sujetó su diminuta cintura. Apenas sin esfuerzo la depositó justo delante de él, Marina no sabía cómo colocar su falda, que había quedado subida hasta las rodillas. Era la primera vez en su vida que montaba de lado y sin llevar las riendas.

—¿Estás cómoda? —la pregunta de Brandon le pareció a Marina la más tonta que podía realizarse.

Tenía el pecho del gigante pegado a su espalda, podía sentir los latidos de su corazón junto a sus vértebras. Sentía las caderas de él sujetar sus glúteos con firmeza; y le pareció pecaminoso. Marina iba a pasar los peores minutos de su vida, y no sabía cómo controlar la respiración que se le había descontrolado.

—¿Estás preparada? —¿preparada?, se preguntó. ¿A dónde diablos podía sujetarse ella sino a los muslos de él?—. Recuesta tu espalda, prometo no dejarte que beses el suelo.

¡Besar el suelo! Caerse era el menor de sus problemas, pero antes iba a tragar brea que hacérselo notar.

## CAPÍTULO 9

Brandon conducía a Cabrón con un trote suave, sujetaba las riendas con firmeza, orden que el caballo entendía a la perfección. El constante avance hacía que el cuerpo de ella rebotase en las caderas de él, pero Marina sentía a Brandon completamente concentrado en la tarea, y eso la tranquilizaba en parte. Veía los campos pasar junto a ellos, pero en ese momento era incapaz de apreciar nada de la belleza del campo, sus sentidos estaban puestos en el atractivo hombre que tenía detrás. Sentía su respiración en la nuca, el contacto de sus brazos bajo sus axilas, y Marina se mordió el labio completamente abochornada. Lo deseaba, y él la había rechazado de la misma manera que un hombre rehusaba los servicios de una prostituta pesada. ¿Existiría algún medio de tentarlo? Marina lamentaba la falta de experiencia mundana que necesitaba en esos momentos para hacer que él se tragase su negativa a convertirse en su amante.

Brandon estaba sintiendo la peor tortura de su existencia.

La fragancia del cuello de ella, y el aroma a pino fresco de su pelo, lo estaban dejando sin sentido. Marina cabía en sus brazos a la perfección. Era tan delicada que temía lastimarla con sus brazos. Brandon posicionó sus nalgas unos centímetros atrás pues le parecía inaudito que ella no sintiese la dureza de su virilidad insatisfecha. Ignoraba hacia dónde los conducía el caballo, pero no le importó, aunque por un momento lamentó no encontrarse de nuevo en la pequeña ermita, pues de estarlo, la tumbaría sobre la verde hierba para darse un festín con su boca que sabía a ciruela. ¿Por qué su sabor le recordaba precisamente a las ciruelas? Porque era dulce, exquisita, madura, y tentadora.

Brandon carraspeó, incómodo. Si seguía pensando en besarla, iba a hacer algo drástico como detener el caballo y bajarla como un fardo para hacerle el amor como un loco.

—La hacienda no está lejos —dijo ella de pronto—. Juan, el capataz, te preparará uno de los caballos para que regreses al cortijo de Diego.

Marina no quiso mirarlo cuando le habló. Temía que le temblase el labio por el deseo que la consumía. Solo pensar que esos brazos tan duros como ruedas de molino estaban alrededor de su cuerpo, lograba que su estómago diese un salto peligroso.

Marina no pudo ver la expresión posesiva que tenía Brandon mirando el cuello de ella, y sujetando la estrechez de su cintura ausente de corsé. Brandon había soltado una de sus manos de las riendas y la había colocado en su estómago. La chaqueta corta que ella llevaba puesta no impedía tener un contacto más directo. Cuando él posicionó su mano justo debajo de sus senos, Marina creyó que era para sujetarla mejor, y percibió su palma caliente, dura, la sentía a través de la tela de la camisa. Un giro de Cabrón hizo que la mano se deslizase desde su estómago hacia su costado, justo debajo de su seno izquierdo, Marina creyó que iba a derretirse solamente con ese contacto. Mientras, el pulgar de Brandon se deslizó en una caricia por el montículo bien formado para regresar un instante después al mismo sitio. Marina lamentó el retroceso, pero entendió que había sido un descuido involuntario, ella cuadró la espalda y la separó unos centímetros de su pecho. Con su mano, arrastró la de Brandon hacia su cintura: el mensaje fue claro para Brandon, que reculó en su postura.

—Detén el caballo, por favor —Brandon obedeció la orden unos segundos después.

—¿Te encuentras mal? —ella no le respondió, se soltó rápidamente, y, de un salto, bajó de la grupa de Cabrón; montar de lado tenía sus ventajas.

Brandon desmontó también con el ceño preocupado.

—De verdad, no te preocupes —le dijo algo vacilante—. Si nos ven juntos sobre la grupa

del caballo, podría resultar embarazoso tener que dar las explicaciones oportunas.

Si diesen un premio al desconcierto, Brandon lo ganaría sin lugar a dudas. ¿A ella le preocupaba que los vieses juntos? ¡No podía creérselo!

—¿Ves ese huerto de olivos? —Brandon dirigió sus ojos hacia donde le indicaba Marina—. Sigue el camino, y cuando llegues al muro de piedra, tuerce a la derecha. Llegarás sin pérdida al cortijo Vilchez.

¿Lo despedía así, sin más? ¿Otra vez? Brandon había perdido la cuenta de sus desaires.

—Dijiste que Juan me prepararía un caballo para regresar. Está comenzando a anochecer.

Marina se lamió el labio inferior pensativa.

—Está bien, imagino que mis recelos son infundados. Iremos andando, la hacienda está justo detrás de aquella loma. Será suficiente para acallar cualquier chisme.

A Brandon le pareció la excusa más inútil que le habían ofrecido nunca.

—¿Esperas a tu padre para la cena? —le preguntó

Marina estaba pensando en otra cosa, por ese motivo le respondió sin dudarle.

—Espero a Sebastián, suele visitarnos a menudo en «Los Encinares».

El cuerpo de Brandon se tensó de pronto lleno de celos. Ladeó la cabeza para mirarla, y vio que ella tenía toda su atención centrada en arreglarse el cabello revuelto, trataba de recogerlo con la cinta que había desatado de las crines del caballo. Sus manos se veían impacientes, sus pasos ansiosos. Brandon no pudo poner freno al sentimiento de ira que lo embargó. Sujetó el codo de ella para detenerla. Marina lo miró con atención. Ambos estaban parados a un lado del camino pedregoso. La oscuridad caía sin remedio sobre ellos, mientras Cabrón mordisqueaba la hierba manso.

—Creo que te falta un poco de color en las mejillas.

—Marina le sonrió llena de agradecimiento por su preocupación, pero no pudo decirle las palabras de gratificación.

Brandon subió sus fuertes manos por los brazos de ella hasta alcanzar la curva de sus hombros, y, de repente, la atrajo hacia él de forma inesperada. Marina no cabía en sí de la sorpresa. Cuando los labios de él rozaron los suyos en una caricia íntima, sintió una descarga en sus entrañas que la dejó paralizada, pero él no tenía suficiente con un asalto a su boca, estaba decidido a provocarle una respuesta y un motín que no iba a olvidar fácilmente.

Sin saber cómo, Marina se encontró tumbada en la fresca hierba. El fuerte brazo de Brandon evitaba que las piedras del camino se le clavasen en la espalda. ¡Jesús! ¿Qué le estaba haciendo? La mano osada subió por su muslo desnudo y se detuvo en su centro femenino de forma impenitente. Solo separaba el contacto con su piel la fina tela de sus bragas. La lengua de Brandon acariciaba cada recoveco que encontraba: la rugosidad de su lengua, el mapa de su paladar. Marina no se resistió, no podía pensar en nada más que en las maravillosas sensaciones que crecían en su vientre, y que subían por su estómago y pecho hasta posarse en el cielo de su boca. La mano de él había comenzado un movimiento circular por encima de la ropa interior, pero a ella le pareció que estaba tan desnuda como el día que su madre la trajo al mundo.

Si seguía así, iba a estallar como la pólvora.

—Por favor... —pidió entre susurros, y Brandon fue incapaz de discernir si le pedía que se detuviera, o que siguiese avanzando, pero la cordura regresó a él tan rápida como un rayo.

Estaba a punto de hacerla suya en medio de un camino. Se había vuelto loco, loco no, concordó, estaba lleno de celos, celos irracionales porque ella lo despedía para tener un encuentro con otro hombre.

—Discúlpame, he perdido el control —se justificó él.

Pero ella no podía decir nada porque estaba aprisionada debajo de él.

—Te disculparé si te levantas, me falta la respiración.

—Marina fue alzada como si fuese un trapo liviano. La fuerza de él la sorprendió. La tumbaba de espaldas y la levantaba sin darle tiempo a pestañear.

Ambos se quedaron mirando frente a frente sin decir nada.

—Dime que estoy perdonado.

—Lo estás, pero siempre y cuando este incidente no vuelva a repetirse.

Brandon apretó los labios con fuerza. Ella no aceptaba su propuesta de matrimonio, pero aceptaría tenerlo como amante hasta que se marchara.

—¿Es tu última palabra? —le preguntó con acidez.

Ella suspiró porque a pesar del ataque a sus sentidos, no podía dar marcha atrás en su decisión. Lo deseaba, pero sin ataduras.

—La última palabra la tienes tú, laird McGregor.

El silencio entre ellos se hizo pesado, denso.

—¡Marina! ¿Qué demonios te ha pasado? Hemos visto regresar a Cabrón sin la silla de montar y me ha entrado el pánico.

Ni Brandon ni ella se habían percatado de que el semental había regresado a las caballerizas de la hacienda. Sebastián sostenía un farol, y estaba acompañado de Juan y de Luis. Los tres caminaban directamente hacia ellos.

—¡No puedo creer que te hayas caído del caballo! —la preocupación de Sebastián era auténtica, y entonces Marina se percató de lo desaliñada que estaba. La falda la tenía arrugada y rota en uno de los extremos. La cinta de la camisa se había soltado en dos puntos por la fricción del cuerpo de Brandon sobre ella, y su pelo... su cabello estaba enmarañado y lleno de briznas del camino.

Sebastián, cuando los alcanzó, la abrazó de forma posesiva.

—¡Dios! ¡Qué susto me has dado! —los puños de Brandon se cerraron junto a sus caderas. Trataba de evitar lanzarse como un demonio hacia Sebastián para separarlo de Marina y partirle la cara.

—Estoy bien, Sebastián, simplemente me he caído del caballo. —Brandon abrió la boca, estupefacto, pero la mirada suplicante de ella hizo que la cerrara completamente ofendido—. El laird McGregor ha tratado de ayudarme, viene desde el cortijo Vílchez de visita. —Por primera vez Sebastián separó sus ojos de Marina para fijarlos en el forastero—. Ha sido una suerte que estuviera tan cerca de la casa para auxiliarme.

Brandon fue plenamente consciente del desdén que se reflejó en los ojos de Sebastián.

—Debes de haberte golpeado la boca. —Marina miró curiosa a Sebastián por sus palabras—. Tienes los labios hinchados.

Los ojos de Brandon brillaron con arrogancia. Así que el muy tunante se había percatado de que Marina no se había caído del caballo. Su orgullo varonil creció hasta un punto peligroso. Brandon sentía que le llevaba cierta ventaja al español.

—Brandon, ¿te quedarás a cenar? —Sebastián fue consciente de que ella tuteaba al forastero, y que lo llamaba por su nombre. No resultaba difícil adivinar qué había sucedido entre los dos, pero ¿por qué motivo lo había permitido ella?

—Será un placer —respondió Brandon con tono jocoso.

—¿Y tú Sebastián? ¿Compartirás la cena con el laird y conmigo?

La sonrisa de Sebastián era de todo menos amigable.

—No podría rechazar un minuto de tu compañía, preciosa. Sabes que adoro nuestra partida

de mus después de la cena.

—Entonces todo está arreglado. Me cambiaré, y nos veremos en el comedor dentro de una hora.

Marina no esperó la respuesta de ninguno de los dos. Enfiló el camino que llevaba directamente a la casa. El cielo podría derrumbarse encima de su cabeza, que ella pensaba darse un baño bien caliente sin tener en cuenta nada más.

\*\*\*

Marina necesitaba aclarar sus ideas, pero los últimos acontecimientos se lo impedían, la mantenían maniatada sin poder seguir un camino u otro. Su mundo giraba al revés, y, por primera vez en su vida, se sentía indecisa. Tenía los sentimientos alborotados, y no tenía la suficiente capacidad para separarlos: para actuar de forma ecuánime y madura. Frente así tenía a dos hombres formidables que se miraban con duro antagonismo, con profundo recelo, y Marina no se explicaba el motivo. La tensión que se palpaba en la mesa hacía que el cordero asado de la cena le supiera a serrín dentro la boca. ¿Acaso creía Sebastián que Brandon pensaba ocasionarle algún daño?

Marina fijó sus pupilas en el rostro atractivo de su amigo, y lo escudriñó a conciencia. Admitió franca que era un hombre muy apuesto. Sebastián poseía una altura acorde con su musculatura, y era dueño de unos ojos grandes y oscuros, de esos que acuchillaban cuando miraban con intensidad. Había sido el maestro de sus travesuras desde la niñez, el amigo que la había consolado cuando se sentía sola y triste. No había importado que ella fuese unos años mayor, ni que él fuese el mejor amigo de su hermano. Sebastián siempre había estado ahí para ella, y sentía un afecto genuino hacia él.

Marina bajó los ojos hacia el blanco mantel para subirlos un segundo después. Los clavó en Brandon para analizarlo a conciencia, de la misma forma que había hecho un momento antes con Sebastián. El rostro del escocés no era tan atractivo, ni de rasgos tan armoniosos. Poseía unas pecas muy graciosas sobre el puente de la nariz que le restaban dureza a su mentón cuadrado. Sus ojos, quizá el rasgo más notorio en ese rostro anguloso, mostraban una determinación absoluta, y brillaban como el acero en una navaja afilada. Marina intuía que había perdido pocas peleas en su vida a pesar del engaño que suponía su fuerte constitución, pues ofrecía una primera impresión de lentitud en los movimientos, pero ella se había dado perfecta cuenta de que podía ser una forma particular de ganar ventaja.

Marina había comprobado en primera persona la agilidad y rapidez con la que se movía. Y su corazón se sentía enormemente atraído por él. Había descubierto en sus brazos el inicio de su despertar sensual. El profundo anhelo que ocasionaba tragedias. Locuras y muerte. ¿Qué derrotero seguía el corazón a la hora de elegir? ¿En qué preciso momento el forastero se le había metido en la piel? Marina inspiró profundamente para soltar el aire después con un largo suspiro. No fue consciente del sentimiento que provocó su resuello en los dos hombres que no se quitaban la vista de encima. Sebastián creyó que era de resignación y molestia con respecto al forastero. Brandon, por el contrario, creyó que el suspiro de Marina era debido a los sentimientos que le despertaba Sebastián, quizá sentimientos que no eran correspondidos por él.

¡Ahhh! Los celos eran un maldito verdugo que se alegraba del sufrimiento que ocasionaba en los hombres, meditó Brandon.

—¿Estarás por aquí muchos días? —preguntó ella de pronto.

Tanto Sebastián como Brandon comenzaron a responder al mismo tiempo, pero se callaron al unísono cuando se percataron de que Marina había formulado la pregunta a Juan, el capataz, que

cenaba esa noche con ellos. A Marina no le gustaba cenar en soledad, y cuando el conde de Zambra no se encontraba en «Los Encinares», Marina solía invitarlo a compartir la mesa con ella, invitación que había extendido esa noche en particular.

—La feria de ganado en Huelva comienza en unos días —respondió Juan con voz ronca—. Estaré fuera cuatro o cinco días como mucho.

—¿Tienes muchos encargos? —inquirió la mujer.

Juan negó con la cabeza.

—Algunas reses y yeguas. Le he sugerido al conde que podríamos criar algún toro, pero sigue opuesto a la idea.

Marina medio sonrió. Su padre no tenía intención de criar reses de lidia desde que la había visto a ella toreando una vaquilla. El conde solía decir que había que alejar el fuego del diablo.

—¿Aún te acuerdas? —la pregunta la hizo Sebastián con un guiño de humor en sus ojos de bandido. Había visto reflejado en el rostro de Marina el recuerdo sobre la vaquilla.

—Desde entonces tengo vetada la asistencia a la plaza. Mi padre es un hombre de ideas fijas —replicó ella.

—Solo tiene una hija. —Brandon sintió como si ese comentario dicho por Sebastián hubiese sido ofrecido en exclusiva para él, pero decidió no retorcerle el cuello, de momento—. Teme que te hagas daño.

—¿Recuerdas a tu madre? —Brandon hizo la pregunta de sopetón.

Marina apartó sus ojos de Sebastián para fijarlos en él.

—Murió cuando nació mi hermano. —Brandon lamentó su impulsividad, había querido cambiar de conversación, y se había equivocado.

Los ojos de Marina se habían llenado de tristeza.

—Era una mujer muy hermosa —apostilló Sebastián con dulzura. Marina le sonrió de forma cándida—. Casi tanto como la hija. —Ella había esperado esa coletilla. Era la misma frase que le decía Sebastián desde que era una niña y lloraba la ausencia de su madre.

—Mi padre suele decir que soy un demonio peleón, o un molesto dolor de cabeza.

—Tu padre te adora, pero desconoce cómo debe tratar a su altanera hija.

—Lo sé —respondió Marina de forma simple—, pero no soy altanera.

—Confío que llegue pronto a «Los Encinares», no me gustaría marcharme sin ofrecerle mis respetos.

Marina no respondió. Ella también deseaba la llegada de su padre, contra toda lógica, aunque tuviese que lidiar con sus miedos y prohibiciones. Pero el conde de Zambra había dado instrucciones de que ella lo esperase en la hacienda hasta su llegada.

—¿Está previsto que llegue tu hermana en breve? —ahora la pregunta iba dirigida a Brandon, que hizo un alzamiento de hombros bastante indiferente.

—Eso dependerá de mi primo Justin y de su esposa Aurora. Les encanta la ciudad de Granada, pero han prometido llegar hasta Córdoba para acompañar a mi hermana en su regreso.

—El cortijo Vílchez puede resultar bastante monótono y aburrido en esta época del año —dijo Sebastián como de pasada.

Brandon fijó sus pupilas en él, y pensó durante un momento en la respuesta que podía ofrecerle.

—A mí no me parece tedioso en absoluto, además, Diego desea enseñarme todo sobre la cría de sementales. Tiene grandes proyectos que llevar a cabo. Si me convencen sus ideas, es posible que me decida a invertir en ganado.

—¿Estás pensando en invertir en nuestra tierra, laird? —inquirió ella.



Brandon volvió sus ojos hacia Marina.

—Es el principal motivo de mi visita a este remoto lugar.

Marina pensó que, si Brandon invertía ganadería, era muy posible que visitara a menudo la fuente de su inversión. Y el cortijo Vilchez estaba demasiado cerca de ella. Marina no había contemplado esa posibilidad, hacerlo ahora le estaba produciendo jaqueca. Sebastián miraba al escocés con un interés nuevo, pero Brandon solo tenía ojos para Marina, a quien veía debatirse en un montón de dudas por su comentario anterior. Se moría de curiosidad por saber qué la había puesto tan nerviosa.

—Pienso que podría invertir en olivos —le dijo Sebastián—. Sería interesante construir una almazara nueva para elaborar el aceite de oliva que se recolecte. —Marina clavó sus ojos en él al escucharlo.

Sebastián se tomó el último trago de vino.

—Los franceses destruyeron la mayoría de ellas —dijo Marina de forma pensativa.

—Razón de más para tener una almazara propia —contestó Sebastián en voz baja.

Brandon seguía con atención la conversación que mantenían Marina y el español.

—Diego me ha informado sobre las posibles inversiones que puedo hacer, y que no generen gastos descomunales hasta obtener beneficios, además, el barón de Bidasoa no posee tantos olivos para sufragar el desembolso de una almazara.

Marina estaba asombrada de los conocimientos del forastero sobre inversiones andaluzas. Los ojos de Sebastián se dirigieron hacia Brandon.

—Yo no lo dudaría ni un momento.

Marina seguía haciendo números a toda velocidad.

—Los olivos tardan en crecer, Sebastián. No se produce aceite de oliva de la noche a la mañana.

—Cierto, pero hasta entonces se podrían moler las aceitunas de otros agricultores, así la almazara se financiaría sin generar gasto.

Marina pensó que la sugerencia de Sebastián no era una idea tan descabellada, pero construir una almazara nueva requería hacer un desembolso de reales muy importante.

—Tú posees varias fanegas de olivos —aludió ella pensativa.

Sebastián suspiró con algo de abatimiento. Tenía olivos, cierto, pero estaban echados a perder.

—¿Qué es una almazara? —preguntó Brandon al fin.

—El lugar donde se muele la oliva para obtener su jugo, el aceite.

Brandon comprendió.

—¿Hay muchas en Córdoba?

—Algunas que no lograron destruir los franceses, y funcionan como cooperativas donde los agricultores llevan sus aceitunas.

—¿El olivo es un árbol seguro? —siguió preguntando.

Tanto Marina como Sebastián no sabían a qué se refería Brandon.

—Lo trajeron los fenicios hace más de tres mil años —respondió Sebastián—. Es el árbol por excelencia en la geografía mediterránea. —Brandon no comprendía las palabras de Sebastián—. Tenemos el clima y el terreno apropiados para cultivarlo y extenderlo.

Ahora lo había entendido.

—Pienso que deberíamos incrementar la cría de reses de lidia. —Juan, el capataz, había intervenido por primera vez en la conversación, y los tres volvieron sus cabezas hacia él—. Si hemos logrado criar caballos excepcionales como sementales, podemos hacer lo mismo con los

toros.

—No es una buena inversión —respondió Sebastián—. Los astados solo sirven para preñar vacas y morir en la plaza. —Marina estuvo de acuerdo con las palabras de Sebastián—. Hay que mirar al futuro, y el futuro de Córdoba no está en las reses de lidia.

Brandon seguía pensando en la idea ofrecida por Sebastián. Tenía que mencionársela a su cuñado Diego, escuchar la opinión que tenía al respecto.

—Caballeros, tomaremos el café en el jardín —les informó Marina de pronto—, así los criados podrán recoger la mesa, y nosotros continuaremos nuestra charla sin interrupciones.

El capataz declinó la invitación con galantería.

—Señores, les ruego que me disculpen, mañana tengo que levantarme temprano y ya se ha hecho demasiado tarde.

Los ojos de Marina se dirigieron hacia el reloj de la pared. Efectivamente, marcaba las diez y media de la noche. Habían estado tan enfrascados en la conversación, que no se habían dado cuenta de lo tarde que era. Juan se levantó, y, con una inclinación de cabeza, se despidió de los comensales. Tras su marcha quedó un silencio que interrumpió Marina.

—¿Te quedarás a dormir, Sebastián? —le preguntó, pero Sebastián hizo un escueto gesto negativo con la cabeza—. Siempre tienes una habitación preparada en «Los Encinares» —le dijo ella.

—Lo sé, pero no sería correcto quedarme. Ni tu hermano ni tu padre están en la casa. Regresaré a la posada del As de Espadas.

La posada del As de Espadas estaba muy cerca de «Los Encinares», era una de las construcciones que componían la aldea de las Aguileras, a unas dos leguas de distancia. Era el lugar donde los viajeros solían parar y tomar un refrigerio antes de llegar a la ciudad de Córdoba.

—Pero tomaré café antes de marcharme —aceptó Sebastián con una sonrisa—. Pienso agotar hasta el último minuto en tu compañía.

Brandon estuvo a punto de chirriar los dientes, pero se contuvo.

—Yo me marcharé también —dijo de pronto—. Diego se estará preguntando qué me ha retenido tanto tiempo —fue la escueta respuesta que ofreció—, pero antes me gustaría preparar el caballo que me llevará a Vilchez.

Marina hizo un gesto a uno de los criados, que hizo una inclinación de cabeza, y se dispuso a guiar al escocés en silencio.

—Sebastián y yo te esperaremos en el patio. Alfredo te acompañará de regreso para el café.

Brandon aceptó antes de levantarse y seguir al criado por las diferentes dependencias de la casa hacia los establos.

## CAPÍTULO 10

—He estado pensando seriamente en tu sugerencia —le dijo de pronto Sebastián.

Marina terminó de llenarle la copa de jerez, y se la tendió. La mano de él rozó los dedos de ella en una caricia muy suave, casi etérea. Marina le sonrió en compensación, estaba acostumbrada a sus roces desde siempre. Los gestos de cariño en Sebastián habían sido el bálsamo caliente que ella necesitaba.

—Me resulta difícil de creer que esa terca cabeza muestre algo de sentido común, pues sería la primera vez. —Sebastián no le replicó al comentario burlón. Tomó la copa entre sus manos, y la agitó en movimientos circulares. El líquido dorado iba dejando una huella en el cristal transparente.

—¿Sabes, querida? Únicamente tú eres capaz de hacerme recuperar el sentido común.

Marina no podía dejar de mirarlo.

—Solo tienes que ofrecer la propuesta formalmente a mi padre. —Por un instante, los ojos oscuros de Sebastián la escudriñaron.

Marina vio preocupación en su profundidad.

—Puedes confiar en mí —le dijo ella para tranquilizarlo—, somos amigos.

—El problema es que no me fío de mí mismo.

Marina arrugó el ceño.

—Dime entonces qué te preocupa —lo animó ella.

—Tu padre esperará nietos, ¿no has pensado en ello? —Marina negó con la cabeza—. Y yo querré un heredero, no puedo pedirte un sacrificio de tal magnitud.

—Sinceramente, no había pensado en ello, Sebastián.

—Si te casas conmigo, no podrás reclamar una separación legal pues tu padre no lo resistiría. —Marina se quedó pensativa—. Si aceptó tu propuesta de ayuda, estarás ligada a mi vida hasta la muerte. —Marina inspiró profundamente mientras meditaba en las palabras de Sebastián—. Una condena demasiado larga.

—O hasta la muerte de mi padre —le dijo ella al fin. Sebastián bebió un trago largo de su jerez de forma pensativa—. No deberíamos preocuparnos ahora por los detalles colaterales, Sebastián. Puedes salvar tu herencia, y yo daré un buen uso a mi dote.

Marina vio la duda que se paseó por el brillo de los ojos de Sebastián, y atacó con toda la artillería de la que disponía.

—Podrías construir la almazara para tus olivos.

—Eres demasiado generosa, y no lo merezco —dijo azorado—. Ningún hombre lo merece.

—Permíteme que sea yo quien juzgue eso —replicó ella.

Pero Sebastián seguía dubitativo, sin confiarle del todo sus vacilaciones. Ella era tan generosa en su afecto, que Sebastián sintió un latigazo de pesar en las entrañas. Necesitaba la ayuda de ella, pero el precio era demasiado elevado.

—Sellemos el acuerdo con un beso. —La petición de ella lo pilló completamente fuera de juego—. Tendrías que verte la cara que has puesto —le reprochó con humor—. Parece que el beso te lo ha pedido el diablo, y no una amiga para cerrar un pacto.

—El diablo no, pero una bruja sí.

—¿Un beso entonces? Para sellar el acuerdo de ayuda.

La mano de Sebastián sujetó con gentileza el cuello de Marina y le alzó la barbilla hacia el encuentro de su boca. Inclino sus labios hacia los de ella, que se abrieron llenos de expectativas,

pero Sebastián simplemente depositó un suave roce y trató de retirarse. Marina no se lo permitió, había enredado sus dedos en los gruesos mechones de pelo negro y lo retuvo junto a su boca. Sebastián se bebía los jadeos de ella, pero recobró el sentido común. A Marina le importaron muy poco los intentos de Sebastián por separarse, tenía sus dedos enredados en su pelo y no pensaba soltarlo. Lo miró durante un instante muy fijamente.

—Si quisiera un beso de hermano, se lo habría pedido al mío.

La boca de Marina se aplastó contra la de Sebastián y, pillándolo por sorpresa, introdujo su lengua húmeda y caliente en la boca de él. Tras la sorpresa inicial, Sebastián se rindió a lo inevitable. Apretó su mano en la nuca de ella para retenerla, obligarla a abrir más la cavidad sedosa, y, cuando sintió los dientes de ella, comenzó un juego perverso de castigo, buscando, incitando. Estaba tan distraído que no se percató de que la copa que sostenía se le escurría de la mano. El cristal terminó estrellándose en el suelo de mármol. El ruido del cristal roto hizo que ambos separaran sus cabezas, pero sin dejar de mirarse.

—¡Dios! ¡Marina...! —Sebastián fue incapaz de terminar la exclamación.

Sus ojos habían visto al escocés, que estaba parado justo en la entrada del patio, y con los ojos como llamas salidas del mismo infierno. No tenía ninguna duda de que el forastero había presenciado el beso de ambos; veía en sus puños cerrados el ansia por pedir explicaciones, pero se mantuvo quieto, sin hacer nada de lo que prometía su postura belicosa.

—Siento interrumpir. —La voz de Brandon había sonado estrangulada.

Marina se sobresaltó, se había olvidado completamente de él. ¿En qué demonios estaba pensando para pedirle un beso a Sebastián teniéndolo a él como invitado? ¡Para comparar! Se dijo, y ahora se sentía mortificada por su falta de madurez, pero necesitaba comprobar por sí misma si Sebastián le despertaba el mismo hormigueo en el vientre que le incitaba Brandon. Si sentía con él las mariposas revoloteando en su pecho, y ese anhelo en su interior. Para su desgracia, había descubierto que no.

—Una interrupción desafortunada, puedo asegurárselo —comenzó Sebastián—, pero no piense mal, estaba besando a mi prometida. —Los ojos de Brandon se redujeron a una línea negra—. Marina ha aceptado mi propuesta de matrimonio.

El silencio que pendió en el patio fue premonitorio.

—Felicitaciones —dijo Brandon con voz de trueno—. Y ahora, mis disculpas, debo regresar al cortijo Vílchez. Buenas noches a ambos.

Marina se mordió el labio. La mirada que le había dedicado Brandon era claramente intimidatoria, y poseía una advertencia que había comprendido a la perfección. Ellos no habían terminado. Los ojos de Marina siguieron la marcha de Brandon hasta que desapareció.

—Has jugado sucio. —Las palabras de Sebastián la llevaron de forma brusca de vuelta al patio.

—¿Sucio...? —Marina no podía continuar, su garganta se había cerrado hasta producirle un ahogo físico.

—¿Acaso crees que un hombre no sabe cuándo lo utilizan? Has sido muy perversa, pero estoy deseando conocer los motivos por los que me has usado.

Marina inspiró profundamente.

—Necesito un jerez. —Sebastián estaba recogiendo los cristales rotos y depositándolos en una mesita cercana a uno de los sillones. Usó su pañuelo para secar el líquido derramado—. Los criados lo harán —le dijo ella de pronto, y así fue. En unos segundos, una de las doncellas lo había limpiado todo con pulcritud silenciosa.

Marina ya tenía su copa de jerez en la mano cuando Sebastián la enfrentó.

—¿Por qué? —le preguntó a bocajarro.

Marina se lo pensó un momento antes de responderle, pero la confianza que compartía con Sebastián hizo que sus palabras fuesen sinceras y sin tapujos.

—Porque estoy enamorada de él. —Sebastián la miró con interés y extrañeza. Que ella admitiese algo así le resultaba difícil de creer—. El forastero está decidido a un compromiso conmigo —continuó ella—. Tengo que convencerlo de que no es posible.

—Un simple no hubiese bastado. —Marina negó con la cabeza, y entonces Sebastián soltó una carcajada—. ¡Lo has probado! Ahhh, Da. ¡Lo mataré!

Marina apartó los ojos de Sebastián y los bajó al suelo incapaz de soportar la mirada burlona de él.

—Por ese motivo me has pedido un beso —le dijo Sebastián, y las mejillas de Marina se pusieron escarlata.

—Lo lamento —le dijo con un hilo de voz—. Me he comportado de forma censurable. No tenía que haberte utilizado.

—Te perdono el beso, y, ¿sabes por qué? Porque supe lo que ese hombre te despertaba el mismo día de mi regreso, ¿recuerdas? Cuando te encontré en el mercado en su compañía.

—¿Supiste...? —Marina le ofreció una mirada perdida.

—Ese gigante me envió todas las señales posibles sobre el derecho de posesión sobre ti. —Ella suspiró acongojada—. Y tú no tenías ojos nada más que para él.

—Es el primer hombre que consigue despertar mi interés en el amor, pero, ¿no puede ser Sebastián!

—Y por ese motivo te casas conmigo. —Marina miró a Sebastián con algo parecido a la culpa y la ira. Si no lo conociera tan bien, podría jurar que estaba celoso.

—Creía que ayudaba a un amigo.

Sebastián cabeceó con cierto pesar.

—¿Por qué no lo aceptas? —Marina tardó una eternidad en responder a la pregunta inquisidora.

¿Por qué no lo aceptaba? Porque los lazos que la unían a su familia eran demasiado fuertes para ignorarlos.

—Mi deber está aquí, con mi familia, y no en unas tierras tan lejanas que ni el mismísimo Señor Jesucristo oyó hablar de ellas.

Sebastián se lamentó. El deber, ahí estaba el deber para estropearlo todo.

—En ocasiones, el sentido de la obligación nos hace sumamente desgraciados. —Los ojos de Sebastián quemaban, penetraban dentro de ella con una fuerza demoledora.

—¿Y crees acaso que no lo sé? Es lo que he decidido y no voy a retractarme. El forastero se marchará, y yo ayudaré a un amigo al que quiero mucho.

—Que así sea entonces...

\*\*\*

Brandon estaba tan furioso que no consideraba recostarse en la cama para tratar de conciliar el sueño. Sentía un resquemor en las entrañas por la volubilidad de Marina, y que lo llenaba, para su sorpresa, de profunda venganza. De un despecho como no había conocido nunca. Estaba decidido, iba a retorcerle el cuello al maldito Sebastián, y a cobrarse la ofensa cometida por Marina contra sus sentimientos, cualidad que él le había mostrado con total honestidad, y que ella había pisoteado con crueldad. Esa misma noche lo había besado a él con pasión, y horas después

permitía que otro borrara de su boca la marca de su esencia. Se sentía perdido, y, en medio de esa tormenta emocional, Brandon tomó la decisión más extrema y radical de cuantas pudiese tomar: mostrarle el desprecio que se había ganado con sus actos. Desistía, abandonaba, y ahogó el deseo que le provocaba el recuerdo de ella en un mar de reproches y recriminaciones, lo hundió hasta el fondo sin remordimientos.

Brandon había tomado una decisión, y pensaba cumplirla a rajatabla.

Miró por la ventana los huertos en silencio. Diego no había hecho ninguna pregunta cuando él llegó a la casa con semblante furioso. Simplemente le había dado las buenas noches, y se había retirado a sus aposentos mientras él rumiaba su enojo con Marina, con su cuñado, y con él mismo. Tras un suspiro profundo, Brandon cerró los ojos y serenó su espíritu. Le daría a Marina lo que se merecía: completa indiferencia. Seco despecho, pero antes iba a dejarle una marca que no iba a olvidar en mucho tiempo, y al diablo con el resto de españoles.

\*\*\*

Marina extrañaba a Brandon. Hacía varios días que no sabía nada sobre él, concretamente desde la noche en que la había visto besándose con Sebastián. Ignoraba si seguía en el cortijo Vilchez, o si había regresado a la ciudad de Córdoba. Su corazón se inclinaba por la segunda opción. Su padre, el conde de Zambra, seguía ultimando los detalles de un importante negocio, por ese motivo había retrasado su llegada a «Los Encinares», y Marina estaba tan sola que apenas salía a pasear con su semental. Durante las noches se mantenía en vela, pensando y lamentando tener que mostrarse tan indiferente cuando por dentro se moría poco a poco por alguien que le estaba prohibido. Ella misma lo había vetado de su vida. Aunque trataba de no pensar en el forastero, su mente regresaba una y otra vez a él. A sus besos y caricias, a su sonrisa pilluela. Marina suspiró y se recriminó por undécima vez en esa tarde tediosa. Trató de forma infructuosa de centrar su pensamiento en Sebastián y la propuesta que había aceptado. Él le había prometido hablar con su padre sobre el compromiso. Marina sabía que Álvaro no iba a negarse pues sentía un gran afecto hacia a Sebastián, a quien conocía desde que era un niño. Les había unido una amistad profunda a los padres de Sebastián, y lamentaba la desgracia acontecida sobre su familia y sus bienes. Marina se pasó la palma de las manos sobre la tela de su falda. Había hecho lo correcto, pero sentía en su interior una tristeza ajena hasta entonces para ella, que le oprimía el corazón hasta producirle un dolor físico. Marina no tenía el consuelo de su amiga Ágata, ni el de Eugenia. Estaba sola, y se sentía una completa inútil en los temas relacionados con el amor, y sabía que iba a lamentar el resto de su vida la decisión que había tomado con respecto al escocés. Marina cerró los ojos, pero los abrió al escuchar el relincho de un caballo en el exterior de la casa. En el jardín principal que daba acceso al patio. Ella conocía cada caballo de las caballerizas, y, supo, por el sonido de los cascos, que Trueno había llegado a la hacienda. Trueno era el caballo que solía montar su hermano Lorenzo. Sujetó sus faldas con las manos para que la tela voluminosa no la hiciese tropezar en sus prisas por llegar a la puerta de entrada, salió al patio y vio a su hermano que en ese momento le estaba dando las riendas a Luis, uno de los mozos de cuadra.

—¡Lorenzo! ¡Qué sorpresa! —Cuando Lorenzo la miró con rostro grave, supo que ocurría algo muy grave—. ¡Padre! —exclamó asustada, pero Lorenzo negó con la cabeza al mismo tiempo que se quitaba los guantes de montar y subía con grandes zancadas los escalones.

—Han detenido a Sebastián.

Marina sintió que el aire se quedaba atascado en su garganta.

—¿Que han detenido a Sebastián? ¿A qué te refieres? —preguntó completamente atribulada.

—Lo han denunciado, Marina, y lo más terrible es que han encontrado pruebas que lo incriminan. —Marina estaba estupefacta—. Van a colgarlo en la plaza el próximo domingo, a menos que podamos hacer algo al respecto.

Aunque le dijese que la casa iba a derrumbarse encima de ella, Marina seguiría sin poder moverse: estaba clavada al suelo.

—¡Dios del cielo! ¿Quién ha sido? —preguntó llena de miedo.

—Eso no lo sabemos todavía, aunque estoy haciendo indagaciones al respecto.

—Padre... —Lorenzo no le permitió terminar.

—Padre no puede hacer nada. Las pruebas son irrefutables, Marina, hay dos testigos que van a declarar mañana. —La mujer no podía pensar. Sebastián no podía estar detenido, estaban equivocados—. Si lo encuentran culpable, será colgado.

La desazón ácida subió de forma rápida por su estómago hasta posarse en el cielo de su boca. Lorenzo contemplo con interés las emociones que cruzaban el rostro de ella, y una idea lo fustigó de inmediato.

—Tú lo sabías, ¿verdad? —Marina no se molestó en negar la pregunta hecha por su hermano—. Conocías sus actividades delictivas. ¿Cómo es posible?

—¿Y tú? ¿Acaso desconocías lo desesperado que está? —Lorenzo bajó los ojos al suelo al escuchar la pregunta hiriente que le formuló su hermana—. ¿Por qué las manos quietas, Lorenzo? ¡Es tu amigo! —Lorenzo subió sus ojos con un brillo de ira en su profundidad.

—Despreció mi ayuda y la de padre —ella se temía esas palabras—. Dijo que había hecho una inversión importante, y logró conformarnos.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó ella llena de angustia.

—Primero tengo que hablar con el forastero —Marina lo miró completamente confundida, él, continuó explicándole—. Las posesiones requisadas a Sebastián pertenecen sin lugar a dudas al laird McGregor. Tengo que convencerlo para que no haga una acusación formal.

—¡Virgen santa! —exclamó Marina, ¿en qué demonios pensaba Sebastián para robarle a un invitado de su padre? Y supo que no podían confiar en el forastero, porque no tenía ningún motivo para ayudarlos, todo lo contrario.

—Diego está haciendo lo imposible por ayudar a Sebastián, pero el asunto pinta muy feo.

—Tienen que estar equivocados, Sebastián no le robaría a un familiar de Diego, ni a un invitado de nuestro padre —Lorenzo la miró apenado—. Tiene que ser una patraña. Debo ir inmediatamente con él —anunció presurosa.

¡Tenía que ver a Sebastián! Lorenzo detuvo con su mano el avance de ella hacia la calle.

—Él, no desea que lo hagas. —Marina maldijo con violencia—. Nos ha pedido a padre y a mí de forma expresa que no permitamos que te acerques a la plaza.

Marina inspiró para controlar la angustia que le producían esas palabras.

—Es necesario que lo vea —dijo medio enloquecida.

Marina recordaba perfectamente el día que Sebastián trató de robar a Brandon en la sierra de Hornachuelos. Ella había impedido el atraco entonces, pero... ¿acaso lo había realizado después? Y, lo que era peor, ¿cuándo? Marina seguía pensando que era imposible. Sebastián había robado a individuos anónimos, pero no era el caso de Brandon. Había cenado con él en el palacio de Zambra, y era cuñado de Diego. ¡Maldito Sebastián! Y maldita la mentira que le había ofrecido para tranquilizarla. Pero tenía que hacer algo. Hablar con el forastero y convencerlo para que los ayudase. Ella tenía la moneda de cambio para usar con él, e iba a hacerlo de inmediato.

—¿Sigue el señor McGregor en el cortijo Vilchez? —preguntó ella. Lorenzo asintió con la cabeza—. Entonces iré a buscarlo.

—Bien, podrás acompañarme —le dijo Lorenzo, pero Marina pensó que eso era del todo imposible. Tenía que hacerle una proposición, y no podría hacerlo si su hermano estaba presente.

—Lorenzo, deseo hablar con él, y debo hacerlo sola.

Lorenzo no pensaba consentirlo.

—No harás tal cosa.

—¿Por qué? —le preguntó consternada.

—Porque no es correcto.

—¿Correcto? —preguntó ella—. ¡Maldita sea, Lorenzo! ¡Van a colgar a Sebastián!, ¿crees que me importa que sea correcto o no?

—¿Y por qué deseas hablar con el forastero a solas? —le preguntó inquisidor.

Marina se pasó la mano por la frente.

—Porque creo que puedo conmovirlo en una súplica por la vida de Sebastián. Le rogaré para que no haga una denuncia sobre los objetos de su propiedad.

—Es un asunto de hombres, Marina.

Ella lo miró con ojos entrecerrados.

—Y podrás tener tu asunto de hombres, pero permíteme que hable con él primero, no perdemos nada.

Lorenzo terminó asintiendo. Marina se volvió hacia el jardín para dar la orden de que le ensillasen a Cabrón. Tenía que llegar cuanto antes al cortijo de Diego. La distancia no era mucha, pero a ella le pareció el camino del infierno. ¿Cómo podía apelar a la ayuda de Brandon? Quizá dándole aquello que quería. Marina podía vender su alma al diablo con tal de salvar a Sebastián.

\*\*\*

La valija estaba preparada y lista. Brandon miró por última vez la habitación que le habían asignado en la propiedad. Aunque la construcción no era muy grande, era lo suficientemente cómoda para no desear regresar a la ciudad. Poseía todas las comodidades de una gran casa en Córdoba, y la tranquilidad que solía ofrecer el campo. Brandon había tomado nota de algunos detalles que le habían gustado para aplicarlos a su casa en Ruthvencastle, mejorarla para que fuese aún más comfortable. También iba a llevarse algunos cultivos que podrían plantarse en la dura tierra escocesa. Estaba tan absorto que no escuchó la suave llamada a la puerta del dormitorio. Cuando sintió que cedía el picaporte se volvió, y su sorpresa fue enorme cuando vio parada en el mismo umbral a Marina. Estaba sudorosa y desaliñada, como si hubiese cabalgado a todo galope. Algunos mechones de su brillante pelo se habían desprendido del pañuelo bajo el sombrero negro, y sus ojos, aquellos bellos ojos, estaban llenos de una angustia que lo perturbó, aunque logró ocultarlo a tiempo de que se percatase. Por un instante ninguno de los dos dijo nada, se dedicaron a mirarse en silencio.

—Disculpa mi intromisión, pero tenía que hablar contigo. —Brandon siguió con la boca cerrada, pero mirándola de forma tan penetrante que la puso nerviosa—. ¿Te marchas? —le preguntó, y Brandon detectó en la voz de ella una alarma que le resultó inesperada.

—Embarco en el Madeira en unos días.

El Madeira era un buque con destino a Dover que salía del puerto de Lisboa.

—¿Vuelves a Escocia? —el hombre asintió con un leve gesto de la cabeza—. Pero tu hermana no ha regresado de la ciudad de Granada.

—Mi hermana y mi sobrino viajarán a Londres con Diego en unas semanas, embarcarán en la ciudad portuaria de Cádiz. —Marina estaba confusa, ¿por qué motivo Diego no le había dicho nada? ¿Regresaba a Inglaterra?



—Lamento que te marches —le dijo ella apesadumbrada.

Brandon se apoyó en uno de los postes de la cama. Marina se estaba poniendo cada vez más nerviosa.

—¿Querías hablarme sobre mi hermana? —Marina negó, pero no encontraba las palabras adecuadas. Mientras cabalgaba, había pensado las razones que pensaba esgrimir, pero ahora que lo tenía delante, no sabía cómo comenzar.

—Vengo a pedirte un favor.

Brandon alzó una ceja interrogante.

—¿Ayuda para recuperar más cartas de amor? —le dijo él con burla.

Marina tragó con brusquedad porque se lo estaba poniendo difícil a propósito, pero no le importó, había una vida en juego: la vida de un hombre bueno.

—Lo sabes, ¿verdad?

—Diego me ha informado del desagradable incidente.

—Te ofrezco una súplica de perdón para un amigo —los ojos de Brandon se entrecerraron—. Y también una explicación de los motivos que...

La cortó sin contemplaciones.

—Ahórrate las explicaciones, no me interesan

Marina cerró los ojos ante la brusquedad de sus palabras, pero tenía que seguir intentándolo.

—Por favor —le rogó ella en un susurro—. Con tu silencio, Sebastián puede tener alguna posibilidad —suplicó ella con un hilo de voz—. Es un buen hombre, pero arrastra una cruz muy pesada.

—¿Hablamos del mismo ladrón que intentó robarme cuando cruzaba las tierras de tu padre? —Marina guardó silencio, ¿cómo lo había descubierto Brandon?—. Vi la herida de su mano, y su forma tan particular de dirigirse a ti, Da. —Marina lo miró de frente—. Soy forastero, pero no estúpido.

—Lo lamento de veras.

—Es la segunda vez que dices esa palabra en minutos —Brandon la escudriñó con dureza—. Debes de amarlo mucho para rebajarte a ese nivel.

Marina no lo corrigió.

—Haré lo que sea por ayudarlo.

Brandon apretó los labios en una mueca, pero alzó sus hombros como si no le importaran sus palabras.

—Que tengas suerte, vas a necesitarla.

Marina vio con horror que Brandon cogía la valija de la cama y la capa de viaje.

—¡Por favor! —suplicó con un hilo de voz.

Brandon se colocó la capa doblada en el brazo, y le hizo una inclinación con la cabeza.

—Señora... —la mano de Marina sujetó el brazo de Brandon para retenerlo. Sintió los músculos tensarse bajo la tela de la chaqueta de viaje.

—Por favor —volvió a suplicar, compungida—. Las únicas pruebas que tiene la autoridad en su contra te pertenecen. Si dices que todo se ha debido a una confusión, es posible que no lo cuelguen.

—Olvidas que hay dos testigos.

—Los testigos se compran.

—¿Y a mí? ¿Me estás comprando también?

Marina soltó un suspiro, y negó un segundo después.

—Soy yo la que se está vendiendo. —La fuerte mano de Brandon se posó sobre la de ella

para retirarla de su brazo.

La mujer se resistió.

—Te lo digo otra vez, no me interesa. —Marina inspiró profundamente para recuperarse del golpe que le había provocado el desprecio de sus palabras. ¡No podía haberse equivocado tanto con él! Era un hombre al que no le importaba lo que fuese de Sebastián. Pero ella tenía que hacer todo lo posible para ayudarlo.

Marina decidió quemar el último cartucho que le quedaba.

—Me iré a Escocia contigo.

Brandon la miró un segundo estupefacto, después con burla.

—¿Crees de verdad que te llevaría conmigo? ¡Debes de estar loca! —el insulto no le hizo mella pues había decidido llegar hasta el final.

—Debo de ser una ingenua, pues ignoraba que tus promesas fuesen vacías de intención.

Brandon apretó la mandíbula.

—¿Piensas que llevaría a mi hogar a una mujer prometida a otro? —Marina supo que tenía que arrinconarlo, y tenía el arma para hacerlo.

Diego le había explicado cómo funcionaba la mente de un escocés, su primo había pretendido disuadirla para que no aceptara las pretensiones de Brandon, y le había dado sin saberlo, el arma que pensaba clavarle al forastero hasta la empuñadura. Marina aguantó la respiración un segundo y exhaló el aire poco a poco; tenía que recuperar el ritmo normal de los latidos de su corazón para que no le temblase la voz.

—Reclamo la reparación, laird McGregor. —La mano de Brandon separó con brusquedad el contacto que los mantenía juntos—. Estoy unida a tu vida por una promesa, ¿lo has olvidado?

—No vas a obligarme.

Ella hizo una afirmación con la cabeza.

—Mi primo Diego me explicó el valor legal que tiene un ofrecimiento de reparación. Y por qué motivo es tan importante para un escocés.

—Pero no estamos en Escocia, ¿verdad, señora?

—Entonces iré hasta Escocia para reclamarlo. De ser necesario, me presentaré ante vuestro consejo, con testigos de la reparación ofrecida por ti y aceptada por mí; entre ellos mi primo Diego, el barón de Bidasoa. —Marina acababa de lanzarse un farol, pero confiaba que Brandon no tuviese modo de saberlo.

—Diego no te ayudará —le respondió con voz controlada, pero con un timbre de vacilación.

—En mi reino, la sangre es más espesa de lo que imaginas, y Diego, además de mi familia, es un noble con un sentido del honor incuestionable. Lo sabes, se casó con tu hermana por ese mismo sentido de honestidad.

Brandon la miró con un cierto brillo de admiración en sus ojos. Le parecía inaudito, desmesurado, lo que estaba dispuesta a hacer por un hombre, y, en ese preciso momento, la despreció con toda su alma.

—Hacerlo no te garantiza que ayude a tu ladrón.

—Lo sé, y a pesar de ello, deseo reclamar la reparación ofrecida.

—Estás jugando con fuego, Marina. —Brandon dijo la advertencia con una candencia de voz muy peligrosa.

—¿Estoy jugando? —preguntó ella casi histérica—. ¡Me estoy quemando viva! Pero ya he mencionado que haré todo lo que esté en mi mano para ayudar a mi amigo: incluso vender mi alma al diablo si fuera necesario.

—Puedo hacer tu vida imposible si me obligas —la amenazó.

—Esa circunstancia no me amilana pues estoy decidida. —Volvió a inspirar—. Reclamo la reparación, laird McGregor.

Un silencio pesado pendió sobre la cabeza de ambos.

—¡Maldita sea que vas a obtenerla!

## CAPÍTULO 11

Marina estaba destrozada. Su padre le había retirado la palabra, y Diego se mostraba terriblemente furioso con ella, pero iba a salvar la vida de un buen amigo, y los medios usados para lograrlo le parecían insignificantes. La ceremonia de su boda apresurada había sido realizada en la capilla del palacio de Zambra; fue corta e íntima. Lorenzo había actuado como único testigo suyo; Diego, renuente, lo había sido de Brandon. Marina lamentaba haber llevado al escocés al extremo del precipicio, pero había cosas en la vida mucho más importantes, y de las que iba a rendir cuentas más tarde, pero, no, en ese momento. Como no tenía la mayoría de edad, necesitaba la ayuda de la diócesis de Córdoba, sobre todo porque era hija de conde, y Marina se había confesado al obispo amigo de su padre. Mintió al admitir que había pecado, pero necesitaba la dispensa papal para casarse sin el consentimiento de su padre. Marina sabía que cuando regresara su padre y supiera de sus acciones, jamás la perdonaría, pero para salvar la vida de Sebastián, estaba dispuesta a ser repudiada por todos. Su hermano Lorenzo había aceptado su explicación de los motivos ulteriores que tenía para casarse con el escocés; había protestado y derrumbado cada uno de los argumentos que ella esgrimía en su defensa, pero Marina sentía por su hermano un afecto especial, por ese motivo decidió ser del todo sincera, y contarle la única razón por la que había arrinconado al forastero hasta hacerle cumplir la palabra dada. Finalmente, Lorenzo había aceptado, y se había encargado de que la boda se realizase de inmediato. Pertener a una de las familias más importantes de Córdoba tenía sus ventajas.

Marina se pasó las manos por la tela de su vestido pues las sentía húmedas y frías. ¡Cómo podía cambiar la vida de una persona en unas horas! El día anterior se encontraba en el cortijo Vilchez reclamando el pago de una promesa, y, al día siguiente, se encontraba en la capilla del palacio de Zambra convertida en la señora de Brandon Keith McGregor. Pero Marina no había ganado un esposo, se había congraciado un terrible enemigo.

—Estoy listo. —La voz de Lorenzo llegó hasta ella como si saliese de la profundidad de un abismo. Lorenzo miró a su hermana que se retorció las manos como si quisiera limpiarlas de inmundicia, aunque las tuviese limpias de toda maldad—. Tendrías que contárselo —le aconsejó.

—Brandon desconoce nuestras leyes, Lorenzo, y esa ignorancia no le va a causar ningún daño, todo lo contrario, salvará la vida de Sebastián.

—Ningún hombre lleva bien que lo utilicen, y menos si lo hace la mujer que acaba de desposar. —Marina apretó los labios con remordimiento. Había obligado casi a punta de pistola al escocés para que le diese el sí quiero, argumentando como razón la reparación ofrecida.

Brandon podía ser implacable con ella. ¿Podía? Iba a serlo.

—¿Dónde está? —preguntó con un hilo de voz.

—Ultimando los preparativos para vuestra marcha, no desea pasar en Zambra ni un día más. —Marina suspiró con cansancio. Fue la única condición que Brandon había impuesto para celebrar el matrimonio. Ella había aceptado sin reservas—. Y padre está reunido con don Felipe de Castro. —Felipe de Castro era el juez más famoso de Córdoba—. Piensa desheredarte por tu desobediencia.

Marina había tomado una decisión, y debía ser consecuente con ella.

—Está en su derecho, no puedo recriminarle nada. —Lorenzo la miró con cierto reproche en sus ojos—. Tenía que hacerlo, ¿lo entiendes? —admitió delante de su hermano.

—No, pero admiro tu valor y determinación.

—¿Valor? Estoy muerta de miedo —le confesó en un susurro—, pero amo demasiado a

Sebastián como para quedarme de brazos cruzados.

—¡Marina! —exclamó Lorenzo claramente perturbado por las palabras de su hermana—, estás casada... —Marina le sonrió.

—Tranquilo, hermano, no amo a Sebastián de la forma en la que sospechas, lo amo porque es mi amigo, y porque me ha ayudado siempre que lo he necesitado.

Lorenzo respiró al fin.

—Cuando me contaste tu plan, supe que era el mejor para tratar de ayudarlo, por ese motivo te he dado mi apoyo, pero lamento el sufrimiento que vas a sufrir por tus decisiones.

—Lograré que Brandon olvide este incidente. Seré buena con él.

Lorenzo lo dudaba seriamente, pero no quería atormentar todavía más a su hermana.

—Vamos entonces, el magistrado nos espera.

Marina se colocó la capa verde, y siguió a su hermano hacia la calle.

\*\*\*

Brandon estaba iracundo. Furioso. Se sentía utilizado, y esa sensación era completamente desconocida para él. Había tenido que cumplir la palabra dada, pero se había jurado una y otra vez que Marina se lo iba a pagar con creces. Iba a hacer de su vida un infierno, hasta tal punto que iba a desear estar muerta y no unida a su vida.

—Ahora sabes lo que se siente. —Brandon alzó su cabeza, y miró a su cuñado con los ojos entrecerrados.

Diego tenía el rostro inusualmente relajado.

—Me sorprende que te hayas prestado a este juego —respondió.

Diego cruzó la estancia hasta pararse a unos metros de su cuñado.

—Olvidas convenientemente que fuiste tú mismo quien inició todo este caos —le dijo Diego con voz tranquila—. Obviaste mis advertencias al respecto, y actuaste al margen de los sentimientos de ella. Tienes lo que te mereces.

—Pero entonces ignoraba lo porfiada que es tu prima, cuñado. —Diego no se inmutó por el insulto a Marina—. Y voluble —remató con despecho.

Diego lo miró con intensidad. Brandon era la misma imagen de un hombre a quien han estafado, y cuya hombría ha quedado en entredicho.

—¿Hablamos de la misma mujer que ha sacrificado todo lo que tiene porque ama de verdad? —Brandon se mantuvo callado—. Mi tío no solo va a desheredarla, la va a desterrar para siempre de su vida. —Brandon aguantó la respiración al oír la noticia. Miró a Diego incrédulo—. ¿Creías que mi prima iba a salir indemne de todo este asunto?

—Está enamorada de un ladrón, pero yo he tenido que desposarla. —Diego apretó los puños para controlar la ira—. ¿Dónde nos deja esta situación?

—Bienvenido al club de los hombres que aman con una intensidad que no puede borrar el tiempo ni la distancia, un amor que sigue latente en el corazón produciendo un dolor sordo, eterno, y, sin embargo, nos vemos obligados a casarnos con una mujer no elegida, con una extraña. —Brandon enarcó sus cejas con una advertencia, pero Diego había llegado muy lejos en sus palabras, y no pensaba detenerse en ese momento—. Dime, cuñado, ¿qué sientes? Imagino que algo muy parecido a lo que sentí yo en Inglaterra.

Brandon no pensaba contestar la pregunta insidiosa.

—Mi hermana te ama, deberías olvidar los errores pasados —respondió.

—¿Estás dispuesto a aplicarte esas palabras? —Diego hizo la pregunta como un disparo.

—Eso es algo que no pienso discutir contigo.

—Solo quiero saber que vas a ser bueno con ella. —Brandon estuvo a punto de soltar un improperio, pero se contuvo al ver la expresión de su cuñado—. Como yo lo he sido con tu hermana, a pesar de sus actos.

—Tienes mi palabra de que no la mataré —dijo Brandon con un brillo extraño en sus ojos verdes.

—Eso no es suficiente para mí, y lo sabes.

—Tendrá que bastarte, porque no estoy dispuesto a nada más.

—Si le haces daño... —Diego dejó la advertencia en el aire.

—¿Has terminado ya con tus amenazas? Porque tengo que preparar un viaje.

—Disfruta entonces de la ventaja que tienes, porque no te va a durar mucho.

Diego salió por la puerta con la espalda recta; tenía las manos apretadas en puños. Brandon fue capaz de valorar sus palabras, pero él, y solo él, se iba a ocupar de su mujer, y de hacerle pagar su veleidad.

\*\*\*

Marina había tenido una entrevista larga y difícil con el magistrado; había tenido que explicar de forma contundente que Sebastián de la Cruz no le había sustraído los objetos personales a su esposo, sino que todo había sido originado por una confusión tonta. Marina había declarado a favor de Sebastián, y había recuperado los objetos de Brandon. El magistrado había dudado porque necesitaba la declaración del esposo, pero el abogado que los representaba había alegado que Brandon no dominaba la lengua del reino, y sería de poca ayuda al respecto. Lorenzo corroboró las palabras del abogado y de su hermana en todo momento. El abogado contratado por Diego había hecho un trabajo formidable. El magistrado había terminado por decretar la libertad del reo al comprobar que los testigos se habían retractado de su declaración anterior. Sin pruebas y sin testigos, Sebastián quedaba en libertad. Los testigos eran dos truhanes sin importancia, y había sido difícil encontrarlos, aunque no imposible. Lorenzo se había movido por cada taberna y tasca buscando información. El dinero era la mejor carta de presentación, y los testigos habían terminado por salir de su escondite ante el bocado jugoso ofrecido por el heredero del conde de Zambra. Finalmente, habían aceptado el doble de la cantidad que les habían ofrecido anteriormente. Lorenzo estaba empeñado en encontrar al instigador de la denuncia, pero todo se había resuelto de forma satisfactoria. Sebastián iba a quedar en libertad en unas horas.

Ambos hermanos regresaron al palacio de Zambra.

Marina se quitó la capa exhausta. Habían sido las horas más largas de su vida, pero todo estaba resuelto. Le había sido imposible visitar a Sebastián para darle la buena nueva, pero estaba libre, y Lorenzo le había dado su palabra de que hablaría con él para explicarle todo. Ahora le tocaba hablar con su padre sobre la posibilidad de que fuese con ella a Escocia.

No podría vivir tan lejos sabiendo que lo dejaba solo.

—¿Dónde estabas? —la pregunta formulada por Brandon hizo que Marina se diese la vuelta de forma rápida.

—Hablando con la autoridad encargada del caso de Sebastián. —Marina vio cómo se endurecía el mentón de Brandon—. La denuncia ha sido anulada.

—¿Cómo es posible? Yo no he hecho declaración alguna. —Marina sabía que llegaba la parte más dura de todas, y no sabía muy bien cómo manejarla.

—¿Podrías cerrar la puerta, por favor? —Brandon no se había percatado de que la había dejado abierta, obedeció, y se quedó plantado en medio del dormitorio esperando una respuesta por parte de ella, pero Marina tenía otros asuntos en mente, como quitarse el vestido arrugado y

lavarse las manos.

—Sigo esperando una respuesta. —La voz de Brandon tronó en la alcoba de Marina.

—Y yo te la ofreceré cuando termine de refrescarme. —Brandon no podía creérselo, pues parecía muy serena—. ¿Has podido conseguirme un pasaje? —le pregunto ella. Brandon no respondió de inmediato. Marina intentó que su voz sonara causal—. Puedo conseguir un pasaje que salga desde Cádiz en unas semanas, quizá en el mismo buque que mi cuñada y mi primo Diego.

Brandon estuvo a punto de maldecir, pero se contuvo a duras penas. Ella hablaba de su matrimonio como algo natural y no propiciado por sus maquinaciones.

—¿Cómo es posible que el ladrón esté libre? —le preguntó con la voz contenida.

A Marina la palabra ladrón se le clavó directamente en el corazón.

—Las pruebas carecían de solidez.

—¿Que tratas de decir? —volvió a preguntar más incrédulo todavía.

—Gracias a Aaron Goldman, que es un buen amigo de la familia.

—¿Goldman? —preguntó Brandon.

—Un joyero de mucho prestigio que ratificó mi declaración.

—¿Qué declaración?

—Que Sebastián, como amigo de la familia, cumplía una petición mía para que llevara a valorar los objetos que fueron encontrados en su poder. Iba a llevarlos a Aaron Goldman, su joyería es una de las más prestigiosas de la ciudad de Córdoba —le informó con tono casual—. Mi hermano Lorenzo confirmó las palabras de Goldman y las mías. Como tu esposa, hice pasar tus pertenencias como mías.

Brandon masculló de forma ostensible.

—¿Una mujer tiene autoridad para hacer algo así? —preguntó él con un tono tranquilamente engañoso

—Puede, cuando está casada. Los forasteros suelen desconocer las leyes del reino sobre posesiones matrimoniales. —Brandon tenía que haberlo imaginado. Se había casado con él porque era un maldito forastero. Ya tenía otra ofensa más que añadir a la lista.

—Puedo hablar con la autoridad y negar tu declaración —le dijo él de pronto.

Marina se volvió hacia Brandon y lo miró de frente sin tapujos.

—Pero no lo harás. —Brandon la miró atento—. Como tu esposa tengo el privilegio de hacer uso y disfrute de algunas joyas de la familia sin que se considere un delito. El magistrado lo entendió perfectamente, además, si decides hablar con autoridad, no solo pondrás en tela de juicio mi palabra, también la de mi hermano Lorenzo, y la reputación del conde de Zambra.

—Y algo así solo sería culpa tuya. —Brandon sentía deseos de intimidarla.

—Es cierto, pero si decides hacerlo, prometo que me aseguraré de que no salgas de esta casa con vida. —Brandon la miró tan perplejo por su amenaza como por su postura—. Tendré el matrimonio más corto de la historia.

Brandon se acercó a ella de forma lenta, clavándole la mirada con intensidad.

—¿No piensas parar en esta cruzada por otro?

Marina negó con la cabeza.

—Le tengo mucho aprecio, Brandon. No podría soportar que lo colgasen.

Lo vio apretar tanto las mandíbulas que creyó que se le iban a partir los dientes.

—Espero que seas consciente de lo que acabas de admitir —le dijo con una candencia de voz que hizo que Marina se estremeciera—. Y debo hacerte una advertencia. —Ella lo miró con un interrogante—. Yo me tomo las amenazas muy en serio, y nunca he llevado bien la

manipulación de una mujer. Y ahora recoge tus cosas. Te espera un viaje muy duro.

—Primero debo hablar con mi padre —le dijo ella conciliadora.

Brandon tenía que comenzar su venganza hacia ella cuanto antes.

—¡No! —bramó con enojo.

—Pero tengo que ultimar detalles con...

—Recoge tus cosas de inmediato, el carruaje espera en la puerta. Ya he perdido demasiado tiempo por ti.

—No puedo marcharme de forma tan precipitada, necesito... —Brandon la cortó en seco.

—Tu padre está de camino a Sevilla. —La expresión de dolor de Marina no lo conmovió en absoluto—. Como ves, prefiere no verte. Afortunado él, porque yo no puedo decir lo mismo —Marina sintió como si un hacha le hubiese dado un golpe en el cerebro—. Recoge lo imprescindible. Tu hermano ha prometido ocuparse de todas tus pertenencias. En unos días enviará tu equipaje. —Marina iba a protestar de nuevo—. Y no aceptaré una demora más.

\*\*\*

Marina miró el interior del camarote que iba a compartir con Brandon. El pequeño habitáculo tenía un camastro, un pequeño escritorio, y un mueble para los efectos personales. Todos estaban clavados en el suelo. Como estaba dispuesto sobre el exterior del castillaje, tenía un ojo de buey que ofrecía ventilación e iluminaba la estancia con luz natural, pero era tan pequeño que Marina no sabía cómo iba a poder convivir con su esposo los días que durase el viaje. Brandon no había podido conseguir otro camarote cercano al suyo; como había planeado el viaje solo y no con una esposa, le había resultado imposible encontrar un alojamiento mejor. Pero no quería estar más tiempo en Córdoba, así que había decidido compartir con ella el pequeño espacio del buque. El baúl de Marina no había sido abierto desde que saliera del palacio de Zambra como una delincuente y no como una recién casada. Brandon no había conversado con ella en las largas y tediosas horas en las que habían estado recluidos dentro del carruaje de pago, ni durante las cenas y comidas que habían compartido como dos extraños en las diferentes posadas del camino, pero Brandon sí había conseguido habitaciones por separado, ella se lo había agradecido en silencio.

Marina detuvo sus ojos color miel en el aguamanil vacío, en el jarrón metálico, y en la pastilla de jabón que no había sido utilizada. Los lienzos para secarse estaban cuidadosamente doblados sobre una silla que podía ser utilizada como percha. Dejó el bolso de viaje con los libros y enseres personales que había logrado reunir antes de abandonar la única casa que había conocido en su vida, y se dedicó a abrir el arcón para sacar algunas prendas que podrían serle de utilidad durante el viaje en alta mar. Escogió un chal para las tardes frescas y un vestido de lana fina que no se arrugaba mucho. Marina no tenía doncella que la ayudase, por ese motivo buscó entre sus ropas aquellas que fuesen fáciles de poner y de quitar por ella misma. Escogió colores suaves y sufridos pues desconfiaba de que pudiese lavar algunas prendas que habían sido utilizadas en la primera parte del viaje. También eligió un camisón de algodón grueso y cerrado hasta el cuello. Estaba tan enfrascada en su tarea, que no oyó la entrada de Brandon en el camarote; no se percató de su presencia hasta que sintió la brisa de aire que la azotó cuando él cerró la puerta tras de sí.

Marina estaba sentada en cuclillas frente al baúl con ropas y artículos esparcidos por las tablas de madera.

—Después sacaré de tu arcón algunas prendas de abrigo.

Brandon la miró con un pestañeo.



—No será necesario, puedo ocuparme de mí mismo pues estoy acostumbrado a hacerlo desde niño. —Ella no replicó. Habían pactado una tregua, y no deseaba por nada del mundo minarla.

—No me importa, de veras —le dijo con tono conciliador—. Presumo que estaré mortalmente aburrida hasta que llegemos a Inglaterra, por ese motivo me gustaría mantener la mente y las manos ocupadas.

—Haz lo que quieras. —El tono desabrido logró descorazonarla.

Brandon había dejado su chaqueta y el bastón a los pies del camastro, y después había salido por la puerta sin despedirse o mostrarle la más elemental de las cortesías. Marina suspiró profundamente. Había jugado sus cartas una a una, y ahora tenía que ser consecuente con los resultados de su mal juego. Ella había basado su futuro en la capacidad de Brandon para perdonar, para comprender los motivos que la habían impulsado a aceptar su proposición renuente e ejecutada. Pero cada día que pasaba, más se distanciaba de ella. Con el corazón encogido, cerró el baúl y aseguró los pasadores. Tenía que prepararse para la cena, y como tenía que hacerlo sola, un simple cambio de vestido y de peinado que solía durar unos treinta minutos con la ayuda de su doncella, se convertía, de pronto en dos penosas y largas horas, pero Marina no permitió que el desánimo la abatiera.

\*\*\*

Brandon la esperaba en el amplio comedor del buque. Aunque era bastante pequeño de eslora, su interior resultaba cómodo y espacioso, salvo el camarote que tenía que compartir con Marina. Brandon utilizaba su enfado como un escudo contra ella, y, hasta ese momento, le había resultado bien, pero no confiaba mucho en su actitud dócil. Esperaba su estallido, el arrebato que iba a salir de un momento a otro por el trato grosero que le dispensaba. Brandon sabía que tenía que estar preparado. La vio avanzar entre el gentío del comedor, buscándolo. Él se encontraba apoyado en uno de los pilares que sujetaban la pequeña mesa para que no se volcase en los días de marejada gruesa. Marina, cuando lo vio, se detuvo un momento. Brandon aguantó la respiración porque cada día la veía más hermosa, aunque esa circunstancia no le impedía olvidar lo péfida que era. Su esposa llevaba una chaquetilla corta de raso de color burdeos con bordados de cordón en un tono más oscuro que el de la tela. La camisa era blanca con encajes en escote y puños. A pesar de la distancia, Brandon podía ver que era de una calidad excepcional. Bajo la chaqueta corta y sobre la camisa blanca llevaba un chalequillo de terciopelo fino color champán. La falda dorada le llegaba por debajo de la rodilla, y tenía sobrefalda de madroños. Las medias que cubrían sus pies eran blancas, así como las enaguas. Los zapatos hacían juego con el vestido y tenían adornos de lazos en color burdeos. Marina llevaba el pelo recogido en un moño bajo, como era habitual en ella, y sujetaba con un broche de rubíes el pañuelo amarillo y el catite rojo. Las orejas las llevaba ausentes de zarcillos, y en las manos tenía dos únicos adornos: el anillo con el sello de su familia, y un precioso abanico de encaje blanco.

La encontraba perfecta, pero era una manipuladora.

Marina había divisado a Brandon que estaba apoyado en un pilar del comedor. El espacio estaba dividido en mesas de diferentes tamaños, pero parecía que él estaba reservando la única que estaba resguardada en el lugar más íntimo. Caminó directamente hacia él. Brandon no se esperaba la sonrisa que ella le dedicó, por ese motivo su estómago se dobló con un espasmo que lo dejó momentáneamente aturdido.

—Es maravilloso —dijo ella—. Creía que este continuo balanceo iba a terminar por marearme, pero no es así, y estoy asombrada.

Brandon le apartó la silla con galantería, pero con frialdad para que ella pudiese sentarse.

Cuando lo hizo, él también tomó asiento frente a ella.

—No cantes victoria todavía pues el mar suele cambiar, es tan veleidoso como las mujeres.

—¿Quieres decir que puede empeorar? —Brandon asintió antes de ofrecerle la carta para que eligiese el plato de la cena.

—Siempre empeora. —Marina tomó la carta que él le ofrecía mientras meditaba en su respuesta contundente. De ser cierto que el mar terminaba picado, confiaba en no marearse demasiado. Lo último que ella deseaba era convertirse en una molestia.

—¿Qué te apetece para cenar? —le preguntó animada, pero Brandon no le contestó, siguió mirando la carta sin decidirse. Marina miró los diferentes platos, pero estaban escritos en portugués. Brandon se percató de que ella no entendía el idioma a pesar de las raíces latinas que compartían.

—Una sopa y carne —eligió él.

Marina aceptó sin dudar un instante.

—Pediré lo mismo.

Marina se dispuso a esperar la cena mientras observaba al resto de pasajeros que ya habían tomado asiento en sus respectivas mesas. La mayoría de las mujeres vestían de forma ostentosa, con ricos terciopelos oscuros y rasos que crujían al moverse. Marina se percató de que la mayoría de hombres y mujeres eran de nacionalidad inglesa.

—¿Cómo es tu casa? —a Marina le había temblado la voz al formular la pregunta, pero Brandon no se percató del detalle, seguía distraído mirando a los diferentes comensales.

—Una casa como otra cualquiera —respondió sin mirarla.

Marina no se dio por vencida. Tenía muchos interrogantes con respecto a él y su vida antes de conocerlo.

—¿Tienes mucha familia?

—Más de la que quisiera —contestó conciso.

—¿Van a verte a menudo? —insistió ella.

—No les doy motivos para ello, salvo dos primos ingleses a quienes les da exactamente igual mi opinión al respecto. —Marina se preguntó si eso dos primos a los que aludía serían los mismos que Brandon había mencionado en algunas ocasiones.

—Hubiese deseado tener una familia grande, alborotadora, pero estoy convencida de que la tuya me va a gustar de veras. —En ese momento, Brandon sí que la miró. Con esa mirada que apuñalaba, pero no la decepcionó aclarándole lo secos y reservados que se mostraban los escoceses. Ella iba a darse cuenta muy pronto.

—¿Deseas algo en particular? —preguntó él.

Marina negó con la cabeza. Cualquier elección le parecería buena.

—¿Está muy lejos tu hogar? —Brandon dudó sobre si hablarle sobre su casa, pero le pareció un tema neutro para la cena, y serviría para mantenerla callada.

—Ruthvencastle está demasiado lejos de todo.

Marina atesoró la información, porque Brandon solía suministrársela gotita a gotita.

—«Castle» sé que es una palabra inglesa que significa castillo, pero ¿qué quiere decir «Ruthven»?

—Era el nombre del clan que poseía la propiedad del castillo. —A Marina la palabra le parecía un precedente de lo maravillosa que iba a ser su vida al lado de Brandon.

—Será un auténtico placer conocer tu tierra. —Brandon decidió no contradecirla—. Pero prometo que no desatenderé mis obligaciones como señora de Ruthvencastle —le costó pronunciar el nombre de forma correcta.

—Tendrás poco trabajo —fue la escueta respuesta de él. Marina lo miró con sorpresa—. Podrás holgazanear todo el día si lo deseas.

—¿Por qué dices algo así?

—Hay una cocinera, un mayordomo, dos doncellas y un montón de perros. Pero no tendrás que preocuparte por el trabajo. —Marina advirtió un tono despectivo en la voz de Brandon, y se preguntó qué podía ocasionarlo.

—Como tu esposa...

Brandon cortó sus palabras de forma brusca.

—¿Deseas arruinarme la cena recordándome algo que trato de olvidar?

Marina se mordió el labio pues el tono subido de él estaba llamando la atención sobre ellos del resto de comensales.

—Pero es un hecho que estamos casados. Tarde o temprano tendrás que asumirlo.

Los ojos de Brandon se habían convertido en dos pozos oscuros e insondables: anunciaban tormenta, y Marina sintió un escalofrío de incertidumbre.

—Comenzaré a hacerlo cuando compruebe que ese vientre no alberga un bastardo ladrón. —Marina jadeó horrorizada al escucharlo—. Entonces, y solo entonces, comenzaré a aceptar este matrimonio.

Ella cerró los ojos ante la puñalada emocional que recibió directamente en el corazón. Sintió la hoja de la decepción penetrar hasta el mango y quedar hundida hasta el fondo. Si se movía, la hoja penetraría hasta atravesarle la columna. Necesitó unos minutos para recomponer la voz, y la mirada.

—Estás en tu derecho de actuar según tus principios, aunque podías haberme comentado tus dudas —le dijo ella en un tono anormalmente calmado—. La mayoría de las confusiones suelen resolverse hablando.

—Pero no tengo dudas, señora. —Marina comprobó que el puñal acababa de clavárselo un centímetro más—. Solo intento que no me endilgues un bastardo ladrón.

Brandon repitió el insulto por segunda vez. La mente de Marina era una confusión absoluta, aunque ya podía entender su distanciamiento, y por qué motivo no habían mantenido contacto íntimo. Pero necesitaba preguntárselo, aunque hacerlo la hundiera más en la miseria.

—¿Por esa razón has decidido no consumir nuestro matrimonio? —la voz de Marina había bajado hasta el susurro, como si hablara para sí misma—. ¿Y cómo vamos a dormir en una cama tan pequeña? —preguntó en un tono ácido.

Los ojos de Brandon mostraban un brillo abrasador.

—Le he pedido al capitán algunas mantas que podrás usar en el suelo de colchón.

—¿Usar de colchón? —se preguntó. ¿Acaso creía el muy tunante que iba a dormir en el suelo? ¡Y qué importaba donde tiraba sus huesos después de la sospecha que le había confesado! —. Y si te asegurara... —comenzó ella, pero Brandon no le permitió continuar.

—Jamás crearé una palabra tuya.

Marina trató de reunir los últimos vestigios de orgullo que le quedaban. Acababa de llamarla mentirosa.

—Te preocupas de forma innecesaria, laird McGregor, pero te libraré de mi molesta presencia.

Marina no esperó que le sirvieran el primer plato. Se levantó de la mesa tan tensa que parecía una cuerda de guitarra a punto de romperse. No iba a llorar, no le iba a dar esa satisfacción, pero que el diablo se lo llevase. Antes de darse la vuelta, lo miró completamente atribulada y sumergida en la desolación más absoluta.

—Acabas de romper algo precioso, laird. Único. Y no te imaginas cuánto lo lamento por ti. —Tras un momento de silencio, lo miró con una decepción completa—. Esta embustera da las buenas noches.

Brandon la vio irse llena de agravio, pero tenía que quebrarla antes de llegar a Ruthvencastle. Necesitaba sacar el despecho que lo consumía, y todo le parecía poco para lograrlo. Algunos de los caballeros miraron la marcha de Marina con curiosidad; las mujeres, turbadas, pero Brandon no tenía modo de saber que ella había cedido a las lágrimas en el mismo momento que le dio la espalda para marcharse.

## CAPÍTULO 12

Como si el mar se hubiese apiadado de la agitación que sentía Marina en su corazón, comenzó a mostrar su lado más salvaje y violento unas horas después de la discusión con Brandon. Marina había deambulado por el barco ensimismada, triste, y llena de una compasión difícil de controlar. Se había sentado en la zona de la popa, en un área habilitada para que los pasajeros disfrutasen de los atardeceres sobre el mar. Pero en esa tarde noche, el constante vaivén del barco había desanimado a la mayoría de los pasajeros a pasear por el buque, por ese motivo estaba sola, no obstante, a Marina no le importaba, y lo que era peor, no tenía ningún lugar donde resguardarse del dolor lacerante que la consumía.

Ahora que conocía los sentimientos de Brandon con respecto a ella, sentía ganas de infringirle la mayor de las torturas, pero estaba tan atenazada que era incapaz de buscar amparo de la tormenta que se cernía sobre ella. Sintió en el rostro las primeras gotas de lluvia fría que comenzaron a calarle la ropa, pero ella seguía en la misma postura de derrota, e incapaz de decidir qué hacer. Podría tratar de alquilar un camarote para ella sola, pero desistió de lo absurdo de su pensamiento. El capitán podría indagar en las razones que ella esgrimiera para querer un camarote separado, y ella tenía demasiado orgullo para rebajarse a lavar trapos sucios. Antes preferiría dormir en los sillones de cubierta.

Marina suspiró con aflicción, como si con cada suspiro pudiese desprenderse un poco del dolor que la torturaba, del sentimiento de abandono que se había instalado en su corazón por el grave error que había cometido al obligar a Brandon a desposarla. Estaba tan concentrada en sus pensamientos, que no vio la ola que golpeó el barco, el movimiento brusco hizo que Marina aterrizara en el suelo mojado, y que se deslizara varios metros hasta dar con otro asiento. El golpe la dejó sin aliento, pero cuando trató de levantarse comprobó con horror que no podía, las olas golpeaban cada vez con más fuerza el casco del buque, y lo hacían oscilar de izquierda a derecha en unos movimientos que la dejaban casi suspendida en el aire.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —la voz le llegó tras su espalda—. Es una temeridad salir a cubierta con este temporal. —Al mismo tiempo que el desconocido le hablaba, la sujetó por los brazos y la ayudó a reincorporarse.

Marina estaba realmente asustada. Levantó los ojos y miró al hombre que seguía sujetándola con fuerza.

—Cuando salí del comedor hacía un poco de viento. —Una nueva ola golpeó el barco por estribor y la lanzó directamente al pecho del hombre que la había ayudado a alzarse—. Pero no tenía ni idea de hasta qué punto se mueve un barco.

—Es posible que empeore todavía más —le dijo él. Marina pensó que, si las palabras eran ciertas, el barco podría terminar dándose la vuelta con el golpe de una ola—. La acompañaré a su camarote. —Marina miró a izquierda y derecha completamente confundida, había estado tan centrada en la discusión que había mantenido con Brandon, que desconocía la forma de volver al camarote.

—Creo que estoy perdida. Vine desde... —no podía continuar, el aire había soltado algunos mechones de su moño y le golpeaba el rostro con furia—. No estoy segura.

—Será mejor que la acompañe hasta el salón, es posible que sus familiares la estén buscando preocupados. —Marina pensó que eso era del todo improbable, a Brandon le daría exactamente igual que ella se cayera por la borda—. Permítame que me presente, Carlos de Hidalgo y Monzón.

—Marina del Valle y Linares —le correspondió con prontitud.

Marina no fue consciente en ningún momento de que le había dado su nombre de soltera.

—Sujétese fuerte. —Así lo hizo, el movimiento oscilante del barco estaba comenzando a marearla.

—Ahora recuerdo que no he tomado nada en la cena.

El estómago de Marina se sacudió con una arcada.

—Tiene que hacer un esfuerzo para seguir los movimientos del barco cuando camine, y no deje de mirar el horizonte, así conseguirá controlar el mareo. —Marina hizo exactamente lo que le indicó. Con pasos cortos, y, sin soltarse en ningún momento de la sujeción de la pasarela de estribor, ambos comenzaron a caminar hacia las dependencias interiores del barco.

Marina acababa de descubrir que era una navegante pésima. Prefería tener los pies en tierra firme. Una nueva arcada hizo que se soltase de la sujeción de Carlos para sacar medio cuerpo fuera de la pasarela, intentaba vomitar en el mar y no en la persona que se había ofrecido a ayudarla, pero no tenía nada en el estómago, por ese motivo su intento se quedó en varias arcadas que la dejaron sin fuerzas. Cerró los ojos y se acuclilló en el suelo de madera de cubierta incapaz de moverse.

El hombre se inclinó hacia ella.

—Creo que no se siente con fuerzas para caminar, permítame que la lleve.

Marina no pudo protestar. Concentraba todas sus fuerzas en controlar su estómago que se encogía hasta un punto doloroso. Carlos la alzó en brazos y la sujetó fuerte junto a su pecho. De forma algo tambaleante por el movimiento del barco, la llevó, no hacia el salón de pasajeros, sino hacia su propio camarote que estaba ubicado en la zona más lujosa del barco. Como Carlos llevaba a Marina en brazos, tocó la puerta con la punta de su zapato.

—¡Dios mío, Carlos! ¿Qué ha pasado? —la mujer de mediana edad que abrió la puerta del camarote, miró el bulto quieto que llevaba Carlos en brazos.

—La he encontrado sola y mareada en la popa del barco. Le pregunté por su familia, pero es incapaz de responder una pregunta.

—¿Estaba sin compañía? —Carlos asintió. La mujer siguió a su hijo hasta el centro del camarote y separó las sábanas de una de las literas. Acostaron a Marina en el catre inferior. El cuerpo de ella quedó hecho un ovillo en el colchón. Carlos miró un momento a Marina antes de volverse.

—Cúidala, madre. Iré a buscar ayuda. Seguro que hay algún familiar que está muy nervioso por su ausencia, y si mis pesquisas no tienen éxito, traeré al doctor.

—¿Conoces el nombre de la muchacha?

Carlos asintió.

—Marina del Valle y Linares. ¿Te suena? —la mujer negó con la cabeza, pero sin dejar de pensar—. Por su acento diría que es del sur, aunque no estoy muy seguro.

La mujer miró a Marina con gesto bondadoso. Estaba tan pálida que parecía muerta.

—Busca a su familia, hijo mío, yo cuidaré de ella hasta tu regreso.

Carlos salió por la puerta del camarote en busca del capitán para darle el aviso de la mujer extraviada.

\*\*\*

Brandon se debatía entre la ira y la frustración a parte iguales. La ausencia de Marina lo enfurecía hasta un punto peligroso. Tenía la suficiente honradez para reconocer que se había portado de modo extremadamente hiriente y despectivo con ella, pero estaba tan ofendido que no sabía cómo controlar los sentimientos que lo embargaban. La rabia que dominaba la mayoría de

sus actos estaba presente cada vez que la miraba, y recordaba sus manipulaciones.

Brandon había esperado durante horas la llegada de ella al camarote, pero Marina seguía escondida en algún lugar del barco, castigándolo con su ausencia. Había recorrido en las últimas cuatro horas cada rincón de la nave, de la cubierta de popa a la de proa, y sin encontrarla. Los pasos de Brandon cruzaban el pequeño camarote sin cesar mientras se mesaba el pelo con preocupación. Si el tiempo no hubiese empeorado, ahora mismo le importaría muy poco que Marina estuviese haciendo equilibrios en el mismo bauprés, pero el temporal que se abatía sobre la nave lograba llenarlo de inquietud. Era el primer viaje de ella por mar, y podía imaginarse el miedo que podía haberla inundado al comprobar el movimiento del barco con el oleaje. Decidió no seguir esperando de forma inútil en el camarote. Tenía que encontrarla o se iba a volver loco. Brandon pensaba acudir al capitán del navío para dar la alarma. En el momento que la encontrase iba a retorcerle su bonito cuello.

\*\*\*

Marina logró abrir los ojos una rendija. La voz de Brandon le llegaba desde muy lejos, pero el malestar de su estómago le impedía levantarse de la cama. No controlaba las náuseas que le provocaba el constante vaivén, ni los escalofríos que la sacudían. Iba a morirse, lo sabía, pero en ese momento poco le importaba, salvo recuperarse del profundo mareo que sentía. Marina oía varias voces, dos de ellas parecía que hablaban al unísono, pero era incapaz de comprender lo que decían. Volvió a cerrar los ojos y a apretar los labios para retener la acidez que se acumulaba en su garganta hasta ponerla al rojo vivo. Sintió la presencia de su esposo a su lado, aunque no podía verlo, notó su respiración profunda y la mirada penetrante de sus ojos verdes, pero Marina no podía abrir los suyos, su cerebro emitía la orden, pero ninguna de sus extremidades le obedecía. Intento alzar su mano derecha para alcanzar el rostro de Brandon, a quien sentía inclinado sobre su cuerpo enfermo, pero la dejó caer completamente exhausta.

—¿Cómo te sientes? —Marina pensó que se sentía como si estuviera boca abajo y sostenida de los pies por un titán que peleaba con otro lleno de furia, pero no pudo decírselo. Emitió un jadeo lastimoso—. Voy a mostrar mi agradecimiento a estos señores que han tenido la amabilidad de cuidarte. Después te llevaré a nuestro camarote. —Marina le hizo un leve gesto con la cabeza, y, al hacerlo, fue como si se la partieran.

Cuando Brandon la alzó en sus brazos y la sujetó con fuerza, se recostó en él completamente vencida. Lo último que sintió Marina fue la respiración de Brandon sobre su frente, después se sumió en un profundo sueño.

\*\*\*

—Es hora de que despiertes —sintió que la zarandeaban con suavidad y su cerebro se preparó para una nueva arcada, pero la sensación desagradable había remitido al fin. Marina abrió los ojos con cautela. La penumbra del camarote la sorprendió, pero ello era debido a que había anochecido. Marina vio a su esposo sentado a los pies del lecho. Su mano derecha la había dejado reposada sobre la curva de su cadera—. Tienes mejor color —afirmó.

—Creí que iba a morir. —Respondió.

Marina apenas pudo pronunciar las palabras, tenía la garganta reseca y los labios cortados. Pero su estómago estaba calmado, y eso era lo más importante en ese momento.

—Suele pasar las primeras veces —le dijo Brandon—, pero llegas a acostumbrarte.

¿Quién podía acostumbrarse a sentirse tan enfermo? Marina pensó que Brandon bromeaba

con ella.

—Ya no se mueve —dijo Marina con voz queda. El constante balanceo había cesado.

—El barco sigue su rumbo, pero el mar está sereno —ella suspiró con cierto alivio—. Te han preparado un baño caliente —ahora lo miró con sorpresa—. Aunque tiene que ser con agua salada.

—No importa —vaciló al reincorporarse y miró a Brandon con ojos llenos de agradecimiento—. Muchas gracias por cuidarme a pesar de las circunstancias.

Brandon hizo una mueca. Lamentaba las palabras hirientes que le había dicho la noche pasada, pero no pensaba retirarlas hasta que comprobase que el vientre de ella no había concebido un bastardo.

—Regresaré con algo de comida. —Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza muy suave. Sorpresivamente sentía mucha hambre—. Almorzarás aquí, en el camarote, hasta que te encuentres mejor. —Para Marina resultó un enorme alivio comprobar que él ya no seguía tan enfadado.

—Tengo que dar una muestra de agradecimiento a un amigo —dijo queda. Las cejas de él se alzaron en un interrogante—. Una persona fue muy buena conmigo cuando lo necesitaba.

Marina se refería al hombre que la había socorrido en cubierta.

—Yo mismo lo haré en tu nombre.

—Me despisté cuando salí del comedor —se justificó ella—. Con el aire y la lluvia no sabía muy bien regresar, cuando el mareo se hizo más intenso, ya no pude pensar en nada más que asir la barandilla con todas mis fuerzas para no caer fuera del barco.

—Aprovecha el baño —fue la escueta respuesta de Brandon antes de salir hacia cubierta.

Cuando cerró la puerta, Marina sacó los pies de las sábanas completamente atribulada. El rostro duro de Brandon y sus ojos fríos, eran el preámbulo de lo desdichada que iba a ser su vida en Escocia.



# CAPÍTULO 13

## *RUTHVENCASTLE, TIERRAS ALTAS, ESCOCIA*

Los días de viaje por tierras inglesas, y después escocesas, le resultaron a Marina desoladores. El carruaje seguía su recorrido por el serpenteante camino. Brandon seguía con respecto a ella en un completo mutismo. La miraba con expresión desconfiada, y ella se dedicó en silencio a laminar la poca confianza que tenía en sí misma. Era consciente de que había hecho algo censurable al utilizarlo, pero tenía la certeza de que él acabaría por perdonarle. Su amor por Brandon iba a lograr que él volviese a confiar en ella, aunque Marina desconocía cómo podía conseguirlo. Desde el desembarco, apenas habían cruzado unas palabras. No había podido ni agradecer la ayuda que le habían prestado los dos pasajeros altruistas que la habían cuidado hasta que él pudo dar con ella. El corazón se le encogió aprensivo. Estaba en un país extraño, con personas desconocidas que hablaban una lengua muy diferente a la suya. Marina hablaba con corrección francés, inglés y alemán, como toda hija de noble, pero no gaélico como en Escocia, e ignoraba de qué forma podía comunicarse con la familia de Brandon. Sentía un vacío en su interior porque no podía explicarle sus miedos, sus vacilaciones. Él estaba tan alejado de ella como su reino: la única tierra que había conocido. A pesar de sus recelos, comenzó una conversación sobre el paisaje para atraer la atención de Brandon hacia ella.

—Es una tierra muy hermosa, y muy diferente a lo que conozco —dijo Marina en un tono neutro. Brandon seguía mirando por la ventanilla del carruaje de alquiler. El navío había llegado muy temprano a Dover, por ese motivo había resultado fácil contratar un carruaje de alquiler que los llevara hacia Ruthvencastle—. Me gustaría que me hablases sobre tu casa pues imagino que nos queda un largo recorrido hasta llegar a ella. Sería una buena forma de pasar el tiempo —trató de animarlo.

Brandon la miró antes de decidirse. Marina tenía un gesto de ansiedad en el rostro mientras esperaba sus palabras, pero él no tenía ganas de iniciar una conversación. Ella tendría que aprender a manejarse sin su ayuda en las duras tierras de Escocia.

—Por favor... —la suave súplica hizo que se replantease su postura. Marina lo iba a tener muy difícil, por unas horas podía tratar de aliviar su desazón.

—¿Deseas que te hable sobre mi familia? —ella asintió con una tímida sonrisa en los labios—. Mi casa fue construida en el siglo XV por el Clan Ruthven. Lord William Ruthven fue un noble escocés y el primer conde de Gowrie.

—Ser el primer conde en el inicio de una genealogía es algo grandioso, ¿piensas igual? —Brandon la miró con cierta curiosidad—. Mi padre es el séptimo conde de Zambra. Pero sigue contando más cosas sobre tu familia pues estoy ansiosa de conocer.

—William fue el primer noble de la familia Ruthven, y participó en el año mil quinientos ochenta y dos en el complot denominado raid de Ruthven contra la corona escocesa.

—¿Raid de Ruthven? —le preguntó muy interesada.

—Es el nombre que se le dio a una conspiración urdida para apoderarse y secuestrar al rey Jacobo VI, y así derrocar al favorito, el conde Arran.

—¿Lo lograron? —preguntó Marina asombrada.

Brandon negó con la cabeza.

—Fueron descubiertos y hechos prisioneros, pero ambos lograron recuperar su libertad tiempo más tarde. Aunque el castillo en un principio pasó a manos de la corona, fue devuelto a los

Ruthven en el año cuatro años después.

—La corona se mostró muy magnánima —meditó Marina en voz alta.

—Pero no aprendieron la lección pues dieciocho años después los Ruthven se vieron de nuevo implicados en otro complot para matar al rey, en esta ocasión a James VI. Como es lógico fueron ejecutados. En represalia, el rey suprimió el nombre de Ruthven, y la Cámara de Ruthven dejó de existir. Se cambió el nombre del castillo por el de Huntingtower.

—¿Pero regresó la herencia y el nombre al clan Ruthven? —preguntó Marina con verdadero interés.

—El castillo se mantuvo en posesión de la corona hasta el año mil seiscientos cuarenta y tres, entonces fue entregado a los Murray. El castillo fue comprado por mi familia en el año mil setecientos, y estaba prácticamente en ruinas. —Marina pensó a toda velocidad.

—Pero tu apellido es McGregor no Ruthven.

—Una descendiente de la familia Ruthven, es decir, una antepasada mía, se casó con el jefe de un clan, Alasdair McGregor. Su riqueza le permitió comprar Ruthvencastle a su anterior propietario, y devolverle parte de la gloria que tenía.

—Estoy deseosa de conocer la propiedad —Marina meditó las palabras que iba a decir a continuación—. Diego me ha contado lo diferentes que son los habitantes de las Tierras Altas.

Brandon se tomó las palabras de Marina como un insulto.

—¿Qué cosas te ha contado tu primo sobre nosotros? —le preguntó con voz helada.

Marina dudó en responderle porque los ojos de él ardían, pero había tomado el sendero de la verdad en el mismo momento del embarque en el buque Madeira.

—Que las familias viven agrupadas en un clan, que sus miembros son beligerantes y supersticiosos, así como rudos y violentos. —Brandon apretó los labios ofendido. Ignoraba la opinión que tenía su cuñado Diego sobre los escoceses, y por cierto que esa descripción pertenecía al pasado.

—El pueblo escocés es valiente, está dispuesto a morir por sus ideas. Eso es algo que podrás apreciar cuando nos conozcas.

—Son cualidades admirables —le dijo Marina conciliadora.

—Somos un pueblo que antepone la familia a todo. Estamos dispuestos a morir por ella. Ni te imaginas los límites a los que es capaz de llegar un escocés por defender lo que ama.

—No necesitas defenderlos, no suelo hacerme opiniones subjetivas sobre algo que desconozco.

—Entonces me alegro de que pienses así. —El tono severo de él la puso alerta—. Con esa actitud no te crearás enemigos.

—¿Enemigos? —le preguntó alarmada.

—El peor enemigo que existe es un escocés traicionado.

Marina supo captar la advertencia que contenían sus palabras pues habían sido dichas especialmente para ella. Brandon se sentía herido por el despecho. Ella tenía que cambiar esa circunstancia, porque no los beneficiaba en su vida en común.

—No puedes hacerte una idea de lo que es capaz de hacer un español convencido de lo que cree.

—¿Hablas de religión? —preguntó él.

Marina negó una única vez.

—Hablo de sentir y de expresar sentimientos profundos. No solo somos capaces de entregar nuestra vida por la persona que amamos, también por los ideales que nos enseñan desde la niñez, como la fe, el honor, la lealtad.

Brandon la miró fijamente.

—Vuestra sangre caliente os hace ser demasiados previsibles, también osados en demasía — comentó Brandon con crítica.

—Desde que el mundo es mundo, los pueblos de sangre caliente han conquistado naciones, creado imperios, y, ¿sabes el motivo? Es porque somos decididos, no nos detiene la adversidad.

—Y esa misma decisión es la que te ha traído a este rincón del mundo alejado de la mano de Dios —dijo él con tono seco.

—¿Alejado de la mano de Dios? —preguntó Marina azorada.

—Es una expresión que suele usar la esposa de mi primo Justin para referirse a las Tierras Altas. —Marina sabía que la mujer de Justin era Aurora de Velasco, la noble casada con un aristócrata inglés.

—Mi decisión me ha traído junto a la persona que... —Brandon la cortó de forma áspera.

—No deseo oír los motivos que te han traído aquí. Ahórrame la molestia de tener que escucharlos.

Marina hinchó el pecho y apretó los labios. Brandon se mostraba impertinente a propósito. Desde que había comenzado el viaje se había mantenido ausente, frío.

—Como gustes, no escucharás ni una palabra más al respecto —le dijo ella ofendida, pero Brandon no le dio tregua.

—Espero que seas capaz de cumplir lo que prometes.

Marina dedicó toda su atención al paisaje escocés y no al sentimiento de pesar que le oprimía el corazón. Las vistas escocesas eran de una belleza natural sobrecogedora. En el largo recorrido había contemplado con sorpresa ríos y colinas, campos de brezo, bosques frondosos. El verde de la hierba la deslumbraba, y, al contemplar los lagos que reflejaban el azul del cielo, se preguntó con el corazón en la mano si no se habría equivocado por completo en su decisión de vivir en Escocia. Ella no se consideraba una persona débil de carácter, sin embargo, como cualquier ser humano, lo desconocido la llenaba de incertidumbre. El silencio dentro del carruaje la ponía sumamente nerviosa, pero Marina no lo demostró. Se arrebujó todavía más en el confortable sillón de terciopelo rojo, se cubrió los pies con su capa de viaje, y entrelazó sus dedos sobre su regazo. La paciencia era una virtud que ella no había cultivado todavía, pero se prometió en esa tarde fresca, que iba a ser una maestra en sus artes.

\*\*\*

El repentino frenazo del carruaje la despertó de golpe. Marina abrió los ojos desorientada. Había comenzado a anochecer. Se pasó el dorso de la mano por los párpados para mitigar el incesante hormigueo, y carraspeó para aclararse la voz tras las horas de sueño.

—¿Hemos llegado? —pero Brandon no respondió a la pregunta; había descendido del carruaje con un salto ágil.

Mantuvo la puerta abierta mientras hacía unas leves flexiones para desentumecer los músculos de sus piernas. Ambos habían permanecido demasiadas horas inmóviles dentro del pequeño habitáculo. Marina acomodó el ruedo de su falda para no tropezar con la tela en el descenso, agarró el asa que le permitía bajar sin ayuda, y, con un suave salto, posó sus pies en el camino lleno de gujarros; los miró con sorpresa, porque se le habían clavado en la fina suela del zapato. Pensó que las piedras parecían sacadas del lecho de un río porque tenían el canto rodado y el color variaba desde el gris claro al negro. Alzó la mirada, pero no vio a Brandon. La había dejado sola con el equipaje. Marina miró al conductor que en ese momento estaba quitando las correas que sujetaban las valijas. Lo ayudaba un sirviente, y ella ignoraba de dónde había salido

pues no había sido consciente de su llegada.

Los ojos de Marina se dirigieron hacia Ruthvencastle, y lo que vio la dejó completamente descorazonada. Aunque su ubicación era espectacular, el castillo se veía abandonado. Marina no era capaz de distinguir si las piedras de los muros eran marrones o grises. La cubierta del tejado estaba casi en ruinas. Ella había esperado una vivienda reformada. Por las palabras de Brandon la había imaginado así, pero era consciente de que los castillos eran muy difíciles de mantener si no se tenía una herencia sustanciosa, y por ese motivo llegó a la conclusión de que Brandon no debía de ser muy rico. Marina hizo cálculos mentales tratando de adivinar si su dote y la herencia de su abuela serían suficientes para devolver el esplendor a Ruthvencastle.

Brandon salía en ese momento por la puerta de la vivienda en dirección a ella, que seguía parada delante del castillo sin decidirse a dar un paso hacia adelante.

—El servicio está preparado para recibirte. —Así que por ese motivo la había dejado sola, ¿pero por qué no se lo había mencionado? Siguió a Brandon hacia el interior preparándose mentalmente para lo que iba a encontrarse. Una fila de sirvientes la recibió en el vestíbulo. Marina fijó sus ojos color miel en las figuras quietas.

—Os presento a mi esposa. —Marina abrió los ojos estupefacta al escucharlo. ¿Nada más? —. Marina, te presento a Morgana, la administradora de Ruthvencastle —la mencionada hizo una ligerísima inclinación con la cabeza sin apartar sus ojos de ella—. Alyx y Rose son las doncellas que mantienen en orden estos muros. —Ambas muchachas le hicieron una reverencia—. Y aquí está el tío Robert.

Marina miró a Brandon sin creerse que hubiese incluido aun familiar junto a la presentación del servicio, y lo consideró el colmo de la grosería. No obstante, Marina no tenía forma de saber que el hombre no era pariente de sangre, sino un miembro del clan que estaba completamente solo.

—Tío Robert —comenzó Marina en inglés al mismo tiempo que dirigía sus pasos hacia el anciano de pelo blanco, le tendió la mano—. Es un placer conocerlo, y me alegro de estar aquí. — Inmediatamente, Marina se giró hacia la mujer mayor que tenía los ojos como un cuervo—. Morgana —Marina hizo una inclinación de cabeza, también a las dos doncellas que no le quitaban la vista de encima—. Estoy muy feliz de estar en Ruthvencastle. —Marina se atascó en la última sílaba.

Unos segundos después sus ojos regresaron hacia la figura de Brandon que le estaba dando indicaciones a Morgana en gaélico.

—Sígame —le dijo la mujer de pronto en un inglés bastante rudo.

—Las criadas han aprendido dos palabras en tu lengua —le explicó Brandon de forma vaga—. No esperes mucho de ellas.

A ella le pareció un gesto de buena voluntad, pero decidió no especular más y seguir a Morgana por las empinadas escaleras que conducían a la segunda planta. Cuánto le hubiese gustado detenerse en los cuadros que veía en el vestíbulo a medida que subía la escalera, pero Morgana andaba demasiado deprisa. La condujo por un corredor estrecho hacia la parte este. Marina imaginó que eran las alcobas. Morgana se paró en una puerta cerrada, y rebuscó entre la argolla llena de llaves que llevaba sujeta a su cintura. Introdujo la llave en la cerradura y le abrió la puerta para permitirle el paso. Marina dudó en entrar, sin embargo, hizo acopio de valor y se adentró en la habitación oscura. Cuando la luz iluminó la estancia, la boca de Marina lanzó un gemido desconsolado: la alcoba estaba prácticamente vacía, su interior contenía una cama, un armario espartano, un aguamanil, y un arcón a los pies del lecho, nada más. Las paredes de piedra estaban desnudas, y la única ventana estaba tan alta que no habían podido colocarle cortinas.

Se giró hacia Morgana que había terminado de encender la última lámpara de gas, y, por nada

del mundo se esperó la pregunta que le hizo a continuación.

—¿Está preñada de otro? —la pregunta formulada a bocajarro dejó a Marina descolocada.

Al no tener practica con la lengua inglesa, creyó que no había oído bien la pregunta de la mujer.

—¿Cómo dice? —le preguntó.

—El laird ha ordenado que las doncellas vigilen sus lienzos mensuales —la cara de Marina se puso roja como las amapolas del campo—. Desea ser informado de su próxima menstruación, si la hubiese.

Marina cerró los ojos ante el golpe brutal que le había asestado Brandon. ¿Realmente creía que estaba embarazada de otro? En el barco se lo había soltado con desdén, pero ella había pensado que era para molestarla. Nunca lo creyó capaz de decirlo en serio.

—Por supuesto que no, y, ahora, si me disculpa, deseo refrescarme un poco antes de la cena.

Los ojos de Morgana hervían de insolencia.

—Se le subirá una bandeja con un poco de té y galletas. —Marina iba a protestar, pero Morgana se lo impidió—. El desayuno será servido a las seis de la mañana. Una de las doncellas la acompañará al comedor.

Morgana desapareció por el pasillo y no cerró la puerta. Marina se volvió hacia la ventana inaccesible tratando de contener las lágrimas. Su ánimo comenzó a barrer el suelo de la alcoba. Podría perdonarle a Brandon la sospecha que tenía sobre ella si la hubiese mantenido en silencio, pero sus palabras hirientes la habían marcado con un fuego abrasador, y no podía olvidar que la había desprestigiado delante del servicio nada más poner un pie en la casa. La había mostrado como una furcia: una mujer indeseable. Marina lamentó profundamente la oportunidad perdida de ganarse el respeto de las personas que vivían en el castillo. Brandon había dejado claro con una sola insinuación lo que pensaba de ella y del matrimonio entre ambos. Se sentía tan desdichada, tan humillantemente descalificada, que dudaba seriamente poder recomponer su orgullo. Respiró profundamente a la vez que se lamentaba. Había cambiado una jaula de oro por otra de hierro, pero con la gran diferencia de que en la primera se sentía amada por su padre y su hermano, por Sebastián... por todos.

Volvió a suspirar completamente abatida.

—¿Eres mi madre? —Marina se volvió de golpe hacia la voz infantil.

En el umbral de la puerta del dormitorio había un niño delgado y triste que la miraba con curiosidad. Era casi tan alto como ella, por ese motivo Marina no pudo precisar su edad. ¿Había entendido mal la pregunta?

—¿Tu madre? —repitió. El niño asintió con solemnidad—. Claro que no, ¿cómo voy a serlo? —respondió sin pensar, no obstante, cuando vio sus ojos desilusionados, rectificó, no perdía nada mostrándose amable con él en el tono y en el gesto—. ¿Te gustaría que lo fuese? —le preguntó con toda la sinceridad de su corazón.

El niño tenía el color de los ojos de Brandon, y ella llegó a la conclusión de que debía de ser su hijo. ¿Por qué razón no le había hablado de él? ¿Era ilegítimo? ¿Por qué motivo el niño le había preguntado si era su madre?

—Mi nombre es Ian Douglas McGregor, milady.

El niño seguía sin decidirse a entrar en la alcoba.

—Y el mío Marina del Valle y Linares —respondió con un hilo de voz.

Al escuchar el nombre de ella, el chiquillo le mostró una sonrisa que la desarmó. ¡Era muy guapo!

—Entonces sí lo eres. Mi padre lo escribió en un mensaje que envió a Ruthvencastle. Me

dijo el nombre de mi nueva madre. —Cada vez que escuchaba esa palabra, a Marina se le encogía el corazón.

Estaba casada con un hombre que la detestaba, iba a vivir en una casa ruinoso, y era madre de un hijo. Ambos, niño y mujer, se miraban sin parpadear.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

El niño vaciló un momento.

—Tengo diez años —respondió.

Marina pensó que estaba demasiado alto para su edad, y excesivamente delgado.

—¿Puedes cerrar la puerta, por favor? —Ian la obedeció—. Me gustaría comprobar si de cerca eres igual de guapo.

—Nunca he tenido una madre, por ese motivo no me comporto muy bien, pero tenía mucha curiosidad por conocerte.

Marina cerró los ojos para resistir el impulso de abrazarlo. Con esas sencillas palabras, Ian había resumido su corta existencia.

—Pareces salido de un cuento.

Ian, al escucharla, arrugó el ceño para negar poco después. Tenía el cabello tan rubio que parecía blanco.

—He salido de mi alcoba, que está al otro lado del pasillo —contestó el chico.

Marina supo que no la había entendido, y que le esperaban días muy duros para hacerse entender.

—¿Y la de tu padre? —se arrepintió de inmediato de haber formulado la pregunta en voz alta. Le había quedado claro que Brandon no pensaba dormir en el mismo lecho de ella.

—Cerca de las escaleras. —Marina miró al chiquillo con atención. Los huesos de los pómulos estaban muy marcados bajo la piel blanca, y tenía profundas ojeras bajo sus preciosos ojos verdes. El niño era la viva imagen de la infelicidad, y, ¿por qué pensaba así? Apenas lo conocía. Pero había un rictus de melancolía en su profundidad que la sorprendió—. Mi padre dice que así protege a los que duermen pacíficamente en esta parte del corredor.

Marina le sonrió. Tras pensar unos instantes, decidió hacerle al niño la pregunta que le quemaba en la garganta.

—¿Soy madre de más niños? —Ian entrecerró sus ojos como si no la comprendiera, pero un segundo después su semblante se iluminó con una media sonrisa.

—No.

Marina suspiró tan fuerte que al momento la azotó el arrepentimiento. Pero no pudo rectificar su postura de alivio porque la puerta del dormitorio fue abierta con brusquedad. Rose llevaba en las manos una bandeja con té y galletas.

—Joven Ian, aquí no están vuestros aposentos. No molestéis a la señora.

Marina no entendía nada porque le hablaba al niño en gaélico.

—He venido a presentarle mis respetos a mi nueva madre, y a desearle buenas noches —respondió él—. Todos deseamos que se sienta cómoda en su nuevo hogar.

—Buenas noches... —se despidió de ella, pero Ian dudó durante un instante, no estaba seguro del apelativo que tenía que usar con ella.

Marina le sonrió con candor.

—Puedes llamarme Marina. —Ian deletreó el nombre en voz baja, y asintió con su pequeña cabeza.

La doncella depositó la bandeja en los pies de la cama, y cogió la mano del niño para sacarlo de la alcoba, como si fuese un estorbo.

—Que descanse... señora —esa breve vacilación de la doncella hizo que Marina apretara los labios. Miró la bandeja al mismo tiempo que depositaba su mano en su estómago; estaba famélica, cansada, y muerta de miedo, pero hizo un encogimiento de hombros y se dispuso a devorar la escasa cena que le habían servido.

## CAPÍTULO 14

Un llanto agudo la hizo incorporarse en la cama con un sobresalto. Creyó, durante un segundo, que había sido parte de su imaginación, pero volvió a escuchar el mismo lamento unos segundos después. Marina se restregó los ojos al mismo tiempo que buscaba su bata por los pies del lecho. Cuando sacó sus pies de entre las sábanas se dio cuenta de que estaba helada. La habitación parecía una cueva oscura y fría. Intentó encender la lámpara de gas que había en la mesita, pero no atinaba con sus dedos, finalmente la dejó apagada. Cuando su cuerpo se alzó en posición vertical, sus pies pisaron el vestido que se había caído de la cama durante la noche. La falta de doncella que la ayudase la había llenado de enfado, pero ella era ante todo una mujer práctica: podía vestirse y desvestirse sola, aunque le hubiese gustado que le ofrecieran un poco de ayuda.

Cuando Marina accionó el picaporte, y abrió la hoja de madera, los sollozos fueron todavía más audibles. Supo que lloraba un niño, y ese niño no podía ser otro que el hijo de Brandon. Sus pies la dirigieron hacia el lugar de donde provenían los gimoteos. Al llegar dudó antes de abrir la puerta, ¿por qué no había acudido nadie al escuchar el llanto del niño? Cuando entró en la oscura habitación, Marina vio el bulto sentado en mitad del lecho. Caminó directamente hacia él, y en esta ocasión no se dio por vencida hasta que logro encender la lámpara de gas.

—¿Has tenido un mal sueño? —Ian no respondió, seguía llorando de forma inconsolable.

—Me pegará, pero no lo he hecho a propósito.

Marina creyó que el niño había tenido una pesadilla.

—Es solo un sueño, Ian. Nadie va a pegarte.

—Me he quedado dormido, y no he podido controlarme.

Marina se sentó a su lado y trató de abrazarlo, pero el niño se separó de ella con brusquedad: parecía que le disgustaba su contacto. Ella no se lo reprochó porque al fin y al cabo era una completa desconocida.

—A veces yo también tengo pesadillas. —Ian no la miraba, seguía sollozando—. Creo que todos sufrimos malos sueños de vez en cuando. Si te sirve de consuelo, mi pesadilla mide dos metros. —Marina dejó descansar su mano cerca del muslo de Ian para tratar de tranquilizarlo, al hacerlo, sintió las sábanas mojadas.

Durante unos momentos largos y penosos, Marina no supo qué había pasado ni por qué, no obstante, unos segundos después, la luz se abrió camino en su cerebro adormilado.

—Ha sido un accidente.

Ian negó con gesto nervioso.

—Me he quedado dormido, por eso he mojado la cama —Marina seguía las palabras de Ian—. Mañana, cuando lo descubra, me pegará.

Marina sintió un enojo tan violento que maldijo. Si Brandon le ponía una mano encima al niño por ese incidente, iba a arrancarle los ojos.

—Pero no lo va a descubrir, ¿sabes dónde se guardan las sábanas? —Ian negó con la cabeza, y Marina sintió por primera vez la impotencia de no poder ayudar a pesar de que alguien lo necesitaba.

—No lo he hecho a propósito —volvió a gimotear el pequeño.

—Claro que no —le dijo ella con voz firme al mismo tiempo que observaba la habitación de Ian. Era muy parecida a la suya, con muebles espartanos y ningún adorno para hacerla más acogedora. Vio el armario, el arcón, y el enorme escritorio bajo la ventana alargada—. Tienen que



estar en el ropero. —Marina se dirigió directamente hacia él. Abrió las puertas que estaban cerradas, aunque no con llave, y rebuscó en los cajones hasta que dio con la ropa de cama. Marina sacó un juego de sábanas que olían a moho y tenían un color amarillo, señal de que no habían sido aireadas en mucho tiempo. Se volvió tras sus pasos y alcanzó la cama—. Levanta, por favor, vamos a cambiar la ropa mojada.

Ian la miró sorprendido, pero había dejado de llorar.

—No puedes dormir en el lecho mojado —le explicó ella de forma sencilla—. Por ese motivo vamos a cambiar las sábanas.

—Las volveré a mojar. —De nuevo el niño estalló en sollozos.

Marina no sabía cómo actuar para no herir su sensibilidad. ¿Por qué motivo el niño se sentía tan desconsolado? Al fin y al cabo, había sido un accidente.

—No se repetirá —le confirmó con voz contundente—. Vamos, es muy tarde y necesito que me ayudes, es muy difícil hacerlo sola. —Ian lo hizo, solícito.

Entre los dos quitaron la ropa mojada y le dieron la vuelta al jergón, colocaron la ropa seca y la remetieron por los lados, afortunadamente la colcha no había sufrido el mismo percance; Ian la había doblado a los pies del lecho.

—Me mantendré despierto —dijo Ian convencido.

Marina paró en seco de ahuecar la almohada.

—¿Por qué? —le preguntó con voz indecisa.

El niño no podía hablar en serio. No podía mantenerse despierto toda la noche. Al momento, una duda la sacudió por entero. Esas ojeras bajo sus ojos eran demasiado significativas.

—Para que no se repita —le respondió él de forma sencilla.

Marina cuadró los hombros y entrecerró los ojos. Maldijo a Brandon mentalmente por permitir que su hijo padeciera de esa forma inhumana. ¡Era un niño! Ian le devolvió la mirada con ojos llenos de agradecimiento.

—Tienes que cambiarte la ropa, está mojada.

Ian bajó sus ojos verdes hacia sus piernas y vio la mancha amarilla sobre la tela de su camisa de dormir. Sus mejillas se tiñeron de rojo. Marina regresó al ropero y buscó algo para que se cambiara. Encontró varias prendas que podría utilizar esa noche; eligió la más larga y cómoda.

—Ahora no te enfriarás —le dijo con una sonrisa.

—¿Por qué me ayudas? —le preguntó.

Marina lo miró, atónita. ¿Acaso nadie en la casa se prestaba a auxiliarlo cuando ocurría algo así? Pensó en las palabras más apropiadas para decirle, y se le ocurrieron las únicas que el niño aceptaría de forma natural.

—Porque soy tu nueva mamá, ¿lo has olvidado? —los ojos de Ian resplandecieron al mismo tiempo que asentía. Cuando Marina oyó el suspiro de alivio, lo miró de forma intensa tratando de comprender—. Me quedaré hasta que te duermas.

—¡Pero no puedo dormirme, no puede volver a repetirse! —exclamó alarmado.

Marina le sonrió llena de confianza, y le hizo un gesto con la cabeza señalando el ropero.

—En ese cajón hay demasiada ropa de cama que no ha sido utilizada durante mucho tiempo. —Ian no la comprendió—. Yo me ocuparé de que no vuelva a ocurrir. —Ian la miró con cierto recelo—. Es porque te has enfriado durante la noche, esta habitación parece una cueva helada. —Marina suspiró después de darle la explicación.

—Pero no... —comenzó Ian, Marina no le permitió continuar.

—Tienes que descansar, mañana me ocuparé de todo. —Ian la miró sin creerla, y con la duda brillando en sus pupilas—. Duérmete —medio le ordenó, pero sin que sus labios dejaran de

somreírle. Ian la obedeció al fin. Recostó su cabeza en la almohada, y cerró los ojos.

Marina se sentó en el lecho a su lado, vigilando su respiración: respiración que poco a poco se fue tornando pausada. Al verlo tan indefenso, sintió el impulso de ordenar sus cabellos, y marina se encontró haciendo precisamente eso; recorrió con su mano los mechones rubios y largos del niño. Parecía sumamente triste. En ese momento comprendió por qué había sentido esa impresión cuando lo conoció. ¿Cómo era posible que Brandon no hubiese acudido en su ayuda? Si no el padre, ¿por qué motivo ninguno de los criados había escuchado su llanto? Marina se sentía desconcertada. Esa noche había sido la más extraña de su vida.

Cuando se convenció de que Ian dormía, se levantó para marcharse, pero al hacerlo él se removió y abrió sus hermosos ojos verdes.

—¡No! —exclamó lleno de pánico—. Por favor, no me dejes solo. —El corazón de Marina se derritió al escucharlo. Tenía que regresar a su alcoba, pero se sentía incapaz de ignorar una súplica tan enternecedora.

—No lo haré. —Marina se recostó en la almohada a su lado y pasó su brazo izquierdo por encima de la cabeza de Ian; la otra mano la dejó descansando en su hombro. El niño aceptó el abrazo con naturalidad, como si se conociesen desde hacía mucho tiempo y no desde hacía unas horas. Cuando volvió a escuchar la respiración relajada, apagó la luz de gas y se tapó con la colcha, acomodó su cabeza junto a la del niño, y se dispuso a esperar la mañana. Tenía tantos interrogantes que pensó que no podría dormirse, pero Marina se equivocaba, apenas hubo cerrado los ojos, se sumió en un profundo sueño que resultó inquieto, desasosegado, y completamente turbador.

\*\*\*

Un grito la despertó con violencia. Cuando quedó sentada en la cama, parpadeó varias veces para aclararse la vista. Lo primero que vieron sus ojos fue a Morgana, que arrastraba a Ian de la mano por el suelo de la alcoba. ¿Qué diantre estaba haciendo? Increpaba al pequeño en esa lengua que ella desconocía, pero Ian no protestaba, simplemente se dejaba arrastrar mientras gimoteaba lleno de miedo. Marina saltó tan rápido del lecho que sus pies se enredaron con la ropa que estaba tirada en el suelo. Era la que habían retirado la noche anterior de la cama de Ian. Marina carraspeó para aclarar se la voz.

—¡Suéltelo! —la orden había sido tajante, pero Morgana estaba demasiado ocupada en propinar unas nalgadas a Ian como para escucharla.

Marina no podía creérselo. ¡Lo atizaba delante de ella! ¿Con qué derecho golpeaba a un ser indefenso? Caminó descalza hasta ellos y dio un manotazo en la mano de Morgana, así logró que soltara al niño. Cuando Ian quedó libre, Marina lo colocó detrás de ella. Sus ojos hervían de furia contenida.

—¿Cómo se atreve...? —era incapaz de concluir la pregunta llena de ira. Marina respiraba de forma agitada, Ian se mantenía escondido tras su espalda. Morgana alzó la barbilla y la miró con pedantería—. Recoja sus cosas y márchese de inmediato —le ordenó de forma tajante.

La sonrisa de ella puso a Marina sobre aviso.

—Solo cumplo órdenes del laird McGregor, señora.

—El apelativo estaba impregnado de engreimiento.

Marina no se esperaba su respuesta petulante y maldijo a Brandon de nuevo. Con sus actos había minado su autoridad sobre la casa, y sobre el servicio...

—¿Por qué motivo lo ha golpeado? —le preguntó con acidez.

—Por ser un niño malo y desobediente. —Los ojos de Marina se abrieron con verdadero

espanto—. El pequeño McGregor sabía cuál sería su castigo si volvía a desobedecerme.

—¿Y cómo ha podido ocurrir tal desobediencia cuando no se ha movido del lecho? —siguió inquiriendo ella de forma dura. Los ojos de Morgana le señalaron las ropas sucias en el suelo. Marina entrecerró sus ojos para que no advirtiese que estaba a un paso de devolverle los golpes que le había propinado al pequeño. Ella no había creído a Ian cuando le había confesado que lo golpearían—. Eso ha sido un accidente —le informó de forma tajante.

Morgana cuadró los hombros con soberbia.

—Ese accidente ha sido intencionado —le espetó la sirvienta con insolencia.

Ian comenzó a temblar detrás de ella.

—Ningún accidente es intencionado —respondió Marina con mordacidad—. No se lo volveré a repetir. Recoja sus cosas y márchese de Ruthvencastle de inmediato.

Morgana le sostuvo la mirada con descaro.

—Lo haré cuando regrese el laird McGregor, y solo si él me dice que lo haga.

Marina jadeó por la falta de respeto que la sirvienta le demostraba, pero las palabras de ella la habían dejado clavada en el suelo. ¿Brandon se había marchado? ¿Dónde? ¿Por qué no le había mencionado nada la noche anterior? Marina tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para mantener la compostura delante de Morgana.

—Que así sea. Ahora salga de esta alcoba, y no vuelva a entrar a menos que sea invitada.

Morgana inspiró con fuerza para replicarle, pero debió de pensarlo mejor, porque le hizo una inclinación de cabeza, y salió del dormitorio con pasos sigilosos. Tras su marcha, parecía que el silencio pesaba sobre ella. Marina recorrió con sus ojos la alcoba oscura, y se percató de que era muy temprano. Aún no había amanecido.

—Debe de ser muy pronto —dijo a nadie en particular, pero Ian le respondió.

—Son las seis menos cuarto.

Marina estaba asombrada.

—¿Es normal que Morgana venga a tu dormitorio tan pronto? —le preguntó a Ian sin dejar de mirarlo.

—Se desayuna a las seis de la mañana.

Marina no podía creérselo.

—¿Por qué tan temprano?

—Es costumbre en Ruthvencastle.

—¿Por algún motivo en particular?

—Morgana dice que así el diablo pierde la oportunidad de tentarnos con la pereza —a Marina le pareció la explicación más absurda que había escuchado nunca.

—¿Y qué dice tu padre sobre este horario inusual?

—El laird no suele estar en Ruthvencastle.

Eso sí que la dejó atónita. Marina podía comprender el poder que tenía Morgana sobre el pequeño. Su padre no estaba para protegerlo.

—¿Y qué cosas importantes debe realizar el laird McGregor para no estar aquí con su hijo para el desayuno? —Ian no se percató del tono ácido que había usado ella para hacerle la pregunta.

—El laird tiene demasiadas obligaciones que requieren su pronta atención... —Marina lo interrumpió.

—Tu padre —lo corrigió molesta porque el niño no utilizaba la palabra padre para referirse a Brandon.

—Eso he dicho, el laird. —Ian paró un momento al ver la mirada acerada de ella. Dio un

paso hacia atrás con precaución. Marina relajó sus hombros para no alarmar al pequeño, pero estaba furiosa.

—Tengo hambre. —Con esas palabras, Marina trató de restar seriedad a la situación. Ladeó la cabeza y miró al pequeño que no cesaba de temblar. Los ojos de Ian recorrían la estancia como si no pudiese fijar sus ojos en un punto concreto. Marina se mordió el labio para contener su enfado—. No volverá a lastimarte —le aseguró, y con esa declaración logró la atención del pequeño por completo.

—¿Lo prometes?

—Por Cabrón —le respondió ella. Ian la miró con ojos desorbitados, no había comprendido la palabra, pero le pareció bastante fea—. Es mi mejor semental —le aclaró—, un caballo de primera.

Ian le sonrió al fin.

—Yo también tengo hambre.

—Entonces ¿qué te parece si nos vestimos y bajamos a desayunar? —Ian asintió, obediente—. Regresaré en unos minutos —cuando Marina se daba la vuelta para regresar a su alcoba, una pregunta cruzó su cerebro a la velocidad del rayo. ¿Podría el pequeño vestirse por sí mismo?—. ¿Necesitas ayuda? —le preguntó de forma queda. Ian hizo un gesto negativo con la cabeza—. Perfecto. Nos vemos en unos minutos.

\*\*\*

Ian la condujo hasta el comedor, pero sin permitirle que ella lo cogiera de la mano. A Marina la sorprendía el rechazo que mostraba él por el contacto físico con los adultos. Sin embargo, estaba impecablemente vestido, señal inequívoca de que había aprendido hacía mucho tiempo a valerse por sí mismo. Marina se alisó inconscientemente la falda azul de su vestido y se recogió un mechón que se le había soltado del moño. Ahora más que nunca valoraba la ayuda de una doncella. Ian le abrió la puerta del comedor y permitió que ella lo precediese al interior. Cuando Marina dio dos pasos y se adentró en la habitación, sufrió un pálpito: desayunar en ese ataúd no debía de ser nada bueno para el espíritu. Se volvió azorada hacia el niño, que cerró la puerta tras de sí, y la guio hacia el lugar que ella tenía que ocupar en la mesa. Cuando Marina se sentó, Ian se dirigió al otro extremo. Ella pensó que, si quería preguntarle algo, iba a tener que chillar como una loca. Cuando pasaron algunos minutos en los que estuvieron esperando en un ingrato silencio, Marina le preguntó al fin.

—¿Bajará el tío Robert? —Ian negó con la cabeza—. ¿Y entonces por qué esperamos?

—Faltan quince minutos para que Alyx sirva el desayuno.

—En ese caso, podríamos haber bajado un poco más tarde.

Ian volvió a negar.

—Morgana dice... —Marina lo interrumpió.

—No me interesa lo que diga Morgana. —Como había utilizado un tono brusco, Ian se encogió en la silla. Marina no podía creerse el miedo que tenía el niño, pensó en las palabras que tenía que utilizar para tranquilizarlo—. ¿Sabes una cosa, Ian? —La miró con atención—. No solo has ganado una mamá, has ganado normalidad en tu vida —la mirada del pequeño fue demasiado elocuente.

—¿Normalidad? —preguntó sin comprender qué quería decir ella.

—A partir de mañana, el desayuno se servirá a las ocho. —Los ojos del niño se abrieron como platos, pero no pudo responderle porque Alyx hizo su entrada en el comedor en ese preciso momento.

Llevaba en las manos una bandeja con dos cuencos. Cuando depositó uno de ellos en el lugar que ocupaba ella, Marina miró con curiosidad su interior sin poder precisar qué contenía. Alyx dejó el otro cuenco a Ian, que tomó la cuchara y comenzó a comer sin decir nada. La doncella se marchó de la estancia sin dar los buenos días. Marina miró la cuchara sin atreverse a introducirla dentro del cuenco.

—¿Qué es esto? —preguntó con una mueca de asco.

—Aquí lo llamamos *porridge* —le explicó él sin dejar de comer.

Marina se decidió a meter la cuchara y remover el contenido. La masa era blanda y líquida, de un color que ya no era blanco.

—¿Y si no me gusta su sabor o su textura? —preguntó controlando la modulación de su voz.

Esperaba poder disimular el desagrado que le producía esa masa desconocida.

—Con azúcar está mucho mejor, pero Morgana dice... —Ian calló de pronto, había recordado el comentario de ella sobre que no le interesaba lo que decía Morgana.

—¿A ti te gusta? —le preguntó mientras lo observaba devorar el cuenco de gachas.

—Tengo hambre —fue su sencilla respuesta.

Y si la cena de Ian había consistido en leche y galletas, no le extrañaba en absoluto que estuviera tan delgado. Marina supo que tenía que hablar muy seriamente con Brandon al respecto, pero él no estaba en la casa, los había dejado a ambos al cuidado de una mujer que parecía una bruja.

—¿Sabes dónde está la cocina? —Ian asintió sin dejar de mirar el cuenco de ella, que seguía con el contenido intacto. Marina se levantó de su lugar en la mesa, y se dirigió directamente hacia el otro extremo. Cuando llegó donde estaba Ian, le ofreció una sonrisa llena de camaradería—. ¿Me acompañas? —le preguntó. Ian la miró con la duda reflejada en sus ojos verdes. —Vamos a tomar un desayuno en condiciones —le informó ella.

—¿No te gusta el *porridge*?, pero si no lo has probado.

—Ni pienso hacerlo —respondió ella con voz burlona—. Vamos, pequeño, yo te enseñaré lo que es un buen desayuno.

Ian dudó en hacer lo que ella le pedía. Temía mucho enfadar a Morgana si llegaba a enterarse, pero esa mujer extraña le seguía sonriendo, y no con la boca, sino con los ojos. Algo que él no había visto salvo en contadas ocasiones a su padre. Marina seguía en silencio observando el titubeo del niño, y no le quedó ninguna duda de que era por el ama de llaves de Ruthvencastle.

—No tienes nada que temer, ¡por Cabrón! —en ese momento el niño sí le devolvió la sonrisa.

Marina supo que había ganado la batalla de su confianza. Ian dejó su servilleta encima de la mesa, y aceptó la mano que ella le tendía. Juntos abandonaron el comedor y enfilaron los pasos hacia las dependencias exteriores en dirección a la cocina. Cruzaron el patio central con rumbo a las caballerizas. Marina lo miraba todo con curiosidad al mismo tiempo que se preguntaba dónde estaba la maldita cocina, parecía que Ian la conducía hacia los establos, pero, no, las dependencias estaban junto a un edificio que parecía el almacén donde antaño se guardaban las cosechas.

La puerta estaba abierta, y Marina no lo dudó ni un instante. Dentro de la calurosa cocina el fuego chisporroteaba. Miró los diferentes utensilios que se usaban para cocinar y la larga y maciza madera que estaba colocada justo en medio de la habitación. Había otra más pequeña junto a la pared desnuda, y tenía tres sillas. Marina supo que era el lugar donde comía el servicio.

La alacena estaba detrás de ella, en la parte más alejada del fuego. Abrió las hojas de

madera y miró lo que contenía: queso tapado con un lienzo, varios embutidos, pan negro, mantequilla, y huevos frescos. La sonrisa se amplió en su boca. Sacó cuatro huevos, y el tocino magro, la mantequilla, y el pan. Cortó unas rebanadas y las trinchó con un pincho para coger la carne. Luego las puso muy cerca del fuego para que se dorasen. Cortó también unas lonchas de tocino y batió los huevos, puso el cazo ancho en el fuego encima de las trébedes, y fundió un poco de mantequilla, echó los huevos batidos y añadió un poco de sal. Cuando estuvieron cuajados, los puso en un plato llano, y, a continuación, asó el tocino. La cocina se llenó de un aroma sumamente apetitoso. Cuando el pan estuvo bien dorado, Marina lo untó con mantequilla y lo dispuso en dos platos limpios a los que añadió el revuelto de huevos y las lonchas de tocino. Llevó los platos a la pequeña mesa de madera e invitó con una mano a Ian para que se sentase mientras colocaba los correspondientes cubiertos. El niño no había pronunciado palabra en esos quince minutos que había durado la actividad de Marina dentro de la cocina.

—Trae dos vasos para la leche. —Ian hizo lo que le pidió sin protestar. Marina vertió la leche recién ordeñada y hervida del jarrón, y llenó dos vasos hasta el borde, tomó asiento justo enfrente del chiquillo—. Buen desayuno, Ian...

## CAPÍTULO 15

*WHITAM HALL, INGLATERRA*

Brandon llevaba varios días lejos de Ruthvencastle, pero el asunto que le había llevado a la casa de su amigo Beresford, era demasiado importante para demorarlo. Ahora se arrepentía de no haberle dado ninguna explicación a Marina sobre su repentina marcha, pero el tiempo del que disponía era muy poco. Brandon siguió mirando los diferentes papeles que tenía entre las manos sin creerse todavía lo importantes que podrían ser si caían en manos codiciosas. La puerta de la biblioteca siseó cuando Christopher Beresford empujó una de las hojas de madera para entrar. Brandon alzó la vista, y la fijó en la persona que caminaba directamente hacia él.

—El sol español te sienta bien —le dijo a modo de saludo. Una ceja rubia se enarcó tras escucharlo—. Aunque espero que no te haya estropeado el carácter todavía más.

En esas palabras quedaba claro lo que pensaba Beresford sobre la visita de Brandon al reino de España.

—Sigues teniendo demasiados prejuicios —respondió con humor.

—Te recuerdo que casi me freí como un pollo cuando fui a recoger a mi hermana a la ciudad de Ronda. No imagino cómo pueden vivir las personas en ese horno llamado Andalucía. — Brandon aceptó la copa que le sirvió Christopher—. ¿Y tu hermana? ¿Qué tal está?

El inglés se interesaba por Violet.

—No he llegado a tiempo de verla pues continuaba en la ciudad de Granada con Aurora y Justin —Christopher enarcó una ceja—. Tenía urgencia por regresar a Inglaterra. Tengo en mi poder una información que quizá le interese a Robert Jenkinson —Robert Jenkinson era conde de Liverpool y primer ministro del Reino Unido

Christopher miró a Brandon con inusitada curiosidad.

—En mi visita a Córdoba me encontré con un sujeto bastante peculiar: André Moliere, ¿te suena el nombre? —Christopher negó con la cabeza—. Hice algunas averiguaciones por mi cuenta, y he logrado descubrir algunos documentos muy importantes.

—¿Documentos? —preguntó lord Beresford cada vez más interesado.

—Están preparando un golpe de estado en Francia para derrocar a Carlos de Borbón, y algunos nobles ingleses están metidos en la conspiración.

—¿El rey de Francia? —Christopher estaba atónito.

Brandon asintió con la cabeza.

—Están maquinando la caída del monarca francés en suelo español. Por eso es necesario que me prepares un encuentro con Robert Jenkinson. Necesito informarle de todo.

Christopher había comprendido la urgencia del asunto.

—Jenkinson es un hombre muy ocupado además de escéptico.

—Lo sé, pero me escuchará si voy recomendado por tu padre. —John Beresford, marqués de Whitam, era amigo del primer ministro de Inglaterra. Ambos compartían las mismas aficiones, por ese motivo Brandon había acudido a su hijo Christopher; necesitaba llegar hasta Jenkinson.

—¿Crees que la información es fidedigna? —le preguntó.

—Sí.

—Entonces te prepararé un encuentro de inmediato, pero ya sabes que suele tener una agenda apretada. —Brandon ya lo imaginaba—. ¿Te quedarás muchos días en Crimson Hill? —Crimson Hill era la casa del duque de Arun, el tío de Brandon.

—Solo lo imprescindible, tengo que regresar a Ruthvencastle con mi esposa. —La copa de brandy se deslizó de la mano de Christopher al escuchar la noticia, pero pudo sujetarla a tiempo para evitar que se estrellara en el suelo.

—¿Tu esposa? —le preguntó estupefacto—. No hablas en serio.

—Me he traído de España, a parte de una insolación permanente, una esposa.

—Definitivamente, estás loco.

—Es la mujer más hermosa de cuantas he visto.

Christopher chasqueó la lengua con burla.

—Todas las mujeres te parecen las más hermosas del mundo —le replicó burlón—, incluso mi hermana Aurora —le recordó de forma pedante.

—Marina es diferente —afirmó muy serio—. Cuando la miro, no puedo respirar, siento una opresión en el pecho y un latigazo en las entrañas. Estoy loco por ella.

—Veo que te ha dado fuerte. ¿Estás seguro?

—Es la mujer de mi vida —ratificó convencido—. Tengo que confesarte que me casé casi a punta de pistola —la boca de Christopher se abrió por completo—. Pero ya había capitulado frente a ella y aceptado mi derrota.

—Mi hermana lo pasó bastante mal en Inglaterra, me resulta inconcebible que hayas dejado a tu reciente esposa sola en Ruthvencastle. Puede que te lleves una sorpresa cuando regreses.

—Lo sé, y tendré que capear el temporal cuando vuelva, pero tengo un asunto que tratar con lord Jenkinson, y no podía demorarlo. ¿Y tus hermanos?

—Arthur se encuentra en Londres ultimando la compra de una casa en Victoria Street. Andrew creo que iba de caza a Edimburgo con Roger Wilson. Últimamente la relación entre esos dos me trae de los nervios.

—Roger es un poco estirado, pero es un buen hombre, no creo que perjudique al tarambana de tu hermano. Por cierto, ¿crees posible que visiten Ruthvencastle? —Christopher meditó en la respuesta.

—Yo apostaría a que sí. Sabes cuánto le gusta a ese tunante ir de tabernas contigo. Hasta que no consiga tumbarte, no parará.

Brandon amplió la sonrisa en sus labios.

—Lo que sucede con tu hermano es que le gusta demasiado el whisky escocés. Y cerca de mi hogar se sirve el mejor de todos.

—¿Cuándo tienes pensado regresar?

—Cuando haya informado a Jenkinson, pero no antes.

—Te veo realmente preocupado.

—Estoy deseando entregar la información y los documentos. Después, regresaré a Ruthvencastle a comenzar mi nueva vida de casado.

—¿Por qué Ruthvencastle? No es el mejor lugar para una recién casada. —Pero Brandon no respondió a la pregunta contenciosa del inglés. Lo miró de forma enigmática, y con un brillo extraño en sus pupilas—. Está claro que no piensas responderme.

—¿Dónde está tu padre? —Christopher tardó un segundo en responder.

—Jugando al Cricket con el duque de Arun en Crimson Hill. —A Brandon no le extrañó nada la respuesta. Desde que ambos hombres se habían convertido en parientes por el matrimonio de sus respectivos hijos, pasaban la mayor parte del tiempo en mutua compañía, y lo que era más inaudito, sin matarse el uno al otro.

—¿Solos? —la pregunta de Brandon sonó atónita.

—Todos los martes por la tarde, el duque invita a un gran número de amigos para jugar al



Cricket, incluso el párroco Philip no se pierde una invitación, la cual incluye café y tarta de moras.

Brandon tenía que haberlo imaginado. Las tardes en el condado de Hampshire eran todo menos aburridas si el duque de Arun organizaba el acontecimiento.

—Veo que el duque se adapta muy bien a la rutina inglesa cuando regresa de, reino de España.

—De veras que no entiendo por qué motivo os gusta tanto un reino tan caluroso. Además de rudo y arcaico.

Brandon no compartía la opinión de Christopher sobre los españoles. En sus viajes había comprendido y valorado su carácter, la pasión que albergaban, y el sentido del humor tan fino del que hacían gala la mayoría de las ocasiones; siempre ponían al mal tiempo buena cara, y, esa actitud ante la vida, le provocaba cierta envidia. Le encantaba viajar al menos una vez al año para ver a su hermana y sobrino, aunque seguramente podría prescindir del caluroso clima.

—Algún día una española te va a hacer perder la cabeza —sentenció Brandon.

Christopher lo miró con una ceja alzada.

—Presumo por tus palabras que la limonada de vino sigue circulando por tus venas escocesas y contaminando el soberbio licor escocés —respondió con burla—. Yo que tú llevaría cuidado, puede ser un poderoso veneno, y, si no te mata, te volverá estúpido.

Brandon se sorprendió de las palabras burlonas pues sonaban demasiado irónicas incluso viniendo de él. Lo miró de frente, y contempló a un típico lord inglés: atuendo impecable, modales altaneros, y una flema británica que sobrecogía. Brandon deseó de todo corazón que la antítesis de Christopher llegase para darle una lección sobre el amor, y que lo dejase tan perdidamente enamorado que no supiese distinguir su mano derecha de su izquierda.

—Tendrías que verte —le dijo Christopher—, tienes una expresión bastante estúpida. ¿He acertado sobre la limonada de vino que tanto beben los españoles?

Brandon no se molestó por las palabras.

—Eres demasiado severo en tus apreciaciones —Christopher chasqueó la lengua de nuevo con burla—, y ciertamente irrespetuoso. Yo que tú cuidarías mi forma de hablar y expresarme delante de tu padre y de tu hermana. Quizá los ofendas con tus opiniones superlativas.

Pero Christopher no respondió a la pulla. Hizo un alzamiento de hombros como si esa circunstancia fuese insignificante. Brandon decidió no acicatearlo más.

—Christopher, necesito esa entrevista cuanto antes —el inglés hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Mañana por la mañana partiré hacia Londres —contestó muy serio, como era habitual en él—. La tendré preparada para última hora de la tarde.

—Gracias.

\*\*\*

¿Cómo podía llover durante tantos días seguidos en un mismo lugar? Marina siguió mirando por los cristales de las ventanas de la biblioteca, sin creerse el mal tiempo que hacía desde su llegada a Escocia. Y si al mal tiempo sumaba la antipatía que le demostraba el servicio de Ruthvencastle, se podía comprender el desánimo que la embargaba. Todas y cada una de las decisiones que impartía en la casa como señora McGregor eran cuestionadas, salvo por el tío Robert, que le mostraba siempre una actitud amable, aunque no entendía ni la mitad de las palabras que le decía.

La casa estaba demasiado fría, y, aunque pedía que se encendiera el hogar en el salón donde

pasaba la mayoría de las tardes con Ian, Morgana desoía su orden con total descaro, alegando que no se podía malgastar la leña. Afortunadamente, Marina había logrado cambiar la hora del desayuno, algo que Ian agradecía, y sus mejillas comenzaban a adquirir un tono rosado muy saludable.

Marina supervisaba las diferentes comidas y peleaba diariamente con la cocinera para conseguir su cooperación, pero comenzaba a cansarse; una señora nunca debería de ser cuestionada por el servicio, pero Brandon había minado su autoridad en el mismo momento que la presentó, pero la había dejado sola y a cargo de un niño...

Si seguía pensando en ello, iba a alimentar su cólera todavía más.

Suspiró con cansancio y se dio la vuelta para tomar asiento en uno de los sillones. Al menos Ian no había vuelto a mojar la cama desde aquella primera noche fatídica, y se sentía muy contenta por él. La confianza del niño crecía por días, aunque la suya menguaba al mismo tiempo. Sin embargo, la casa se le caía encima. El único ejercicio que le estaba permitido era deambular por los largos pasillos de Ruthvencastle admirando los cuadros de la galería y jugar al Backgammon: un juego que ella desconocía hasta su llegada a Escocia.

Estaba tan aburrida y tan hastiada, que cada vez que miraba el pianoforte arrinconado en el gran salón, le daban ganas de ponerse a practicar, pero ella no sabía tocar como su hermano Lorenzo. Un suspiro salió de su garganta al pensar en su familia tan lejos de ella, en el tibio sol primaveral, en el olor de la fruta en los puestos del mercado... ahogó un sollozó que subía por su garganta.

¡Tenía que dejar de compadecerse! Había tomado una decisión e iba ser consecuente con ella, aunque le pesara en el alma por toda la eternidad.

—Tenemos visita. —La voz del tío Robert se abrió paso entre la neblina que cubría sus pensamientos.

La llegada de una visita suponía una novedad en la rutina diaria.

—¿Visita? —Marina había aprendido algunas palabras en gaélico, Ian había resultado de una ayuda inestimable para ella.

—Dos visitantes, uno de ellos es un Beresford, aunque no consigo recordar el nombre de su acompañante. —Marina dirigió sus pasos hacia la ventana por la que miraba el tío Robert, que se separó unos centímetros para dejarle un hueco a su lado.

Marina, cuando pensó en los visitantes, se descorazonó. Ante el cambio que representaba poder hablar con gente nueva, se había olvidado de que ella no podría participar en la conversación, y lo último que deseaba era monopolizar a Ian para que le tradujese cada palabra.

—Tío Robert, ¿qué se espera de mí? —Logró preguntar en un gaélico aceptable.

Robert la miró con seriedad en su rostro marcado.

—Imagino que querrán tomar un poco de té con pastas amenizado con una conversación fluida. —Marina pensó que el té con pastas no sería problema, pero una charla entretenida iba a ser harina de otro costal: ella no hablaba gaélico salvo alguna frase.

—Bien, pediré a Morgana que prepare el té. —Se disponía a abandonar el salón, pero la mano del tío Robert se lo impidió.

—Morgana abrirá la puerta y conducirá a la visita hasta nuestra presencia, entonces le pedirás que prepare un refrigerio para nuestros invitados. —A Marina le costó entender las palabras del tío Robert.

Ian se las tradujo sin que ella se lo pidiera, y sin abandonar sus estudios en el rincón habilitado para él en la biblioteca. Marina tomó nota mentalmente de la sugerencia de Robert. Un segundo después se miró la ropa horrorizada, y pensó en su cabello: tenía el pelo desordenado,

varios mechones se habían soltado de la sujeción de las horquillas. En ese momento lamentó no llevar el moño sujeto por una redecilla, como solía llevarlo en Zambra. Se miró el sencillo vestido de tarde que en modo alguno era apropiado para recibir visitas. Su vestuario no había llegado todavía del reino de España, por ese motivo tenía que hacer buen uso de los pocos vestidos que había podido llevar hasta Escocia.

Robert McGregor, al ver que ella se mordía el labio inferior preocupada, la miró de forma llana.

—Eres una mujer muy guapa, tu rostro no necesitas más adorno que una sonrisa. —Ian se las trujo.

Si las palabras habían sido pronunciadas para animarla, lo consiguieron.

—Gracias, tío Robert.

Marina se pasó las palmas de las manos por sus cabellos y colocó varias guedejas detrás de sus orejas, se alisó el vuelo de la falda, e inspiró profundamente. Un segundo después se abrió la puerta de la biblioteca.

—Lord McGregor —anunció Morgana—, lord Wilson y lord Beresford desean mostrarle sus respetos.

El silencio en la estancia se volvió espeso y rancio. No había escapado a la atención de ninguno de los presentes el desprecio que había mostrado Morgana al ignorarla en la presentación, pero Marina no pudo objetar nada porque el daño ya estaba hecho, había sido propiciado por Brandon.

—Tío Robert —dijo una voz tranquila—, es un placer volver a verlo en tan buen estado de salud —Marina se fijó en el guapo hombre que hablaba inglés, y que se dirigía hacia el tío Robert con un brillo de placer en los ojos—. Y bien acompañado, por lo que puedo apreciar. —Si el escrutinio al que la sometía Andrew la molestó, ella no lo demostró en absoluto. Mantuvo la postura rígida y el rostro sereno.

El otro hombre no había pronunciado palabra, pero avanzó dos pasos para ofrecerle sus respetos al tío Robert.

—¡Andrew! Qué sorpresa. —Ian había dejado sus quehaceres para correr hasta los brazos del desconocido que respondía al nombre de Andrew.

—Dios mío, Ian, cómo has crecido. Estás muy alto.

El niño le correspondió con una gran sonrisa, pero al momento reuló en su postura desenfadada, cuando sus ojos verdes se posaron en la otra visita que se mantenía a la expectativa.

—Su Excelencia, sea bienvenido a Ruthvencastle. Es un gran honor para nosotros mostrarle nuestra hospitalidad.

Marina miró de forma perpleja a Ian. ¿Por qué motivo el niño había cambiado su expresión alegre por una de contención?

—Lord McGregor. —Wilson tenía un tono de voz controlada, como si estuviese acostumbrado a impartir órdenes que no eran cuestionadas. Marina miró a ambos hombres pues tenían cierto parecido: los dos eran rubios y de ojos azules, pero el más joven tenía un aire pilluelo que podría resultar peligroso para una moza despistada—. Lady... —Roger Wilson dejó las palabras en el aire porque no conocía el nombre de ella.

El tío Robert acudió en ayuda de Marina de forma un tanto brusca.

—Lady McGregor. —Al escuchar el título, los ojos de Andrew se abrieron de par en par. ¿Lady McGregor? Su mente llegó a una conclusión errónea: creyó que la muchacha era la esposa del tío Robert.

—Es mi mamá, Andrew. —El pequeño lo sacó de su error con esas sencillas palabras.

Pero Andrew Beresford seguía atónito. ¿Madre de Ian? No podía ser porque la madre de Ian había muerto tras el parto. Ian lo miraba fijamente. Mientras el silencio en la sala se volvió sumamente embarazoso. Marina se sintió examinada por ambos visitantes de la misma forma que una yegua jerezana en una feria de ganado cordobés.

—¿Tu mamá? —logró preguntar Andrew todavía pasmado.

Y para sorpresa de Marina, la conversación transcurría en un inglés que ella podía entender. La carcajada de lord Wilson los pilló a todos por sorpresa, pero ninguno pudo decir nada por la intempestiva entrada de una de las doncellas con la bandeja del té. El contoneo de Alyx hizo que Marina frunciese el ceño. Esa mirada traviesa y coqueta iba dirigida hacia lord Beresford, y no tuvo que sumar mucho. Cuando Alyx abandonó el salón, lord Wilson dirigió su vista hacia ella con una mirada apreciativa en sus pupilas negras.

—Un placer, lady de nombre desconocido —Marina lo miró sin entender sus palabras.

Andrew fue consciente en todo momento de la confusión que se sentía la mujer al escuchar el tono de Roger.

—Mi nombre es Marina Dalila Rosa del Valle y Linares.

Quería devolverle la petulancia a ese arrogante inglés. El otro seguía sonriendo de oreja a oreja.

—Andrew Beresford, milady.

Marina le tendió la mano, y él se la sujetó para besarla de forma correcta.

—Roger Eden Wilson, milady —le dijo el otro.

Marina estuvo a punto de retirar la mano para evitar el beso de Roger, pero logró mantener la actitud serena a pesar de las circunstancias.

—Imagino que será pariente del barón de Bidasoa —le dijo Roger, y ella se preguntó si le estaba gastando una broma—. Solo así se explicaría que el laird McGregor se haya casado de forma tan repentina, y acepte mis disculpas si yerro en mi apreciación.

Marina se envaró. Un hombre con ese control sobre sí mismo no se disculpaba porque sí.

—Deduzco que conocen a mi primo, Diego Vilchez de Soriano.

Andrew tosió para aclararse la voz, y Roger hizo un ligero gesto con su rubia cabeza.

—En mi caso solo de oídas, lady McGregor —respondió Roger con un tono neutro, y sin apartar la vista de ella—, pero es cierto que la noticia de sus esponsales ha sido un tanto sorpresiva.

—¿Les apetece un poco de té? —logró que su voz no temblara por los nervios.

—Gracias —aceptó Roger—, es el mejor estimulante en una tarde lluviosa.

—¿Y dónde se encuentra el laird McGregor? —preguntó Andrew sin que sus ojos dejaran de sonreír.

Marina deseó que la tierra se la tragase. ¿Cómo podía explicar dónde se encontraba su marido? Ella lo ignoraba por completo, pero no lo iba a admitir nunca, ni muerta, pero entonces, ¿cómo podía salir del embrollo?

—Tenía que ver de forma urgente a Robert Jenkinson —dijo de pronto el tío Robert. Los dos visitantes se miraron al unísono—. Mencionó que debía darle unos documentos importantes que traía, y partió de forma apresurada nada más dejar aquí su equipaje.

Marina se atragantó con el té. Acababa de ser catalogada como parte del equipaje que había llevado Brandon de España. No pudo evitar enrojecer hasta la raíz del cabello. Suspiró de forma queda para que nadie en la sala advirtiese lo turbada que se sentía, y pensó que la tarde se estaba convirtiendo en desastre. ¿Por qué Brandon no le había mencionado nada? Si de verdad esos documentos que mencionaba el tío Robert eran tan importantes, ella no habría puesto objeción

alguna a quedarse sola en Ruthvencastle hasta su vuelta.

—¿Regresará pronto? —la pregunta formulada por Roger la hizo volver de forma abrupta a la sala. Seguía mirándola de forma intensa, como si no quisiera perderse detalle de sus expresiones faciales.

—Tan pronto se lo permitan sus asuntos —ella le había respondido con corrección en el tono.

—¡Brandon casado! Me parece inaudito. —Marina miró de forma penetrante a lord Beresford. Sus palabras dichas a nadie en particular le produjeron un hormigueo en el estómago, pero era un hormigueo de aprensión.

—Sorpresivo, sí, inaudito, no, lord Beresford. —La corrección de Marina hizo que Andrew bebiese de un golpe el líquido de su taza de té. No se había percatado de que había formulado su pensamiento en voz alta.

—¿Hace mucho que contrajeron nupcias, milady?

—La pregunta directa de Roger hizo que Marina dejase de mirar a Andrew durante unos segundos—. Si no recuerdo mal, solo hace unos meses que Brandon se marchó, creo que pensaba adquirir algunas yeguas. Suele decir que son muy briosas. —Las palabras de Roger hicieron que Marina tensara la espalda con precaución: había pasado de equipaje a yegua a la velocidad del rayo.

—¿Sabes, Andrew? Marina tiene un caballo al que llama Cabrón. —Ian seguía mirando a Andrew con ojos arrobados.

Marina se percató de que el niño sentía admiración por el hombre que la miraba a ella de hito en hito. ¿Qué tenía ese hombre para provocar tal devoción en un niño tan pequeño?

—Un nombre un tanto peculiar para un semental —fue su sencilla respuesta. Marina dedujo que debía saber lo que significaba esa palabra española en particular—. Pero los españoles hacen uso de su sentido del humor para ponerles nombres a sus animales. ¿Recuerdas Ian los nombres de los sementales de tus primos ingleses? —el niño asintió con la cabeza—. Pimienta y Cayena.

Marina parpadeó. ¿Ian tenía primos ingleses que les ponían a sus caballos nombres españoles?

—¿Se quedarán a cenar? —tenía que hacer la pregunta enseguida para saber si su tortura iba a continuar o no.

—Será un placer, lady McGregor. —La respuesta ofrecida por Roger la dejó clavada al sillón.

Ella la había formulado para librarse de ellos, pero le había salido el tiro por la culata.

—Bien, iré a darle a Morgana las oportunas indicaciones.

Marina no esperó que ellos se levantaran, aunque lo hicieron un segundo después. Abandonó la sala con pasos rápidos; necesitaba respirar un poco de aire.

## CAPÍTULO 16

La cena transcurría en inglés, y, contrariamente a lo que había imaginado, a Marina le resultaba todo un alivio. De ese modo podía perderse en pensamientos sobre su hogar en Hornachuelos, su precioso semental, y la libertad que ya no podría disfrutar en Escocia. Marina clavó su tenedor en el asado de ternera, pero estaba tan duro como una piedra, además de insípido, y al clavarlo con fuerza fue como si pudiese con ese gesto descargar la frustración que sentía. La cocinera de Ruthvencastle no debía distinguir un ajo de una habichuela porque cocinaba realmente mal. Comenzó a remover el puré de patatas, y a mezclar los guisantes junto a las rodajas de zanahoria.

Ian la miró entendiéndolo.

—Emmy ya no está en la cocina, y por eso la comida no está tan buena.

—¿Quién es Emmy? —preguntó Marina.

El niño respondió.

—Ralph y Emmy vivían en Ruthvencastle hace muchos años.

Marina tenía que indagar sobre ello.

—El lechón asado en tu reino es excepcional. —Marina dirigió sus ojos hacia Andrew que miraba su forma resignada de remover el alimento de su plato—. Adoro el tocino de cielo. Cada vez que voy a España creo que me pondré enfermo de un empacho, pero no puedo dejar de comerlo.

—Para mi gusto, los españoles abusan demasiado de las especias y del picante. —La intervención de Roger aumentó todavía más la sensación desagradable que sentía Marina por el inglés de modales refinados.

—Los españoles se toman muy en serio lo ponerla la sal de la vida a los alimentos —respondió correcta.

—¿Cómo conoció al laird McGregor? —insistió el hombre.

Ella había oído el peligro de esa pregunta formulada por Roger, pero respondió con la usual franqueza que la caracterizaba.

—Vino de visita de negocios a Córdoba. Su hermana está casada con mi primo, Diego. —Andrew miró a Roger curioso—. Mi esposo y yo nos conocimos en la sierra de Hornachuelos.

—¿Se acostumbra a la vida en Escocia? —La pregunta formulada por Andrew no la pilló desprevenida, pero Marina no sabía qué contestar para no ofender al tío Robert o al pequeño Ian. Jamás iba a poder acostumbrarse al carácter seco y huraño de los escoceses.

—Con voluntad todo es mucho más fácil —respondió al fin con voz melancólica.

—Pero yo no le dejo tiempo para extrañar nada salvo a mí. —La voz de Brandon reverberó dentro de la estancia, y todas las cabezas se volvieron al unísono hacia él, que hacía su entrada con pasos firmes.

—¡Laird! —exclamó Ian al verlo, pero contuvo el impulso de ir corriendo hacia él, y durante unos instantes sus ojos se empañaron.

—¡Ya era hora! —le recriminó el tío Robert con voz estridente sin dejar de cortar su trozo de asado.

Marina había aguantado la respiración. Hacía varios días que no sabía nada sobre él, y de pronto aparecía en Ruthvencastle sin avisar, pero ¡qué atractivo se veía! Brandon caminó directamente hacia ella, y, cuando llegó donde estaba sentada, se inclinó y le dio un beso posesivo que hizo lanzar alguna que otra exclamación a los presentes. Los labios de Brandon la quemaban,

y Marina no supo calibrar si el beso se lo había dado porque la había echado de menos, o para salvaguardar las apariencias delante de los invitados. Ella prefería la primera opción, no obstante, realista como era, iba conformarse con la segunda. Brandon separó la silla que quedaba libre a la derecha de ella, y comenzó a servirse de las bandejas que las doncellas habían colocado en el centro de la larga mesa.

—Estoy hambriento.

La sonrisa de Andrew era demasiado elocuente para desaprovechar el comentario de Brandon.

—E imagino que no solo de alimento. —Las mejillas de Marina enrojecieron como si se las hubiesen tintado del color de las amapolas.

—Andrew, menudo comentario atrevido, pero cierto —le reprendió Brandon sin perder la sonrisa—. Regresar a Ruthvencastle junto a mi bella esposa era lo que más ansiaba en las últimas horas.

Si la afirmación de Brandon fuese cierta, Marina sería la mujer más feliz del mundo, pero sus palabras contenían un tono de falsa zalamería que no la engañó en absoluto.

—¿Qué se os ha perdido aquí en Ruthvencastle? —inquirido el laird.

Marina aguantó un jadeo, Brandon estaba mostrando una grosería inusual con los dos invitados.

—Tu sentido de la hospitalidad me sigue conmoviendo profundamente —le reprochó Andrew de forma inmediata—. Afortunadamente, ahora tienes a alguien que controle esa vena intransigente, hasta es posible que refine ese carácter diabólico escocés con un poco de azúcar español. —Indudablemente Andrew se estaba refiriendo a ella, pero Marina seguía con la boca cerrada a cal y canto. Estaba aprendiendo más sobre Brandon con ese picadero de palabras, que en las semanas que había estado en Córdoba.

—Edimburgo está bastante alejado de Ruthvencastle... —Brandon no terminó de decir las palabras, las dejó suspendidas con una sonrisa socarrona. Andrew se removió inquieto en la silla.

—Mi padre desea que reponga la bodega de Whitam Hall.

—Estás tomándole demasiado gusto al whisky escocés.

Sus palabras sonaron como un reproche que Andrew no tomó en cuenta.

—Tu tío Devlin también me ha encargado varias botellas de whisky.

Pero Brandon no pudo replicarle a Andrew porque Alyx acababa de entrar al comedor con la bandeja del postre. El resto de la cena transcurrió sin incidentes, pero los nervios de Marina seguían aumentando a medida que Brandon la miraba con intensidad, pero sin dirigirle la palabra. Ella se hacía un montón de preguntas, sin embargo, con invitados en la casa no podía satisfacer su curiosidad. Cuando los hombres se retiraron a la biblioteca donde degustarían una copa de licor escocés, Marina aprovechó el momento para acompañar a Ian a su dormitorio. El pequeño estaba excesivamente callado e inquieto. Ella imaginó el motivo y tenía que tranquilizarlo. El regreso repentino de su padre lo había llenado de nerviosismo, y Marina volvió a preguntarse por qué motivo le temía. La alcoba estaba demasiado fría, y ella se juró que sería lo primero que trataría con Brandon. Era inhumano desvestirse entre esas paredes desnudas y gélidas. Cuando escuchó los sollozos que comenzaron a sacudir los pequeños hombros, Marina lo miró de frente.

—¡Ian! —se sentía incapaz de comprender el miedo del pequeño—. No va a pasar nada, de veras.

—Ahora que ha vuelto, sí.

—Seguro que no.

—Creía que por fin podría controlarlo, pero ahora sé que no. Volveré a desobedecer.

Marina maldijo en voz muy baja para que el pequeño no la oyera.

—Ian, lo que te sucede no es desobediencia, es producido por un accidente que no puedes controlar.

—¿Y por qué no me sucede cuando estoy contigo? —le preguntó de forma angustiada.

—Porque yo te mantengo caliente.

—¿Caliente?

—Es por este frío —murmuró entre dientes. Ian la miró alarmado—. Tengo que lograr que Morgana encienda la chimenea de una vez.

—¿Tienes frío? —inquirió el pequeño con los ojos desorbitados.

—¿Tú no? —le preguntó ella a su vez. Ian negó repetidamente—. Increíble.

—Me mantendré despierto.

Marina paró de levantar las sábanas.

—No harás tal cosa —le dijo con voz seria, pero controlada.

—No puedo permitir que suceda de nuevo.

—Pero no sucederá nada, y, si ocurriese, tu padre comprenderá. —Los ojos de Ian se oscurecieron por el miedo. Marina sabía que no estaba encarando la situación de la forma apropiada: el temor del niño era demasiado real para ignorarlo—. ¿Deseas que me quede contigo?

Ian sopesaba esa posibilidad sin atreverse a formularla en voz alta. Desde la llegada de Marina a Ruthvencastle, él no había vuelto a mojar la cama.

—¿Hasta que me duerma? —le preguntó con un hilo de voz.

—Hasta que te duermas —concedió ella.

Marina pensó en los invitados que esperaban en la biblioteca, pero imaginó que podría estar ausente el tiempo suficiente para que Ian se durmiera. Los hombres allí reunidos no la echarían en falta hasta que terminaran sus respectivas bebidas. Ian había terminado de colocarse el camisón de algodón. Marina colocó las sábanas y la colcha por debajo del colchón en un intento de que las piernas del pequeño no las sacasen durante la noche. Cuando estuvo perfectamente tapado, se recostó a su lado, la espalda del niño contra su pecho. Ian podía sentir la respiración de ella en su pelo rubio, cerró los ojos, y agarró la mano de Marina como si necesitase ese contacto humano afectivo.

El silencio la acompañó en esos momentos. Esperaría hasta que Ian se durmiese.

\*\*\*

Roger jugaba una partida de ajedrez con el tío Robert mientras degustaba una copa de whisky. Andrew conversaba de forma tranquila con Brandon, a quien preguntaba sobre su visita a Inglaterra, pero Brandon se mostraba distraído. Cada dos segundos dirigía sus ojos hacia la puerta de la biblioteca esperando ver la presencia de Marina. Desde que había terminado la cena, había desaparecido con la excusa de acompañar a Ian a su alcoba. Se moría de ganas de besarla, de tumbarla de espaldas y hacerle todas esas cosas que había soñado desde que la había tenido en sus brazos en los jardines de Zambra. Había estado terriblemente enfadado con ella, pero la tenía metida en la sangre y no podía hacer nada sin que su mente estuviese pendiente de sus gestos, de su mirada, ansiando una sonrisa que había dejado de ofrecerle en el mismo momento que llegaron a Ruthvencastle.

—Estás muy pensativo —le dijo Andrew con tono pausado.

—Y cansado —fue la escueta respuesta de él.

—¿Nos estás invitando a marcharnos?

—Se ha hecho bastante tarde. —Pero Andrew estaba disfrutando demasiado con la aparente



incomodidad de Brandon como para no aprovecharse de esa situación.

El escocés solía tener los nervios de acero, y verlo mirar cada dos segundos la puerta de la biblioteca con ojos ansiosos, hizo que Andrew tomara posición para acicatearlo. Nunca había disfrutado de una ocasión como ésa.

—Marina es encantadora.

Las cejas de Brandon se alzaron al escucharlo.

—Para ti, lady McGregor. —Andrew rio el comentario mordaz de él.

—¿Percibo un tono celoso en tus palabras? —Brandon había dado un paso en falso, si algo le gustaba a ese tunante inglés era encontrar el punto débil de un hombre para acicatearlo, y él le había ofrecido el suyo en bandeja de plata, pero no le importó. Marina era su punto débil, la razón que iba a hacerle perder la cordura, y, contra todo pronóstico, sonrió.

—Sí, creo que estoy celoso.

Que Brandon admitiera algo así desconcertó por completo a Andrew.

—Los celos son el resultado de la inseguridad.

—Y tú te estás colocando en una posición peligrosa si sigues por ese camino.

—Tus amenazas no me intimidan, lo sabes —respondió Andrew con voz engañosamente melosa—. Aprendí a no temerte hace muchos años.

Brandon lo miró con los ojos entrecerrados. Desde que recordaba, cada vez que había visitado a sus primos en Crimson Hill, había compartido juegos con sus amigos y vecinos: los Beresford. El tiempo había consolidado una amistad que perduraba en el tiempo. Cuando él regresaba a Escocia, sus primos y sus tres amigos solían visitarlo. Los veranos en las Highlands se hacían mucho más cortos con la presencia de los Penword y los Beresford juntos.

—Si lo que buscas es una afirmación, ya la tienes. —Andrew dejó suspendida su copa a medio camino de su boca al escuchar la confesión llana de Brandon—. Estoy completamente enamorado de mi esposa. ¿Es eso lo que querías escuchar?

—¿Desde cuándo? —le preguntó asombrado.

—Desde que la vi dispararle a un bandido creyendo que me salvaba el cuello. —Los ojos de Andrew mostraron la sorpresa que sentía—. Supe que Marina era la mujer de mi vida —continuó Brandon—, y no he parado hasta traerla a Ruthvencastle. —Andrew inspiró profundamente antes de soltar un silbido.

—¿Estás hablando en serio? —le preguntó completamente superado en entusiasmo.

El gesto de cabeza del escocés fue demasiado elocuente. Brandon pensó que, si Andrew seguía sonriendo con esa superchería, le iba a golpear hasta que se tragara los dientes.

—Ahora, levanta tu culo inglés de mi silla, agarra a ese duque estirado que tienes por amigo, y regresad a Edimburgo para que pueda darle la bienvenida a mi esposa como se merece: sin interrupciones.

Andrew acabó por atragantarse. Brandon era demasiado directo, pero asintió antes de apurar el último trago.

La partida de ajedrez había quedado suspendida para otra ocasión. Andrew y Roger iban camino de Edimburgo a instancias de Brandon, que no encontraba el momento de ir hasta la alcoba de su esposa para darle la bienvenida. Iba a mandar al diablo su decisión de no hacerle el amor porque había llegado la hora de marcarla como su propiedad, pero la alcoba de Marina estaba vacía. Brandon recorrió los restantes dormitorios sin encontrarla. Ignoraba dónde podía haberse escondido y por qué motivo, aunque no tenía que pensar mucho. Marina debía de seguir enfadada por haberla abandonado durante dos semanas, pero tenía que hacer llegar urgente al primer ministro inglés la información que le había sustraído a André Moliere: información vital para las

relaciones políticas de Francia e Inglaterra.

Brandon se dirigió hacia las dependencias de la cocina para preguntarle a Morgana dónde podría estar su esposa a esas horas de la noche, pero decidió en primer lugar cerciorarse de que Ian estaba dormido. El pequeño seguía siendo para él un completo desconocido. Abrió con cuidado la puerta, y caminó hacia el centro. El dormitorio estaba a oscuras. Brandon fijó sus pupilas negras en la espaciosa cama, y se paró al ver las dos figuras; cuando comprobó que la silueta que dormía plácidamente junto a su hijo era Marina, se sintió estupefacto.

¿Qué diantres hacía ella durmiendo en la alcoba de su hijo?

Su mano abrazaba la cintura del niño, y su mejilla se apoyaba en la coronilla del pequeño. Brandon se sentía incapaz de pensar con coherencia, pero un latigazo de felicidad le perforó las entrañas pillándolo por sorpresa. Ian no solía aceptar las caricias de los extraños, y, si permitía que Marina lo abrazase, era prueba inequívoca de que había comprobado el excelente carácter de ella.

Verla dormir con su hijo hizo que su mente trabajase a toda velocidad tratando de ordenar los cientos de preguntas que se hacía, y para las que no tenía respuestas. Brandon sintió por ella una admiración profunda y una dicha increíble. Ian era un niño sumamente difícil. Haber perdido a su madre poco después de su nacimiento lo había privado del afecto más elemental y necesario, y había condicionado su personalidad tímida e introvertida.

Brandon siguió observándola detenidamente.

Marina estaba hecha un ovillo, como si el frío la hubiese obligado a replegar sus miembros para mantener el cuerpo caliente. La colcha estaba arrugada en sus pies y Brandon estuvo a punto de tomarla en sus brazos para llevarla a su propia alcoba, pero creyó más prudente dejarla en la cama con Ian. Sujetó la gruesa colcha y la desplegó hasta su barbilla. Como si ella notase en sueños que estaba arropada, estiró las piernas, y se pegó todavía más a la espalda de Ian. El niño se volvió hacia ella y colocó su nuca en el cuello de Marina. Suspiró al mismo tiempo que sonreía. Abandonó la habitación tan silencioso como había entrado. Se moría de ganas de tener una conversación con su esposa.

\*\*\*

Marina se despertó helada. Ian seguía acurrucado junto a ella que tenía el brazo izquierdo dormido por su peso. Aunque era un niño delgado, a Marina no le resultaba fácil sujetarlo. Levantó con cuidado el hombro derecho del pequeño para poder sacar el brazo y moverlo cuando sintió el típico hormigueo. Luego se sentó en el mullido colchón, y trató de encender la lámpara de gas.

—¿Qué hora es? —preguntó Ian que se había despertado con el movimiento de ella, en ese momento se restregaba los ojos con el dorso de la mano.

—Creo que alrededor de las siete y media —respondió.

Marina había logrado encender la lámpara, y, cuando la luz amarilla impregnó la oscura habitación, volvió sus ojos hacia Ian. Se había quedado dormida en su dormitorio y dejado a los invitados plantados.

—Tengo hambre —le informó el niño de pronto.

—Siempre tienes hambre —contestó ella con humor—, pero eso es algo normal, estás creciendo y tu cuerpo necesita almacenar muchas fuerzas.

—Me encanta todo lo que me preparas. —El cumplido hizo que Marina alzara una de sus cejas con curiosidad.

Ella era una pésima cocinera, pero para un niño acostumbrado a comer gachas y *haggis*,

cualquier otro alimento medianamente elaborado podía parecer un manjar.

—Tienes un apetito excelente —le dijo ella sin dejar de mirarlo—. Eres el mejor comensal que puede tener una cocinera.

—¿Me harás otra vez huevos con patatas? —le preguntó con ansia. Marina sonrió al escuchar la petición de una tortilla de patatas. Desde que la había descubierto, se había convertido en su plato favorito.

—Siempre que quieras —respondió—, pero a cambio tienes que seguir enseñándome el gaélico. —Ian hizo un gesto afirmativo—. ¿Tu padre desayunará con nosotros? —Ian negó.

—El laird McGregor no suele desayunar en Ruthvencastle. —Marina, al escucharlo, dejó de tratar de alisar su arrugado vestido, y lo miró durante un largo minuto sin creerse su respuesta.

—¿Qué puede ser más importante para el laird que desayunar con su hijo en una mañana hermosa? —Ian era demasiado joven para notar el sarcasmo que contenían las palabras femeninas.

—Suele ir a cabalgar muy temprano cuando se encuentra en Ruthvencastle, uno de los mozos de cuadra le deja una cesta con el desayuno en el pabellón de caza.

Marina inspiró profundamente. Diego se había quedado muy corto en sus apreciaciones sobre los escoceses y sus costumbres. Ella también solía cabalgar al despuntar el día, pero siempre regresaba a tiempo de desayunar con su padre y su hermano. No hacerlo le parecía un gesto grosero que iba a tener el gusto de mostrarle a su marido, si alguna vez lo veía a solas.

—¿Y hoy qué te apetece desayunar? —le preguntó para desviar el tema de la ausencia de Brandon en la casa.

—Huevos con tocino.

Marina no pudo ocultar otra sonrisa.

—Entonces así será, y ahora vamos a cambiarnos de ropa y asearnos. Te espero junto a las escaleras. ¡Fartucco el último!

—¿Qué quiere decir «fartucco»? —Marina ya casi había llegado a la puerta de la alcoba.

—En la jerga cordobesa, quiere decir tonto —Ian meditó un momento la respuesta de ella, e inmediatamente le hizo un asentimiento de cabeza.

\*\*\*

Brandon había salido al patio tratando de encontrar a Marina. La había buscado en la alcoba de Ian sin éxito. Ninguno de los dos estaba en el dormitorio. Fijó sus pupilas en los ruinosos establos y en el empedrado de los escalones que conducían a la cocina. La casa estaba en un estado lamentable, lo reconocía, pero él no podía dedicar una sola libra a restaurarla. El delicioso olor a pan recién horneado, y a huevos revueltos con tocino, le hizo darse cuenta del hambre que sentía. Se giró sobre sí mismo para regresar al comedor, pero una risa infantil detuvo sus pasos en el tercer escalón. Era la risa de su hijo. Brandon oyó claramente la exclamación de Marina y la orden emitida en un tono de voz grave pero cariñoso. Se dio la vuelta, y encaminó sus pasos hacia las dependencias de la cocina: ignoraba qué se iba a encontrar, pero no tuvo que especular mucho.

—Son demasiadas tostadas —reprendió Marina al muchacho cuando lo vio coger la sexta rebanada.

—Estoy famélico —respondió Ian sonriente.

—Anoche cenaste muy bien, y no me gustaría que pillaras un empacho.

—Podría comerme una vaca.

—Y yo... —ambos, niño y mujer, giraron sus cabezas hacia la puerta de la cocina. Parado en el umbral, y apoyado en el marco, se encontraba Brandon. Marina parpadeó varias veces como tratando de fijar la imagen pues creía que era producto de su imaginación—. Huele deliciosamente

bien —fue su sencillo comentario.

—¡Padre! —logró pronunciar Ian con voz temblorosa, y Marina no supo calibrar si había sido debido a la emoción que sentía al ver a su progenitor, o por el temor de que los hubiese descubierto en la cocina.

Brandon miró los succulentos platos que Marina había depositado en la pequeña mesa de madera, y supo de forma instintiva que no era la primera vez que desayunaban en ese rincón de Ruthvencastle. Se preguntó cuál sería el motivo.

—Me gustaría unirme al festín.

—¡No! —la exclamación salió por la boca de Marina como un rugido, y al momento se arrepintió de haber expresado su pensamiento en voz alta.

Brandon la miró atónito. Acababa de dar el primer paso para entrar a la cocina cuando lo detuvo la negación contundente de ella. Ian tenía los ojos completamente desorbitados.

¡Nadie le negaba nada al laird McGregor!

—Lo lamento, no quería decir algo así. —Brandon supo que ella mentía, pero no se lo reprochó—. Por supuesto que puedes compartir el desayuno con nosotros, ¿verdad, Ian? —pero el niño no podía apartar los ojos de su padre que acababa de sentarse en la silla más cercana a la puerta.

Marina pensó que el espacio de la cocina quedaba ridículamente reducido con la presencia de él.

—¿Por qué motivo desayunáis en las dependencias del servicio?

Marina ahogó la réplica amarga que pugnaba por salir de su boca.

—Aquí desayunamos lo que nos gusta, y muy cerca el uno del otro.

Brandon los miró a ambos con curiosidad, pero Marina se abstuvo de explicar el enigmático comentario de Ian, ocupó sus manos en preparar otro par de huevos revueltos para el visitante inesperado.

—¿Hacéis esto a menudo? —la pregunta iba dirigida a ella, pero fue Ian quien la respondió.

—A Marina le encanta cocinar, y prepara unos desayunos deliciosos. —Ian había comenzado a dar buena cuenta del suyo.

Marina había terminado de cuajar los huevos con tocino, los puso en un plato limpio, y lo acercó a la mesa. Brandon lo aceptó con una sonrisa que no terminaba de ofrecerle del todo. Marina se sentó en la única silla que quedaba vacía.

—¿No olvidas algo, Ian? —el niño la miró y asintió.

Al momento unió sus manos y cerró los ojos. Marina hizo lo mismo.

—Gracias Señor por tu bondad, por los sabrosos alimentos, y por la oportunidad de disfrutarlos cada día con nuestros seres queridos, amén.

Brandon estaba estupefacto. Era la primera vez que escuchaba rezar a su hijo, y no supo qué rayo lo había alcanzado, porque no podía pensar en nada. Su mente era un mar de especulaciones. Hasta ese preciso momento no se había dado cuenta de su falta de atención para el pequeño.

—Está delicioso —exclamó Ian con placer.

Brandon lo miró con interés. Sus mejillas se habían redondeado y mostraban un color muy saludable, ¿cómo no se había dado cuenta la noche anterior? Su pelo rubio estaba cuidadosamente recortado, y llevaba las ropas limpias. Brandon desvió su mirada de su hijo a Marina sin creerse del todo el cambio operado en Ian desde su llegada.

—¿Te sorprende, laird McGregor? —le preguntó ella con un timbre de censura—. Fue una verdadera sorpresa descubrir que tenía un hijo en Escocia esperándome. —Brandon entendió que tenía que haberla preparado, pero había estado tan furioso con ella y sus maquinaciones, que se

había olvidado por completo de decirle que tenía un hijo. El niño la miró con cierta duda en sus pupilas al escuchar sus palabras secas—. Pero estoy encantada, es un hijo muy guapo e inteligente: el mejor que puede desear una madre.

La sonrisa de Ian fue instantánea. Brandon supo que su comportamiento había sido completamente censurable. Cuando hizo un gesto para contestarle, Marina con la mano alzada lo detuvo.

—No, ahora no es el momento —respondió con un timbre de crítica. Ian estaba tan concentrado en devorar su desayuno que no se percató de la tirantez de los dos adultos al mirarse—. Pero espero respuestas, laird McGregor, vaya si las espero.

Marina le sostuvo la mirada con dureza. Unos momentos después, bajó sus ojos hacia su plato, y se dispuso a tomar su desayuno. Él, hizo lo mismo en completo silencio, y al terminar, Brandon ordenó al pequeño Ian que fuese a los establos para que ensillaran su caballo, y lo invitó a acompañarlo. Como el ofrecimiento era tan singular, el pequeño se había quedado sin poder emitir palabra alguna. Marina aceptó en su nombre. El niño salió corriendo en busca del mozo de cuadra para impartir la orden dada por su padre.

Cuando ambos se quedaron a solas, el silencio en la cocina resultó tenso.

—Tenía que haberte contado que tenía un hijo. —Marina siguió callada, y sin bajar la vista del rostro de Brandon.

El dedo índice de él acariciaba su mano, pero no la apartó de la mesa a pesar de sus recelos. Se sentía perdida por su comportamiento voluble, pero a Marina le encantaba su contacto. Esa mañana Brandon parecía accesible, como si ya no estuviera enfadado con ella.

—¿Es ilegítimo? —le preguntó después de un rato—. No, no me lo digas, realmente no me importa —pero Brandon no respetó su opinión y le contestó algo que ella no podía esperar en modo alguno.

—Me estás confundiendo con Sebastián de la Cruz.

Las palabras fueron como una bofetada para Marina, que pestañeó varias veces completamente sorprendida por su respuesta. De forma instintiva movió su brazo para bajarlo hasta su regazo y romper el contacto con él, pero Brandon no se lo permitió, sujetó la palma de su mano y la encerró en la suya, reteniéndola.

Marina lamentaba profundamente el muro que los separaba.

—Hasta donde sé, don Sebastián de la Cruz no tiene ningún bastardo —contestó con acritud.

Brandon apretó la mano de ella sin percatarse. Lo ofendía hasta la médula que defendiese a un maldito bandolero.

—Hasta ahora —le respondió con tono seco.

Marina comprendió a la perfección su insinuación velada.

—¿Deseas saber si me he acostado con Sebastián? Entonces, ¿por qué motivo no lo preguntas de forma directa y terminamos con esto de una vez?

Brandon tragó saliva. Se moría de ganas de saberlo, pero no se lo iba a preguntar jamás porque tenía demasiado orgullo para hacerlo.

—Porque no hace falta, ¿no es cierto?

Marina sentía dolor en el corazón: un sentimiento de aflicción que era nuevo para ella, y que no se parecía a nada de lo que hubiera sentido antes. El pesar dibujó un rictus de amargura en su rostro que Brandon contempló con apatía, aunque un segundo después se arrepintió por acicatearla. Los bellos ojos de Marina se habían empañado con un velo de tristeza del cual él era el único culpable.

—Sebastián es un hombre excepcional —siseó ella con los dientes apretados en un gesto de

ira—, y nunca ha sido un rival. Acepté su proposición de matrimonio por un motivo muy importante, y que nada tiene que ver con lo que te imaginas.

Brandon la miró con dureza en sus ojos verdes. Ella ni se imaginaba las amargas sospechas que lo envenenaban cada vez que recordaba el beso de ella con el bandolero español en la hacienda «Los Encinares». Le hervía la sangre, sentía el corazón estrujado, y tenía que hacerle pagar su veleidad.

—Olvidas que me hiciste aceptar algo que despreciaba. —Marina no podía permitir que él siguiera hiriéndola con las palabras, pero siguió callada—. Te dije que lamentaría obligarme a cumplir mi reparación.

—¿Y a dónde nos lleva esta situación? —le preguntó desilusionada.

—A donde yo quiera —respondió el hombre con voz controlada.

Ella le sostuvo la mirada durante un momento largo, tenso.

—Claro como el agua, laird McGregor, pero olvidas algo muy importante: a este juego pueden jugar dos.

La amenaza lo dejó clavado a la silla, pero él no podía permitir que ella se creciera en recriminarle porque era la única culpable de la situación en la que se encontraban.

—¿Me estás amenazando? —preguntó.

Marina negó con la cabeza.

—Nunca amenazo, advierto, que es algo muy distinto —logró decir con el corazón en un puño.

Se había mostrado agresiva, ofensiva, pero le dolían terriblemente las sospechas que mantenía Brandon sobre ella y Sebastián porque era una desconfianza infundada. Ella podría acallarla con una sola declaración por su parte, pero él la había juzgado culpable, y eso era algo que Marina no pensaba olvidar. Si Brandon era un escocés arrogante, ella era una noble orgullosa, y con un valor incuestionable. Brandon paseó su mirada caliente por el cuerpo de ella que respiraba agitado en la silla frente a él. Apenas había variado la postura rígida desde que habían comenzado el desayuno hacía poco menos de una hora. Brandon suspiró, si Marina supiera lo hermosa que se veía en esa actitud retadora, podría reducir su determinación al polvo, pero no iba a permitirlo, todavía no, ella tenía que descubrir que no se podía manipular a un hombre de su talante sin pagar las consecuencias.

—Y ahora vas a comprobar la mía. —Marina no se esperaba la rapidez de respuesta de Brandon a su provocación.

Se había levantado de la silla, y la había levantado a ella al mismo tiempo. En un solo movimiento, Marina se encontró rodeada por sus fuertes brazos y atrapada en un beso que le hizo olvidar al instante el enfado que sentía. Su lengua ahondaba en su boca como si buscara un tesoro. Acariciaba los pliegues de su paladar, el interior de sus mejillas, y Marina se encontró atrapada en una vorágine de sensaciones que no controlaba, aunque tampoco le importó. Deseaba las caricias de él, sentir sus manos firmes sobre su piel ansiosa. Hacía tanto tiempo desde que le había dado el último beso, que no sabía cómo había sobrevivido hasta esa mañana.

Brandon sentía que perdía el control. La deseaba con una intensidad demoledora. Con un beso, se quedaba sin aliento. Y ella creía que la castigaba cuando el único castigado era él que no podía dormir por las noches desde que su boca la había probado y reclamado como suya.

Marina se derretía entre los brazos de Brandon, ignoraba en qué momento su mano había iniciado un lento recorrido por la parte posterior de su cuerpo hasta detenerse en la base de su nuca, para sujetarle mejor la cabeza y profundizar el beso todavía más. Había despertado sus puntos nerviosos en el deslizamiento de sus dedos por su espalda, los sentía al rojo vivo. Marina

quería más que un beso, y Brandon estaba a punto de dárselo, allí, con sus glúteos apoyados en la base de la mesa, con su pecho danzando al mismo tiempo que su lengua en el interior de ella, pero la voz de Ian desde el patio hizo que Brandon finalizase el beso, aunque no la soltó de sus brazos, no podía. Ella estaba completamente apoyada en su recio pecho, y si dejaba de sostenerla, podría caerse al suelo. Cuando la separó unos centímetros comprobó que ella mantenía los ojos cerrados, que tenía los labios hinchados, y que respiraba de forma entrecortada. Marina no pudo ver el profundo anhelo que se reflejó en los ojos de Brandon, estaban oscurecidos por un deseo insatisfecho y primitivo.

—¡Padre! —el pequeño acababa de hacer su entrada en la cocina—. Las monturas están preparadas.

Brandon la soltó al fin, que tuvo que apoyar su mano en la mesa de madera para no caerse. Se sentía como si un huracán la hubiese volteado varias veces en el vacío.

—Continuaremos esta conversación por la noche.

Marina abrió al fin los ojos y lo miró atontada. ¿Conversación? Los últimos quince minutos habían sido de un silencio lujurioso, pero no lo contradijo, hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Tras ofrecerle una mirada ardiente, Brandon e Ian desaparecieron por el hueco de la puerta. Marina seguía en estado caótico, pero con la esperanza mordiéndole el corazón. ¿Qué había querido decir con esas palabras? Marina intentó tranquilizarse. ¿Se había referido Brandon a un diálogo literal, o a algo más carnal? Se moría de ganas de que llegase la noche y comprobar qué diantres había querido decir él con esa última frase antes de salir de la cocina. Inspiró profundamente antes de alisar el corpiño de su vestido, y salió de la estancia en busca de las doncellas. Había mucho que hacer en el castillo, y cuanto antes se hiciese mejor.

## CAPÍTULO 17

El carruaje ducal subía serpenteando por el estrecho camino de montaña.

—Debimos avisar de nuestra llegada. —La voz de lady Penword era de reproche mientras miraba a su primo Diego. Violet Casandra sostenía en sus brazos al pequeño Miguel—. Es una grosería llegar sin invitación.

—Pero tú te mueres por conocer a la nueva esposa de mi cuñado, ¿no es cierto?—los ojos de Diego no sonreían a pesar del tono desenfadado.

—Ya sabes que sí, pero sigue siendo una visita inoportuna, ¡están recién casados!

—Ya hace semanas de los esponsales —apuntó la esposa de Diego con voz tímida—, y yo me muero de ganas de conocer a mi cuñada. Me siento tan feliz por mi hermano. ¿Puedes imaginarlo? ¡Brandon casado!

Lady Penword ladeó la cabeza al escucharla. Diego seguía mirando por la ventanilla del carruaje como dando por finalizada la conversación, pero ella estaba muy lejos de conformarse. Dejar a sus pequeños en Whitam Hall nada más llegar a Inglaterra, la había puesto de mal humor. Su padre se moría de ganas de tener a sus nietos tras la ausencia prolongada, pero Aurora adoraba su casa en Granada, y cada año iban de visita a España. Después, el regreso de nuevo a Inglaterra se hacía largo y muy triste. Justin cabalgaba con el primo de Diego, Lorenzo del Valle, un atractivo heredero que estaba decidido a comprobar si su hermana era feliz en las Highlands, porque de lo contrario, iba a pedir las oportunas explicaciones.

Cuando Diego le había extendido la invitación a Justin para visitar Escocia, ni se lo pensó. La noticia de la boda de Brandon los había pillado completamente por sorpresa, y todos sentían curiosidad por conocer a la bella e intrépida mujer que había logrado atraparlo. Aurora sabía que Justin no iba a desaprovechar la ocasión que le brindaba el reciente matrimonio de Brandon para acicatearlo en todos los sentidos.

—Creí que estabas cansada del largo viaje desde el reino de España, y que te apetecería estar de nuevo en tu casa en Edimburgo.

El comentario de Aurora iba dirigido a la mujer de Diego. El pequeño se había acurrucado en el regazo de su madre, y tenía los ojos cerrados.

—Tarde o temprano tenía que hacer una visita a mi hermano, ¿por qué demorarlo más tiempo del necesario?

—Al menos has podido traerte a tu pequeño —dijo Aurora con un timbre de añoranza en la voz.

—Tus niños adoran al abuelo John y al abuelo Devlin, no hubieses podido despegarlos de sus brazos ni sobornándolos.

Las palabras de Diego eran ciertas. Sus hijos adoraban Andalucía, pero amaban con locura a sus dos abuelos ingleses.

—Confío que tu prima se adapte a estas tierras mejor que yo.

Diego apartó la mirada de la campiña y los clavó el rostro de Aurora. Sus palabras lo habían dejado preocupado.

—Mi prima no es un dulce angelito pues sabe sacar las garras cuando es necesario —respondió Diego a las dos mujeres, y con un brillo misterioso en sus ojos oscuros.

—Entonces Brandon tiene lo que se merece —apuntó la esposa de pronto—, y no sabes cuánto me alegro de esa circunstancia.

—Otra mujer del sur atrapada en este frío glaciar —fue el lacónico comentario de lady



Penword.

Violet Casandra la miró asombrada.

—¿Por qué dices algo así? —preguntó interesada.

Aurora de Velasco, ahora lady Penword, resopló de una forma poco femenina.

—Que esté casada y profundamente enamorada de un inglés, ello no quiere decir que no pueda apreciar los defectos que adolecen.

—Que mi primo no te oiga —la escocesa se refería a Justin.

Y Aurora masculló en esta ocasión. Justin seguía teniendo esa vena posesiva que solía volverla loca de ira, pero que la hacía la mujer más feliz del mundo.

—¿Por qué motivo tu hermano habrá escogido a una mujer del sur para traerla a este lugar remoto? Me cuesta entenderlo, sobre todo porque yo estaba prometida desde mi nacimiento, pero Brandon no —alegó Aurora pensativa.

—Mi primo Justin diría —comenzó la escocesa—, que es por vuestro carácter endemoniado.

—No te olvides Violet de la sangre caliente que abrasa todo lo que toca, incluso el hielo inglés.

La respuesta de Diego hizo que Aurora soltara una carcajada.

—¿Y por qué te empeñas en llamar a tu esposa Violet? —le preguntó Aurora a Diego de forma directa.

—Porque es su primer nombre, y porque me gusta llamarla Violeta en la intimidad, como a ti te llama Dawn tu duque.

La esposa lo miró con ojos almibarados. Diego detestaba el nombre de Cass porque lo asociaba a la mujer que lo había seducido en el pasado. Su esposo quería olvidar lo sucedido entre ambos, y por eso la llamaba por su primer nombre.

—Justin no es duque —le reprochó Aurora.

—Anda que no te gusta a ti enfriar los ánimos ingleses —la provocó Diego.

Aurora pensó en su hermano Christopher, y lo que le gustaba desplegar su flema británica para molestarla.

—Por cierto, que existe un inglés al que me gustaría ver sometido por una española de sangre caliente —argumentó Aurora.

—¿Qué inglés? —le preguntó la escocesa.

—El pedante de mi hermano mayor —contestó—, juro que pagaría lo que fuese por verlo besar el suelo que pisa una española de armas tomar.

—Por favor, no lo digas muy fuerte. —Las palabras de Diego hicieron que ambas mujeres fijasen sus ojos en él—. O puede que se cumpla —remató.

—Christopher tiene el corazón de piedra y la sangre de limonada de vino caliente —siguió Aurora en sus trece.

La última discusión con su hermano mayor le había agotado la paciencia.

—Limonada de vino caliente —la escocesa optó por taparse la boca para ocultar la risa que pugnaba por salir de su garganta.

Diego, por el contrario, miró a Aurora con gesto resignado, no importaba el tiempo que pasase entre británicos porque su opinión sobre ellos no había cambiado ni un ápice. La misma opinión que mostraba su hermano Christopher con respecto a los españoles en general.

—¿Es cierto que el hermano de Marina obligó a mi hermano a cumplir su reparación? —esa pregunta la había formulado Violet varias veces, como si le resultase imposible de creer—. Cómo hubiese disfrutado viéndolo, ¡lo juro!

—Querida, yo lo hice por ti —respondió Diego.

Aurora sonrió abiertamente. Le resultaba imposible imaginar al bravucón escocés monopolizado por una cordobesa que no medía más de metro sesenta, según palabras de Diego. A ella le gustaba la muchacha, aunque no la conocía. Ver sometido a Brandon, bien merecía una visita a las tierras altas, aunque tuviesen que tragarse sus comentarios sarcásticos al respecto.

—¿Por qué vivir en Ruthvencastle? Es un lugar demasiado apartado de todo —preguntó Aurora extrañada.

—Eso es algo que pienso preguntarle a mi hermano cuando lo vea. Me parece inaudito que haya traído a una recién casada bajo las garras de Morgana.

—¿Morgana? —preguntó Aurora, las palabras de la esposa de Diego habían sonado duras.

—Morgana es la madre de su anterior esposa, Sophie.

Diego murmuró un juramento, ¿en qué demonios pensaba su cuñado para exponer a su prima a esa situación?

—Recuérdame que le rompa los dientes a tu hermano —fue su último comentario antes de dar un golpe para parar el carruaje—. Necesito montar para despejarme.

Ambas mujeres se miraron al unísono, pero no dijeron nada. Tras bajar Diego, el carruaje continuó su recorrido hacia las tierras altas de Escocia. Las dos se hacían muchas preguntas, y confiaban en encontrar las respuestas.

\*\*\*

Marina estaba agotada. Bregar con la terquedad de Morgana menguaba sus fuerzas por completo. No había conseguido variar el menú de la cena, y nada intimidaba a la insolente ama de llaves. Afortunadamente, Ian y Brandon seguían juntos fuera de la casa. Rose les había llevado una cesta para el almuerzo y la había dejado en el pabellón de caza. Marina había tenido tiempo de ordenar muchas cosas antes de que regresaran. Le parecía muy apropiado que padre e hijo pasaran varias horas conversando, haciéndose confidencias. El niño lo necesitaba casi tanto como respirar. Pero ella tenía que lograr que una insolente criada acatará sus órdenes de una maldita vez.

—Lady McGregor.

La voz del tío Robert paró sus pasos en el corredor superior. Marina se volvió hacia él con los brazos llenos de la ropa limpia de Ian.

—¿Puedo hacer algo por usted? —se ofreció con una sonrisa en los labios.

—Viene visita.

Los ojos de Marina se entrecerraron por la sorpresa.

—¿Visita? ¿Cómo es posible? —apenas habían pasado unas horas desde la partida del lord Beresford y de su amigo. ¿Quién más podría desear una visita a Ruthvencastle?

—Viene la hermana del laird y su esposo sassenach.

El corazón de Marina se desbocó. ¡Diego iba a Ruthvencastle!

—Vienen con un joven, dice que es su hermano. —Marina apoyó la espalda en la pared para sostenerse, y, de repente, sus ojos se cuajaron de lágrimas. Se sentía inmensa mente feliz. ¡Su hermano Lorenzo en Escocia! Por el cielo que era una noticia maravillosa.

—¿Cuándo llegarán?

—Han enviado el mensaje con uno de los criados de la posada inglesa Daggers. Es la última posada antes de cruzar la línea que separa Inglaterra de Escocia.

El alivio la inundó por completo. Después de semanas en soledad, iba a poder abrazar a su hermano Lorenzo y a su primo Diego. Marina no podía esconder tanta felicidad, pero al momento se descorazonó. ¿Cómo podía conseguir la cooperación de Morgana para que ninguno viera que

no la respetaba como señora de la casa?

—¡Morgana! —exclamó abatida.

—De ella me encargaré yo. —El tío Robert le había leído el pensamiento.

—No obedece ninguna de mis órdenes.

—Habla con las doncellas y la cocinera. Hay que mostrar a los visitantes lo hospitalarios que somos los escoceses.

Marina había abierto la boca, pero la cerró al momento. ¿Hospitalarios? El tío Robert debía de estar bromeando: no había conocido nunca gente tan introvertida y huraña.

—Hay que preparar las alcobas —continuó el hombre, pero calló al ver la confusión que mostraba ella—. Bueno, ya sabes todas esas cosas que conlleva la visita de unos familiares inesperados.

Marina estaba tan entusiasmada que poco le importaba que Morgana se transformara en un dragón. Iría alcoba por alcoba hasta encontrar las mejores, y al diablo con ella.

\*\*\*

Marina se retorció las manos con impaciencia al mismo tiempo que se paseaba de un lado a otro de la biblioteca. Ignoraba el momento exacto de la llegada de su hermano y de su primo. La nota no decía la hora concreta, pero según los cálculos del tío Robert, el aviso había llegado con cuatro horas de ventaja. Marina había tenido tiempo de elegir las dependencias para su hermano Lorenzo, y Rose le había indicado cuál era la alcoba de soltera de la hermana del laird en Ruthvencastle.

La cena había sido elegida con mimo, y sin tener que escuchar una sola queja de Morgana, que había aceptado con suma docilidad las palabras del tío Robert. El salón estaba brillante, el vestíbulo impecable, incluso ella había ayudado a encerar los muebles para que mostrasen el poco esplendor que tenían. Casi no le había quedado tiempo para arreglarse, pero había logrado adecentar su aspecto todo lo que pudo.

—El laird debería de estar aquí —protestó el anciano que se había vestido con los colores McGregor.

Marina lo miró atentamente. En su afán por ver a su hermano, se había olvidado de Brandon y de Ian, que no iban a estar presentables para la visita.

—A Ian le he preparado el atuendo que se pondrá, lo tiene ordenado a los pies de su lecho, pero ignoro qué suele ponerse el laird en estas ocasiones, desconozco tantas cosas —se lamentó.

El tío Robert se compadeció de ella.

—Si sabe lo que le conviene, se vestirá como el laird que es.

Pero Marina no pudo responder porque ambos habían escuchado los cascos de varios caballos que se detenían en la puerta de Ruthvencastle. Parecía que el corazón se le iba a salir del pecho. Estaba ansiosa por ver a su hermano, que le contase cómo estaba el padre de ambos, y cómo se había tomado la ausencia de ella.

—¡Lady McGregor! —exclamó de pronto el tío Robert—. Una auténtica dama escocesa no demuestra ansiedad ni premura. —A Marina le daba exactamente igual. Estaba tan nerviosa que apenas escuchaba—. Controla tu nerviosismo, y sujeta tus impulsos.

—Tío Robert, hace tanto que no veo a mi hermano... —pero Robert no la dejó terminar.

—Tu familia somos nosotros, ahora eres una escocesa —Marina hizo un gesto con los hombros bastante elocuente.

—McGregor o Del Valle, pienso darle la bienvenida a mi hermano a la forma española, y ello quiere decir con un abrazo muy fuerte y un aluvión de besos.

Y tras decir esas palabras, Marina salió a la carrera. Cruzó el vestíbulo principal a una velocidad increíble. Abrió el portón de entrada y fijó sus ojos en los diversos jinetes que acababan de desmontar. Buscó con anhelo a su hermano y lo vio. Caminaba directamente hacia ella al mismo tiempo que se sacaba los guantes de montar. Marina no pudo detener las lágrimas por más tiempo, comenzaron a deslizarse por sus mejillas con voluntad propia.

—¡Lorenzo! —exclamó antes de lanzarse a sus brazos.

Ambos hermanos se abrazaron con profundo cariño.

—Me voy a caer al suelo de lo guapa que estás —le dijo galante, pero ella no podía responderle porque lloraba e hipaba al mismo tiempo—. Deja de llorar, que me estás haciendo pasar un mal rato —protestó el hermano.

—¡Fartucco! —le dijo ella con dulzura en la voz.

—El primo Diego se enfadará si no le das la bienvenida a su esposa e hijo.

Marina clavó los ojos en el barón de Bidasoa, y, acto seguido, se abalanzó hacia él.

—¡Es maravilloso teneros aquí! —Diego la sujetó entre sus brazos al mismo tiempo que la besaba en la mejilla como era costumbre entre españoles.

—Ven, quiero presentarte a mi esposa —Diego la condujo por la gravilla hasta la presencia de una muchacha rubia y de rostro muy bonito—. Violet, te presento a mi prima Marina Dalila Rosa —la mencionada obsequió a Diego con un codazo cariñoso en las costillas. Detestaba que la presentaran con sus tres nombres porque le parecían pomposos.

—Encantada de conocerte al fin —fue su sencilla respuesta.

La escocesa la miraba con profundidad, pero Marina no se molestó por el escrutinio, sus ojos no estaban llenos de prejuicios como ella había esperado. Le mostraban una mirada sincera y curiosa.

—Una dama muy hermosa.

Marina desvió la mirada de su cuñada, y la dirigió hacia el hombre alto y rubio que la miraba con una sonrisa en sus labios.

—Marina, te presento a lord Penword y a su esposa Aurora —los presentó Diego.

—Llámame Justin, por favor —le dijo el noble.

—Y a mí puedes llamarme Aurora —lo imitó la esposa.

Marina contuvo una exclamación. ¿Esa muchacha esbelta y de pelo rojo era la sobrina del conde Ayllón? ¿La antigua enamorada de Diego? Llevaba en sus brazos a un niño dormido, Marina supuso que sería su hijo.

—Me alegro mucho de conocerla al fin —las palabras de Aurora contenían un timbre de voz cálido.

—Estoy encantada de vuestra visita, por favor, acompañadme, os servirán un té frío y limonada de vino, así podréis refrescar vuestras gargantas tras el largo viaje.

Lorenzo pasó su brazo por los hombros de Marina, que apoyó la cabeza en él. Se sentía realmente bien.

—Me resisto a creer que ese insolente primo mío no haya salido a recibirnos.

La queja de Justin estaba justificada. Marina se volvió al momento.

—Brandon no sabe que tenemos visita. Se marchó a cabalgar con Ian hace unas horas, aunque espero que no se retrasen mucho.

Marina los condujo al interior de la casa donde esperaba el tío Robert para saludarlos. Ella seguía abrazada a la cintura de su hermano Lorenzo.

\*\*\*

El pequeño Ian estaba agotado pero feliz, y Brandon lamentó de veras el tiempo que había pasado lejos de su hijo. Cuando ambos llegaron a las caballerizas, vieron el enorme jaleo que había porque varias monturas aguardaban su turno para ser cepilladas. Contempló con resignación los ocho baúles que estaban amontonados en las escalinatas de entrada al castillo, como si los hubiesen dejado expresamente para él. Brandon reconoció el carruaje con el escudo ducal de los Penword, y supo que su primo Justin estaba en Ruthvencastle. ¡Maldita fuera! Ahora que había decidido tener a Marina solo para él en los siguientes días, la llegada de una visita inesperada iba a llenarlo todavía más de frustración. Aún le quemaba en los labios el beso que habían compartido esa mañana. Estaba tan deseoso de encontrarla a solas y darse un festín con ella, que maldijo la llegada inoportuna de Justin. Esperaba con todas sus fuerzas que fuera una visita corta pues lo último que necesitaba eran sus bromas continuas sobre su matrimonio repentino, y con una española.

—¡El primo Justin, padre! —exclamó Ian con ojos llenos de deleite. Brandon lo ayudo a desmontar de la yegua. Cuando el niño puso sus pies en el suelo, lanzó un breve gemido—. Mañana me dolerán las posaderas un montón.

—Había olvidado que no cabalga desde hace tiempo.

—¡Es precioso! —los ojos de Ian habían descubierto el semental de Marina, el brioso animal estaba bastante nervioso y separado del resto. El mozo de cuadra estaba terminando de cepillarlo.

—Es Carbón —le dijo al pequeño, pero Ian negó.

—Su nombre es Cabrón, me lo dijo Marina.

Las cejas de Brandon se alzaron con un interrogante. ¿Por qué Marina le había hablado a Ian sobre su semental y su nombre tan particular? Desde donde estaban ellos se podían escuchar las risas que salían del gran salón.

—Parece que se divierten —dijo el pequeño con una sonrisa.

Era lo último que deseaba Brandon, una visita.

—Entraremos por el jardín trasero para cambiarnos, no querrás que nuestros invitados vean que estamos hechos un desastre, ¿verdad?

Ian asintió con el cuerpo erguido y la mirada solemne.

—¿Me pongo el tartán? —Brandon negó con la cabeza.

—No será necesario, recuerda que son nuestros primos ingleses, dejemos el tartán para cuando visitemos al consejo en Beinn Dearg.

Ian cogió la mano que su padre le ofrecía sin dejar de mirarlo. Era algo inusual que el laird de Ruthvencastle lo tratara con afecto, y que hubiese dedicado todo un día para estar con él. Ian no supo por qué, pero intuyó que era gracias a la presencia de Marina, y se sintió interiormente agradecido por su llegada a la vida de ambos.

\*\*\*

Los ojos de Marina se desviaban continuamente hacia la puerta que daba acceso al vestíbulo. Brandon e Ian se retrasaban más de lo normal. Ella no había escuchado las monturas a pesar de que prestaba atención a los ruidos del exterior. Se llevó la copa de limonada de vino a los labios y bebió un sorbo corto. El ambiente en el salón era festivo pues los primos de Brandon, Justin y Aurora se acicateaban de continuo para deleite de los que observaban. Diego se mantenía callado, sobre todo porque no dominaba mucho el gaélico a pesar de que su esposa lo instruía. Lorenzo estaba en el baño de la planta superior refrescándose, pero tardaba más de lo esperado. El pequeño que había estado sosteniendo Aurora era el hijo de Diego, y Marina lo miraba con interés y curiosidad. El niño tenía el mismo color de pelo que su padre, pero los ojos eran de un verde

que sobrecogía. El niño sabía que era el centro de atención y reía con júbilo ante las bromas que le hacía la madre.

—Es el primito más pequeño que tengo —le dijo Marina a la madre—. Y es tan guapo.

—Como su padre —respondió la madre ufana—, y es la alegría de mi vida.

Lorenzo acababa de entrar por la puerta y se dirigía directamente hacia ella. Marina le sonrió con cariño al mismo tiempo que le ofrecía una copa.

—Me parece inaudito beber limonada de vino en un lugar tan lejano como Escocia —apuntó Lorenzo aceptando la copa que su hermana le ofrecía.

—Lo que es inaudito, es verte aquí en Ruthvencastle —susurró ella. Lorenzo al oírla mencionar el nombre del castillo, frunció el ceño sin percatarse.

—Por cierto, que no era lo que esperaba.

¿Había decepción en su voz?

—No se parece a Zambra, ¿verdad? —la pregunta no requería respuesta.

—Ningún palacio puede parecerse a Zambra —contestó Lorenzo.

Marina se quedó durante un momento pensativa, evocando el hermoso palacio en el que había crecido, y al que había despreciado durante tanto tiempo por considerarlo una prisión.

—¿Cómo está padre? —le preguntó a su hermano con un hilo de voz.

Lorenzo soltó un suspiro largo.

—Regresó a Zambra hace una semana, pero ha cambiado mucho, es como si hubiera envejecido veinte años en unas pocas semanas —el corazón de Marina sufrió un sobresalto—. ¿Sabías que padre conoce de oídas estas tierras?

La hermana lo miró asombrada.

—¿Cómo puede conocerlas?

—Tras tu marcha me reveló algo increíble, que se hizo amigo de un escocés que luchó junto a él contra Napoleón —Marina no podía creerlo—. Resulta que ese escocés, al servicio del ejército británico, estuvo bajo el mando de Sir John Moore, y más tarde con Arthur Wellesley.

—¿Cómo es posible?

—Me contó padre que nació en Stirling, y que bajo los disparos de las bayonetas y los cañones de Napoleón, se hicieron amigos.

—¿Por qué nunca nos mencionó nada? —Lorenzo hizo un encogimiento de hombros—. Estoy tan lejos, hermano, jamás podía haberme imaginado lo sola que me iba a sentir en estas tierras.

—Pero es hermosa, Marina, y no pienso juzgarla sin conocerla —admitió Lorenzo con ojos sagaces.

Marina soltó un suspiro largo.

—Estamos a finales de octubre y hace un frío espantoso. Apenas puedo dormir por las noches de lo helada que me despierto.

Lorenzo la miró con burla.

—Me cuesta creerlo con ese gigante que tienes por esposo. —Durante unos momentos, Marina había olvidado que su hermano desconocía que ella no dormía con Brandon.

Tragó saliva y cambió de tema.

—¿Cómo está Sebastián?

—Podrás preguntárselo tú misma, pues llegará en unos días. —Marina iba a decir algo, pero no se encontraba la voz—. Diego lo invitó a su casa de Edimburgo, han iniciado negocios juntos, y quiere llevarse algunas yeguas robustas de las cuadras de nuestro primo. Ambos regresarán en un par de semanas a Córdoba.

—¿Sebastián en Escocia! —exclamó ella—. Ahora solo falta padre.

—Yo no contaría con eso. Padre está demasiado dolido por tu decisión. Tienes que dejar que pase el tiempo, y verás que todo se resuelve.

Un velo de tristeza opacó el brillo de los ojos de Marina.

—Un hombre no puede tener paz ni en su propia casa.

La voz profunda de Brandon reverberó en el salón, y todos los rostros se dirigieron hacia él. Estaba parado en el umbral de la puerta de entrada. Ian estaba a su lado.

Marina pudo comprobar que el pequeño se había aseado y que vestía la ropa que ella le había dejado preparada en su alcoba. Antes de que Brandon pudiese iniciar el recorrido hasta donde estaba ella de pie, Justin lo interceptó.

—Yo también me alegro de verte —Justin tenía una actitud burlona al mirar a Brandon que no apartaba sus ojos de ella—. Y como siempre, haciendo gala de tu dulce carácter —Justin obtuvo por parte de Brandon un gruñido, pero ambos hombres se saludaron de forma emotiva.

Cuando pudo soltarse al fin de la mano del marqués de Greenthorn, Brandon caminó hacia su hermana. Brandon se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—Me alegro de verte bien, y lamento no haberte esperado.

En esas palabras había resumido meses sin ver a su única hermana.

—La vida te trata bien, hermano, a pesar de tus tropiezos.

A Brandon le extrañaron las enigmáticas palabras de su hermana, pero no le preguntó el motivo para decírselas, se moría de ganas de darle a su esposa el saludo de bienvenida. Cuando la alcanzó, Marina tensó la espalda y le ofreció la mejilla, pero Brandon tenía otras intenciones, la sujetó por la cintura y le dio un beso en la boca que hizo que las piernas de ella se tambaleasen. Cuando la soltó, Marina no supo dónde agarrarse para no caer al suelo. La actuación de Brandon había sido inesperada, y se preguntó el motivo. Aunque cuando escuchó el suspiro de su hermano, comprendió que Brandon les había dado a las visitas aquello que estaban esperando. Brandon no la había besado porque lo deseara, sino para acallar cualquier sospecha. La mano de Ian había cogido la suya como cada noche antes de iniciar el recorrido hacia el comedor.

—Si nos has preparado *haggis*, juró que me marcharé de tu casa.

La voz de Justin hizo que Brandon se girara hacia él.

—Qué más quisiera yo.

—No hay por qué preocuparse —medio Marina—, se ha preparado asado de cordero para la cena.

El tío Robert fijó sus penetrantes ojos en ella.

—¿Qué tienen de malo nuestros *haggis*?

—No se preocupe, tío Robert —le dijo Violet—, ya sabe lo que les gusta picarse a esos dos, daría igual que fuese por comida, por sementales, o con el mismo Diablo.

Marina no estaba acostumbrada a ver miradas de advertencia tan seguidas, y las que se lanzaban Justin y Brandon quemaban.

—He visto a Cabrón —le dijo de pronto Ian en voz baja.

Marina lo observó con una sonrisa.

—Eres un chico afortunado, porque yo no lo he visto todavía, aunque me encuentro impaciente —respondió feliz.

—Es el caballo más hermoso que he visto nunca —reveló el niño con adoración.

—Verás cuando lo montes, parecerá que vuelas —le prometió ella.

—¿Podré montarlo? —preguntó completamente atónito.

—Por supuesto, a Cabrón le encanta el ejercicio diario.

Los ojos de Ian eran de pura dicha al escucharla.

—Bueno, ¿nos vas a alimentar o no? Estoy famélico. —Marina inspiró al escuchar el tono perentorio del primo de Brandon, aunque la sonrisa de sus labios desmentía su posible enfado.

—En el momento lady McGregor lo crea oportuno —Marina miró a Brandon y parpadeó confusa—. Ni un minuto antes.

—Pasemos entonces al comedor, la cena está lista desde hace un buen rato.

La velada podía ser un éxito, o un desastre.



## CAPÍTULO 18

Tras la cena y los licores, todos los invitados se habían marchado a sus respectivas alcobas. El cansancio se había hecho notar en el preciso momento que se sirvieron los postres. Lorenzo deseaba una conversación larga con su hermana, y Marina le había prometido que podrían hablar sin interrupciones cuando todos durmieran. Ella necesitaba contarle muchas cosas, y su hermano representaba el salvavidas en la tormenta de sus dudas. No pensaba ser infiel en palabras a su esposo con respecto a su indiferencia con ella, porque ante todo era una mujer que sabía cuál era su lugar, y su hermano no se merecía sufrir por ella de forma innecesaria conociendo lo infeliz que era en las Tierras Altas.

Cuando Marina salía de la alcoba de Ian para encontrarse con Lorenzo, se dio de bruces con su deseo más escondido y su enfado más floreciente: Brandon. Pero cuando iba a lanzar una protesta por el susto que le había dado, sintió su lengua en el interior de su boca; se adueñaba de su voluntad sin permitirle un respiro. La espalda de Marina había quedado aprisionada contra la pared del corredor. Brandon era un hombre fuerte y grande, la mantenía suspendida en el aire sin apenas esfuerzo mientras se daba un festín con su boca. Ajustó sus caderas a las de ella para liberar una mano y acariciarla. Marina sintió vértigo cuando la palma caliente se posó en su pecho con posesividad. Lo sintió jugar con su pezón hasta que lo tornó duro como un garbanzo, pero no podía pensar con claridad, su lengua la enloquecía de una forma vergonzosa.

¡Quería más! Pero, ¿por qué motivo la besaba en ese momento clandestino? Cuando Brandon la oyó gemir de forma apasionada, separó sus labios ardientes de la boca de ella. Si continuaba, iba a terminar tomándola allí mismo en el corredor. ¡Y la maldita casa estaba llena de invitados! Se tomó unos instantes para recuperar el control.

—No te he dado las gracias por cuidar de Ian. —Marina inspiró sin saber qué responderle—. Nunca lo he visto tan comunicativo, ni tan sonriente.

Marina podía esperarse cualquier cosa menos esas palabras de agradecimiento. Aunque la mente de ella seguía evocando el beso abrasador que había recibido sin esperarlo.

—Sobre Ian quería hablarte, pero no en este momento —le dijo.

Brandon fue plenamente consciente del tono de urgencia en la voz de Marina, de modo que la dejó en el suelo para que se explicase.

—¿Por qué? —le preguntó con voz controlada pero impaciente.

—He quedado con mi hermano en la biblioteca para conversar. Tiene mucho que contarme. Hace semanas que no sé nada sobre mi padre, y me consume la impaciencia.

Brandon la miró estupefacto. Ella no podía hablar en serio. Precisamente esa noche en la que había decidido hacerle el amor, quería estar con su hermano.

—Lorenzo comprenderá —le dijo él, pero Marina no había entendido el significado de la frase, porque comenzó a caminar rumbo a las escaleras—. Por las runas de Bruce, ¿dónde crees que vas? —la pregunta sonó como un disparo en la noche. Ella giró un tercio de su cuerpo hacia él. ¿Por qué estaba tan enfadado?

—Ya te he mencionado el motivo, Lorenzo me espera.

—Tu esposo también —la espalda de Marina se tensó por la sorpresa—. Y de los dos, yo soy el más importante.

No fue su tono arrogante, fueron sus palabras prepotentes las que hicieron que ella se enervara. La había dejado durante semanas y sola en una casa donde no se la respetaba como señora, ni como esposa, ¿y ahora se creía con el derecho de buscarla y ordenarle? ¡Ella no era

ningún pañuelo de quita y pon!

—Me dejaste muy claro dónde estaban tus prioridades, y esta noche, laird, pienso dejarte claro dónde tengo las mías, y desde luego no en retozar con un bruto insensible al que le importó muy poco mantenerme en la ignorancia con respecto a su marcha, en una casa extraña, y con gente que me desprecia.

—¿Retozar? —preguntó él, y Marina se preguntó si se estaría burlando de ella. ¿De todo lo que le había dicho solo había entendido esa palabra?

—Solazarse, amancebarse, me da igual el verbo o el término —le dijo con voz seca.

—Pero esta noche quiero reclamarte —le dijo él, y, Marina, contra todo pronóstico, rompió a reír.

Brandon se dio perfecta cuenta que la risa de ella era de ironía mezclada con decepción.

—Mis lienzos mensuales aún no han sido utilizados —le replicó para molestarlo. Aún le escocía en su ser femenino que le hubiese pedido a la bruja de Ruthvencastle y a las doncellas que vigilasen sus lienzos mensuales.

El corazón de Brandon parecía que iba a salirse del pecho. Sus pupilas brillaron con un peligro del que ella no se percató.

—No pensaba dejarte mi simiente. —Ella no lo comprendía—. No habrá ninguna duda de si estás preñada de otro. Para tu información, existen medios que evitan embarazos.

Los ojos de Marina se abrieron de par en par en la oscuridad de la noche. ¿No dejarle su simiente? ¿Cómo? Marina sabía que la mujer tenía que acoger en sus entrañas la simiente masculina para engendrar hijos, era el mandato de Dios y el principal motivo entre los matrimonios cristianos, entonces ¿cómo pensaba él ir contra de las leyes divinas sobre la concepción? Se dio perfecta cuenta de que era una completa ignorante con respecto a las relaciones sexuales entre un hombre y una mujer.

Tragó con fuerza. Él la había herido profundamente con su desconfianza, y ella iba a pagarle con la misma moneda, iba a darle algo en lo que pensar hasta que se diese cuenta de lo estúpida que era su actitud. ¡Pretendía acostarse con ella y no dejarle su simiente! ¡Convertirla en una pecadora a los ojos de Dios! Algo así se hacía con las rameras, no con las esposas.

—¿Sería un medio infalible? —le preguntó con los dientes apretados. Brandon negó con la cabeza sin dejar de mirarla.

—Nada hay seguro en esta vida salvo la muerte.

Marina meditó esa respuesta.

—Entonces yo nunca sabría con certeza quién sería el padre de mi hijo, ¿no es cierto? Si estuviera...

Brandon había apretado tanto los dientes que pensó que iba a partírselos. Ella acababa de admitir que había mantenido relaciones íntimas con Sebastián, y los celos le dieron mordiscos en las entrañas. Le perforaron los tímpanos de tal forma que solo podía escuchar un silbido dentro de su cabeza.

¡Al fin lo había admitido! ¿Y por qué diablos le dolía tanto esa confirmación por su parte? Brandon siempre lo había sospechado, sus prisas por aceptar a Sebastián a pesar de conocer sus sentimientos por ella la delataban. Había jugado con él, se había entregado a otro. ¡Sentía deseos de matarla!

Marina había llegado muy lejos con sus palabras, cierto, y, aunque los ojos de Brandon rezumaban venganza, ella no pensaba retirarlas, no cuando se sentía tan dolida con él y su actitud. Había sufrido lo indecible pensando en él y en su abandono, en su juego del gato y el ratón. En su desprecio a su condición femenina para querer usarla como prostituta y no como esposa.

Brandon inspiró con fuerza.

—Si lo estuvieras, no permitiría que se quedara en Ruthvencastle. Lo enviaría con el ladrón de su padre.

Marina había dejado de respirar. Lo que él estaba insinuando con sus palabras era monstruoso. Deseó atizarlo verbalmente todavía más.

—Entonces, yo tampoco me quedaría.

Brandon separó un paso de ella, y le sonrió de forma vengativa. Ambos estaban cada vez más enojados, removían el fuego del rencor con palabras hirientes.

—Nunca saldrás de Escocia, y mis palabras no son en vano.

Marina creyó que debía tratarse de un mal sueño. Esa actitud por parte de él parecía una amenaza de muerte, pero, ella no estaba encinta. ¿Y por qué maldita razón no lo admitía de una vez? Por orgullo, porque ella le había mostrado los profundos sentimientos que albergaba hacia él, y Brandon le correspondía con negra desconfianza. ¿Por qué? Ella nunca le había ofrecido motivos para dudar. Sebastián se había portado siempre como un caballero, incluso cuando ella le pidió un beso para provocarlo. Fue pensar en el beso, y soltar el aire de pronto. Ahora creía entender.

—¿Todo este sinsentido por un beso de Sebastián? —Marina escuchó perfectamente el rechinar de los dientes de Brandon—. Olvidas, laird, que a ti te correspondí con muchos más de los que mereces. —Él seguía con el mentón apretado, y ella lo miró con inmensa tristeza en sus ojos castaños—. Pero no voy a decirte el lugar en el que quedaron los tuyos, no soy tan desagradable.

Marina había subido el tono de voz, pero a Brandon le importaba bien poco que se despertase, todos. Sentía unas ganas locas de estrangularla. Marina seguía defendiendo a un hombre que él detestaba con toda su alma. Y entonces sus manos adquirieron vida propia y la sujetaron de los hombros con fuerza para comenzar arrastrarla por el corredor en dirección a su alcoba.

—Has llegado demasiado lejos, lady McGregor. Esta noche vas a hacer honor a ese título que llevas, y que no te has ganado todavía.

La voz de él había sonado tan fría como el hielo, y Marina sintió miedo por primera vez. Lo había atizado verbalmente de forma encarnizada, pero lo había hecho herida por su actitud; pensó que Brandon se merecía la venganza de sus palabras, pero ahora no estaba tan segura. Tenía que recular en su postura, y decidió ofrecerle una disculpa.

—Lo lamento, de veras, no pretendía mostrarme tan grosera —trató de justificarse.

—Ya lo creó que querías señora vengativa, y hoy vas a descubrir lo que hacemos los escoceses con las mujeres que se muestran rebeldes e insolentes con sus señores. —Brandon la seguía arrastrando por el corredor. Ella trataba de frenar el avance con sus pies, pero tropezaba con el ruedo de su falda. La fuerza de Brandon era demasiada, y Marina supo, de forma instintiva, que podía hacerle mucho daño físico si se lo proponía. Acababan de alcanzar el hueco de la escalera cuando los detuvo la voz de Lorenzo.

—¡Marina! ¿Eres tú? ¿Qué te entretiene tanto? —la voz de su hermano les llegó a ambos desde el vestíbulo. Estaba parado en el primer escalón de subida hacia la planta superior—. ¿Te encuentras bien?

Marina pensó que su hermano Lorenzo había acudía en su rescate una vez más, aunque lo ignorase. Brandon soltó el brazo de ella, y la miró con ojos cargados de reproches.

—Tienes quince minutos para hablar y despedirte, estaré esperándote en mis aposentos. — Marina asintió con la cabeza. Ese breve lapsus le caía como agua de mayo, el esposo podría

tranquilizarse durante ese tiempo—. Ay de ti, lady McGregor, si osas desobedecerme.

Pero ella no pensaba hacerlo. Acababa de descubrir que no tenía sentido mantener esa postura belicosa. Iba a ser franca con él de una vez por todas, aunque su esposo decidiera desayunar su corazón por la mañana.

Brandon se quedó mirando mientras Marina bajaba por las escaleras. Cuando su silueta se perdió de su vista acompañada por su hermano, apoyó la mano en la barandilla, y se permitió respirar de forma profunda. El duelo verbal que habían mantenido lo había dejado tembloroso y lleno de recelo, pero esa noche iba a quedar muy claro que era él quien tenía derechos sobre ella, ¡no el maldito Sebastián! Tenía que haberlo dejado claro desde el principio, y ella iba aceptarlo, aunque fuese por las malas. Brandon rumió su cólera; no le enfurecería que ella se hubiese entregado a un regimiento de soldados borrachos, a una horda de ladrones pendencieros, pero le provocaba una ira indescriptible que se hubiese entregado a Sebastián, porque ello quería decir que sentía algo muy profundo por él, lo había visto en sus ojos en varias ocasiones, y él no podía sujetar los celos que sentía. Por eso iba a atajar por el camino más corto. Pensaba atarla a su cama y marcarla de tal forma que la sombra de Sebastián no iba a oscilar sobre ellos como un péndulo afilado. Tenía que haberla hecho suya en el mismo momento que le ofreció el sí quiero, pero esa noche iba a remediar su descuido de una vez por todas.

Cuando se giró con esa determinación, sus ojos verdes se toparon con la silueta de Diego que estaba apoyado en el marco de madera de la entrada de su alcoba. Brandon ignoraba cuánto habría escuchado, pero no le importó. Avanzó tres pasos hacia su dormitorio, y, cuando alcanzó el lugar donde estaba su cuñado, lo pararon sus palabras frías.

—Si le haces daño, juro por Dios que te mato. —La amenaza había sido ofrecida en voz baja, y Brandon tomó el guante simbólico que le había lanzado su cuñado con la ofensa de sus palabras.

—Recuerda que estás bajo mi techo. Es la última vez que te entrometes en mis asuntos privados —le dijo con tono áspero.

—Esos asuntos privados incluyen a un familiar mío muy querido, no lo olvides.

Brandon cruzó los brazos al pecho y redujo sus ojos a dos líneas peligrosas. Estaba plantado de pie delante de su cuñado sin bajar la vista.

—Suelo tomarme las amenazas muy en serio —le respondió con voz como el granito—. Aunque provenga del esposo de mi hermana.

—Y, yo, mis responsabilidades familiares.

—Entonces no hay nada más que decir —respondió con acritud.

—Le prometí a mi tío Álvaro que cuidaría de su única hija, y con mi sangre si fuese necesario.

—Jamás le haría daño a Marina —cortó Brandon de forma brusca—. No pego a mujeres, aunque lo merezcan, si es a eso a lo que te refieres.

—Espero que hagas honor a tu palabra. —Pero Diego no le permitió que dijera nada más. Se había dado la vuelta, y había entrado al dormitorio.

Brandon pensó que su cuñado le había dado con la puerta en las narices, pero su enfado había menguado lo suficiente para reconocer que se había mostrado excesivamente duro con Marina. Se había portado como un bruto insensible, y no hablaba en serio al sugerir que arrancaría de su seno a su hijo nacido. Pero sentía tantas ganas de desquitarse que no había medido sus palabras. Brandon entró en su alcoba, y se dispuso a esperar el regreso de su ella.

\*\*\*

Marina le había prometido a su hermano que al día siguiente iban a hablar largo y tendido. Le había costado horrores convencerlo de que no sucedía nada malo ni extraño en su vida con el escocés, pero Lorenzo seguía teniendo amplias y justificadas dudas. Ella le había ofrecido cabalgar a primera hora de la mañana para que nadie los interrumpiera, y Lorenzo había aceptado. Ahora, mientras subía los escalones hacia la alcoba de Brandon, sopesaba seriamente la posibilidad de esconderse, pero eso solo supondría prolongar la agonía de un encuentro que era necesario. La hora de la verdad llegaba siempre por mucho que uno intentase demorar lo inevitable. Cuando llegó al último escalón, inspiró para infundirse ánimos. Tenía que pagar su insolencia, y aunque desconocía el castigo que tenía preparado Brandon para ella, sabía que se lo merecía, se había mostrado como una inmadura y pérfida mujer, nada justificaba mantener una mentira tan grave como la que mantenía ella sobre una posible relación con Sebastián. No obstante, ¿no se daba cuenta él de cómo se agitaba su pecho cada vez que lo miraba? ¿No se percataba del rubor que cubría sus mejillas al verse descubierta pensando en él? ¿No veía en su rostro lo mucho que lo amaba? Marina había llegado a la puerta cerrada. Suspiró de forma queda, y accionó el picaporte. La habitación estaba tenuemente iluminada. Brandon se encontraba sentado en un enorme sillón de piel, y sostenía en su mano derecha una copa, imaginó que de whisky escocés. Se había cambiado la ropa, y la había sustituido por una bata de color burdeos que le llegaba hasta los tobillos. ¿Cómo iban a tener una conversación si él estaba desnudo bajo la tela? La bata estaba abierta hasta la mitad de su pecho. Marina distinguía a la perfección la uve de piel dorada, y los rizos ensortijados de su torso duro. Tuvo que hacer un esfuerzo para avanzar. Él la miraba con sus penetrantes ojos verdes sin moverse del sitio, y le hizo tragar saliva de forma forzosa.

—Vengo a ofrecerte una disculpa —comenzó ella con voz indecisa.

—No —le respondió él con voz controlada—. Vienes a recibir el castigo que te mereces por tu insolencia.

—Ambos nos hemos mostrado ofensivos e insultantes —le contestó vacilante.

Marina no se movía, parecía que estaba clavada en el suelo de la alcoba con los clavos de la prudencia.

—Acércate —le sugirió él, pero ella negó con la cabeza.

—No, antes debo decirte algo importante que terminará con esta sin razón.

—Desde esa distancia en la que te mantienes, tendrás que gritar para que te oiga, y estoy convencido de que no querrás más interrupciones. —Marina sabía que Brandon tenía razón. Si no quería alzar la voz, iba a tener que acercarse. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Sería un detalle de buena disposición por parte de ambos si diésemos un paso hacia adelante al mismo tiempo. —Brandon comenzó a sonreír con esa sonrisa que la desarmaba, la que comenzaba en la comisura derecha de su labio superior para luego extenderse por toda su boca.

Brandon dejó la copa sobre una mesilla y extendió una de sus largas piernas para levantarse. Al hacerlo, la tela de su bata se abrió casi hasta el comienzo de su cintura, Marina pudo ver de forma clara uno de sus muslos duros y bien torneados que estaba cubierto de vello rubio. Le costaba respirar, él, no se daba cuenta del caos emocional que le creaba en esos momentos, y, lo más irritante, ella no le producía el mismo motín apasionado.

Los dos dieron un paso al mismo tiempo. La altura de Brandon la intimidaba. Se veía demasiado astuto y peligroso.

—No voy a hacerte daño —le dijo Brandon sin que sus labios abandonasen la sonrisa.

—Yo tampoco. —Se sorprendió por su respuesta, aunque ella no se había percatado de lo

absurda que había sonado—. Verbalmente —terminó.

Brandon hizo un gesto con la cabeza, y dio un paso hacia ella, que retrocedió dos.

—Lamento las palabras que dije antes. —La disculpa de Brandon le supo a ella como miel tibia en su garganta—. Resulta muy duro sentirse apuñalado por los celos. Es una experiencia nueva para mí.

Con esa sencilla frase se había ganado la batalla de la confianza. Actuaba así porque estaba celoso. Marina fue acercándose de forma lenta pero imparable.

—Y yo lamento haberlos atizado en represalia.

—¿Querías vengarte? —le preguntó; ella lo admitió con un gesto casi imperceptible.

—Lo que me haces sentir no se puede reducir a esa palabra —contestó suave.

—¿Te enfurezco? —inquirió el escocés.

Marina apretó los labios porque la sonrisa de Brandon crecía por momentos.

—Hasta los cinco sentidos. Me haces sentir tan furiosa que tengo deseos de estrangularte.

—Tú me haces hervir la sangre, siento unas ganas locas de desquitarme, y ya sabes que no soy un hombre paciente. Aunque conozco la fórmula para desahogar esta frustración que nos embarga.

—¿Frustración?

—Me marché nada más llegar a Ruthvencastle porque no podía soportar estar cerca de ti sin tocarte.

—Creí que era otro el motivo.

—¿Sabes lo del mensaje? —ella asintió—. Podía hacérselo llegar a lord Beresford de muchas formas, aunque admito que sentía urgencia por llevarlo en persona, pero tenía la mente tan enmarañada que me sentía incapaz de pensar con coherencia. —Marina suspiró—. Eres la única mujer que me hace perder los estribos con solo mirarte, y no soy capaz de entender el motivo.

Marina estaba a unos pocos centímetros del cuerpo de Brandon. Podía oler su aroma varonil, perderse en el brillo de sus pupilas.

—Quiero que sepas... —comenzó ella, pero él la interrumpió.

—Se acabaron las palabras, es hora de pasar a la acción.

Los brazos de Brandon fueron como garras, la sujetaron con fuerza, aunque sin lastimarla.

—¡No! —exclamó—. Aún no hemos terminado de aclarar este malentendido.

—Después, mi Rosa cordobesa, ahora no puedo mantener más tiempo mi boca separada de ti. Si no comienzo a beber de tus labios, voy a caer desfallecido.

—Pero Brandon... —a Marina le fue imposible continuar porque la boca de él capturó la suya en un beso intenso.

Los labios de ella eran deliciosamente suaves y dóciles. Brandon sintió que el deseo reprimido por tanto tiempo invadía su cuerpo causándole un espasmo. Sujetó el pelo sedoso que seguía sujeto por las horquillas, y, con dedos diestros, comenzó a soltar los mechones y a enredarlos entre sus dedos. Marina lanzó un gemido por el placer que sentía. Nunca nadie le había acariciado la cabeza con esos movimientos eróticos. Sintió la lengua de Brandon cerca de su garganta, el contacto de sus dientes contra su piel hizo que diera un respingo de sorpresa, y se agarró a las solapas de la bata para no caer al suelo. Brandon comenzaba a perderse, su aroma penetraba por los orificios de su nariz, y le enturbiaba los sentidos. Intentaba mantener el control de la situación, pero Marina le respondía con una candidez que lo sobrecogía.

Ella percibió a duras penas que Brandon se abría camino entre su ropa. Las yemas de sus dedos habían alcanzado su piel por el escote. Ignoraba a dónde habría ido a parar el pañuelo de seda que lo cubría, pero le fue dejando un río de lava por cada porción de piel que tocaba. Se

escuchó un gemido, y ella no supo que había salido de su garganta. Brandon había comenzado a mordisquearle el lóbulo de la oreja.

—¿Qué me haces? —logró preguntarle con un balbuceo.

—Prepararte —respondió mientras deslizaba la lengua por el cuello de satén de ella. Marina arqueó la cabeza hacia atrás para permitirle un mejor acceso. Brandon había liberado sus hombros del vestido que caía hacia su cintura completamente abierto. Dio un paso hacia atrás para mirarla con un ardor que le consumía—. Deslízatelo, como aquella vez en los jardines de Zambra.

¡Ella no iba a hacer tal cosa! Pero comenzó a deslizar el vestido por sus caderas...

## CAPÍTULO 19

El suave tejido fue descendiendo por sus caderas con un siseo, solo le quedó puesta la camisola transparente. Marina sentía vergüenza de quedarse prácticamente desnuda delante de él, pero Brandon no dijo nada al contemplarla. Sus ojos mostraban un deseo que la incomodó. Soltó el nudo del cinturón de su bata, y quedó delante de ella completamente en cueros. Marina parpadeó varias veces, y emitió un jadeo de sorpresa. El laird de Ruthvencastle no se andaba con rodeos. Siempre había sentido curiosidad por saber cómo serían las partes masculinas, y, ahora que las veía, no podía creerlo. ¡Era inconcebible que esa parte de su anatomía pudiese entrar dentro de ella! El órgano sexual de Brandon era demasiado grande, demasiado duro, demasiado de todo. Resultaba evidente que él estaba muy excitado, pero Marina sintió miedo; si la empalaba, podría matarla.

Carraspeó para aclararse la voz, pero no podía apartar sus ojos del miembro amenazador.

—No te haré daño —le dijo él. A Marina le pareció la mentira más descarada que había escuchado nunca. Subió sus ojos oscuros hasta el rostro de él, y vio la sonrisa complaciente en sus labios, le pareció diabólica—. Te lo haría si fuese la primera vez, pero no tienes nada que temer.

Marina abrió la boca para tomar aire. Así que el muy canalla seguía creyendo que no era virgen. Claro que lo creía, no le había permitido sacarlo de su error.

—Vas a disfrutar, mi Rosa cordobesa, tienes mi palabra.

Marina trató de armarse de valor, pero las piernas le flaqueaban. Sabía que tenía que pasar por ese trance como todas las mujeres casadas desde que el mundo era mundo, pero no estaba preparada. Cuando había visto el enorme y grueso miembro de Brandon, supo que no era tan valiente como había creído.

—No pensé que verme desnudo te impactaría tanto. —Ella pensó que se había quedado corto. Un solo vistazo a su anatomía, y el deseo que la quemaba por dentro había sido sustituido por un frío glacial. No estaba impactada, estaba aterrorizada—. Pero sé que no eres una mujer cobarde.

Marina bajó los ojos hasta el vértice de sus largas piernas. Brandon era como un dios dorado. El rubio de su pelo ayudaba a dar esa impresión. Él, percibió el escrutinio de ella por su cuerpo, y su estómago dio un salto en el vacío. No podía esperar más. Estaba allí plantado delante de ella como su madre lo trajo al mundo, y ella lo recorría con sus ojos curiosos de arriba abajo sin emitir palabra alguna. Veía su silueta de sirena bajo la transparencia de la fina gasa, y no sabía cómo se contenía para no tomarla en brazos y llevarla hasta el lecho. Pero su paciencia se estaba agotando.

—Ahora quiero verte yo. Tocarte, pero no con los ojos como has hecho tú sino con las manos, con mi lengua. Pienso beberme hasta la última gota de tu esencia.

Brandon le deslizó la camisola por el cuerpo y la dejó tendida bajo los pies de ella. La sujetó por los hombros y la arrastró hacia el lecho mientras la besaba, pero Marina estaba comenzando a asustarse de verdad. Él, al comprobar el nerviosismo de ella, trató de tranquilizarla.

—De veras que no tienes de qué preocuparte, otras han sobrevivido a un encuentro conmigo, y no han ofrecido una queja después.

A Marina le pareció un mal chiste que él bromeara con algo así.

—Justamente las palabras que desea escuchar toda mujer casada en su primera noche con su esposo.



Brandon lamentó su impulso. La espalda de Marina había tocado el lecho, pero su torso no la aplastó cuando se acostó encima de ella. Dividía su peso con su brazo, que rodeaba la nuca de Marina.

—Sabes delicioso. —De nuevo bajó la boca hasta capturar la de ella al mismo tiempo que subía una mano caliente por su costado izquierdo.

Cuando alcanzó su seno, comenzó a jugar con el pezón que se puso duro de forma instantánea, como si lo esperase.

Marina se sorprendió por la respuesta que ofrecía su cuerpo, sentía las pulsaciones de placer que se gestaban en su vientre y comenzaban a descender hasta su sexo. La mano de Brandon comenzó una bajada lenta, abrasadora, hasta alcanzar su pubis por debajo de las finas bragas. Se las quitó de un tirón. Ella, apenas se había percatado. El esposo hizo varias pasadas con sus dedos hasta comprobar que ella estaba preparada. Cuando sintió la humedad de su interior se colocó en posición. Marina se hundía en el colchón bajo el peso de Brandon, apenas podía respirar. Sintió el comienzo del miembro de él abrirse paso entre sus pliegues femeninos, y se preparó para ser empalada, pero afortunadamente no ocurrió así. Lo sintió entrar con mucha facilidad. La sorpresa se dibujó en su rostro, pero Brandon estaba demasiado ocupado en ayudarse a entrar dentro de ella como para verlo. Y entonces, un dolor como no había experimentado nunca le hizo lanzar un grito que él se bebió por completo. Se encogió tratando de mitigar las pulsaciones dolorosas que la torturaban.

Brandon se había quedado quieto tras el primer empujón fuerte que le había dado. Respiraba de forma entrecortada en el cuello de ella, pero alivió el peso de su cuerpo separándose unos centímetros. Con razón la había sentido tan estrecha, ese camino no había sido recorrido salvo por él. Sintió un placer extremo al ser consciente de ese hecho.

—Lo siento mucho, no sabía... creí que... —pero ella se sentía incapaz de responderle para tranquilizar su voz preocupada; estaba concentrando todas sus energías en soportar el lacerante dolor que sentía en su vientre—. ¡Dios! Ya no puedo parar.

Marina cerró los ojos tratando de contener las lágrimas ante el dolor que le producían los constantes movimientos de él. La fricción de su miembro en el interior de ella le hizo tensar las entrañas. El dolor aumentaba, sabía que tenía que relajarse, pero le resultaba imposible. ¿Cómo podían las mujeres soportar ese dolor en sumisión? Trató de aferrarse a los hombros sudorosos de Brandon, que seguía moviéndose en vaivén dentro de ella. Tenía los ojos cerrados, y supo que trataba de ser lo menos brusco posible. Marina agradeció su intención relajando sus miembros exteriores, aunque no su vientre, que sentía duro como una piedra. Tras una última embestida, Brandon lanzó un gemido gutural y se desmoronó sobre el cuerpo de ella aplastándola con su peso. Marina podía sentir los latidos desbocados del corazón de Brandon junto al suyo. Cuando su respiración se normalizó, él aligeró la presión de su peso liberándola, aunque no la soltó de sus brazos.

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo —la besó larga y profundamente, unos segundos después salió del interior de ella.

Al sentirse liberada del peso, Marina hizo balance de sus magulladuras internas. Mantuvo los ojos cerrados, pensando si la tortura habría terminado o no. Aunque ya no se sentía empalada, no iba a poder cerrar las piernas nunca más. Le iba a resultar imposible andar con normalidad. Unos minutos después, Brandon regresó al lecho con una jarra de agua y unos paños limpios. Marina seguía con los ojos cerrados, pero los abrió cuando sintió que el colchón cedía bajo el peso de él.

—Es mejor que no mires.

Ella no tenía ni idea de las intenciones de él. Cuando sintió el paño húmedo entre sus

piernas, se incorporó de forma brusca e hizo lo contrario a lo que le había aconsejado, miró. La visión de la mancha roja entre sus muslos y las sábanas la puso tan pálida como un muerto. Por la cantidad de sangre que veía, Marina pensó que le había infringido con el acto una herida mortal. Se le nubló la visión, y la bilis subió por su garganta hasta posarse en el cielo de su boca.

—¡Me estoy desangrando! —exclamó resentida.

Brandon chasqueó la lengua con cierta burla para restarle tensión a la situación, aunque seguía eufórico por haber sido el primero en poseerla.

—Por la cantidad de sangre en el lecho, parece que hemos descuartizado un puerco. —Ella lo miró apenada. ¿Bromeaba con su tortura? —Eres demasiado pequeña, por ese motivo has sangrado tanto, pero sanarás. —Marina no podía articular palabra.

Seguía mirando la mancha roja de las sábanas con suma aprensión. Por el interior de sus muslos seguía deslizándose un hilillo de sangre que Brandon limpiaba con mucho cuidado. Cuando rozó sin querer la carne lastimada, ella le apartó la mano con un golpe de la suya.

—¡Me duele! —exclamó.

—Solo es así las primeras veces —respondió sin dejar de pasar el lienzo por sus muslos blancos.

Marina emitió un jadeo horrorizado.

—No pienso pasar por esta agonía ni una vez más. —Brandon no la contradijo, sabía que ella tenía que recuperarse de la impresión de su primera vez. Había sido un poco brusco, pero sí tenía en cuenta lo mucho que deseaba su cuerpo, y lo furioso que lo hacía sentir su lengua, no había salido tan mal parada del todo.

—Cambiaremos las sábanas, y te dejaré un camión mío. Por esta noche será mejor que no te muevas.

Ella lo miró con el pánico brillando en sus pupilas.

—¿Por qué? ¿Sangraré más si lo hago? —Brandon la miró y la encontró absolutamente deliciosa. Tenía en sus manos el arma perfecta para que se quedara con él en su alcoba, en su lecho, bajo la protección de sus brazos posesivos por el resto de sus días.

—Como he sido yo quien te ha causado el daño, debo ser yo quien te cuide por esta noche. —A Marina no la convenció del todo esa explicación, pero no se atrevía a moverse.

Brandon la cogió en brazos y la acercó al sillón de cuero donde la depositó con mucho cuidado. Ella seguía completamente desnuda, pero estaba tan preocupada por su incomodidad interior, que no le importó estar como su madre la trajo al mundo.

—Cambiaré la ropa de cama. —Ella asintió. No podía pensar en nada salvo en el escozor que sentía dentro de su cuerpo.

—¡Las sábanas! —exclamó Marina. Brandon giró su cabeza para mirarla al mismo tiempo que las dejaba tiradas en el suelo.

—¿Qué deseas que haga con ellas? —le preguntó solícito.

—Quémalas. —Si la orden le pareció extraña, sus ojos no lo demostraron.

—Se hará como desees. —¿Y por qué motivo se veía tan complaciente? Se preguntó ella, pero Marina no se sentía con la suficiente capacidad de meditar nada.

Cuando Brandon terminó de arreglar el lecho, la volvió a sujetar en brazos y la llevó hasta la enorme cama. Ella se colocó la ligera camisa de hilo que él le había prestado. La prenda le llegaba por debajo de las rodillas. Marina ignoraba que era su mejor prenda, la más cara, y la más suave.

—Ahora, duerme. Falta poco para que amanezca.

—No podré pegar ojo con esta quemazón entre mis piernas —le dijo ella sin que su tono

sonase a reproche.

Brandon seguía sonriendo con cara condescendiente.

—¿Y por qué sonríes por mis palabras?

Marina creyó que Brandon no iba a responderle, pero se equivocó.

—Porque durante semanas he navegado con una duda mordiéndome el corazón. Sentía una desesperación tan amarga que mi carácter se estaba volviendo demasiado intransigente, mordaz.

¿Se estaba volviendo? Marina pensó que Brandon equivocaba el tiempo, no estaba, era. Pero no dijo nada más, se arrebujó entre las sábanas y cerró los ojos.

\*\*\*

Cuando Brandon alargó el brazo buscando a Marina en el lecho, su lado estaba vacío y las sábanas frías. La oscuridad de la habitación le indicó que no debían ser más de las cuatro de la madrugada. ¿Y dónde diablos podría estar ella? Se alzó de su posición horizontal, y recogió su bata que seguía en el suelo tirada. Hizo un nudo flojo con el cinturón y salió al corredor para buscarla, aunque antes hizo un recorrido por la alcoba para cerciorarse de que ella no estaba durmiendo en algún rincón de la misma. Vio que las sábanas no estaban tiradas a los pies del lecho. Era inaudito que ella hubiese abandonado la alcoba de forma tan silenciosa que él no se hubiese percatado de cuándo lo había hecho, y todo para deshacerse de unas sábanas que él había prometido quemar por la mañana. Recorrió la cocina, el salón, la biblioteca y su alcoba, pero Marina seguía sin aparecer. Brandon ignoraba dónde podía estar, y, al momento, una idea cruzó por su mente a la velocidad del rayo. Dirigió sus pasos hacia el dormitorio de su hijo y abrió la puerta con mucho cuidado para no despertarlo. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad de la alcoba, vio a Marina, que se había cambiado de ropa, y que dormida al lado de Ian. Los brazos del pequeño rodeaban la cintura de ella, y su cabeza reposaba en su hombro con total abandono. Brandon suspiró, se moría de ganas de saber el motivo por el cual su mujer dormía con el pequeño. Con pasos sigilosos avanzó hacia el centro del dormitorio hasta alcanzar la cama, alargó los brazos y los pasó por debajo de las piernas de ella y por sus axilas, la sujetó con fuerza, pero con mucho cuidado y salió de la alcoba de su hijo hacia la suya con una sonrisa en los labios.

Era la última vez que ella iba a abandonar su lecho, aunque tuviese que atarla al colchón para lograrlo. Marina se removió entre sus brazos como si su pensamiento hubiese llegado hasta el interior de ella, pero seguía con los ojos cerrados, señal inequívoca de que estaba profundamente dormida. Brandon la depositó con mucho cuidado sobre la cama, a continuación, desabrochó el nudo de su cinturón para quitarse la bata y se acostó a su lado con mucha delicadeza para no despertarla. Posó su mano en el estómago de ella para mantener el contacto, aunque se durmiera. Marina se removió con un suspiro, y pegó su cuerpo al de Brandon al mismo tiempo que le susurraba todavía dormida:

—Yo te mantendré caliente. —Brandon sonrió ufano pensando que esas palabras iban dirigidas hacia él, pero ignoraba que Marina creía que seguía acostada al lado del pequeño Ian. Desde su llegada a Ruthvencastle, había sido imperativo para ella mantenerlo caliente para que no volviese a mojar la cama.

\*\*\*

—Es hora de que despiertes. —Los largos dedos acariciaron el rostro de Marina que seguía completamente dormida, y ajena a los juegos que había iniciado Brandon para despertarla—. Tenemos invitados en la casa. Y creo que tu hermano se cansó de esperarte y ha decidido salir a cabalgar con el tío Robert. No vendrán hasta la hora del almuerzo.

Esas palabras despejaron el sopor y la neblina que sentía Marina dentro de su cabeza.

—¡Dios mío, Ian! —pero esas no eran precisamente las palabras que esperaba escuchar Brandon a primera hora de la mañana—. Tengo que verlo.

Y Marina pasó a la acción. Se levantó del lecho como si estuviese lleno de espinas, buscó con sus ojos su bata, pero se dio cuenta demasiado tarde de que estaba en la alcoba de Brandon y no en la suya. Buscó algo para ponerse, vio la bata de Brandon a los pies del lecho, y con dedos torpes se la colocó por los hombros.

—Después te la devolveré. —Marina pasó sus brazos por las mangas y ajustó el cinturón con un lazo a su cintura.

La tela arrastraba dos palmos por el suelo. Brandon la vio salir disparada hacia el corredor, y se preguntó qué demonios ocurría para que saliera de forma tan urgente de la alcoba. La preocupación en el rostro de Marina era muy real e iba dirigida a su hijo Ian. Brandon decidió seguirla, pero antes tenía que encontrar algo con lo que cubrir su desnudez. Marina se había llevado su bata, aunque no le importó. Después conservaría el aroma de su piel, podría olerla en el suave tejido. Pocos minutos después salió al corredor en dirección a la alcoba de su hijo, tenía que entender qué ocurría para que ella se preocupara de esa forma absurda.

\*\*\*

Marina había llegado tarde. Cuando sujetó el picaporte, pudo escuchar perfectamente a través de la puerta cerrada los dos azotes que Morgana le estaba propinando a Ian. La ira en ella había alcanzado el punto de ebullición necesario para ponerla en el lugar que le correspondía de una vez.

—¡Suéltalo! —su voz había sonado tan dura como el granito—. Y no volveré a repetírtelo.

Ian, al verla avanzar hacia el centro del dormitorio, se soltó de la mano de Morgana como pudo, y corrió hasta ella para esconderse. Marina le pasó el brazo por sus hombros tratando de protegerlo.

—¡Atrévete con alguien de tu tamaño, arpía venenosa! —le espetó.

Morgana la miró con ojos de superioridad, y con un rictus burlón en la comisura de sus labios ajados. La altura de Marina era inferior a la de Ian, por eso su exclamación parecía absurda.

—Ha vuelto a desobedecer. —Marina dirigió sus ojos hacia el camisón de Ian, y comprobó que estaba seco.

—Vuelve a tocarlo y te juro que te arrancaré las entrañas y las tiraré a los perros.

—Tiene que aprender a comportarse como un hombre. —Marina no podía creérselo. Ian apenas tenía diez años, era un niño asustado por una bruja malvada.

—Dejé bien claro que tenías la entrada a esta alcoba terminantemente prohibida, y es la última vez que me desobedeces. ¡Recoge tus cosas! Yo misma te acompañaré a la salida.

Morgana le sostenía la mirada con soberbia. Marina no iba a ceder en su postura. Ian era un niño aterrorizado por algo que no podía controlar, ¿cómo se atrevía esa mujerzuela a ponerle una mano encima?

—No volveré a repetírtelo, ¡fuera de esta casa! —Marina se había colocado a un escaso

paso de Morgana, y le sostenía la mirada con inmensa cólera en sus ojos castaños.

—Nadie puede echarme estúpida. —Marina entrecerró sus ojos al escucharla—. Tengo todo el derecho a estar aquí.

—Pero no a golpear a un ser indefenso que tengo bajo custodia. —Los ojos de Morgana se empequeñecieron.

—¿Qué sucede, Morgana? —la voz de Brandon les llegó a ambas desde el hueco de la puerta abierta. Morgana sonrió al verlo.

—Ian ha vuelto a desobedecer, le estaba dando la corrección necesaria cuando he sido interrumpida por esta mujerzuela descarada.

Marina aguantó un jadeo. Ian se pegó al cuerpo de ella todavía más. No había levantado los ojos del suelo, y sus hombros se movían como si intentara contener los sollozos.

—Discúlpate, Marina. —la orden emitida por Brandon la pilló completamente desprevenida.

Marina sentía como si la tierra se hubiese abierto bajo sus pies y comenzase a engullirla sin piedad. ¡Brandon le daba la razón a la bruja! Su brazo sostuvo de forma más firme a Ian, que comenzó a hipar por el miedo. Marina maldijo a Brandon en voz baja.

—Una señora no se disculpa jamás ante una criada insolente.

Los ojos de Brandon quemaban al mirarla.

—Morgana piensa que las has ofendido con tu actitud. —Los ojos de Marina no se despegaban del rostro de la bruja, por ese motivo no podía ver los puños de Brandon apretados a sus caderas, ni la lucha emocional que sostenía dentro de sí.

—Ian no ha desobedecido, ¡ella miente! —Brandon miró a Morgana con intensidad, esperando sus palabras. Morgana se las ofreció con gusto.

—Sigue siendo un niño endeble, pobre de espíritu, hay que endurecer ese carácter pusilánime antes de que sea demasiado tarde.

Marina, al escucharla, no midió su acción. Caminó directamente hacia ella y le propinó una bofetada. Era tanta su ira que no podía controlarse por más tiempo. Brandon dio un paso para sujetar su brazo, cuando lo hizo, lo dejó suspendido en el aire.

El rostro de Morgana era de auténtico odio al mirarla.

—¡Discúlpate! —le dijo Brandon, y acto seguido Marina lo abofeteó a él con más fuerza todavía. Brandon estaba estupefacto. Ninguna mujer se había atrevido a tanto.

—¿Querías una disculpa? ¡Ahí la tienes! —le soltó con voz cortante. Un segundo después, Marina retrocedió dos pasos, cogió la mano a Ian, y lo sacó de la alcoba sin volver la vista atrás, pero justo al pasar al lado de Brandon, le increpó completamente superada en cólera—. Nunca más vuelvas a dirigirme la palabra, ¡monstruo!

Ian y ella abandonaron la estancia en silencio. El caos creado por las voces de Brandon y Marina había despertado al resto de invitados. Aurora y la escocesa, habían salido de sus aposentos ataviadas solo con la bata. Marina cruzó al lado de ellas completamente ciega a todo lo que no fuera tratar de proteger a un niño de una bruja y de un demonio. Ian la seguía sollozando, pero completamente dócil. Brandon siguió con la mirada la marcha de ambos sin tratar de detenerlos. Las bofetadas de Marina lo habían dejado inmóvil, sin poder reaccionar. Morgana lo miraba con censura en sus ojos de cuervo.

—¿Qué ocurre? —preguntó la hermana, aunque interiormente sospechaba el motivo para tal alboroto.

El dominio de Morgana sobre Ian era un asunto cerrado incluso para el propio Brandon, que no la ponía en su sitio por respeto a su esposa muerta.

—Nada que os ataña —contestó seco.

Aurora alzó una de sus cejas con escepticismo. La visión de lady McGregor llena de cólera, vestida con una bata enorme, y empujando a un niño lloroso, era algo que no iba a olvidar nunca, y la expresión de Brandon tampoco.

—¡Me ha golpeado! ¡Esa ramera sassenach me ha golpeado!

Las dos invitadas dirigieron sus miradas hacia Morgana.

—Quizá se lo merecía. —Susurró Aurora, y sus palabras hicieron que Brandon la mirara con gesto hosco.

Violet había inclinado el rostro al suelo incapaz de entender la postura de su hermano. Ian era su hijo, tenía que protegerlo de las artimañas de una loca, por muy abuela que fuera del pequeño, pero Brandon actuaba como si tuviese las manos atadas.

—Afortunadamente, mi sobrino tiene a Marina —no se esperó a que su hermano respondiera. Abandonó el corredor con el rostro apenado. Aurora la secundó.

Brandon y Morgana se quedaron completamente solos en el largo corredor de Ruthvencastle.

—¡Esa zorra sassenach tiene que marcharse! —le espetó soliviantada, pero Brandon ya negaba con la cabeza.

Acto seguido se mesó los rubios mechones con sus dedos en un intento de ordenar sus pensamientos. Marina había protegido a Ian sin sospechar que Morgana era su abuela, y como abuela tenía el derecho a corregirlo. Aunque dudaba que esa circunstancia cambiará en algo su actitud defensora.

—Es un niño desobediente, débil, y enfermizo.

—Es su nieto, Morgana, y solo recibe de usted golpes e insultos.

Morgana se mordió tanto los labios que Brandon se preguntó si se los habría comido, siguió mirándola con frialdad.

—Recoja sus cosas, la llevaré hasta su hogar. Su presencia allí es más necesaria que aquí.

—¡Es a ella a la que tienes que echar de Ruthvencastle! —Brandon suspiró con cansancio.

Esa decisión tenía que haberla tomado hacía mucho tiempo, pero siempre le había faltado valor para hacerlo. Morgana era el único lazo que unía a Ian con su madre, y él no había tenido la fortaleza de separar al nieto de la abuela, aunque había obrado mal. Y lamentó el daño que le había infringido a su hijo con su decisión. En esos dos únicos días lo había visto completamente cambiado. Brandon sabía que era debido a la influencia de Marina, y ahora lamentaba no haber actuado como un buen padre, pero le pesaba la sangre que compartía Ian con Morgana.

—Marina lo quiere a pesar de sus defectos —dijo con voz clara.

—¡Pero yo soy su abuela! —replicó la mujer completamente colérica.

Brandon la miró con un profundo pesar en sus ojos verdes.

—Circunstancia que había olvidado hasta ahora, ¿no es cierto?

Morgana inspiró profundamente.

—Te arrepentirás, laird McGregor, ¡juro que te arrepentirás! —Brandon hizo un gesto completamente vencido.

—Llevo muchos años de arrepentimiento, Morgana, créeme, no puedo estar más arrepentido —ella se mantuvo en una postura terca sin ceder en su actitud hosca—. Regresarás al clan McGiver con los tuyos. Y verás a Ian siempre y cuando él lo desee, ni un minuto antes.

Brandon había dejado clara su postura.

\*\*\*

—¿A dónde nos dirigimos? —Ian se veía eufórico montado sobre la grupa de Cabrón.

—A mi reino —respondió Marina con el ceño fruncido.

Acarrear la bolsa de viaje con lo imprescindible le estaba resultando más difícil de lo que había supuesto, tenía que haberla atado a la silla.

—¿Me gustará? —le preguntó el niño de forma tímida.

Marina le sonrió para despejar sus temores.

—Podrás comer tanta tortilla de patatas que te va a salir por las orejas.

—¿Y cómo llegaremos hasta allí? No tenemos dinero, ni pasajes, y somos un niño y una mujer indefensos. No va a resultar fácil cruzar la frontera de Escocia sin que mi padre se entere.

Marina no necesitaba añadir ninguna preocupación más a las que sentía, pero no se lo dijo.

—Tengo suficiente dinero para comprar dos pasajes en el primer buque que salga con destino a Santander. Y como soy española, me trae sin cuidado que la frontera escocesa sea tan larga como la muralla china, vamos a cruzarla sin importar lo que cueste.

—¿Le gustaré a mi abuelo español? —a Marina se le llenaron los ojos de lágrimas, pero las contuvo. Era perfectamente capaz de percibir la inmensa soledad del niño, el abandono emocional al que lo habían expuesto, y la carencia afectiva más importante de todas cuantas se pudiesen padecer, el amor de un padre.

—Se sentirá muy orgulloso de ti, estoy convencida.

—Pero tu hermano sigue en Ruthvencastle, no sabrá por qué te has ido.

—Le he dejado una carta en su alcoba explicándole todo. El primo Diego tiene otra de igual contenido, comprenderán por qué nos hemos marchado sin despedirnos.

—El laird McGregor se enfadará terriblemente. —Marina ya lo sospechaba, pero el repentino viaje le había venido como anillo al dedo para ejecutar su plan de abandono. No pensaba estar ni un momento más en ese horrible lugar llamado Ruthvencastle.

—Antes tendrá que darnos alcance, y cuando lo haga, estaremos bien protegidos por el poderoso conde de Zambra.

Ian suspiró complacido. Nada podía parecerle más atractivo que abandonar el lugar donde se sentía siempre tan asustado. No le importaban los golpes de Morgana, se había acostumbrado a ellos, pero si Marina había decidido marcharse de las Tierras Altas, él también quería irse. Era la mejor madre del mundo, siempre lo trataba con cariño, no le pegaba ni lo insultaba a pesar de obedecer algunas noches. La quería mucho, y no pensaba perderla. Cuando ella estaba a su lado, no sentía temor por la oscuridad, ni había padecido hambre nunca más. Era muy bueno tener una madre como ella.

—Yo te protegeré de los bandidos escoceses —afirmó Ian con voz seria a pesar de su tamaño.

Marina acarició con la palma de su mano los mechones rubios de su cabeza. La enternecían sus palabras hasta un punto insospechado. Ian recostó su espalda en el pecho de Marina, que aseguró sus brazos para acogerlo mejor en su regazo mientras Cabrón seguía su trote como si el peso de ambos sobre él fuese insignificante.

—En el futuro vas a ser un temible y poderoso laird además de justo y bueno, serás un líder extraordinario.

## CAPÍTULO 20

El rugido de Brandon hizo temblar los muros de Ruthvencastle. La huida de Marina e Ian sin que ninguno de los miembros de la casa se hubiese percatado, lo llenaba de una furia sin límites. Marina e Ian les llevaban una ventaja de seis horas, y podían estar en cualquier lugar de las Tierras Altas, perdidos, asustados, o algo mucho peor. Él tenía que haber estado en el castillo, pero había decidido llevar a Morgana con su clan para limar asperezas con Marina después, por ese motivo había perdido un tiempo valioso.

—¿Por qué no salisteis en su busca? —la pregunta había sonado peligrosa.

—¿Porque no desea ser encontrada? —lady Penword había respondido con otra pregunta, y en un tono sarcástico.

Brandon dirigió sus ojos llameantes de ira hacia ella. Si alguno se hubiese percatado de la ausencia de Marina e Ian, ahora no les llevarían tanta ventaja.

—No conoce las Tierras Altas de Escocia, puede terminar despeñada en un barranco, o metida en un lodazal. Y mi hijo va con ella.

La hermana no pudo contener la réplica ácida que salió por su boca.

—Has pasado años sin prestarle a tu hijo la atención que se merece, sin ofrecerle el consuelo de tus brazos, el cariño de tu corazón, ¿y ahora te importa? ¡Tienes lo que te mereces, laird!

Brandon la taladró con ojos fieros. Admitía que su hermana tenía parte de razón, pero ella no conocía realmente sus motivos para actuar de esa forma.

—Hice lo que creí que era mejor para él. —Violet tensó la espalda al escucharlo, y continuó en su ataque directo hacia su hermano.

—¡Te equivocaste! Dejaste tu más precioso tesoro al cuidado de una loca, fuese su abuela o no.

Brandon suspiró al mismo tiempo que cerraba los ojos con impotencia. Morgana no había superado la muerte de su hija Sophie, y el dolor que sentía lo había convertido en despecho hacia él y su propio nieto. Brandon había creído sinceramente que la presencia de Ian la ayudaría a olvidar, pero se había equivocado por completo.

—Marina tenía que haber aceptado mi decisión fuese cual fuese —replicó completamente molesto con su hermana.

Los dos matrimonios se habían mantenido durante toda la mañana dentro de sus respectivas alcobas, por ese motivo no se habían dado cuenta de la desaparición de Marina e Ian, ni del ajetreo de la partida de Morgana. El único que mantenía una postura serena a pesar de las circunstancias era Lorenzo, y Brandon se lo agradecía en silencio, lo último que necesitaba eran más recriminaciones amargas.

—Mi hermana es incapaz de ver una injusticia y no actuar en consecuencia, pero sabe cuidarse a sí misma.

—Lady McGregor ha actuado de forma incorrecta. Una mujer escocesa habría obedecido a su señor fuese cual fuese su postura —apuntó el anciano.

Lorenzo lo miró molesto, no le había gustado su comentario, y se le erizó el vello de la nuca al comprender lo que su hermana había padecido en tierras escocesas.

—Y ha tenido que ser una desobediente mujer española quien protegiera a un niño en su propia casa, donde se le tenía que haber dispensado todo tipo de cuidados y de cariño por parte de su familia.

Brandon miró con censura a Lorenzo, que se estaba mostrando irrespetuoso con el tío Robert.



Para los españoles resultaba muy difícil entender las costumbres y la forma de pensar escocesa.

Justin intervino por primera vez en la disputa.

—La ventaja no es mucha. Cabrón lleva más peso de lo normal, aunque es un caballo ágil y fuerte, podemos darle alcance en unas horas.

—Tenemos que dividirnos —sugirió Diego.

Lorenzo asintió, pero Brandon negó pensativo.

—No conocéis el terreno, esta parte de las Tierras Altas es demasiado abrupta. Aunque sospecho hacia dónde la dirigirá Ian.

La hermana asintió. Era probable que Ian condujese a Marina hasta la frontera inglesa por la ruta que él creía más accesible.

—Cruzarán el Campo de los Infantes muertos —concluyó Brandon.

—¿Los infantes muertos? —preguntó Aurora con inusitada curiosidad en sus ojos dorados.

—Es el camino más recto y llano, cruza la vieja iglesia de los infantes con rumbo a Edimburgo.

La iglesia de los infantes era el lugar donde se daba cristiana sepultura a los niños muertos al nacer. Los bebés eran enterrados en el pequeño cementerio que los aldeanos habían apodado así.

—Desde allí la frontera con Inglaterra es mucho menos espinosa —dijo la hermana pensativa.

—Entonces vamos —apuró Lorenzo—. Con suerte daremos con ellos antes del anochecer.

—Diego, necesito que te quedes en Ruthvencastle. —Diego iba a negar la petición de Brandon, pero lo pensó mejor. Podría suceder cualquier imprevisto, y su presencia podría ser necesaria en la casa.

—Justin, Lorenzo, y yo, buscaremos a Ian y Marina.

La partida de los hombres había sumido a los habitantes de Ruthvencastle en un silencio incómodo. En la biblioteca se escuchaba el ir y venir de Diego mientras esperaban noticias sobre el pequeño y Marina. La esposa dejó el bastidor encima de la mesa para servirse otra taza de té.

—¿Sabes? Me recuerda a ti —dijo de pronto Violet. Aurora dejó de mirar al pequeño Miguel, y dirigió sus ojos hacia ella—. Mi cuñada Marina se parece a ti —volvió a repetirle.

Aurora soltó una carcajada.

—Si Marina se pareciera a mí, tu hermano habría perdido los testículos hace tiempo.

—Es cierto que mi hermano es un escocés temperamental. —Ahora fue Diego quien alzó una de sus cejas negras con humor al mirar a su mujer—. Pero la ama, y tarde o temprano reculará en su postura, como lo hizo mi primo Justin.

Aurora y Diego se miraron sin creer las palabras de ella. Justin seguía siendo el hombre más posesivo y celoso del mundo.

—Nunca lo había visto así de perdido —dijo la hermana de pronto, y se quedó pensativa, como si su mente hubiese volado a un lugar lejos, donde no podía llegar nadie.

—A mí no me parece perdido —respondió Aurora con voz seca.

Creyó sinceramente que Marina al fin había tomado las riendas de su vida. Lidar con un terco escocés como Brandon requería una fuerza de voluntad extrema, y parecía que la cordobesa era la mujer indicada.

—Durante muchos años se ha sentido dividido —trató de explicar la escocesa.

—¿Por qué dices algo así? —le preguntó Diego sin dejar de mirarla.

—Se casó con Sophie por la dote que era elevada.

—Muchos matrimonios son decididos así —le dijo Aurora—, incluso el mío, estaba en juego la dote de Redtower.

—Pero Morgana se opuso a ese matrimonio desde el comienzo, creía realmente que su hija moriría entre los muros de Ruthvencastle. Insistió día y noche diciendo que Sophie no era la mujer apropiada para Brandon. Suplicó día tras día, semana tras semana, y mes tras mes, pero mi hermano siguió adelante con el compromiso y con la boda —la escocesa respiró hondo—. Sophie murió durante el parto de Ian tal y como Morgana había predicho, y Brandon se sintió tan responsable de su muerte que nunca más se recuperó. Por ese motivo ha permitido que Morgana criara a Ian. Creo que en su fuero interno piensa que se lo debe.

Diego soltó la respiración lentamente mientras asimilaba la revelación de su esposa.

—Es una maldición, cada lady McGregor muere joven entre los muros de Ruthvencastle —dijo Violet finalmente—. La esposa de mi abuelo, la esposa de mi padre, la esposa de mi hermano.

—¡Válgame Dios! —contestó Aurora.

—Afortunadamente la maldición no pesa sobre mí.

—¿Maldición? —preguntaron Diego y Aurora al unísono.

—Se remonta al siglo doce cuando uno de los primeros McGregor robó el corazón de una doncella que estaba destinada por matrimonio a otro laird. Fue la primera señora de Ruthvencastle en morir dando a luz al heredero de estas tierras.

Diego estaba sorprendido, y Aurora no cabía en sí de la sorpresa, pero la escocesa continuó imparable.

—Por ese motivo mi hermano ya no se volvió a casar con ninguna otra escocesa, e incumplió un acuerdo pactado por nuestro padre.

—Yo no creo en premoniciones ni en brujerías —dijo Aurora convencida.

Diego le hizo un gesto de contención que ella entendió de inmediato. Ambos conocían lo supersticioso y crédulo que era el pueblo escocés.

Aurora maldijo en voz alta. Su hija María era la prometida de Ian. ¡Tenía que hablar de inmediato con Justin! Aunque no creyese en premoniciones, no pensaba tentar al diablo.

—Brandon la traerá —dijo finalmente Violet.

—Si no lo hace tendrá que enfrentarse al conde de Zambra —musitó Diego...

\*\*\*

—Nos detendremos bajo aquellos árboles para tomar un poco de queso y pan —dijo Marina. Ian apartó la mirada del camino. Estaba famélico, llevaban cabalgando más de seis horas, y sentía unas ganas enormes de estirar las piernas.

—En unas millas más llegaremos a las tierras de los Duncan. Ellos nos ofrecerán hospitalidad por esta noche.

Pero Marina no pensaba hacer una parada tan larga en el viaje. Quería llegar cuanto antes a Edimburgo, y buscar un pasaje hacia Francia, aunque ignoraba que se encontraba muy cerca de la ciudad de Stirling.

—Si nos detenemos, pueden darnos alcance —le dijo ella, pero Ian negó con la cabeza varias veces.

—El laird McGregor creará que marchamos por el Campo de los Infantes.

—¿Campo de los Infantes? —preguntó Marina extrañada.

—Es el camino más seguro para llegar a Edimburgo.

—¿Y por qué motivo no vamos en esa dirección? —pregunto Marina contra toda lógica.

—Porque eso es precisamente lo que espera que hagamos, por ese motivo te he traído hacia las tierras de los Duncan. Desde aquí, aunque demos un rodeo más amplio, nos aseguraremos de

que pierda nuestra pista.

Marina no podía creer lo inteligente que era. A ella jamás se le hubiese ocurrido buscar otra ruta alternativa, pero se sentía muy feliz de contar con la ayuda del pequeño.

—¿Nos recibirán cordialmente? ¿O se mostrarán huraños? —el silencio de Ian le produjo a Marina un escalofrío.

Finalmente, el pequeño le respondió con voz calmada.

—Los Duncan son enemigos de mi familia. Odian a los McGregor, pero no es el mismo antagonismo de hace cuatrocientos años, ahora no nos masacran como antaño.

Marina casi se cae del caballo al escucharlo, tuvo que sujetar las riendas con más fuerza y retomar de nuevo el control sobre Cabrón.

—¡Entonces no nos ayudarán! —exclamó angustiada—, aunque el resentimiento haya menguado en cuatro siglos, como mencionas.

—Claro que sí, no les diremos que pertenecemos al clan McGregor, tu condición de sassenach nos facilitará las cosas.

Marina creía que eso empeoraba la situación. Su condición de forastera solo les iba a reportar problemas.

—Pero entonces ¿qué les diremos? —pensaba a toda velocidad—. Yo no sé hablar gaélico —se lamentó—. Voy a complicar las cosas.

La mano de Ian apretó la suya para transmitirle ánimos.

—Los escoceses son muy protectores, nunca permitirán que una madre con un niño corra peligro alguno, incluso es posible que nos escolten hasta la frontera.

Marina deseaba con toda su alma que Ian tuviera razón. Ella era la menos indicada para lidiar con una turba de escoceses belicosos. Cuando había pensado en hacer un alto en el camino, no se le había pasado por la cabeza dormir en territorio de otro clan, aunque fuese pidiendo su permiso.

—Cabrón comienza a fatigarse —comentó Marina para sí misma.

El brioso semental había aminorado la marcha desde hacía poco, su boca espumeaba de forma incesante, y ella no quería agotarlo del todo.

—Podemos continuar andando —sugirió Ian—, ya falta muy poco para llegar a Buchany.

—¿Buchany? —preguntó Marina con un hilo de voz mientras detenía con las bridas el galope de Cabrón.

Ian y ella desmontaron de la grupa del semental con un gemido. Llevaban cabalgando demasiado tiempo.

—Es un pequeño poblado cerca de Doune. —Pero Marina no entendía lo que le explicaba Ian, para ella el territorio escocés era algo completamente desconocido.

Con cada paso que daba en el camino, su espalda se tensaba y el escozor entre sus piernas no había cesado en las horas que habían seguido a la noche, por ese motivo se sentía tan incómoda al caminar. Marina inspiró antes de asegurar la valija con las pocas pertenencias que había cogido de Ruthvencastle a la silla de montar.

\*\*\*

Brandon espoleaba su montura sin descanso. Justin y Lorenzo lo seguían de cerca. Pero el terreno se le hacía más largo a medida que regresaban por lo avanzado. Ni Marina ni Ian habían cruzado el Campo de los Infantes, y él se temía la alternativa que habría escogido Ian tratando de despistarlo. El caballo de Justin alcanzó al de Brandon y le indicó con un gesto que aminorara el paso. Brandon lo hizo renuente.

—Estamos en territorio de los Duncan.

—Lo sé.

—¿Crees que han escogido esta ruta? No es la más directa hacia Edimburgo.

—Ian trataba de despistarnos. Ha logrado que perdamos varias horas de distancia.

Justin no supo calibrar si el tono de voz de su primo era de admiración o decepción hacia su hijo.

—Si los Duncan descubren el parentesco —dijo Justin—, pueden tener muchos problemas.

—Brandon ya lo sabía, pero ese detalle no le restaba determinación.

—Aquello pasó hace siglos —respondió el laird.

Unas millas más adelante, Brandon, Justin y Lorenzo alcanzaron a ver a Ian y Marina bajo unos castaños. Tras el alivio que sintió Brandon al comprobar que estaban bien, la ira comenzó a reemplazar el lugar que había ocupado el sosiego. De su pecho sacó la angustia, el desdén, la desesperación, y el agobio que había acumulado durante el tiempo que habían estado desaparecidos.

—No seas demasiado duro con ellos —le aconsejó Justin viendo el oscurecimiento de los ojos de su primo.

El carácter irascible de Brandon era sobradamente conocido.

—No lo será si desea conservar su cuello intacto —fue la advertencia de Lorenzo.

Pero Brandon no iba a mostrar ninguno de los sentimientos que lo habían atizado durante esas horas angustiosas en las que había rezado y maldecido cientos de veces.

\*\*\*

El sonido de los cascos alertó a Marina que alzó la cabeza y miró la comitiva que se acercaba hasta donde estaban ellos sentados. Su mirada se cruzó con la de Brandon, y un escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies. Hacia ellos se dirigía el mismo demonio de Escocia, e iba a ser implacable. Marina se alzó y quedó parada frente a los tres jinetes que pararon sus monturas muy cerca de donde pastaba Cabrón. Ian se había levantado también, sobre la hierba quedaban restos de migas de pan y queso. Brandon se percató de que ambos habían hecho un alto para comer algo, circunstancia que había propiciado que los alcanzaran. El primero en desmontar de su montura fue Lorenzo, que avanzó hacia su hermana con una preocupación en los ojos, y la abrazó de forma efusiva.

Marina le devolvió el gesto afectuoso aliviada. Aunque en el fondo de su alma lamentaba que los hubiesen encontrado, no iba a demostrarlo. Justin descendió de su montura, pero Brandon seguía erguido sobre la grupa de su caballo como si fuese un rey mirando a unos súbditos desobedientes. Ian mantenía la cabeza baja. Marina, al percatarse de lo asustado que se mostraba, miró de frente a Brandon con insolencia.

—Me alegro de que nos hayáis alcanzado, así podréis acompañarnos a Edimburgo.

Justin se quedó atónito al escucharla. Lo último que esperaba de ella era el reto escondido en sus palabras, también la mirada que tenía clavada en su primo.

Si la de Brandon quemaba, la de Marina ardía con un fuego vengativo. Los segundos de silencio ofrecidos por Brandon hicieron que Lorenzo y Justin se miraran con un gesto de entendimiento. Su respuesta a Marina mostraría el nivel de enfado que sentía hacia ella, pero Brandon no hizo lo que ellos esperaban. Desmontó al fin del semental y se dirigió directamente hacia su esposa. Ian se escondió detrás de ella como buscando que lo protegiera de su padre. Marina lo apretó con más fuerza a su cuerpo.

—Hemos venido para acompañarte de regreso a casa.

Ninguno de los allí presentes supo de quién había sido el suspiro largo y profundo que sonó tras las palabras de Brandon.

—Ruthvencastle no es mi casa —respondió de forma amarga—. Gracias a ti, nunca lo ha sido.

—Ahora lo será —contestó Brandon con voz controlada—. Estaba muy preocupado por los dos. —Marina sondeó el rostro de su esposo buscando la veracidad en sus palabras—. Todos estábamos muy preocupados.

—Sabes muy bien por qué motivo me fui —le dijo altiva.

—Sí, lo sé, por eso te informo que Morgana ha abandonado los muros de Ruthvencastle de forma definitiva. —Marina mostró en sus ojos la sorpresa que las palabras de Brandon le provocaban mientras trataba de adivinar el motivo para ese cambio de actitud—. Nunca más se van cuestionar tus decisiones como lady McGregor.

—Me alegro de que la razón haya penetrado en tu cabeza —le dijo Marina sin abandonar el tono seco.

Justin y Lorenzo estaban algo separados de ellos dos.

—Y el enfado —le respondió él—. ¿O creías que tus actos no iban a tener consecuencias?

La espalda de Marina se tensó al escucharlo, y el cuerpo de Ian se pegó todavía más al de ella. ¿Qué había querido decir Brandon con esas palabras?

—Justin, lleva a Lorenzo y a Ian de regreso a Ruthvencastle —dijo de pronto Brandon a su primo. Marina iba a protestar, pero la mano alzada de él selló sus labios de golpe—. Marina y yo regresaremos más tarde. Tenemos un par de asuntos que resolver.

La ceja alzada de Lorenzo le indicó a Justin que no estaba de acuerdo con la decisión tomada por él. Veía en los ojos de su hermana un pánico que lograba preocuparlo de verdad. Pero la postura serena de Brandon no indicaba que estuviese enfadado.

—Del Valle, ¿podrías cambiar tu montura por la de tu hermana? —Marina negó de forma rotunda—. Cabrón se merece un buen cepillado y abundante heno fresco.

Lorenzo asintió. Marina sabía que quitarle a Cabrón significaba reducir sus posibilidades de huida en caso necesario. ¿Pensaba huir de nuevo? Rotundamente, no. El motivo principal para su marcha ya no estaba en Ruthvencastle, pero la cólera de Brandon sí, y esa era más temible.

—Diego se preocupará si no regresamos juntos —comentó Justin con un tono de voz neutro.

Brandon comenzó a sonreír de forma lenta.

—Dile a mi hermana que prepare una cena tardía para nuestro regreso. Con tanto alboroto como le gusta a ella.

—Así lo haré.

Lorenzo cogió las bridas de Cabrón y desató la valija para atarla al caballo de Justin. Marina se había quedado muda. Lorenzo le tendió la mano a Ian, que no se atrevía a dar un paso hacia él.

—Vamos sobrino, es hora de conocernos, podemos hacerlo mientras regresamos.

El rostro del pequeño miró durante un segundo a su padre, inmediatamente después, bajó los ojos al suelo. Brandon suspiró al comprobar el miedo que le tenía su hijo.

—No estoy enfadado contigo, Ian, solo preocupado. El camino tiene demasiados peligros para la aventura que habíais emprendido.

—Yo... yo quiero regresar con Marina —dijo el niño con voz entrecortada. Brandon suspiró profundamente antes de responderle.

—Pronto la llevaré de vuelta a casa.

Marina había perdido el número de las cábalas que se hacía.

—Yo quiero regresar también —dijo ella de pronto.

Brandon la miró con el ceño fruncido.

—Si os dais prisa, llegaréis antes de la cena.

Las palabras de Brandon iban dirigidas a Justin y a Lorenzo, pero sus ojos verdes no se perdían detalle del rostro azorado de Marina, que no sabía dónde colocar sus manos nerviosas.

Marina contempló con cierta impotencia la marcha rápida de su hermano e Ian. El pequeño montaba en la grupa de Cabrón. Las manos diestras de Lorenzo lo guiaban con paso seguro detrás de la montura de Justin. Cuando se perdieron en la distancia, Brandon dio un paso hacia ella. Marina retrocedió tres completamente alarmada.

—Te mereces una buena azotaina.

—¿Has venido a dármela? —le preguntó con sequedad.

—Voy a darte de todo lo que estás buscando.

Ella no sabía cómo tomarse esas palabras.

—Soy incapaz de tolerar los malos tratos a indefensos —le dijo defensiva.

—Estoy de acuerdo contigo —admitió él.

—¿Y entonces? —le preguntó con un cierto desdén.

—Entonces tienes que aprender una lección. —Marina dio un traspié inoportuno. Brandon la sujetó con fuerza del brazo con una sonrisa diabólica en el rostro—. Ni te imaginas lo que te espera en el proceso de aprendizaje... lady McGregor.

## CAPÍTULO 21

La boca de Brandon cayó con fuerza sobre la de ella. Marina solo atinó a aferrarse a su tartán para no caer de espaldas. Cuando él la besaba así, no podía pensar en nada que no fueran las deliciosas sensaciones que le transmitía con su contacto. Trató de detener el avance de su lengua, que llegaba en embates hasta su garganta. Parecía que buscaba en el interior un tesoro oculto. Marina notó cómo le mordía el labio inferior, lo engullía con ternura, pero decidido. A un gemido de ella, Brandon finalizó el beso con un suspiro.

Como si le pesase en el alma terminarlo.

—Tengo que hablar contigo, y solo siento deseos de poseerte sin importar el lugar o el momento. —Esas palabras le produjeron una conmoción. No estaba preparada físicamente para un nuevo encuentro sexual, además, estaban en medio de la nada, sin protección—. ¡Me has vuelto completamente loco! ¿Cómo podía tomarse esa acusación?

—De tu locura soy inocente —se defendió.

—Pero no pienso olvidar el susto que me has dado. —Los brazos de Brandon seguían sujetando su cuerpo bajo las hojas amarillas del castaño—. No puedes actuar a tu antojo sin consultarme. Tienes que informarme antes de tomar cualquier decisión, y juntos resolveremos todos los problemas. —Ella solo pudo asentir—. No conoces estos lares, y podrías perderte con facilidad. ¿Qué pensabas para huir con mi hijo?

—En protegerlo con todas mis fuerzas —contestó sincera.

—¿De su padre? —Brandon estaba muy serio.

—Del mismo diablo si fuese necesario.

No se ofendió por su respuesta, aunque había sonado brusca.

—Como padre de Ian, ni te imaginas lo feliz que me hacen tus palabras, pero ello no evita que esté furioso contigo. —A Marina no le parecía enfadado—. Y dudo entre seguir besándote con todas las consecuencias, o tumbarte sobre mis rodillas y darte la azotaina que te mereces.

—¿Puedo elegir? —la pregunta de ella sonó precavida.

—Si hubieses probado anteriormente la dureza de la palma de mi mano, no estarías barajando ahora esa posibilidad. —¿Cómo podía leerle el pensamiento? Se preguntó. Marina prefería cien azotes a un revolcón. La incomodidad entre sus piernas se había acentuado al cabalgar, y ahora solo deseaba un baño tibio para aliviar el ardor que sentía—. Pero no tienes nada que temer, pretendo que no haya malentendidos entre nosotros.

¿A qué malentendidos podía referirse? ¿Acaso no había comprobado por sí mismo que ella no había provocado ninguno?

—Entonces habla para que podamos regresar cuanto antes.

El tono áspero pilló a Brandon desprevenido. Su actitud se había tornado defensiva. Hacía menos de un minuto estaba derretida en sus brazos, ahora parecía fría como el hielo.

—Sebastián se ha quedado en Córdoba. —Marina se esperaba esa mención por parte de él pues un hombre tan arrogante como Brandon no daba carpetazo a los asuntos sin haber dicho la última palabra—. En todos los sentidos, mi señora. ¿Lo has entendido?

Marina inspiró con fuerza, y un momento después apretó los labios ofendida hasta la médula. Sebastián era su mejor amigo, y no pensaba relegarlo al olvido como pretendía el laird de Ruthvencastle, eso sería lo mismo que pedirle que se olvidara de su hermano Lorenzo. ¿Cómo se atrevía?

—La soberbia es un mal consejero —comenzó a decir ella con la ira saliendo por sus

pupilas negras—. Y yo jamás pagaría a los que me aman con el olvido consciente.

No fueron las palabras de ella las que le provocaron un salto en el estómago tan doloroso como una puñalada, sino la mirada de decepción que le perforó los sentidos.

—Dime que has entendido mi orden —insistió Brandon.

—Sebastián está en Córdoba —aceptó ella—, y en mis pensamientos, ahora y siempre —remató sosteniéndole la mirada.

Eran las palabras más desafortunadas que podía mencionar, pero Marina no tenía modo de saberlo. Brandon crispó los puños a sus costados tratando de controlar su ira. Cerró los ojos antes de formularle la pregunta que le quemaba en la garganta desde aquella noche en la biblioteca de «Los Encinares». La visión del beso de ambos seguía quitándole el sueño por las noches y le producía un malestar infinito.

—¿Lo amas? —le preguntó con voz de ultratumba.

—¿Lo dudas? —le preguntó ella de forma insolente

—¿Me provocas? —Brandon se sentía incapaz de reaccionar.

—¿Lo hago?

—Deja de responder una pregunta con otra, o comprobarás lo fútil de mi paciencia y la dureza de mi respuesta.

Marina quería que él confiara en ella, pero ignoraba cómo conseguirlo. Nunca había conocido a un hombre tan posesivo como Brandon. Entonces decidió atajar por el camino más corto: la verdad.

—Amo a Sebastián, es cierto. —Marina vio cómo los ojos de Brandon se reducían a una línea peligrosa—. Pero como amiga, no como una mujer debe de amar al hombre que ha elegido como compañero. —La mirada de Brandon ya no llameaba con cólera, sino con placer, e hizo que ella lamentara su revelación clara—. Veo que mis palabras satisfacen tu ego.

—Más de lo que puedas imaginarte.

—¿Hemos terminado? Porque estoy cansada y quiero regresar.

—Soy un hombre muy celoso, lady McGregor. No pienso tolerar una actitud alegre por tu parte con otro hombre.

—¿Es una amenaza?

—Puedes tomarlo como desees.

—No te he dado motivos para dudar de mi integridad.

—Eres una sassnach, es un motivo más que suficiente —¿y esa frase qué quería decir? Se preguntó Marina que estaba perpleja—. Ni te imaginas la dura vida que me espera a tu lado —sentenció él.

Esa frase había sonado como una queja. La vida con ella no era ninguna penitencia, y por eso el mentón de Marina se endureció.

—Yo que tú no tentarías al diablo, puede que te dé la bienvenida al infierno que proclamas mucho más pronto de lo que imaginas. —Brandon apreció el sarcasmo en sus palabras.

Y se dijo que se lo merecía.

—Desde que te vi por primera vez, supe que mi vida nunca volvería a ser igual que antes —contestó antes de ayudarla a montar en el semental que había llevado Lorenzo—. Contigo, ni descanso ni paz.

Ella no entendía nada, pero decidió tranquilizarlo.

—Soy una mujer honesta, leal, y nunca fallo a los que me aman —le dijo con ojos brillantes.

Brandon había terminado de acomodar las riendas en sus manos.

—Eso espero, lady McGregor, lo espero de veras.



\*\*\*

Todos en Ruthvencastle habían estado esperando el regreso de ambos con impaciencia, pero la llegada de Marina y Brandon había sucedido de forma silenciosa. Ninguno de los presentes se había dado cuenta de los dos caballos que quedaron encerrados en las cuadras en un abrir y cerrar de ojos. Brandon la había guiado por un sendero que comunicaba las dependencias exteriores del castillo y el jardín trasero: entre los huertos de manzanos. Alcanzar la zona de los dormitorios fue bastante fácil porque el resto de la casa estaba escuchando una melodía tocada por el heredero de Zambra.

Marina sonrió; su hermano se había llevado su *vihuela*. Los dedos de Lorenzo tenían magia cuando acariciaban las cuerdas del instrumento. Se detuvo en el último escalón para escuchar la parte final de la pieza, y cerró los ojos para deleitarse con el sonido. Lorenzo dominaba muy bien la increíble técnica de la taranta, había dejado para el final una larga sección de rasgueados sobre una serie de acordes dulces. El cálido aplauso fue un indicativo de que a los oyentes les había gustado la melodía interpretada por Lorenzo.

Brandon la cogió del codo para ayudarla en el último escalón.

—Creo que mi cuñado es un artista —le dijo, y Marina sonrió.

—Tendrías que oír cantar a Diego. —Brandon se mostró sorprendido. Él no conocía a ningún hombre que cantara—. Domina los tonos bajos a la perfección.

—¿Tonos bajos? —le preguntó con curiosidad.

Ambos habían llegado a la puerta del dormitorio de Brandon. Marina parpadeó varias veces, pero él no soltó su codo como ella pretendía.

—Tengo poco tiempo para cambiarme —le dijo algo turbada porque Brandon la arrastraba hacia el interior de su alcoba—. Debo regresar a mis aposentos.

—Mis aposentos son tus aposentos.

—Duermo en el otro extremo del corredor.

—¿Crees que voy a permitir que duermas en otro lugar que no sea entre mis brazos?

Marina comenzó a respirar de forma agitada. Se sentía profundamente halagada por las palabras de Brandon, pero ella no pensaba dormir con él, al menos hasta que se recuperase de sus heridas internas.

—Soy una mujer adulta y comprendo mis responsabilidades como esposa, pero incluso al guerrillero más valiente se le permite curar sus heridas de honor antes de regresar de nuevo a la batalla.

Brandon alzó una ceja al escuchar su respuesta. Marina sujetaba la tela de su falda con nerviosismo, y sin apartar sus ojos de la puerta abierta. Brandon cerró la puerta con el pie sin separar el contacto de ambos cuerpos. Marina sopesó las posibilidades de negociar con su marido. Brandon comprendió el temor que sentía ella y decidió no atizarlo más.

—Te preocupas de forma innecesaria pues he decidido esperar hasta que estés preparada de nuevo para mí. —El suspiro de ella fue largo y profundo.

—Gracias.

—Tienes el baño preparado, y tu ropa ha sido colocada en el ropero. —Marina enarcó una ceja, pensativa. Brandon lo tenía todo bien dispuesto—. Les diré a los invitados que te reunirás con nosotros en breve. —Estaba tan ensimismada con todo lo que había acontecido en las últimas horas, que no se esperaba el beso profundo y ardiente que le dio Brandon a continuación: como una promesa de lo que le esperaba muy pronto.

—No tardes —la apremió.

Brandon dejó la alcoba con pasos rápidos. Marina contempló su marcha aún confusa por el

desenlace de su escapada voluntaria, y de su regreso forzado. Marina había elegido con cuidado el atuendo. Las prendas seleccionadas eran de fina confección y elegantes bordados. Había escogido de su vestuario un vestido compuesto de chaqueta, bajera, madroñera, camafeo y una cinta para el cuello a juego con los pendientes y los lazos de los zapatos. Estaba confeccionado en raso de color verde y encaje negro, además de terciopelo y pasamanería de primera calidad. La bajera era de popelín con volantes de organdí de cristal. Marina se había recogido la larga melena en una redcilla adornada con un lazo del mismo color del vestido. Esperaba estar presentable en el momento más importante de su vida: su presentación oficial como señora de Ruthvencastle.

Se detuvo en el último escalón de bajada, pero su mano seguía apoyada en la madera cálida de la barandilla. Oía el bullicio en los salones y cerró los ojos con aprensión. Había llegado el momento decisivo pero necesario.

—¡Marina! ¡Estás preciosa! —La voz de su hermano hizo que Marina abriera los párpados para fijar sus pupilas en las de él.

—Primo, te has quedado corto. —La voz de Diego llegó hasta ella entre nubes.

Buscó con sus ojos brillantes la silueta de Brandon, pero no lo localizó en la estancia. Lorenzo le ofreció el brazo para escoltarla. Marina lo sujetó con un ligero titubeo.

—Estamos desfallecidos. Tu cuñada no ha permitido que saciemos nuestro apetito.

Los ojos de Marina se dirigieron extrañados hacia Violet Casandra. La hora de la cena había pasado hacía bastantes horas, y de pronto se dio cuenta de que estaba famélica. Solo había tomado un poco de pan con queso en todo el día.

—¿Dónde está...? —Marina no pudo terminar la pregunta.

—Detrás de ti, observando lo bella que eres —Marina volvió un tercio de su cuerpo hacia la voz de su marido, que le ofrecía una copa de champaña.

Cuando se percató del brillo de admiración de sus ojos verdes, se ruborizó porque le pareció auténtico, pero un segundo después, los ojos de Brandon se empañaron cuando miró detrás de ella. Marina giró la cabeza por instinto para ver que era su primo Diego quien le sostenía la mirada a su marido. Comprendió las amenazas que se lanzaban ambos sin abrir la boca.

—Pasemos al comedor —dijo la cuñada con apremio.

Marina buscó a Ian, pero no estaba entre los presentes.

—¿Dónde está Ian?

—Estaba muy cansado, Alyx le llevó una bandeja a su habitación hace algún tiempo. Ahora debe de estar profundamente dormido.

Marina lamió el labio inferior al recibir la noticia. Tendría que escaparse por la noche para comprobar que el pequeño estuviese bien atendido y tranquilo.

Cada uno de los comensales ocupó su asiento en la mesa bellamente decorada. Brandon presidió la cabecera de la mesa, el tío Robert ocupó el extremo opuesto. Ella estaba sentada a la derecha de su esposo, la hermana a su izquierda, en ausencia de la madre de ambos rompiendo el protocolo, pero Marina ignoraba que Brandon no permitía que su vida estuviese regida por las reglas, ningún escocés se dejaba dominar por esa circunstancia. Cuando todos estuvieron sentados, las puertas dobles se abrieron de par en par para dar paso a las doncellas que llevaban las bandejas con el asado. El aroma impregnó la estancia e hizo que el estómago de ella rugiera con impaciencia. Si sabía tan bien como olía, Marina iba a disfrutar por primera vez de un banquete escocés.

\*\*\*

Estaba agotada, pero al fin había podido escaparse de la atención de todos. Había comido tan

copiosamente que creía que no iba a tener hambre nunca más. La conversación durante la velada había sido fluida gracias a la intervención de Justin y Aurora, el tira y afloja entre ellos, así como las bromas subidas de tono, le habían parecido refrescantes. Era claramente palpable lo profundamente enamorados que estaban el uno del otro, y Marina envidió esa circunstancia que estaba ausente en su vida con Brandon, pero trató de no lamentarse más de lo necesario; nada lograba alimentando esos sentimientos, por ese motivo los desterró de su mente.

Enfiló el pasillo hacia las dependencias de Ian. Necesitaba comprobar que estaba bien, que había cenado y estaba abrigado. Cuando su mano alcanzó el picaporte de la puerta de su alcoba, una mano posada en su hombro le dio un susto de muerte. No gritó porque esa mano había subido de su hombro a su boca para cubrirla por completo, pero al momento supo que era la mano de Brandon. Marina se volvió hacia él con ojos llameantes.

—¡Me has asustado! —le recriminó.

—De no haberlo impedido, hubieses asustado a toda la casa con tus gritos.

—Solo quería cerciorarme que Ian está bien. —Brandon la soltó renuente, pero ella estaba más interesada en abrir la puerta que en seguir hablando con él.

La estancia estaba a oscuras, y Marina maldijo por lo bajo, Ian tenía miedo a la oscuridad. Avanzó con pasos vacilantes hasta la mesilla junto a la cabecera de la cama. Tocó con sus manos la luminaria de queroseno y la encendió. La suave luz iluminó la estancia con destellos dorados. Marina la acercó al rostro de Ian y contempló que dormía de forma placida. Metió la mano por debajo de la colcha para cerciorarse de que la ropa de cama estaba seca. Cuando comprobó que Ian no había mojado el lecho, suspiró con alivio. Brandon seguía los movimientos de ella completamente atónito.

—Todo está bien —dijo ella en un susurro, con la boca pegada al oído del pequeño.

Metió parte de la cobertura superior bajo el colchón para que Ian no pudiese destaparse en sueños y enfriarse. Le ahuecó la almohada y subió la ropa de cama hasta su barbilla, el pequeño se removió, pero no se despertó. Lo miró por última vez, y bajó la fuerza de la luminaria sin apagarla, se volvió hacia la presencia de Brandon, que la miraba con un brillo extraño en sus ojos verdes.

—Eso es muy peligroso. —Marina miró hacia dónde le señalaba él con un gesto de su barbilla—. No puedes dejarla encendida.

—Nunca permito que se agote el queroseno.

—Si Ian le da un golpe sin querer, puede provocar un incendio en la alcoba.

—Y puede caerle un rayo andando por la calle —respondió ella con sarcasmo, pero reculó un segundo después—. Ian tiene miedo a la oscuridad, y hasta que supere esa eventualidad, tendrá una luz en su alcoba.

Brandon alzó sus cejas doradas ante su respuesta impertinente. ¿Su hijo tenía miedo a la oscuridad? La sorpresa en su rostro fue claramente legible para ella que le recriminó duramente:

—Hay tantas cosas que desconoces sobre tu hijo que todavía me pregunto cómo puede admirarte.

Se merecía esa reprobación por su parte, pero no iba a admitirlo nunca.

—Bájala al suelo para que no la golpee sin querer. —Marina siguió su consejo. Depositó la luminaria en un lugar apartado de posibles accidentes involuntarios. Brandon le cedió el paso, Marina pasó a su lado y él la sujetó por los hombros para acompañarla hacia el corredor.

—De ahora en adelante, se acabaron las visitas a medianoche.

Ella no contestó, seguía pensando en las sensaciones que le transmitía el brazo de Brandon sobre sus hombros. El calor le penetraba hasta lo más profundo de su alma anhelante. Se dejó

guiar por el largo pasillo abrazada por él.

## CAPÍTULO 22

Los días iban transcurriendo entre risas y bromas. La presencia de su hermano en Ruthvencastle la llenaba de una inmensa paz, pero Marina sabía que pronto tendría que decirle adiós. Lorenzo tenía muchas responsabilidades en Córdoba como heredero de Zambra, y no podía posponerlas durante más tiempo. Pero, hasta que ese momento llegara, pensaba agotar el tiempo en su compañía, grabar su rostro moreno en su memoria para evocarlo en los momentos de soledad. Si seguía pensando en ello, podría ponerse a llorar por todo lo que su hermano iba a llevarse de vuelta: su amor, parte de su alegría y espontaneidad, y los remordimientos por estar alejada de su padre.

Brandon no había cumplido la amenaza de azotarla por su escapada, y, a pesar de los intentos de él para sonsacarle el motivo por el cual ella seguía acudiendo en la madrugada a la alcoba del pequeño, Marina mantenía un mutismo que a él le parecía sospechoso. Ella no podía revelar los pequeños accidentes que sufría Ian cuando se encontraba nervioso o pasaba frío durante la madrugada, se lo había prometido, y cumplía siempre sus promesas.

Marina miró el castillo; ya no le parecía tan desolador. Había aprendido a valorar sus piedras, su historia, y el enorme legado que transmitía de generación en generación. Pero Escocia era fría, y ella añoraba el sol de Andalucía con una intensidad abrumadora. El mapa diverso de sus colores otoñales, los campos arados, el olor de los geranios por la mañana. Marina inspiró con fuerza y decidió no lamentarse más por lo que había perdido. Observó al pequeño Ian correr junto a un cachorro que le había regalado Diego. Era indudable el amor que le profesaba su primo al niño.

¡Cómo habían cambiado las cosas para ella en Ruthvencastle!

Desde la partida de Morgana, todo funcionaba mucho mejor. Ian se dejaba mimar por sus primos ingleses, que bromeaban constantemente con él por la futura unión de ambas familias mediante los esponsales de su primogénita. El pequeño sonreía de forma tímida con una resignación palpable. A Marina le sorprendía el carácter afable y simpático que demostraba un heredero tan importante como el inglés, que estaba enamorado hasta la médula de su esposa. Siguió con sus ojos los pasos vacilantes que daba el pequeño Miguel. Era el niño más hermoso que había visto nunca, y la frialdad de Diego la sorprendía. Era como si no quisiera olvidar que su propio hijo era producto de un engaño perpetrado por una pérfida mujer, pero ella no podía ver a su prima escocesa como una mujer manipuladora y fría, veía el amor que sentía por su primo en cada mirada, en cada gesto, ¿cómo era posible que Diego lo ignorara? Una mujer que miraba como ella no podía ser malvada. Marina la había visto rezar por las noches cuando creía que nadie la observaba, y palpaba en sus labios rojos lo que pedía; que su esposo la amase de la misma forma que ella a él. Unos ojos que amaban así no sabían mentir. La mujer de Diego no era la persona traicionera que ella había creído, y por ese motivo tenía una conversación pendiente con su primo al respecto, lamentaba entrometerse, pero no podía tolerar el sufrimiento que veía sin hacer nada.

Marina miró las cartas que tenía en su regazo. Una de ellas era de Eugenia contándole todo sobre su boda, la otra era de Ágata, que se había escapado de París para dirigirse a España. En la carta, escrita con puño firme, le informaba que no soportaba vivir en Francia. La gente la hacía sentir fuera de lugar, se sentía infeliz con su vida y estaba dispuesta a cambiar eso. Pretendía llegar hasta Escocia para esconderse de su padre. Marina ladeó la cabeza porque la visita de Ágata podía significar muchos problemas, y era lo que menos deseaba; ahora que tenía una cierta

armonía con su esposo, no deseaba que se estropease. El corazón de Marina se aceleró al pensar que pronto estaría lista para cumplir sus deberes como esposa.

Habían pasado varios días desde aquella primera vez, y sabía que no podía posponerlo por más tiempo, no, cuando deseaba que la besara y acariciara de la misma forma que lo había hecho en los jardines de Zambra cuando cayó literalmente en sus brazos. Se sorprendió, parecía que habían pasado años y no meses desde que sus labios se habían rozado por primera vez, del contacto de sus cuerpos ansiosos, y, aunque le daba vergüenza admitirlo, pensar en las caricias de Brandon le producía un nerviosismo que era nuevo para ella. Pero el laird de Ruthvencastle demostraba una paciencia como jamás habría imaginado. Por las noches, cuando todas las puertas del hogar se cerraban, le proponía jugar a varios juegos que ella no conocía hasta su llegada a Escocia.

Marina sonrió al pensarlo porque Brandon le permitía ganar la mayoría de las ocasiones. De pronto, una discusión en Ruthvencastle hizo que ella mirara hacia el hogar. La ventana de la biblioteca estaba parcialmente abierta, por ese motivo ella podía escuchar las palabras subidas de tono que sostenían su primo Diego y su esposo Brandon. ¿Por qué motivo mantenían una discusión? Aunque escuchaba sus voces airadas, era incapaz de entender las recriminaciones que se hacían. Inquieta, se levantó y dejó las cartas en la mesa del jardín, Ian había parado en sus juegos con el rostro preocupado. Marina cavilaba cómo tranquilizarlo, pero no hizo falta, los gritos habían cesado de pronto. ¿La armonía que reinaba en Ruthvencastle estaba de nuevo amenazada? Creía que todos los malentendidos estaban aclarados, entonces, ¿por qué motivo seguían ambos hombres distanciados?

Su cuñada había salido al jardín para buscarla. Cuando sus ojos la encontraron, le hizo un gesto con la mano para que se aproximara a la casa. Marina lo hizo con el pulso latiéndole en las sienes. No quería que nada cambiara en ese paraíso del que disfrutaba, pero mucho se temía que esa esperanza se había convertido en una quimera.

\*\*\*

Brandon estaba furioso. Su cuñado Diego siempre lograba sacar su mal talante, y lo más lamentable era que él ni se lo proponía. La agria discusión mantenida entre los dos lo había puesto de un humor pésimo pues había despertado unos demonios interiores que él creía controlados, pero no era cierto, seguían esperando la oportunidad de hostigarlo de nuevo, de hacer de su vida un infierno. Brandon adoraba la paz que se respiraba por primera vez en años en Ruthvencastle, y Diego, con sus maquinaciones, había roto el fino equilibrio que mantenían. Pensó en Marina y se descorazonó. En esos días de compañerismo había aprendido a confiar en él, a no temer un encuentro pasional, y lamentaba profundamente que esa circunstancia cambiase por una maldita visita, la indeseada visita de Sebastián de la Cruz. ¿Qué demonios se le había perdido en Escocia? Diego afirmaba que había sido invitado por él para tratar negocios en común porque él no podía viajar a España de inmediato, pero Brandon veía esa invitación como una provocación hacia él. Pensó en su esposa, y maldijo de nuevo su sangre Penword, el ansia de dominio que sentía era un lastre que arrastraba sus emociones como un barco a la deriva. Marina no tenía la culpa del fuerte sentido de la posesión que sentía hacia ella, ni de los celos que lo devoraban cada vez que pensaba que no le correspondía en sentimientos. Inspiró con fuerza para tratar de calmar su agitación, aunque sin lograrlo. La entrada de Justin en la biblioteca le hizo entrecerrar sus ojos verdes para ocultar el enfadado que sentía.

—Traigo malas noticias. —Brandon alzó la cabeza hacia el techo—. Bruce Duncan viene de camino hacia Ruthvencastle acompañado de Andrew Beresford y Roger Eden Wilson. Por lo

visto, se han aburrido de Edimburgo.

Todo empeoraba por momentos. Brandon no contuvo la maldición que salió como un bramido por su garganta.

—Ruthvencastle no es una pensión —dijo entre dientes.

—Sabes que Duncan y Wilson son amigos desde la infancia. —Brandon apretó la mandíbula con gesto hosco.

—Detesto este círculo vicioso —le espetó Brandon de forma dura—. Tú y tus amigos podéis ir al infierno. —Justin chasqueó la lengua por el tono mordaz de su primo—. Si no estuvieses en Ruthvencastle, yo no tendría que soportar una visita indeseada —le dijo al primo inglés de forma agria.

Justin pensó que Brandon estaba siendo muy injusto, pero no se lo reprochó. Conocía la animadversión que sentían los Duncan y los McGregor. El clan Duncan no dudaba en aprovechar cualquier ocasión para molestar a Brandon, y Roger Wilson seguía siendo el mentecato que no se enteraba de nada con respecto a esos asuntos.

—Eso no es todo —comenzó Brandon—. Sebastián de la Cruz viene de camino a Ruthvencastle. —Las cejas rubias de Justin se alzaron con un interrogante.

Él, no conocía a ese individuo en cuestión, pero juzgó que no debía de tener importancia. Se dirigió hacia la mesita auxiliar que contenía el licor y sirvió dos copas de whisky.

—Te preocupas en exceso, una cama más no importa, hace demasiado tiempo que el interior de estos muros no contiene bullicio. —Le tendió el licor a Brandon, que lo tomó con mirada ausente.

Brandon tenía que hacer una revelación. Sacarla de su alma para que le aliviase la quemazón en los intestinos.

—Sebastián es mi demonio particular. —Justin no comprendía las palabras de su primo. ¿A qué diantres se refería? Lo miró perplejo.

—No entiendo qué tratas de decirme —le dijo al mismo tiempo que alzaba su copa y bebía un largo trago.

—Diego y Aurora, Sebastián y Marina. —Justin al escucharlo se atragantó y tosió con aspavientos. Brandon no podía hablar en serio.

Tras un minuto largo y pesado, Justin le reprochó:

—Dime que no has cometido el mismo error que cometí yo.

Brandon se bebió su copa de un trago y la dejó con brusquedad en la hermosa mesa de caoba.

—A diferencia de Aurora, fue Marina la que me obligó a desposarla a punta de trabuco. —La boca de Justin se había abierto como por arte de magia, pero la volvió a cerrar estupefacto.

Se sentía incapaz de decir nada o de pensar con coherencia. Brandon debía de estar exagerando. Marina, con su baja estatura, no podía obligar a su gigante primo a nada.

Rompió a reír contra todo pronóstico.

—Te mereces que te dé un buen puñetazo —le dijo el escocés al comprobar su hilaridad. Él le abrió su corazón, y Justin se reía de su infortunio.

—Me sorprende reconocerte en ti —respondió el inglés con humor. Brandon crujió los dientes—. Pero estoy en la ventajosa posición de poder aconsejarte. ¡Llévate a Marina lejos! Haz un viaje a las colonias y no regreséis en varios años.

Nunca un consejo ofrecido por su primo le había resultado tan atrayente. Pero volvió a poner los pies en el suelo. Él no le daba la espalda a un reto.

—A diferencia de ti, yo no soy un cobarde.

Justin se llevó la mano al pecho.

—*Touche!* —contestó, Brandon seguía teniendo el ceño fruncido—. ¿Qué te preocupa? —le preguntó de forma directa.

—¿Qué te preocupaba a ti? —contrarrestó.

Justin meditó la pregunta formulada por su primo escocés. Debía de referirse indudablemente a los demonios que lo habían acosado años atrás cuando no se sentía seguro del afecto de Aurora.

—Como bien has mencionado, Marina te obligó a desposarla. En mi caso, fui yo quien obligó a Aurora a corresponderme. Es una clara diferencia.

Brandon se sentía reacio a revelar a su primo inglés los avatares que había sufrido con Marina, pero tenía que sacarlos de su pecho.

—Se desposó conmigo para salvarle el pellejo a él. Me incluyó en su vida con condiciones, y eso es algo que no puedo olvidar.

—Entonces, tienes un grave problema —Brandon ya lo sabía—. Pero Marina eligió, primo, nunca lo olvides.

—¡Un maldito consuelo! —respondió el otro de forma amarga.

—Cuando una mujer elige, puedo asegurarte que es para siempre —ratificó Justin.

Brandon volvió a llenarse la copa de whisky y la apuró de un trago. El fuerte licor le quemaba en la garganta, casi podría rivalizar con el ardor que sentía en sus entrañas.

—Ya veremos, primo, ya veremos.

\*\*\*

Violet Casandra tenía el rostro demasiado serio. Marina se preparó mentalmente para recibir una mala nueva cuando cerró la puerta tras ella. La cuñada la invitó con un gesto de la mano para que se sentara a su lado en el sofá de cuero marrón. Lo hizo al mismo tiempo que le ofrecía una sonrisa.

—Viene visita a Ruthvencastle, mi hermano debería informarte —Marina la miró con sorpresa—. Vienen Roger Eden Wilson, Andrew Beresford, y Bruce Duncan. —Ella conocía a dos de los hombres mencionados pues habían estado días atrás en el castillo—. Nosotros íbamos a regresar a Edimburgo de inmediato, pero Diego cree que es mejor que nos quedemos unos días más.

Marina estuvo completamente de acuerdo.

—Conozco al señor Wilson y al señor Beresford, hicieron una visita a Ruthvencastle cuando Brandon estaba de viaje en Inglaterra.

—El problema es Bruce Duncan. —A Marina le sonaba el apellido Duncan, pero no podía recordar el motivo—. Los Duncan son enemigos de los McGregor desde hace siglos. —Marina parpadeó, ahora lo recordaba, Ian había pretendido llevarla a las tierras de los Duncan cuando escapaban.

—Si son enemigos, ¿cómo es posible que venga de visita?

—Hace demasiado tiempo de esa enemistad, por ese motivo los herederos de los clanes tratan de mostrarse civilizados, aunque en el fondo exista esa rivalidad.

Marina no comprendía nada. Esa doble actuación le parecía irreal. Cuando se era enemigo, no había medias tintas.

—A menos que haya una provocación clara, un escocés no niega la hospitalidad de su casa, ni la comida de su mesa.

—Entiendo —pero no era cierto porque estaba más confundida que nunca.

—De todos los Duncan, Bruce es el menos belicoso, cree realmente que aquello que hicieron los antepasados de ambos clanes no debería manchar a los herederos del presente. Mi hermano



Brandon no se ha pronunciado al respecto, pero si viene una visita Duncan, ofrece la hospitalidad de su casa como si fuese la visita de otra familia escocesa.

—¿Por qué existe esa enemistad? —preguntó demasiado curiosa para contenerse.

—Un antepasado nuestro raptó a una doncella Duncan prometida al laird de otro clan.

Marina meditó la respuesta. Desde que el mundo era mundo, las mujeres se escapaban con los hombres de su vida, con enamorados que no habían sido elegidos por su familia.

—La muchacha Duncan no amaba a su secuestrador. —La palabra secuestro cambiaba la perspectiva de todo el asunto—. El prometido lanzó una maldición sobre el clan McGregor, una condenación que arrastramos hasta nuestros días. —Marina abrió los ojos estupefacta. ¿Una maldición? Ella podía respetar la creencia del castigo, fuese divino o terrenal, por algo era católica.

—¿Por qué crees necesario darme el aviso? ¿Piensas que puedo hacer algo que empeore la enemistad entre los Duncan y los McGregor? —la cuñada bajó los párpados, lamentaba que Marina hubiese tomado su explicación de la peor manera posible.

—Creo que has malinterpretado mis palabras —se justificó la escocesa—. Como señora de Ruthvencastle debes de estar informada de todo para que actúes con propiedad. —Marina inspiró con fuerza.

—Soy hija de conde, cuñada, he sido preparada y educada desde la cuna para convertirme en una señora —respondió con voz tirante—. Sé cómo se debe agasajar a un invitado, y ahora que no está Morgana, mis decisiones no serán cuestionadas.

Violet Casandra le sonrió para suavizar el momento tenso.

—Nunca cuestionaría tus aptitudes como señora, Marina, simplemente creí que podrías necesitar algunos consejos sobre dónde colocar a los invitados en las diferentes alcobas.

—Se colocan por rangos —contestó suave—, la estancia más espaciosa y agradable para el duque, la mazmorra para el enemigo —concluyó.

La cuñada la miró con rostro sorprendido, pero cuando vio el guiño de sus ojos, comprendió que le estaba gastando una broma.

—¿Y dónde colocarías a Andrew Beresford? —le preguntó con voz aliviada.

—Como los dormitorios de la planta superior están ocupados por Justin, Diego y Lorenzo, dejaría que se instalara en el que ocupé yo a la llegada de Ruthvencastle: el que está justo al lado de la alcoba de Ian, aunque tenga la colcha de flores y las cortinas de color rosa.

—¡Bravo! —exclamó la escocesa—. Solo nos queda Sebastián de la Cruz.

El corazón de Marina saltó dentro de su pecho al escucharla.

—¡Sebastián! —exclamó.

—¿Diego no te informó de su llegada? —pero ella no podía responderle, estaba demasiado emocionada—. Qué extraño —dijo la escocesa en un susurro—, tienen asuntos de negocios que tratar, por ese motivo fue invitado a visitarnos, pero como Diego y yo no estamos en Edimburgo, se le extendió la invitación para que viniese a Ruthvencastle.

—Mi hermano Lorenzo me comentó su llegada, pero no creí que fuese tan rápida.

—Puede ocupar la alcoba que hay entre la biblioteca y el salón. No será difícil colocar una cama, hay varias en el desván. ¿Le importará a Sebastián?

Marina negó con la cabeza.

—Estará encantado con la privacidad que obtendrá.

—Es una pena que la última planta de Ruthvencastle no esté reformada. Tiene seis dormitorios inservibles.

—Pero lo estará —sentenció Marina—. Ruthvencastle resplandecerá con toda la gloria que

se merece.

Violet Casandra la miró con atención, pero Marina ya no dijo nada más.

—He pensado que después de la cena podríamos amenizar la velada con música de gaitas. —Marina alzó una ceja con curiosidad—. Y también música de tu reino. Diego se ha traído su guitarra, sabes que la toca muy bien —dijo la escocesa. Marina asintió—. Y tú podrías ayudar con algunas canciones. Mi esposo me ha contado que en ocasiones has entretenido a los invitados del conde de Zambra. Dice que tienes una voz preciosa.

Marina negó de inmediato. La cuñada leyó en su mente el debate que le produjeron sus palabras.

—Los invitados tendrán que conformarse con las gaitas, aunque creo que mi hermano se ha traído su Vihuela, les gustará escucharlo.

La cuñada amplió la sonrisa de sus labios.

—Ya lo hemos escuchado tocar, creo que fue... —Marina se le adelantó.

—Una contradanza —respondió con rapidez—. Mi hermano es alumno de Dionisio Aguado y García, un compositor y guitarrista clásico español muy admirado.

La escocesa la miró con atención.

—La guitarra es un instrumento que me admira.

—Eso es porque expresa muy bien nuestra espontaneidad. Canta a la esperanza, llora al dolor, sufre el desengaño, gime por un recuerdo. —Marina suspiró mientras hablaba.

Violet Casandra la miraba de forma intensa.

—Bueno, ¿qué te parece si elaboramos los diferentes menús? Hasta que te desenvuelvas mejor con la gastronomía escocesa. —Marina asintió con entusiasmo.

—Gracias, no merezco este trato deferente por tu parte.

La cuñada la silenció con un dedo.

—Eres la señora de Ruthvencastle, nunca lo olvides.

—No lo haré. ¿Dónde está el tío Robert? —preguntó Marina en un arrebato.

—No soporta a los ingleses, y tener Ruthvencastle lleno de ingleses le pone de muy mal humor. —Marina la miró con sorpresa—. Se ha marchado a visitar a su única hermana, estará de regreso en un par de días.

Marina ladeó la cabeza pensativa. Ambas cuñadas se pusieron manos a la obra. Salieron del salón para dirigirse hacia las despensas y comprobar los víveres. Ruthvencastle nunca había tenido tantos invitados, y había que hacer muchas cuentas.

## CAPÍTULO 23

Estaba parada frente a Sebastián. En ese preciso momento, él le entregaba sus guantes de montar, su capa y sombrero al mayordomo de Ruthvencastle. El vestíbulo se había quedado demasiado estrecho y oscuro: parecía que todos habían desaparecido y quedaban Sebastián y ella. Marina contenía sus ganas de lanzarse a la carrera y abrazar a su amigo del alma, pero contuvo su ansiedad bajo una férrea voluntad. Contó los pasos que Sebastián daba hacia ella, dos, tres... casi había llegado al lugar donde estaba erguida, con la sonrisa más sincera del mundo.

—Estás preciosa.

Su voz había sonado alegre, profunda.

—Me alegro tanto de verte... —correspondió ella al mismo tiempo que le tendía la mano para ofrecerle el saludo.

Sebastián se la estrechó con un titubeo, pero a continuación pegó un tirón de su mano que la lanzó a sus brazos. Marina olvidó por un momento que era una mujer casada, que estaba en un reino extraño, frío y de costumbres duras. De pronto se encontraba corriendo por los prados andaluces. Podía oler el aroma del romero en flor, el dulzor de las rosquillas de anís, y, todas esas sensaciones, hicieron que se abandonara en los brazos de Sebastián sin sentir remordimientos, hasta que un carraspeo en su espalda la devolvió de nuevo a Ruthvencastle.

—¡Pienso matarte, mi pequeña Da! —Marina sabía que Sebastián no hablaba en serio—. No pienso olvidar ni perdonar que me has dejado plantado en el altar.

Nadie podía escuchar sus palabras porque se las decía con los labios pegados a al oído, pero para el hombre que observaba la escena con ojos fieros, parecía que el español susurraba palabras de amor que ella aceptaba con coquetería. La cólera comenzó a atizarlo. Lorenzo decidió romper el silencio que se había instalado entre los presentes que miraban la escena con rostros precavidos.

—Si fuera tú, soltaría a mi hermana de inmediato, creo que su esposo se ha tomado bastante mal nuestra forma particular de salud.

Marina despegó su torso del pecho de Sebastián al escuchar las palabras de su hermano. Se había olvidado por completo de que estaban rodeados de gente, y no en la sierra de Hornachuelos. Sebastián la soltó, aunque renuente, hizo caso de las palabras de Lorenzo. Cuando Marina dio dos pasos hacia atrás, él dio los necesarios para plantarse delante de Brandon con la mano extendida. El laird tardó unos segundos más de los necesarios en corresponder al saludo.

—Mi enhorabuena por sus esponsales. —Sebastián le ofrecía la felicitación con voz como el granito—. Aunque no la merece. —Marina aguantó la respiración por las palabras de Sebastián. Acababa de insultarlo de forma velada—. Y gracias por la hospitalidad ofrecida.

Pero Brandon no reaccionó como esperaba Marina. Se tragó las ganas que sentía de estrangular al hombre y de tirar su cuerpo por un acantilado. Controló la respuesta ácida que subía por su garganta como espuma amarga, y forzó sus labios para que mostrasen una sonrisa, aunque era la más falsa de cuantas había ofrecido en su vida.

—Bienvenido a Ruthvencastle.

Marina respiró al fin. Sebastián se volvió hacia Diego y le estrechó la mano. Lorenzo palmeó la espalda de su amigo con entusiasmo.

—Confío que tu viaje haya resultado sin contratiempos —le dijo Lorenzo. Sebastián hizo un gesto negativo con su morena cabeza.

—Me perdí dos veces en la ciudad de Londres, ya sabes que mi vocabulario de inglés es

bastante básico, aunque para mi sorpresa he encontrado gente bastante amable.

—Por favor, pasemos al salón, tomaremos algo para refrescar la garganta —dijo Violet Casandra como una perfecta anfitriona.

Sebastián clavó sus ojos en Marina, y su rostro se dulcificó. Estaba realmente guapa, pero Brandon decidió tomar las riendas del asunto de una vez por todas y sujetó a su mujer por la cintura de forma posesiva. La escocesa acompañaba a Sebastián hacia el interior del salón. Lorenzo y Aurora los seguían de cerca. Diego se había quedado rezagado mirando el vestíbulo vacío. Y, entonces, una amplia sonrisa comenzó a dibujarse en sus labios: Brandon por fin iba a tener lo que se merecía.

—Yo no estaría tan seguro. —Diego se giró hacia la voz de lord Penword. No se había dado cuenta de que seguía en la estancia con él. Al estar apoyado en la escalera, había escapado de su vista cuando todos se dirigían hacia el salón—. A diferencia de mí, Brandon controla muy bien su talante. Pero acepta un consejo... —Diego alzó su mano para callarlo, Justin no le hizo el menor caso—. Ningún hombre se merece ser el instrumento de venganza de otro.

Diego apretó los labios con fuerza. Podía comprender la defensa del inglés hacia su primo escocés, pero él estaba muy por encima de sus consejos.

—No tienes ni idea de lo necio que es el laird de Ruthvencastle. —Justin tensó la espalda al escuchar el insulto hacia su primo—. Y veremos lo que sucede cuando Marina lo descubra.

Tras esas enigmáticas palabras, Diego abandonó el vestíbulo y se dirigió con paso marcial hacia el salón donde se podían escuchar las risas de Aurora y de Lorenzo. Una malagueña y un cordobés juntos podían ser algo así como un arsenal de explosivos manejados por un puñado de niños.

\*\*\*

Unas horas después llegaron a Ruthvencastle lord Wilson, lord Beresford, y Bruce Duncan. El bullicio en el salón de recepciones era ensordecedor, pero las doncellas estaban bien entrenadas y se había contratado más personal para las caballerizas, cocina, así como cuatro lacayos para que atendieran a los invitados con el privilegio que merecían. La cena elegida fue del agrado de todos los comensales, que disfrutaron las viandas con una rica y fluida conversación en inglés en deferencia al futuro duque de Arun, pero aderezada con frases en español, y maldiciones en gaélico. El único invitado que se mantenía en silencio era Bruce Duncan. Hablaron sobre la política inglesa, el vino francés, y las carreras de caballos en Ascot. De tanto en tanto, Sebastián dirigía sus ojos hacia Marina, que le sonreía con calidez.

Brandon bebía de su copa sin perderse detalle de las diferentes conversaciones, aunque sin intervenir, ni de las miradas subrepticias que se lanzaban ambos españoles: su esposa y el cretino.

Marina, al sentir los ojos de su marido clavados en ella, volvió su rostro hacia él y lo miró con todo el amor que sentía. Estaba feliz, y esa dicha necesitaba compartirla con la persona que amaba, pero Brandon estaba demasiado afectado por la visita para percatarse de lo que trataba de transmitirle Marina con los ojos.

—Creo que hay un entretenimiento adicional después de la cena —dijo lady Penword de repente. Justin dejó de charlar con Roger para posar sus ojos grises en su esposa, que acababa de obsequiarle una de sus miradas pícaras—. ¿Qué les parece, si prescinden de su copa de licor en la biblioteca? Solo por esta noche —pidió ella con voz melosa.

Brandon estaba deseando que terminara la maldita cena. Estaba tan tenso que no sabía cómo había conseguido masticar los bocados de asado y tragarlos.

—Las damas queremos bailar —Justin tosió al escuchar a su mujer.

Como siempre, Aurora decidía por sí misma sin consultarle, ¿se acostumbraría alguna vez?

—Más que la danza prefiero escuchar una balada —dijo Roger como de pasada, pero más interesado de lo que dejaban traslucir sus palabras.

Desde que había conocido a la mujer de lord Penword, todo lo referente al reino enemigo de España, le interesaba muchísimo.

—Marina ha prometido bailar conmigo una guajira —Marina soltó el aire de forma abrupta al escuchar a Aurora porque ella no había prometido nada—. Un pajarito me ha contado que lo hace bastante bien.

Los ojos de Marina volaron hacia su hermano Lorenzo, que le hizo un encogimiento de hombros.

—Doy fe de ello —alegó Sebastián con ojos zalameros.

Marina meditó sobre la situación. Parecía un complot urdido por su prima política Aurora, pero ignoraba con qué propósito, a ella no le importaba bailar, todo lo contrario, lo adoraba, pero debía obtener el beneplácito de Brandon como en el pasado lo obtenía de su padre el conde de Zambra.

—No bailaré a menos que mi esposo me otorgue el permiso —Brandon apretó los puños bajo la mesa para mantener el rostro sereno.

Él, había visto bailar una vez a Marina, pero había sido el único espectador. Si tenía que contemplar como otros hombres disfrutaban con sus movimientos, se volvería loco de celos. Los ojos de Diego estaban clavados en él, como esperando una salida de tono por su parte, pero Brandon decidió que lo iba a dejar esperando eternamente.

—Y lo hace de forma soberbia —admitió con orgullo desmedido en la voz.

Una serie de exclamaciones fueron sucediéndose en la mesa al escuchar las palabras del laird.

—Perfecto —dijo Aurora con una sonrisa—, pasemos al salón mientras se prepara la música. Diego —la llamó lady Penword—. ¿Nos tocas una guajira?

El aludido miró a la que fue el amor de su vida con cara de «me cobraré este favor».

—Yo acompañaré al barón de Bidasoa con la vihuela.

Marina miró a su hermano, extrañada por su ofrecimiento, y suspiró. La velada podía ser un éxito, o un desastre.

Lady Penword se situó en el centro de la improvisada zona de baile. Las doncellas habían apartado los sillones hacia un rincón y enrollado la gruesa alfombra en la esquina para que no molestase. Se habían situado las sillas en fila para que todos los invitados tuviesen una vista perfecta del espectáculo. Brandon y Marina se mantenían sentados detrás de la mesa, pero ninguna de las sillas dispuestas en fila entorpecía la visión. De pronto, Diego apareció con una guitarra, lo seguía Lorenzo de cerca con su vihuela. Ambos hombres comenzaron a afinar las cuerdas hasta arrancar un rasgueo de acorde en la guitarra.

El silencio entre los presentes se hizo notorio.

Marina clavó sus ojos castaños en la mujer extraña que era mitad inglesa, mitad española. Llevaba un vestido muy apropiado para desenvolverse sin problemas en el baile. Tenía un profundo escote que dejaba al descubierto el nacimiento de sus cremosos senos, y, aunque el corte era ajustado a la cintura, la tela caía desde las caderas en suaves cascadas hasta besar el suelo. Volvió su rostro hacia su marido, que ocupaba un lugar preferente en el salón junto a ella. Tenía el rostro serio y los ojos brillantes. El sonido de un taconeo devolvió el interés de Marina hacia lady Penword, parecía que probaba la dureza de la tarima de madera con sus zapatos. De pronto,

guitarra y vihuela comenzaron a sonar al unísono. Aunque Marina había dudado de la destreza de su hermano, se retractó. Lorenzo era el acompañante perfecto para las manos de Diego. Ambos tocaban una guajira muy conocida en las tabernas de Córdoba.

Aurora comenzó a girar y a dar vueltas al mismo tiempo que iba describiendo con sus manos unos círculos pequeños que fue aumentando a medida que las notas alcanzaban su punto álgido. El desenfado de sus movimientos iba cautivando uno a uno a los presentes. Ondeaba la cintura de forma tentadora cuando se acercaba hacia el lugar donde estaba sentado su esposo. Las manos de Aurora bajaron hasta el vuelo de su vestido, y, de pronto, extendió una hacia Marina para invitarla a unirse a su baile. Ella le pidió permiso a Brandon para acompañarla. Brandon le hizo un gesto afirmativo con la cabeza, pero cuando se levantó para comenzar a bailar, ambas guitarras se apagaron al mismo tiempo. Diego aprovechó el silencio para beber un trago de whisky. Era una bebida que no le gustaba, pero era habitual en las Tierras Altas.

Lorenzo clavó sus ojos risueños en su hermana.

—Un bolero —le dijo, pero Marina negó con la cabeza y Aurora le hizo un gesto con la barbilla a Diego.

Diego encogió los anchos hombros ante el cambio de palo. Marina seguía parada en el centro de la sala junto a Aurora. Diego miró a Sebastián y le indicó algo que no entendió ninguno de los presentes, aunque alguno lo intentó. Cuando Sebastián hizo un gesto afirmativo con la cabeza, Diego se giró. Los presentes estaban demasiados entusiasmados para decir o hacer nada. Marina cavilaba qué le habría murmurado Diego Lorenzo.

Diego inclinó la cabeza y comenzó los rasgueos propios en su guitarra en la escala mínima. Cuando Diego se arrancó, Aurora comenzó a bailar de nuevo, Marina la secundó. Lord Wilson disfrutaba demasiado de la alegría española en el baile como para mostrar una queja. Duncan era el que lo miraba todo con escepticismo, aunque gozaba con los movimientos sensuales de ambas mujeres en la danza. Le pareció muy primitiva y explícita.

Marina siguió a Aurora en cada giro y requiebro. Sus labios florecieron en una sonrisa de dicha. Hacía tanto tiempo que no disfrutaba de la música y el baile, que le parecía imposible hacerlo en ese momento.

Brandon estaba a punto de explotar viendo el rostro de placer de su esposa al seguir en los movimientos a su prima, pero se contuvo. Deseaba que el espectáculo terminara para acabar con el momento tormentoso, pero siguió sentado en silencio contemplando el baile y escuchando los comentarios en voz baja sobre ellas.

Cuando ambos instrumentos musicales comenzaron a sonar con más fuerza, para sumirse en el silencio unos segundos después, Aurora se quedó parada frente a Brandon, que inspiró con fuerza al ser consciente de la invitación que le extendía ella con su mano. Marina había emitido un leve jadeo. ¿Por qué motivo invitaba lady Penword a su esposo para acompañarlas? ¿Debía de estar loca! Brandon podía tomárselo como una ofensa, y rezó con todas sus fuerzas para que se negara, lo último que deseaba era contemplar una burla de los presentes sobre la torpeza de su esposo. Un hombre tan grande no podía tener destreza para bailar. Ella caminó directamente hacia él, pero la mano de Brandon la detuvo a medio camino al mismo tiempo que le hacía un gesto negativo. Todos los ojos estaban fijos en el laird, y, para sorpresa de los invitados, fue Sebastián quien se levantó de su asiento para aceptar la invitación ofrecida por lady Penword. Aurora le hizo una breve reverencia, y le cedió su lugar junto a la señora de Ruthvencastle. Era todo un detalle por parte de Sebastián no rechazar la llamada de una dama; un caballero español jamás permitiría que se ofendiese a una mujer que deleita con un baile, pero Brandon desconocía ese detalle. Roger aplaudió con entusiasmo la iniciativa del noble español.

Brandon apretó tanto la mandíbula que sufrió un latigazo en la sien. Ver plantados delante de él a Marina y a Sebastián le estaba produciendo un terrible dolor de cabeza.

—Lorenzo, otra guajira, por favor —pidió Sebastián sin dejar de mirar a Marina. Había posado la palma de su mano derecha en la espalda de ella para posicionarla.

Brandon se lo tomó como una caricia descarada hacia su esposa.

Marina creyó que no había oído bien. La guajira tenía un ritmo cadencioso que invitaba a bailar en pareja. Sebastián quedó parado de pie frente a Marina, que no sabía qué hacer a continuación, si retirarse o continuar. Buscó con sus ojos los de Brandon, pero él estaba mirando hacia otro lado del salón, como si no le importase lo más mínimo lo que hiciese ella. Miró uno a uno al resto de invitados que seguían sentados en sus respectivos lugares, esperando. El brillo en los ojos de Sebastián le hizo dudar durante un minuto largo, estaba en una situación sumamente incómoda.

—No podía permitir que te desairara, Da, y, ahora, ¿vas a desairarme a mí?

—Él, desconoce nuestras costumbres —lo defendió ella, pero se giró hacia su hermano, y le hizo un asentimiento con la cabeza.

La guitarra empezó a sonar de nuevo.

Marina comenzó su contoneo al escuchar el primer acorde. Taconeó y movió una de sus manos sobre su cabeza como si acariciase el aire. Sebastián se acercó hasta pegar su pecho a la espalda de ella para seguirla en los movimientos. Al bajar sus ojos negros y clavarlos en ella, vio que le devolvía la mirada con candidez. Sebastián apreció la lenta sonrisa que curvó sus labios de cereza al dar un paso rápido y dejarlo desplazado, pero un segundo después, Marina hizo un giro sensual y seductor que la condujo de nuevo al pecho de Sebastián y le ofreció su mano, mano que él asió con delicadeza al mismo tiempo que la giraba sobre sí misma en una vuelta completa.

Marina estaba disfrutando con el baile, hacía mucho tiempo que no se abandonaba de forma tan mundana. Su hermano seguía en las notas a Diego de una forma maravillosa. Los espectadores bebían cerveza y whisky mientras reían con el baile. Los invitados no podían apreciar si la pareja que bailaba se ceñía a determinados pasos, o si eran improvisados, pero estaban hipnotizados pues ambos se compenetraban a la perfección. Parecía que estaban contemplando una danza de cortejo por parte de ella; de persecución por parte de él. Rechazo y aceptación al mismo tiempo. Marina llevaba la iniciativa, pero Sebastián la seguía de forma armoniosa, y con pasos perfectamente ejecutados. Parecía que los espectadores contenían la respiración.

Diego observaba subrepticamente a Brandon; disfrutaba del mal rato que estaba pasando su cuñado contemplando cómo bailaban Marina y Sebastián. La agria discusión mantenida días atrás estaba sin solucionar, pero él tenía que proteger a su prima, aunque se llevase por delante a su cuñado.

Las pupilas de Brandon brillaron, el barón de Bidasoa no iba a parar hasta que la casa se derrumbase encima de su cabeza y lo aplastase. Cuando dejó de mirar a la pareja de baile para mirarlo a él, descubrió que no podía quedarse en la sala más tiempo. Se levantó de su asiento completamente superado en emociones. Diego le hizo un gesto para que se contuviera, pero él no hizo caso de la advertencia, en sus prisas tiró la silla al suelo y desapareció por la puerta como una exhalación.

Justin marchó tras él tratando de tranquilizarlo.

Lorenzo silenció su guitarra de forma brusca. Marina y Sebastián cesaron de bailar al percatarse de ello. El laird de Ruthvencastle había abandonado el salón con una maldición, Justin también, y Diego hizo lo propio. Marina, en medio de su confusión, no supo qué hacer. Violet Casandra le hizo un gesto para que siguiera a Brandon y hablara con él, y ella decidió hacer

precisamente eso. Dirigió sus ojos a los invitados que comenzaban a especular.

—Señores, disculpen esta interrupción. Lady Penword continuará amenizando la velada junto a mi hermano Lorenzo, el laird y yo regresaremos en breve. —Marina salió por la puerta de forma rápida. Aurora se levantó para seguir en el baile a Sebastián, que le hizo un movimiento afirmativo a Lorenzo para que continuara tocando.

\*\*\*

Diego logró alcanzar a Brandon en el vestíbulo. Ignoraba hacia dónde habría ido lord Penword, pero el laird tenía una explicación que ofrecerle a Marina, y tenía que dársela ya.

—Si abandonas la velada, convertirás a Marina en la comidilla, no solo del servicio, también de los invitados. —Las palabras de Diego pararon los pasos de Brandon en el acto.

Brandon giró un tercio de su cuerpo hacia su cuñado, y lo miró con el rostro como el granito. Estaba a punto de alcanzar la escalera hacia las dependencias superiores cuando le dio alcance.

—¿Por qué? —le preguntó con voz afilada.

Diego inspiró profundamente.

—¿Se lo has contado? —le preguntó a su vez con voz controlada. Brandon apretó los puños a sus costados tratando de mantener el control.

—No hay nada que explicar —le respondió con voz como el hielo.

—Eres un necio.

—Te advertí que no iba a tolerar un insulto más.

Diego no reculó en su postura. Siguió sosteniéndole la mirada con dureza.

—¡Díselo! ¡O lo haré yo! —La amenaza dejó a Brandon clavado en el suelo.

—La familia no se traiciona.

—Tienes que darle la opción de que juzgue ella misma tu manipulación sobre sus acciones —le reprochó Diego.

—Mi único error ha sido guardar silencio sobre algo que no me atañe —contestó el otro sin un parpadeo.

—Si realmente piensas así, eres un malnacido —lo insultó de nuevo el cuñado sosteniéndole la mirada—. Regresa allí dentro y compórtate como todos esperan del laird de Ruthvencastle —recalcó—. Es simplemente un baile, ¡maldita sea!

—Traer a Sebastián ha sido un golpe bajo.

Diego resopló.

—Te das demasiada importancia porque el mundo no gira alrededor de ti, cretino. —Diego calló un momento antes de continuar—. Sebastián y yo tenemos negocios que tratar, pero supongo que la presencia de él te preocupa mucho más de lo que quieres admitir.

—No me preocupa la visita de Sebastián de la Cruz —bramó Brandon, pero Diego sabía que mentía.

—¿Qué harás cuando Marina descubra el engaño?

—Nada —exclamó Brandon con voz pragmática.

—¡Tiene derecho a saberlo! —le espetó Diego duramente.

—No me provoques o comprobarás de primera mano que la fama sobre mi mal carácter no es infundada.

Diego lo miró sin parpadear.

—Antes de mostrar ese mal carácter del que presumes, entrega a tu hermana el broche de zafiros y los gemelos de rubíes que me regaló por nuestros esponsales, y que la incauta Marina cree que te robó Sebastián.



Cuando Marina recuperó las joyas que habían encontrado en posesión de Sebastián, se las había devuelto a su dueño Brandon, o al menos así lo creía ella. Pero Brandon no la había sacado de su error, se había limitado a cogerlas y guardarlas.

—¿Esperas que te las devuelva ahora? —le preguntó Brandon atónito.

El gemido de Marina hizo que ambos hombres dejaran de mirarse para volver sus rostros hacia ella. Estaba de pie en el hueco de la puerta que daba al vestíbulo. Ninguno de los dos se había percatado de que estaba escuchando la disputa que mantenían. Brandon lanzó una maldición al verla. Diego había cerrado los ojos ante el desastre que se avecinaba.

Marina estaba mortalmente pálida.

—Prima, lo siento —trató de disculparse, pero ella le hizo un gesto con la cabeza para que guardara silencio—. Me he comportado de forma censurable.

Los ojos de ella brillaban con dolor. Brandon se mesó el pelo con impaciencia. Marina acababa de dar los pasos necesarios para acercarse hasta el lugar del vestíbulo donde estaban ellos, muy cerca de las escaleras. Tenía los labios apretados, el rostro desolado. Dentro del salón se escuchaba tocar a Lorenzo.

—¿No te pertenecían y callaste? —le preguntó Marina a su esposo con un hilo de voz. Brandon volvió a maldecir la intervención de su cuñado porque lo había empeorado todo—. Te supliqué, arrastré mi orgullo por el suelo, ¡y tú sabías que las joyas eran de mi primo! —Marina se tragó un gemido, no iba a llorar, no iba a darle a su marido esa satisfacción—. Me hiciste creer... ¡Oh, Dios mío! Creí de verdad que Sebastián te había robado, y no fuiste sincero conmigo. ¿Por qué? —le preguntó con tono angustiado.

Diego dudó entre dejarlos o quedarse para proteger a su prima, aunque lo pensó mejor, el que necesitaba protección en ese preciso momento era el laird de Ruthvencastle.

—Si no recuerdo mal, nunca afirmé que las joyas fuesen mías. Tú misma llegaste a esa conclusión, poco puedes recriminarme. —La respuesta de Brandon había sido precisamente la que esperaba ella.

—Diego, por favor —ella miró a su primo con súplica en sus ojos—. Permite que sufra esta decepción a solas. No deseo que contemples mi humillación.

Diego supo que Marina le rogaba de verdad que le permitiera un poco de privacidad. Asintió y se marchó en dirección al salón. Antes de alcanzar la puerta, detuvo sus pasos para decirles a ambos:

—Mantendré ocupados a los invitados hasta vuestro regreso, pero que sea rápido, o todos sospecharán lo que sucede.

Después de la marcha de Diego, el silencio pendió sobre los dos como una pesada hacha afilada. Brandon había llegado a un punto que quería evitar a toda costa, lo había pospuesto durante demasiado tiempo, pero tenía una explicación que ofrecer.

—Moliere me descubrió cuando registré su dormitorio buscando las cartas que comprometían a tu amiga. Luego me siguió hasta la alcoba de Sebastián.

—¿Registraste la alcoba de Sebastián? —Marina no podía creérselo.

—Me gusta conocer el punto débil de mis enemigos.

—¿Sebastián no es tu enemigo! —Marina cerró sus ojos durante unos segundos.

—¿Lo estás defendiendo? —Marina le ofreció silencio, Brandon continuó con su explicación —: Moliere descubrió en la alcoba de Sebastián las joyas que le había prestado Diego para que las empeñara: un medallón muy valioso, un sello con el escudo familiar de los McGregor, unos gemelos, y un alfiler con un diamante. Regalos de mi hermana a su esposo.

Marina gimió al escucharlo. Las joyas representaban una pequeña fortuna. Sebastián podría

haber obtenido mucho dinero por ellas, el suficiente para comenzar a pagar las deudas que pendían sobre su propiedad.

—¿Por qué? —le preguntó ella a bocajarro—. ¿Por qué el silencio?

Brandon tenía dos opciones: callar o decirle la verdad. Optó por la segunda alternativa.

—Estaba decidido a marcharme, pero apareciste con una oferta que no pude rechazar, ¿no es cierto?

Eran las palabras más sarcásticas de cuantas le había escuchado decir. Marina echó la cabeza hacia atrás para mirarlo mejor. Era cierto que lo había obligado, amenazado, ¿y qué? ¿Acaso la vida de un hombre no valía esos extremos?

—Era tu obligación sacarme de mi error. Decirme que las joyas no eran tuyas, sino de mi primo Diego, y que le habían sido prestadas a Sebastián por él.

—Pero yo no tenía modo de saber que no las había robado realmente. —Marina bajó los ojos confusa. El silencio de Brandon la había condenado a ella a un futuro incierto.

—Dejaste que me pusiera la cuerda al cuello.

—Es cierto, tú misma te pusiste precio obligándome a cumplir una reparación ofrecida en un calentón. Te advertí del peligro que corrías.

A Marina le chirriaron los dientes.

—Trataba de salvar la vida de una buena persona —le replicó con la voz llena de amargura—. No pensaba en mi integridad, ni en mi orgullo.

—Moliere descubrió las joyas y lo delató.

—¿Y no pensabas hacer nada al respecto? —Marina se mordió el labio inferior para ahogar un quejido—. ¿Ibas a permitir que un hombre inocente fuese ahorcado por resentimiento? —Brandon no respondió—. ¿Cómo he podido equivocarme tanto contigo?

—Hiciste una elección, señora McGregor. Asume las consecuencias como yo asumí las mías.

Marina inspiró profundamente para soltar el aire despacio. Brandon se estaba portando como un auténtico necio, pero era cierto que ella había hecho su elección, y ¡qué equivocada había sido!

—Sí, debo ser consecuente, y, ¿sabes qué? Estoy a punto de enmendar la mala elección que tomé.

Marina se dio la vuelta y lo dejó plantado, pero Brandon fue muy rápido. La sujetó por el brazo y la arrastró hasta cercarla contra la pared. Se sentía en un grado muy elevado de enfado, por ese motivo no midió sus palabras.

—No recibo amenazas, y menos de una mujer, mujer y cobarde. —Brandon se refería a su poca disposición a tener relaciones íntimas con él, pero su insulto no le hizo mella en absoluto.

Marina alzó su barbilla con gesto altivo, y le sostuvo la mirada con dureza.

—He soportado desprecios inimaginables. Me presentaste a tu familia como una furcia. Me arrancaste de mi hogar sin nada salvo lo puesto. Has mantenido una mentira con el único propósito de tenerme. ¿Acaso no sientes vergüenza de ti mismo?

—Te presenté a mi familia como una furcia porque te vendiste como una furcia. ¿Acaso lo has olvidado? ¡Qué conveniente!

La bofetada sobre la mejilla de Brandon sonó en el silencio de la noche como un disparo. Él subió su mano hasta la garganta de Marina y la apretó con ira. Aunque le costaba respirar, ella no le pidió que la soltara. Tenía demasiado orgullo. Brandon estaba lleno de furia. De celos, de resentimiento. Diego había conspirado en su contra, y ella había consentido en ese juego de seducción con Sebastián. Lo había visto con sus propios ojos. ¿Acaso creía que en el salón no se habían percatado de la infidelidad que había cometido al bailar con Sebastián?

—Se acabó tu tregua, señora McGregor. Esta noche tendrás que cumplir con tu deber de

esposa. No pienso esperar para tenerte ni un día más.

—¿O...? —le preguntó de forma pedante.

—O asumirás las consecuencias de mi ira. Puesto que tengo que cargar contigo, es lógico que tú tengas que cargar con el deseo que me provocas.

Brandon aflojó la presión sobre el cuello de ella. Marina podía sentir la respiración de él sobre su mejilla: el odio que rezumaban sus ojos verdes. La expresión «cargar contigo» se le había clavado en el hígado y la sentía retorcerse con alevosía provocándole un dolor extremo. En ese momento, herida por el despecho más grande, le espetó con crueldad merecida:

—Desgraciado eres porque mi deseo lo provoca otro, y estoy a punto de ir a su encuentro para satisfacerlo.

Brandon alzó la mano para golpearla, pero la detuvo a medio camino. Nunca había pegado a una mujer, y Marina no iba a ser la primera a pesar de que lo había llevado con sus palabras al extremo donde un hombre perdía el control por completo.

—¡Desaparece de mi vista hasta que te reclame esta noche!

Marina se escabulló de la prisión que representaban los brazos de Brandon y la pared para huir en dirección a las caballerizas. Se sentía morir. El dolor de su corazón era comparable a la decepción que sentía en su alma de mujer enamorada y burlada. Brandon había demostrado ser un canalla sin escrúpulos, ¡y ella lo amaba! ¿Se podía ser más desdichada? Maldijo el querer que le profesaba porque le quemaba en la garganta, y le clavaba el puñal de la desilusión en el corazón. Pensar en Sebastián le produjo un espasmo doloroso. Había estado a punto de morir en la horca por el silencio de una mentira encubierta. Marina sabía que se estaba dejando aconsejar por el despecho, pero no podía apartar de su mente la aceptación de Brandon, su silencio nocivo, ¿y pretendía que cumpliera con sus deberes de esposa? ¡Imposible! Nunca iba a consentir de buena gana, pero tenía que regresar al salón.

## CAPÍTULO 24

Brandon había regresado con el resto de invitados con rostro taciturno. Aurora seguía bailando para entretenerlos acompañada por Lorenzo. Lord Wilson, Lord Penword, y Duncan se lo estaban pasando fenomenal. Apenas se habían percatado de la ausencia del laird. Brandon volvió a ocupar su puesto preferencial detrás de la mesa. Se sentía consumido por la traición y estaba a un paso de liarse a golpes con todos los invitados que disfrutaban del espectáculo. Quería que se sintieran tan miserables como él. Si alguno de los invitados notó el vacío que había dejado la presencia de Marina, no lo demostró, ni hizo comentario al respecto.

Diego lo miraba de hito en hito, pero él no le dio la satisfacción de que sus miradas se cruzasen. Su cuñado iba a tener su merecido cuando fuese capaz de controlar su ira, porque en ese estado de conmoción un hombre podía resultar muy peligroso. El baile y la música habían cesado. Todos en el salón reían y bromeaban, salvo dos personas que estaban tan alejadas esa noche como la luna del sol.

La llegada de Marina al salón hizo que el bullicio cesara durante un momento. Se había cambiado el vestido, y se había dejado su hermosa melena castaña suelta. El nuevo vestido hizo que los hombres la miraran con la boca abierta y con los ojos desorbitados. El ajustado corpiño estaba diseñado para ser cubierto con un pañuelo, pero Marina había prescindido de él y se podía apreciar el nacimiento de sus pechos y su contorno. La falda tenía el color de la sangre caliente, era pecaminosamente ajustada hasta la mitad de los muslos y después caía con mucha soltura hasta las rodillas, donde varios volantes con encajes en un color mucho más claro se movían sin control. Los brazos de Marina estaban desnudos, había prescindido del chal; sus hombros estaban cubiertos por un chalequillo con mangas de farol muy voluminosas, y a juego con los volantes de la falda de raso.

Brandon pensó que su vestimenta se parecía mucho a la de las mujeres de vida alegre que solían bailar en las tabernas del puerto de Dover. Le lanzó una mirada asesina. Nunca la había contemplado vestida de forma tan descarada, como una furcia, pero Marina quería pagarle con la moneda del desprecio.

¡La había tratado como una ramera!

Ambos esposos se miraron con un reto en sus ojos. Los pasos que los separaban parecían leguas. Brandon entrecerró sus ojos. Ella mantenía la espalda tan tiesa que pensó que iba a quebrarse en cualquier momento, pero si hubiese sospechado durante un segundo lo terriblemente decepcionada que se sentía por su actitud, quizá hubiese reculado en su postura.

Marina inspiró con fuerza antes de dirigir su voz a su hermano.

—Lorenzo, ¡quiero bailar!

El heredero de Zambra clavó sus ojos en ella, que a su vez no apartaba lo suyos de su esposo. Lorenzo intuía que había ocurrido algo drástico entre ellos, y no quiso empeorarlo conspirando con ella.

—No es una buena idea.

Marina volvió su rostro hacia su hermano, y lo miró con un brillo peligroso en sus pupilas.

—¡Quiero bailar! —Lorenzo hizo un gesto negativo con su cabeza.

—Yo tocaré para ti. Será un honor poder complacerte, prima. —La respuesta de Diego la dejó perpleja, e hizo que Lorenzo maldijera en voz baja.

Diego se dirigió nuevamente a la silla y tomó la guitarra entre sus manos con cariño. Marina esperó los primeros acordes al mismo tiempo que tendía la mano hacia Sebastián. El hombre tardó

un segundo en aceptar la invitación. Cuando Marina tenía esa mirada en el rostro, era porque ya no medía sus acciones. Ignoraba qué había pasado entre ella y el laird, pero su mirada despechada se podía interpretar de muchas formas, y no presagiaba nada bueno. Lorenzo lo interceptó a medio camino. Sebastián clavó sus ojos en él, que le hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Tengo que detenerla —le dijo con semblante sombrío.

—Necesita desquitarse —respondió Sebastián—. Y si quiere hacerlo bailando conmigo, que así sea.

Lorenzo no estaba de acuerdo. Su hermana era normalmente una mujer sensata, pero estaba claro como el agua que esa noche pedía la cabeza del laird de Ruthvencastle. El resto de hombres, en su vanidad masculina, creyeron que Marina estaba enfadada con Brandon por haberse negado a bailar con ella, por ese motivo esperaban su actuación convencidos de que iban a disfrutar mucho más.

—No le permitas a mi hermana cobrarse una revancha que puede volverse contra ella —le pidió Lorenzo a Sebastián.

Pero el hombre hizo caso omiso de la petición. Sebastián quedó retenido por el brazo fuerte de Lorenzo.

—Si amas a mi hermana, deténla —le dijo a su amigo con los dientes apretados.

—Alguien se merece que lo pongan en su sitio —pero Lorenzo no opinaba de la misma forma—. Y ella es la más indicada.

Sebastián sabía que solo había un motivo para que Marina se decidiera a actuar sin medir las consecuencias.

—¿Se lo has dicho? —Lorenzo negó una única vez.

—Lo ha descubierto por Diego.

Lorenzo lo miró perplejo.

—¿Diego? —preguntó Sebastián.

—¿Qué piensas hacer? —insistió Lorenzo.

Sebastián sonrió de forma enigmática.

—Contemplar cómo cae el gigante con pies de barro.

Lorenzo no podía creérselo.

—¿Pero no te das cuenta de que arrastrarás a mi hermana en la caída? ¡Los dos sois unos necios!

Ninguno de los presentes se esperó el baile tan pasional e íntimo que compartieron Sebastián y Marina. Los dejó boquiabiertos, aunque ninguno en la sala parecía percatarse del desastre que estaba a punto de acontecer. Marina miró a Diego que detuvo el rasgueo de la guitarra de golpe. Marina dirigió sus pasos suaves pero firmes hacia el lugar donde estaba sentado Brandon. Con una mano se recogió el volante principal de su vestido, y lo subió hasta su cadera izquierda. Los encajes de sus enaguas blancas quedaron a la vista. La postura de Marina era de reto, como si fuese una mozueta en una tasca de mineros borrachos. Posó su mano derecha en la cálida madera: la separaba del laird justo el ancho de la mesa. Brandon tenía los dientes apretados, pero Marina había llegado a un punto donde no podía retroceder, ni quería.

—Además del baile sé recitar poesía —comenzó ella—, y tengo una muy especial para ti.

—¿Poesía? —se escuchó decir a Aurora.

—¡Calla, mujer! —le dijo el marido.

—Es una pena que no la pueda recitar en inglés para que todos en este salón la comprendan, pero lo consideraré suficiente si la entiendes tú.

Los ojos de Marina apuñalaban. El salón estaba en completo silencio.

*“Mucho tienes que callar por eso guarda silencio. Mucho tienes que callar, porque como esposo eres un pecado mortal”.*

La exclamación al unísono de Aurora y Violet Casandra fue claramente audible, pero Marina continuó en su recital sin medir las consecuencias; sin valorar la mirada de advertencia que le ofrecía Brandon. Tenía su cuerpo voluptuoso inclinado hacia delante en clara provocación; volvió a inspirar con fuerza, y contuvo el aire para soltar las sílabas con la fuerza necesaria.

*“Con un imperio forastero y al mando de Napoleón, a España no conquistó, y no por falta de dinero. Pero a esta cordobesa todavía no has domado, aunque presumas que de genio y figura andas sobrado. Porque ni un laird fanfarrón, ni un gabacho francés harán que tenga miedo de un escocés...”*

—¡Por San Jorge! —exclamó la cuñada escocesa.

Lord Penword había entendido la letra de la poesía y estaba estupefacto, igual que Diego, Sebastián, Lorenzo, y lord Beresford. El único que no entendía era Duncan, pero sí comprendió la provocación que ofrecía ella en su mirada y en sus gestos. Y faltaba la guinda final de la poesía. Marina se la ofreció a todos con gusto, pero sin dejar de mirar al laird de Ruthvencastle con sonrisa cínica.

*“A ti fartucco, una advertencia, que en la alcoba te espera una sentencia”.*

El recital poético había concluido, y la tensión de la sala podía cortarse con un cuchillo. Marina seguía con los ojos clavados en Brandon que tenía sujeta el canto de la mesa con sus manos, y la apretaba con fuerza, como si fuese el cuello de ella y no la madera que recibía el gesto de su ira. Marina soltó el volante de su vestido y se colocó la mano en el estómago, como si fuese consciente por primera vez de la osadía que había realizado. Todos aguardaban expectantes la reacción del laird de Ruthvencastle a la poesía de ella. y que tan claramente lo implicaba, pero Brandon hizo algo completamente inesperado, separó sus manos del canto de la mesa y las subió hasta la altura de su pecho con mucha lentitud. Para consternación de Marina, comenzó a aplaudir su recital. Y lo hizo no una sino varias veces. Palmeaba sus manos con golpes secos y espaciados, al mismo tiempo que su boca comenzaba a formar una sonrisa de las que adoraba ella, salvo que en esa noche en particular era la sonrisa de un adversario que prometía venganza absoluta. Marina cerró los ojos; él no había reaccionado como ella esperaba.

—Esta noche recibirás el premio por tan soberbia actuación.

El resto de invitados secundó a Brandon en el aplauso, sin entender la doble intención de su felicitación.

\*\*\*

Los continuos pasos de Marina en el dormitorio iban a hacer un surco en el suelo. Se sentía terriblemente nerviosa, y llena de aprensión por su actuación anterior.

Después de haber recitado el poema, la velada había seguido su curso natural, salvo la mirada penetrante de uno de los invitados, Bruce Duncan, que no le había quitado los ojos de encima. Su continuo seguimiento la había incomodado por completo. Marina ignoraba si era por su estúpida poesía, o por el vestido provocativo de mesonera. Se lo había colocado en un

arrebató, y ese ímpetu iba a costarle muy caro. Pero de nada servía el arrepentimiento, había pretendido darle una lección a Brandon. Ahora tocaban lamentos. ¿Por qué se había dejado llevar por un impulso? Porque estaba herida, y una mujer con ese grado de daño en su autoestima, era más peligrosa que una caja de pólvora en una fundición de metal. Quería molestar a su marido, y lo había conseguido, pero, ¿a qué precio? Sí Brandon pretendía que ella actuase como si no ocurriese nada después de lo que había descubierto, estaba muy equivocado. Había estado en juego la vida de Sebastián, y ella no pensaba olvidar esa circunstancia transcendental.

Tras finalizar el recital poético, Brandon le había ordenado con palabras amables, pero con ojos como el hielo, que se cambiara de ropa. Ella había aprovechado la ocasión para disculparse con los invitados al mismo tiempo que recibía las felicitaciones por su actuación, salvo la de Sebastián, que se había quedado en un rincón de la sala viendo la partida de ella, sin ofrecerle un gesto de comprensión o de reproche. Marina sujetó las cintas de su bata con más fuerza; el corpiño y la falda habían quedado tirados a los pies del lecho. Ahora le parecían las vestiduras del diablo. Los toques suaves en la madera de la hoja de la puerta detuvieron sus pasos impacientes. ¿Brandon pedía permiso? No podía creérselo, pero avanzó hacia la puerta con reticencia. Su mano alcanzó el pomo, lo giró suavemente, y, tras abrir la gruesa hoja de madera, se quedó sorprendida. Era Sebastián quien aguardaba en el umbral con una disculpa en sus ojos oscuros. Marina se quedó pensativa al verlo.

—Vengo a pedirte perdón. No lo sabía, Da, de veras.

Marina inspiró tan fuerte que se atragantó con su propio aire. Sebastián se apresuró a ayudarla, le golpeó la espalda con suavidad hasta que cesaron los estertores.

—Discúlpame tú por creer una mentira.

El silencio entre los dos decía mucho más que las palabras. En la lejanía se oía el bullicio del salón. Los invitados seguían con la fiesta. La energía de lady Penword a la hora de bailar era interminable.

—Todas las pruebas apuntaban hacia mí.

—Nunca romperías una promesa. Debí recordar ese detalle importante, pero me venció el miedo cuando supe que podían ahorcarte.

—Todo se hubiese aclarado a tiempo —ella negaba vehementemente—. ¡Da! Todo se hubiese aclarado a tiempo —repitió muy molesto—. Tomaste una decisión precipitada —exclamó, dolido. Marina sabía que se refería a su boda irreflexiva con el escocés.

—Mí esposo te ofrecerá las disculpas que mereces. —Las cejas de Sebastián se alzaron con sorna—. Su silencio es un escarnio que no pienso tolerar.

—No estoy aquí para buscar represalias —le explicó.

Marina se mordió el labio inferior porque se sentía profundamente avergonzada. Sebastián era inocente, y Brandon no. Él, suspiró porque Marina se mostraba lejana y atormentada.

—Mañana parto hacia Edimburgo a primera hora de la mañana con lord Beresford, lord Wilson, y Diego, por ese motivo vengo a ofrecerte mi despedida, también para agradecerte la deferencia que has mostrado esta noche. —Sebastián se refería al baile que habían compartido después de la cena, pero Marina se sentía incapaz de decir o hacer nada.

Cuando Sebastián comenzó a darse la vuelta, ella lo llamó, y se hizo a un lado de la puerta para permitirle la entrada a su alcoba. No era consciente de que estaba en ropa interior; Sebastián parecía que tampoco se percataba. En ese momento crucial, no eran un hombre y una mujer interesados de forma carnal el uno en el otro, eran dos amigos que se decían, quizá, un adiós definitivo. Marina caminaba hacia el centro de la alcoba con pasos enérgicos. Sebastián la seguía con el rostro muy serio.

—¿Por qué el sacrificio, Da? —le preguntó de sopetón. Ella se giró hacia él con rapidez. Sus ojos eran como dos pozos negros y profundos—. Solo tenías que mostrar un poco de confianza en mi capacidad para resolver estas cuestiones.

Marina cavilaba, ¿qué podía decirle para sosegarlo?

—Me creí la mentira, y actué en consecuencia.

—¡Actuaste de forma impulsiva!, y vas a pagar un precio muy alto.

—¿Crees que no lo sé? Pero ya no puedo dar marcha atrás.

—Regresa al reino conmigo. Tu padre estará encantado de tu vuelta, y yo seré el hombre más feliz de todos. —Si Sebastián supiera que eso era lo que más deseaba en el mundo... pero era una mujer madura, y consciente de sus obligaciones.

—Mi lugar está aquí.

La sorpresa de Sebastián era muy grande.

—¿Lo amas? ¿Hasta ese punto? —ella tardó una eternidad en responder, pero lo hizo de forma muy diferente a como él esperaba.

—Algo ha muerto dentro de mí. Ignoro el alcance del daño, pero nada volverá a ser como antes, y por ese motivo soy consciente de que no debo regresar.

—¿Y entonces? —le preguntó con voz vacilante.

—Debo asumir los resultados de mi decisión.

—Tu padre llora tu ausencia, ya no es el mismo hombre orgulloso, Da. —Con cada palabra, Sebastián le iba clavando más profundamente el cuchillo de los remordimientos. Marina se preguntó si sería consciente de que lo hacía.

—Tengo preparado el dinero que necesitas —le dijo ella de golpe.

Sebastián entrecerró sus ojos al escucharla.

—Ya no necesito tu dote, Diego ha hipotecado el cortijo Vílchez para que yo pueda recuperar mi herencia.

Marina soltó el aire que contenía poco a poco.

—Demasiado tarde, Sebastián —le respondió ella—. Lo dejé todo dispuesto en Córdoba antes de mi marcha. El dinero está depositado en el banco en una cuenta a tu nombre. —Sebastián la miró con intensidad. Ella lo animó—. Construye la almazara, planta más olivos, convierte «Los Castaños» en el maravilloso hogar que fue en vida de tus padres.

—Lo haré si regresas conmigo. Tu padre soportará el peso de tu divorcio mucho mejor que el de tu matrimonio.

—¿Soy católica, Sebastián! ¿Cómo puedes sugerir algo así? —cuando Sebastián se percató del dolor que reflejaban las pupilas femeninas, se retractó. Lo último que pretendía era ocasionarle más daño innecesario.

—Siempre respetaré tu decisión, sea cual sea, aunque no la comparta.

Marina estaba a punto de quebrarse. ¿Cómo podía existir ese abismo entre Sebastián y Brandon? Ella amaba al más intransigente, intolerante y terco de todos los hombres, y a cambio perdía un amigo del alma.

—Me rompes el corazón con esas palabras.

—No puedo aceptar tu dinero, Da, espero que lo comprendas.

Ella lo miró con resentimiento.

—¿Y mi sacrificio será en vano? —Marina suspiró largamente—. Estaré enterrada en estos páramos sabiendo que mi renuncia no ha servido de nada. No puedes hacerme eso, Sebastián —pero él no le contestó—. ¿Permitirás que Diego hipoteque el futuro de sus hijos por ti? —Sebastián le hizo un gesto de cabeza para que no continuara por ese derrotero espinoso—. ¿Y si



las cosas no salen como esperamos? ¿Tendrá que perder mi primo su hogar por tus estúpidos escrúpulos masculinos?

Sebastián retrocedió un paso hacia atrás con la sorpresa reflejada en su rostro.

—De aceptar tu dote, te estaría provocando un problema mucho mayor, ¿no eres capaz de verlo? —Marina alzó la barbilla de forma arrogante.

—De mi esposo me ocuparé yo. Tú ocúpate de administrar mi dote hasta que puedas devolvérmela.

—No te reconozco, Da. ¿Qué te han hecho? —la pregunta había sido formulada en un tono lastimoso que la envaró.

Sebastián no podía sentir compasión por ella, sería el último sentimiento que esperaría de él.

—Hice un trato, y lo estoy cumpliendo. —Las manos de Sebastián subieron hasta los hombros de ella y las dejó depositadas allí. Marina podía sentir el calor que le transmitían. La miró fijamente, sin emitir un parpadeo, pero con esa serenidad que siempre la conmovía.

—Esta noche voy a darte el beso que me pediste en «Los Encinares», después me marcharé.

—¡No! Sebastián, yo... —pero la boca de Sebastián cayó sobre la de ella con posesividad.

Penetró en su interior aterciopelado y se bebió el néctar dulce que contenían sus labios. Marina se sentía atónita sin poder hacer nada salvo sujetarse a la chaqueta de Sebastián para no caerse de espaldas. Cuando él terminó el beso, Marina no quería abrir los ojos y enfrentarse a su mirada. Le faltaba valor. Se decidió al fin y lo que vio la dejó sumida en la angustia más profunda. Sebastián sentía por ella lo mismo que ella sentía por el laird de Ruthvencastle. ¿Se podía ser más infame? Marina lo dudaba.

—Lo siento, jamás imaginé... ¡Dios mío, Sebastián! Perdóname.

Él le puso un dedo en los labios para silenciar su protesta.

—Eres la hermana de mi mejor amigo, te vi crecer, y convertirme en la mujer más hermosa del mundo. La más inteligente y audaz, ¿comprendes por qué motivo mantuve mis labios silenciados con respecto a ti? —Marina afirmó con su cabeza, pero no pudo evitar que sus ojos se llenasen de lágrimas—. Solo veías en mí a un amigo a quien contarle inquietudes, y ni te imaginas cuánto deseaba ser el primer hombre que llamase tu atención. Pero no fui yo sino un forastero que jamás te valorará como te mereces.

Marina suspiró.

El golpe brusco en la puerta de la alcoba hizo que ambos volvieran sus cabezas al unísono. Brandon estaba parado en el umbral con mirada pétrea. Marina trató de separarse de Sebastián por instinto, pero él no se lo permitió. Apretó sus hombros al mismo tiempo que se inclinaba hacia ella para darle un beso en la mejilla, y susurrarle al oído con superchería.

—Ojalá me brinde la oportunidad de meterle una bala de plomo entre ambas cejas. —Marina volvió sus ojos hacia Sebastián, perpleja. ¿Bromeaba? Estaba a punto de ocurrir un desastre, y él se lo tomaba a broma, ¡increíble!—. Buenas noches, Da —el tono zalamero la puso en tensión—. Que tengas dulces sueños, como los tendré yo.

Brandon seguía parado en el quicio de la puerta obstruyendo la única vía de salida.

—Sebastián ha venido a despedirse, se marcha a primera hora de la mañana hacia Edimburgo. —La explicación parecía absurda, pero Marina se la ofreció de todas formas.

Brandon intuía lo que había ocurrido entre los dos unos momentos antes, y el resquemor le perforó los intestinos. Sebastián había llegado hasta donde estaba él con pasos muy lentos. Aunque la diferencia de altura era bastante notoria, el español no demostraba en sus pupilas ni un ápice de temor, todo lo contrario, le sostenía la mirada con un reto en su profundidad que resultaba alarmante. Brandon podía vislumbrar el odio que rezumaban sus pupilas negras, y

comprendió por qué Sebastián sentía aversión y rechazo hacia él: ambos compartían los mismos sentimientos incontrolables de posesión hacia Marina.

—Compláceme, escocés, bríndame la oportunidad de dejarla viuda.

Marina se tragó una maldición al oír la provocación de Sebastián. Seguía clavada en el centro de la alcoba con el rostro demudado por la preocupación.

—¿Es eso lo que andas buscando? —el español no hizo ni un movimiento con su cabeza.

Marina decidió intervenir. No tenía la menor duda de que Brandon podía hacerle mucho daño a Sebastián si se lo proponía.

—Por favor, Brandon... —le suplicó con voz suave.

Ninguno de los dos hombres apartaba la mirada el uno del otro. Brandon intimidaba con sus ojos duros como el granito, Sebastián lo medía con fiereza, y Marina sentía la bilis subir hasta su garganta.

—Nunca más vuelvas a Ruthvencastle, o de lo contrario, aceptaré el reto estúpido que acabas de lanzarme. —Tras escuchar las palabras de Brandon, Marina respiró con alivio, pero fue un sosiego momentáneo, Sebastián arremetió con la única palabra que no podía tolerar un hombre orgulloso.

—Solamente un cobarde despreciaría mis palabras, laird —le escupió con desdén.

Brandon aguantó la respiración y apretó los puños junto a sus caderas. El español estaba jugando con la muerte, pero él sabía cómo infringir un daño mucho más pernicioso, y no precisamente con sus puños. Atacó con sorpresa ferocidad el punto débil de los dos: Marina.

—No voy a recoger el guante, señor De la Cruz, ¿quieres sabes por qué? Porque ella no lo merece. No vale el suelo que pisa.

Sebastián dio un paso adelante con intención de golpearlo, pero la llegada de Diego y de Lorenzo no le permitió cobrarse el insulto sobre Marina. Se sintió sujeto en sus movimientos por los brazos de sus amigos, y sin saber qué hacer con el escarnio recibido. ¿De dónde demonios habían salido? Él los había dejado conversando tranquilamente con lord Beresford y lord Wilson.

—No se lo tomes en cuenta, Brandon —le dijo Diego—. Mi amigo y socio ha bebido más de la cuenta. —Sebastián clavó sus pupilas negras en Diego, que le hizo un gesto de contención.

No era el lugar ni el momento para iniciar una reyerta. La casa estaba llena de invitados. Marina estaba a un paso de gritar. No le dolían las palabras hirientes de su esposo, sino la mirada de decepción que le había dedicado Diego antes de sujetar a Sebastián. Era como si le dijera en un silencio venenoso que era una estúpida redomada, que debería recoger sus pertenencias y regresar a Zambra. A pesar de que lo deseaba con todas sus fuerzas, Marina hizo caso omiso a la orden emitida por los ojos de Diego. Se quedó quieta viendo la partida forzosa de Sebastián, que luchaba por desasirse de los brazos de él y de su hermano, a la vez que profería maldiciones. Brandon los miraba con ojos entrecerrados, pero se hizo a un lado del pasillo para permitirles que se marcharan. Antes de desaparecer, Sebastián volvió su rostro hacia ella.

—Regresaré a por ti, Da. ¡Lo juro por mi sangre! —su voz se fue perdiendo por los pasillos de Ruthvencastle.

Brandon cerró la puerta del dormitorio de una patada y se volvió hacia Marina con ojos fieros. Si el techo de Ruthvencastle se desplomaba sobre ella y la aplastaba, a Marina no le importaría en absoluto. Era mejor un desastre de esa magnitud que tener que enfrentarse a la ira de Brandon.

## CAPÍTULO 25

Brandon escudriño la figura de Marina, que contenía el temblor de sus hombros a duras penas. Tenía la bata de seda abierta de forma parcial, el encaje de su camisón era visible, así como el nacimiento de sus pechos marfileños. Tenía el rostro sonrojado y los labios hinchados. Los puños de Brandon se apretaron todavía más. Su mujer era la viva imagen del adulterio.

—¿Cómo te atreves a ofrecerle tu dote? ¡Ese dinero me pertenece!

Marina respiró larga y profundamente. Si había oído lo de la dote, había visto el beso que le había dado Sebastián. Todo se teñía de un color negro para ella.

—Lo necesita mucho más que tú —le espetó vengativa.

—¡Desnúdate! —le dijo sin una mota de emoción en la voz. La espalda de Marina se tensó—. O lo haré yo.

Tras el instante de ira y sorpresa, sus pequeños hombros dejaron de temblar. Marina puso sus manos en las caderas, y, por primera vez en esa noche, le sonrió con infinito desdén y con profundo disgusto. Paseó la mirada por su rostro adusto, por su pecho duro y marcado, por su vientre plano, por sus muslos fuertes, y finalmente volvió su mirada de nuevo hacia su rostro masculino. El vientre de Brandon sufrió una sacudida al verse observado por ella de forma tan íntima y repulsiva a la vez.

—¡No! —le espetó con osadía.

Brandon dio un paso hacia ella. Sus ojos quemaban con una advertencia que Marina despreció.

—¿No...? —Brandon no continuó la pregunta, a medida que avanzaba hacia ella, se iba desabrochando los botones de su camisa. Marina estuvo a punto de dar un paso hacia atrás, pero sujetó su impulso. Brandon fue plenamente consciente de la leve vacilación de ella—. Harías bien en tenerme miedo.

Marina le hizo un gesto altivo con su mano.

—«Ni un laird fanfarrón ni un ejército francés lograrán que tenga miedo de un escocés». — Brandon paró sus pasos al escuchar parte de la poesía que ella había recitado, y que le había dedicado con honores—. ¿Ya no recuerdas la letra?

—Debería despellejarte viva por avergonzarme delante de mis invitados con esa poesía absurda —Marina prefería que la despellejara a verlo seguir avanzando hacia ella y quitándose la ropa al mismo tiempo—. Desnúdate —le repitió por segunda vez.

Brandon se había desprendido de su camisa y de sus pantalones. Se había quedado completamente desnudo frente a ella.

—¿Piensas forzarme? —le preguntó con la voz preñada de menosprecio, aunque con un timbre de nerviosismo en su profundidad que esperaba pasara desapercibido.

Contemplar esa masa de músculo desnudo delante de ella le provocaba recuerdos dolorosos.

—Si es lo que buscas... —contestó mordaz.

Marina entonces sí retrocedió un paso. Brandon estaba demasiado cerca de ella, su miembro duro y amenazador casi le rozaba el estómago. Ella no quería bajar los ojos, si lo hacía, su determinación se iría al traste porque la embargaría el miedo, y no pensaba demostrarle temor alguno, así su vida dependiera de ello.

—Entonces tendrás que hacerlo, porque no me someteré de forma voluntaria.

Brandon le sujetó una de las muñecas con su mano grande y fuerte, pegó un tirón hacia él, y Marina dio un traspie que la dejó en clara desventaja. Quedó tan pegada a su cuerpo que pudo

sentir su miembro entre el pecho y el estómago. Cerró los ojos, y fue un error. Brandon la llevó hacia el lecho casi sin esfuerzo. ¡Maldita fuera su altura y su fuerza! Marina parecía una muñeca de trapo en sus brazos, y de repente quedó acostada de espaldas en el mullido colchón de plumas.

—Si no me sueltas, pienso arrancarte los ojos —le dijo ella forcejeando.

—¿Más amenazas vacías? —le preguntó él con superioridad.

Marina se tragó un improperio. Si él estaba decidido, ella también.

—Eres un iluso si piensas que amenaza en vano.

No pudo decir nada más. La boca de Brandon cayó sobre la de ella con furia. El beso fue duro, castigador. Le magulló los tiernos labios, presionó con fuerza su lengua para obligarla a recibir la suya. Marina soportó el beso sin permitirle un avance voluntario hacia su interior. Ofrecía resistencia mientras forcejeaba debajo de su cuerpo.

—¡Basta! —le gritó, pero él seguía aplastándola, hasta que su exclamación penetró en su confuso cerebro. Un solo beso, y no podía pensar en nada más—. ¡Me cuesta respirar! —le recriminó.

Brandon giró sobre sí mismo y la colocó encima de él. Solo tenía que levantarle las enaguas y podría penetrarla como deseaba, con furia, con pasión. Fue subiendo su palma caliente por el muslo de ella hasta que sus dedos rozaron la liga elástica, y durante un breve instante la confusión se adueñó de su cerebro: si ella no tenía puestas las medias, ¿por qué motivo llevaba las ligas? Pero dejó de pensar en ello cuando introdujo sus dedos y tiró de ella. Sin apenas percatarse, él había iniciado un juego de seducción que Marina no toleraba. Paró con su pequeña mano el movimiento de los dedos de Brandon sobre su ropa interior. Tenía los labios apretados de ira. Cuando él trató de volver a sujetar la liga, sus dedos tocaron algo que no estaba allí anteriormente, acarició el mango duro, y miró a Marina con interés. Todo sucedió demasiado rápido. Sin saber cómo o de qué manera, Marina había sacado el arma que tenía escondida en la cara interior de su muslo y sujeta por la liga. Con un giro de muñeca rapidísimo, había abierto la hoja de la navaja y la había colocado bajo sus testículos en una clara advertencia. Brandon comenzó a respirar con dificultad porque podía sentir el filo de la hoja, y temió que lo hiriera de gravedad.

—Suelta el arma, Marina. —Brandon deletreó las palabras con mucha suavidad.

Ella se rio en su cara al mismo tiempo que presionaba la hoja todavía más. Ninguno de los dos podía ver la línea púrpura que se iba formando en la delicada piel.

—Hoy no soy Marina, ni Rosa, esta noche para ti soy Dalila, pero a diferencia de ella, yo no voy a cortarte el pelo, voy a seccionarte algo que aprecias mucho más que tu cuello: tus testículos.

Brandon cerró los ojos un momento. Ella estaba fuera de sí, y él en clara desventaja. Cuando lograra quitarle el arma, le iba a cortar la lengua con ella.

—Deja el cuchillo y hablaremos. —Marina apoyó su cuerpo sobre el pecho de Brandon sin soltar el arma, ni apartarla de ese lugar íntimo.

—¿Ahora deseas hablar y no fornicar? —le preguntó ella con cara de pocos amigos, y con los labios formando una sonrisa diabólica—. Tu miembro sigue inhiesto y pulsante, ¿será el miedo? ¿La expectación? Vamos a comprobarlo.

Pero Brandon había soportado demasiado en esa noche larga. Había sobrellevado a duras penas su licencioso baile con Sebastián. Había disimulado la herida que le había producido su advertencia sobre acostarse con su enemigo. Ahora sufría la amenaza sobre su virilidad. Marina se merecía una buena tunda, y por Dios que iba a dársela con gusto en el momento que le quitara el maldito puñal de la mano.

Marina se sentía eufórica. Había merecido la pena mantener la locura. Ver el rostro confuso

de Brandon suplía con creces el castigo que iba a infringirle cuando la desarmara. Durante un instante, el brillo de miedo en sus ojos verdes había aplacado la sed de venganza que sentía, pero quería castigarlo un poco más, hacerle tragar los nudos dolorosos que sentía dentro de su pecho por sus acciones. Apretó la hoja hasta el punto de hacerle un corte en la piel de la ingle, era poco profundo, pero suficiente para que sangrara un poco.

—¡Te voy a dar una paliza que no vas a olvidar en la vida! —amenazó él.

La risa de Marina reverberó en el silencio de la habitación.

—Olvidas quién tiene el arma, mi querido laird. —Brandon sentía unas ganas enormes de ponerla sobre sus rodillas y azotarla, pero ella seguía sosteniendo la navaja en sus partes—. Quiero que sepas que pienso divorciarme de ti —le dijo ella con los ojos entrecerrados—. No seguiré atada a un desalmado como tú.

Brandon se jugaba quedarse eunuco para siempre.

—Si sueltas el arma —le pidió él con voz muy controlada—, hablaremos tranquilamente. — Marina decidió no continuar con el suplicio. Aflojó la mano, y ese gesto fue su perdición.

Sin esperarlo, se encontró boca arriba en el lecho con las manos sujetas por encima de su cabeza. Los ojos de él mostraban una cólera viva. Se le encogió el estómago por los nervios. Había llegado demasiado lejos, pero no podía arrepentirse. Brandon clavó sus ojos en la navaja con mango de marfil que mantenía ella en una de sus manos. ¡Maldita fuera! ¡Era la navaja de Sebastián! Había visto cómo la manejaba en numerables ocasiones durante la cena en «Los Encinares», y la misma noche que los había visto besarse con pasión. ¿Había tenido la osadía de amenazarlo con la misma arma? Marina acababa de sumar una ofensa más sobre su cabeza. Con un golpe de mano, hizo que el arma volara por encima de ellos hacia el suelo. El ruido al caer sobre la madera hizo que Marina volviera su cabeza hacia el lugar donde había impactado.

—Es una buena faca —le dijo con ojos llameantes. Brandon no se podía creer su temeridad —, y un regalo muy querido.

Si ella seguía hablando, pensó Brandon, le iba a arrancar la lengua.

—Has ido demasiado lejos —le recriminó de forma ácida.

—Tienes los testículos en su sitio, ese detalle confirma que no he ido demasiado lejos en absoluto.

—Nunca se debe amenazar a un hombre de forma tan drástica, mereces que te azote, y pienso hacerlo de inmediato.

Marina se encontró de pronto completamente desnuda. Brandon había rasgado de un tirón su bata y su camisón. Le arrancó también la escasa protección que le ofrecían sus finas bragas de encaje, la colocó boca abajo sobre sus rodillas. Marina podría reírse de forma histérica si contemplara la imagen de los dos desnudos y completamente furiosos, pero estaba demasiado ocupada pateando, y tratando de zafarse de la prisión de los brazos de su marido y ahora verdugo. Cuando sintió la primera nalgada, se mordió el labio inferior con fuerza hasta el punto de hacerse sangre. Marina podía ser muchas cosas, pero no una cobarde, no le iba a dar la satisfacción de que escuchase sus quejidos durante los azotes.

Brandon se mostró implacable. Tenaz, le dolía la palma de la mano debido a los golpes que le había propinado, pero Marina no había soltado ni una exclamación a pesar de saber que le había infringido un daño considerable. Cuando terminó, trató de darle la vuelta con delicadeza, pero ella se volvió como una gata salvaje y lo abofeteó con todas sus fuerzas, se soltó de sus brazos, completamente soliviantada. Marina quedó plantada de pie delante de él con el rostro tan rojo como sus nalgas.

—Si vuelves a tocarme, ¡juro que te mataré!

Brandon sentía la necesidad de aplaudir su bravura. Estaba magnífica en su desnudez. Sus pechos se mecían al compás de su respiración jadeante. La deseó con una intensidad aplastante. Con una pasión desenfrenada y loca. Se moría por besarla, pero ella estaba muy lejos de dejarse acariciar por sus labios de forma complaciente, no después del castigo que le había dado. Sus ojos castaños no se despegaban de los suyos: prometían fuego eterno.

—Te lo merecías, me has hecho sangrar. —Un hilillo de sangre manchaba el interior del muslo de Brandon, pero la lesión era insignificante, y ambos lo sabían. La herida que tenía ella en su corazón era mucho más grave y profunda. Marina le escupió a continuación unas palabras con veneno.

—Ojo por ojo, laird, pero no dudes que pienso hacerte sangrar todavía más.

Brandon extendió su mano y alcanzó la muñeca de ella para tirarla de un empujón hacia la cama. Marina aterrizó en blando, pero el golpe inesperado hizo que expulsara el aire de sus pulmones de golpe. Jadeó completamente aturdida.

—Lady McGregor, te toca sangrar a ti —respondió él con voz profunda.

La boca de Brandon cayó sobre la de ella con brutalidad. Marina no podía insuflar aire en sus pulmones pues estaba aplastada bajo el peso de su cuerpo recio. De pronto, él alivió su carga y ella pudo respirar de forma profunda. Seguía con las manos sujetas por encima de su cabeza, pero esa circunstancia no le preocupó, tenía los pies libres para darle una patada en el lugar donde más le dolía a un hombre. Marina pasó a la acción. En el momento que sintió un poco de aire entre los dos cuerpos desnudos, alzó su rodilla lo suficiente para que él no se percatara y le dio un rodillazo entre las ingles que lo dejó mareado durante un momento. Brandon trató de recuperar la respiración, pero el golpe en sus testículos había logrado quitarle el aliento. Sus manos fuertes no soltaron a Marina, a pesar del deseo que sentía de llevarlas a sus partes para buscar alivio de la quemazón que lo atormentaba.

—¡Suéltame! —le increpó ella con un graznido.

—Pienso someterte, aunque sea lo último que haga en esta vida.

Ella se envaró.

—Amén. No pasarás vivo de esta noche.

El aliento regresaba a él poco a poco. Brandon cerró un momento los ojos para decidir sobre la estrategia a seguir, y supo que tenía que atajar por la calle de en medio, afortunadamente, el dolor había remitido casi por completo. La poca distancia que existía entre ellos había evitado que el golpe fuese mucho más peligroso, y ahora sentía la suficiente confianza para no dejarse engañar de nuevo. Ella ni se imaginaba lo que él tenía preparado. La besó de nuevo con urgencia, con un sentido de necesidad que Brandon no comprendía. Ella seguía revolviéndose debajo de él, pero poco importó. Sujetó las manos de ella con una de las suyas con la suficiente fuerza para que no se escapara de nuevo, con la otra comenzó un descenso lento por su cuello hasta llegar al valle satinado del nacimiento de sus pechos.

Ella no podía protestar, tenía la boca sometida por la lengua de Brandon, que exploraba en su interior como si buscara un tesoro. Marina sopesó darle un mordisco, pero no le apetecía en absoluto tragarse su sangre. Brandon, con su rodilla, logró dejarle las piernas ligeramente separadas e inmóviles. Marina desconocía lo que pretendía él, y, a pesar del enfado, otras sensaciones comenzaron a burbujear en su vientre al sentir el vello de las piernas de él sobre la cara interna de sus muslos. La lengua de Brandon abandonó la cavidad húmeda de su boca para buscar el lóbulo de su oreja, le daba pasadas largas con movimientos largos, deteniéndose el mayor tiempo posible en determinadas zonas. La lengua rasposa y caliente había llegado al cuello de ella, y la fue deslizando hasta el lugar donde tenía en reposo la fuerte mano. Brandon tuvo que

inclinarse bastante la cabeza para llegar a la coronación de los pechos de ella, pero se las arregló muy bien. Con dedos diestros, sujetó el globo maduro para comenzar su juego. Lamió el seno por completo, de izquierda a derecha, de norte a sur, antes de llegar al pezón rosado e introducirlo por completo dentro de su boca caliente.

Marina soltó el aire abruptamente.

El jadeo de ella lo pilló por sorpresa, y lo complació. A pesar del enfado, la sentía relajarse bajo su cuerpo duro, por ese motivo se dedicó a satisfacerla mucho más plenamente. Soltó una de sus manos delicadas y se la llevó hacia la boca, pasó su lengua por cada uno de los dedos delgados, le mordisqueó el interior de la muñeca, y fue bajando por el interior de su brazo hasta su hombro para alcanzar el canal que separaba sus pechos. Brandon siguió el surco ondulante hasta alcanzar el estómago plano. Marina sentía cientos de mariposas revolotear dentro de su pecho. Brandon llegó, con una lentitud exasperante, a su vientre ligeramente curvado. Cuando Marina sintió la lengua de él dentro de su ombligo, se contorsionó por un placer inesperado y que la llenó de sorpresa. Jamás podía haber imaginado todo lo que podía hacerle sentir simplemente con su lengua. Apreció un hormigueo constante y delicioso entre sus piernas a medida que el cabello rubio de Brandon la acariciaba. Estaba convencida de que movía la cabeza con un propósito determinado, ¡volverla loca! Y cuando esa lengua se introdujo dentro de su interior femenino, lanzó un grito de placer tan profundo que se sintió morir. Trató de sujetarlo por el cabello para apartarlo, pero las sensaciones que le despertaba no le permitían pensar con coherencia. Sentía cómo le lamía el punto más codicioso de su cuerpo, lo succionaba con unos ruidos lascivos, pecaminosos, pero que la llevaron a un grado de excitación como no había conocido nunca. Marina se contorsionó cuando Brandon le dio una pasada larga a su hendidura y se detuvo en la entrada de su vagina, entonces estalló en miles de pedazos.

Las convulsiones fueron como oleadas que la estremecían de frío, de calor. De puntos nerviosos que se contraían para volver a dilatarse. El orgasmo la había dejado dócil y temblorosa, pero él seguía insistiendo en deleitarse con su sabor salado. Un segundo después, Brandon la observó con intensidad. Marina tenía los miembros laxos, señal inequívoca de que se sentía completamente relajada. Se posicionó sobre ella y comenzó a penetrarla poco a poco. La sentía húmeda, lista para él, pero su cavidad interior era demasiado estrecha. Brandon lanzó una maldición al ser consciente de que iba a lastimarla de nuevo, pero ella seguía sin moverse, y mirándolo con ojos brillantes.

—No protestaré.

Sus palabras fueron el único estímulo que necesitaba. Empujó con fuerza y se introdujo en su interior con un gemido gutural. Brandon se quedó quieto durante unos segundos eternos mientras Marina trataba de evaluar el alcance del daño que le había infringido con su penetración rápida. Aunque no le dolía como la primera vez, sí le resultaba bastante molesta.

—Si no me muevo, moriré —le dijo él, e inició un suave balanceo sobre ella. Brandon había apoyado sus manos en el colchón para suavizar la presión de su peso—. Rodéame con las piernas. —Marina obedeció la petición sin una queja, pero al hacerlo la penetración fue más profunda y dolorosa.

Dejó sus piernas de nuevo apoyadas con la planta en la cama. Pero Brandon no se iba a dar por vencido tan fácilmente. Introdujo su mano entre la espalda de Marina y el colchón para sujetarla, juntos rodaron y la dejó posicionada encima de él sin haber salido del interior de ella. Marina soltó un suspiro de sorpresa. En esa posición, la penetración no le resultaba dolorosa.

—Soy tu prisionero, te seguiré a donde tú me lleves.

Marina clavó sus pupilas en el rostro de su marido antes de comenzar el mismo balanceo que

él había iniciado después de introducirse en el interior de ella. Las sensaciones se estaban convirtiendo en una tortura; comenzaban en su vientre y subían por su estómago como la espuma. Recordaba perfectamente la forma de moverse de él sobre ella, trató de imitarlo pensando que le gustaría.

—¡Dios! —exclamó ella mientras echaba la cabeza hacia atrás. Su larga cabellera acariciaba los muslos de Brandon, que gimió complacido al sentir el contacto. Como ella medía la velocidad y la profundidad de la penetración, podía buscar la manera que más placer le reportaba. Marina ignoraba que las mujeres podían aprovecharse del miembro masculino en beneficio propio.

—¡Me estás matando! —le dijo él. Ella aumentó el ritmo al percatarse de su respiración entrecortada, del gruñido que contenía su garganta. Brandon había cerrado los ojos tratando de controlarse, pero Marina podía ver la transpiración en su frente. El sudor brillante que perlaba sus hombros—. No, no te muevas —le suplicó él, pero ella ignoró su ruego. Comenzó a mover sus caderas en círculos que lo hicieron gemir como si le doliera—. ¡Marina! —ella lo sintió ponerse tensó, arquear la espalda sobre el colchón e inundarla un segundo después con su cálido fluido.

El silencio llenó la alcoba tras el intenso clímax de él.

Marina no quería moverse. Le encantaba sentirlo dentro de su interior. Su miembro palpitaba en sus entrañas satisfechas. Se sentía la mujer más feliz del mundo al descubrir por primera vez su sexualidad. Supo, por instinto, que su vida junto a Brandon podía ser muy satisfactoria si él no fuese un cretino celoso, bravucón, y señor de Ruthvencastle.

Brandon sintió los intentos que hacía ella para separarse, y la sujetó más fuerte. Se sentía secretamente complacido. Su esposa había demostrado una pasión comparable a la suya, y, por ese inesperado regalo, podría sentirse el hombre más afortunado del mundo si ella no fuese una necia desobediente, manipuladora, y señora de Ruthvencastle. La dueña de su corazón.



## CAPÍTULO 26

Cuando Brandon abrió los ojos horas más tarde, Marina no se encontraba en el lecho. Pasó la palma de su mano por las sábanas frías como buscando el aroma de ella en el suave tejido. Las recias cortinas estaban corridas sobre las ventanas, e impedían la entrada de la luz del día. Calculó que debía de ser muy temprano, y se preguntó a dónde habría ido ella. Al momento, sus labios sonrieron por su estupidez: debía de estar en la alcoba de Ian como cada noche desde que había llegado a su vida. El niño había sufrido una transformación maravillosa gracias a sus cuidados y atención. Decidió ir a buscarla y llevarla de nuevo a su lecho. Con su pasión desenfrenada, Marina había firmado su sentencia de muerte. Pensaba hacerla disfrutar cada noche hasta arrancarle la promesa de que nunca abandonaría los muros de Ruthvencastle, ni a él.

El castillo estaba silencioso, salvo por unas risas en la planta inferior. Brandon escuchó perfectamente la recriminación que Justin le hacía a su mujer. Indudablemente compartían el desayuno en completa intimidad. Como no encontraba a Marina por ningún rincón de la casa, decidió bajar al comedor y preguntarles por ella, quizá estaban juntos. Una sonrisa ladina curvó la boca de Brandon: Marina debía de estar hambrienta tras el encuentro apasionado con él. Se sentía ufano, dueño de su destino, y tenía ganas de mostrarse magnánimo con sus invitados.

Justin dirigió sus ojos hacia la entrada del comedor. Brandon estaba parado en el umbral con el ceño arrugado.

—¿Habéis visto a Marina? —Justin y Aurora negaron al unísono—. Pensé que estaría aquí con vosotros.

—Estará con Ian —le sugirió Aurora—. Sabes que adora a tu pequeño.

—Ian duerme profundamente en su cama, y solo.

—Quizá esté en la cocina o en las caballerizas.

¿Cómo no se le había ocurrido? Cabrón era su posesión más preciada, y no lo había montado desde su escapada con Ian días atrás.

—¿Han bajado a desayunar el resto de invitados?

Justin alzó una ceja con una flema increíble.

—Hace horas que se marcharon—respondió Aurora con cierta sorpresa en el rostro—. Madrugaron demasiado. Diego tenía muchas ganas de llegar hasta su casa en Edimburgo. Parecía como si la estancia en Ruthvencastle fuese del todo imposible de tolerar.

Brandon ya lo sospechaba. Desde la llegada de Marina a la vida de Brandon, Diego se había encontrado con el desdén y el despecho que sentía hacia él. La presencia de Marina lo había recrudecido.

—¿Y lord Wilson, lord Beresford y Duncan? —preguntó, aunque le importaba bien poco lo que fuera de ellos.

—Andrew se ha marchado a con Diego, igual que Lorenzo y Sebastián. Duncan imagino que habrá regresado a su clan. —Brandon no hizo ningún comentario al respecto, aunque le sorprendía la repentina marcha de Andrew—. Lord Wilson sigue durmiendo en su alcoba, me temo que anoche bebió más de la cuenta —respondió lord Penword sin dejar de remover los huevos revueltos en el plato. Brandon se pasó la palma de la mano por su cabello despeinado. —Puedes sentarte con nosotros y tomar algo, tienes cara de no haber dormido en toda la noche.

Las palabras de lady Penword parecían dichas con mala intención.

—He dormido estupendamente, gracias. —Aurora no se molestó por el tono pedante del primo escocés de esposo. Cada vez que recordaba la letra de la poesía de Marina, la boca se le

abría en una sonrisa apreciativa. Por fin el deslenguado laird había encontrado la horma de su zapato. Se merecía las ojeras que lucían bajo sus ojos verdes.

—No imagino por qué motivo tienes en el rostro ese aire de pilluela, como si le hubieras quitado las alas a todas las moscas de Ruthvencastle. —Aurora miró de frente a Justin tras su último comentario.

¿Las alas a las moscas?

—Estaba pensando en Marina y en su soberbia actuación de anoche. —Aunque las palabras iban dirigidas a Justin, Aurora miraba fijamente a Brandon, que en ese momento estaba sirviéndose una taza de café bien caliente e ignorándola por completo.

—Si pretendes molestarme con tus palabras, pierdes el tiempo.

Aurora alzó una de sus cejas por su comentario sereno.

—¿Y por qué motivo querría molestarte con mi observación? —le preguntó ella.

—Querida, porque te conoce lo suficiente como para saber que te encanta acicatearlo —respondió Justin con tono almibarado.

Aurora le dio un mordisco a su tostada de forma pensativa. Esperó a que Brandon tomase asiento para soltarle con ojos entrecerrados:

—Deseo romper el compromiso entre tu primogénito Ian y mi hija María. —Al escuchar esas palabras, fue Justin el que tosió. Brandon bebió de su taza como si no hubiese escuchado nada al respecto—. ¿Me habéis oído los dos? —preguntó bastante molesta.

—Se te debe de haber escuchado hasta en Edimburgo —respondió Brandon con voz tranquila —, pero el acuerdo no se puede romper. María pertenece al clan McGregor desde su nacimiento.

Lord Penword comenzaba a hacer cábalas en silencio. Ignoraba el motivo por el cual su esposa quería romper el acuerdo de compromiso entre su heredera y el heredero de Brandon. ¿Qué se había perdido?

—Según nos contó tu querida hermana, de casarse mi hija con tu primogénito, morirá por la maldición que pesa sobre estos muros.

Brandon dejó su taza encima del plato con el ceño fruncido. A continuación, soltó una carcajada.

—Eso son historias para niños —contestó con infinita paciencia, como si de verdad estuviese hablando con una niña.

—¿Acaso no corroboran mis palabras la muerte de tu abuela, de tu madre, y de tu primera esposa dentro de este mausoleo? —Brandon, al escuchar la pregunta, apretó los labios con enojo.

Justin estaba perplejo.

—¿Maldición? —preguntó a su vez sin apartar sus ojos grises del rostro de su primo.

—Todas las casas guardan secretos, Ruthvencastle no iba a ser menos.

Aurora inspiró con fuerza para responderle, pero se le adelantó Justin.

—La mía no guarda ninguno. —Brandon miró a su primo durante un segundo, otro después se llevó la taza de nuevo a los labios.

—El acuerdo no se romperá. María es la prometida de Ian desde su misma concepción. No aceptaré una negativa por vuestra parte. —Justin miró a su esposa, que había apretado los labios y soltado el tenedor con estrépito encima del plato.

—Estoy hablando en serio, Brandon —le dijo ella a continuación.

—Yo también —le espetó él con voz amarga.

Él, no creía en maldiciones, y le encolerizaba que el resto de mortales sí se dejase intimidar por una leyenda estúpida.

—¡Justin! —exclamó Aurora mirando a su marido inglés.

—El compromiso no se romperá —corroboró éste último.

Brandon le hizo un asentimiento de cabeza y decidió seguir buscando a su esposa. Se terminó el café de un trago, y se marchó del comedor sin despedirse.

—Si no lo mata Marina, lo haré yo —amenazó Aurora.

A continuación, dejó de mirar la puerta abierta y volvió los ojos hacia Justin, que seguía pinchando los huevos revueltos de su plato.

—Está pasando por unos momentos difíciles —trató de defenderlo el marido.

—Sigo en Escocia con el único propósito de llegar a un acuerdo. ¿Y tú le das la razón? —preguntó osada.

Justin seguía tomando su desayuno sin mirarla.

—Soy un hombre de palabra, el compromiso entre María e Ian seguirá su curso.

Aurora protestó de forma enérgica, pero Justin dio la conversación por terminada.

\*\*\*

Brandon comenzaba a preocuparse. No era lógico que Marina se ausentara durante tanto tiempo. La buscó en los establos, pero su semental tampoco estaba, uno de los mozos le había informado de que el caballo había sido atado con el resto de caballos que cabalgaban hacia Edimburgo por orden de la señora. Brandon se preguntó por qué había decidido dejar que se llevasen su posesión más preciada, pero dejó de pensar en ello. La buscó en las dependencias de la cocina e incluso en la tercera planta vacía de Ruthvencastle, parecía que se la hubiera tragado la tierra. De pronto, una sospecha ácida comenzó a burbujear en sus entrañas produciéndole un ahogo físico. Cabrón no estaba en las cuadras y ella no estaba en la casa. Bajó las escaleras hacia el vestíbulo a una velocidad alarmante, cuando llegó, dudó un instante antes de dirigirse hacia el patio continuo a los establos, había visto a una de las doncellas alimentando a los pollos desde una de las ventanas situadas en la planta más alta. Tenía que hacerle una pregunta, aunque la respuesta lo sumiese en el abismo más negro y la decepción más grande. Cruzó los pasos hacia el corral trasero que contenía los animales que servían de alimento en Ruthvencastle.

Rose seguía soltando los granos de maíz sin percatarse de la presencia de él. Cuando lo hizo, soltó el delantal y todos los granos cayeron al mismo tiempo. La criada tenía los ojos abiertos de par en par, Brandon sabía que era inusual que el laird de Ruthvencastle anduviese por los dominios de los criados.

—Estoy buscando a mi esposa. —Rose bajó los párpados al escuchar la voz apremiante del señor—. ¿Has visto a lady McGregor?

Rose asintió con la cabeza.

—Se levantó muy temprano esta mañana, laird, y se marchó con su hermano y su primo a Londres.

Brandon había dado un paso hacia atrás sin ser consciente de ello. Clavó sus ojos verdes en la criada, que seguía sin levantar los ojos del suelo. ¡No podía ser cierto! ¿Marina no lo había abandonado?

—¿La viste? —la criada asintió—. ¿A qué hora se marcharon? —preguntó con el corazón en un puño. La muchacha dudó antes de responderle, retorció una esquina de su delantal con nerviosismo.

—Sobre las cinco de la mañana —respondió con voz apagada.

¡Marina había cumplido su amenaza!

El pecho de Brandon sufrió una sacudida de dolor al ser consciente del engaño. Le hizo un gesto de cabeza a la criada para que continuase sus quehaceres. Rose se apresuró a marcharse de

la presencia del laird, que en ese preciso momento tenía un semblante demoníaco. Estaba realmente asustada. Brandon caminó hasta una esquina del muro y apoyó su espalda. Necesitaba recuperarse del golpe emocional que había recibido. ¡Marina lo había abandonado por Sebastián! Había aprovechado el silencio y la nocturnidad para ejecutar la peor traición posible. Inspiró varias veces hasta recuperar el control sobre los latidos de su corazón que corría desbocado, sin control. Tenía que hablar con Ian de inmediato. Con pasos lentos emprendió el regreso al castillo al mismo tiempo que cerraba su corazón a los sentimientos que ella le despertaba. Los encerró muy profundo, y tiró la simbólica llave a los puercos.

Desde ese momento, Marina estaba muerta para él.

Ian no cesaba de llorar, y él se sentía incapaz de hacer o decir algo para brindarle consuelo. Con una explicación burda y sin tapujos, le había informado de que Marina los había abandonado por otro hombre, y que no iba a volver jamás. El pequeño en un principio no había entendido las palabras bruscas del padre, pero cuando su mente se abrió a la información, el desaliento fue tan profundo y marcado que no pudo evitar romper a llorar. Brandon no había esperado a que el pequeño terminase su desayuno, le había soltado la noticia como si no le importase causarle mucho dolor. Ian había dejado la cuchara dentro de su cuenco de gachas. Sus grandes y verdes ojos estaban anegados en lágrimas que comenzaron a deslizarse sobre sus pálidas mejillas.

—Me prometió que nunca se marcharía —le dijo a su padre con voz entrecortada.

—Pero lo hizo, hijo, ahora debes de olvidarla. —Ian miró a su padre como si esa posibilidad fuese imposible.

¿Olvidar a la persona más maravillosa del mundo?

—¿Cómo sabes que se ha marchado para siempre? ¿Qué no volverá por la noche? —le preguntó ella.

Brandon sentía ganas de golpear algo, la mirada recriminatoria de Aurora lo ponía de muy mal humor. Ian seguía sentado en la silla del comedor, vacío salvo por la presencia de él, y la de Aurora, que se mantenía en un discreto rincón junto al aparador. Se sentía tan frustrado que no había querido esperar para darle a su hijo la mala noticia del abandono. Ahora dudaba de su impulsividad.

—Marina no se puede haber marchado, me lo prometió—volvió a gimotear el pequeño. —Regresará, ¡tiene que hacerlo! —exclamó convencido.

Brandon lanzó una maldición.

—Marina no volverá, y, aunque quisiera, yo no lo permitiría. Acéptalo.

Y, diciendo esas palabras, Brandon abandonó el comedor con rumbo a la biblioteca. A su espalda se escuchaba el llanto de Ian y las palabras amables de Aurora, que trataba de consolarlo sin conseguirlo. Necesitaba emborracharse y pensaba hacerlo de inmediato. Y ¡al diablo el resto del mundo!

\*\*\*

—Tienes que hablar con él. —Aurora atizaba el fuego del hogar al mismo tiempo que hablaba con Justin—. Lleva varias horas encerrado en la biblioteca.

—Necesita desahogarse.

—O ahogarse en alcohol. —Justin miró a su esposa con una ceja alzada—. ¿Y por qué dantes no va en busca de ella?

Justin se hacía la misma pregunta. Si Marina había decidido abandonarlo, debía de tener un motivo poderoso, y él se sentía reacio a interferir en los asuntos de su primo con respecto a su esposa. Brandon tenía un carácter demasiado irascible.

—Imagino que lo hará muy pronto, pero ahora debe ordenar sus emociones.

Aurora miró a su marido de forma atónita, ¿ordenar sus emociones? Brandon era un témpano de hielo, contenía en su interior las mismas emociones que un botijo rondeño.

Justin temía que Brandon no escuchase el consejo de nadie.

—Quizá necesita un poco de tiempo antes de decidirse a actuar.

—Pero no podemos quedarnos aquí hasta entonces, tenemos niños que nos esperan, llevamos demasiado tiempo separados de ellos.

Justin suspiró largamente. Aurora tenía razón, era hora de regresar.

—Hablaré con él esta noche, y mañana nos pondremos camino hacia Crimson Hill.

Aurora hizo un asentimiento de cabeza. Cuando terminó de avivar las ascuas, regresó al sillón donde estaba sentado Justin tomando una copa de hidromiel. Habían sido testigos de la paz que reinaba en Ruthvencastle con la llegada de Marina, ahora todo podía ser un caos por su marcha.

\*\*\*

No importaba cuánto bebiese, su mente seguía lúcida y sus manos crispadas. Trataba de alcanzar el sopor necesario para que sus emociones quedasen sepultadas en la confusión, pero Marina le había asestado una puñalada a traición en el lugar más vulnerable para un hombre: su orgullo. Él, podía perdonarle muchas cosas, pero no que lo hubiese dejado por Sebastián, eso no pensaba olvidarlo jamás. Unos golpes en la puerta de la biblioteca le hicieron clavar la mirada allí, pero no respondió a la llamada. Quería estar solo y seguir ahogándose en alcohol y despecho, pero los golpes volvieron a sonar con más fuerza.

—¡Vete! —exclamó con voz pastosa.

Al escucharse a sí mismo, Brandon pensó que quizá estaba alcanzando su objetivo: caer desmayado en el suelo.

—Lo haré mañana por la mañana, pero antes tengo que hablar contigo.

—Si aprecias tu vida, deja de golpear esa maldita puerta. —La amenaza de Brandon hizo que Justin lanzara una maldición y abriera la hoja de madera a pesar de la negativa.

Contempló a su primo sentado detrás del inmenso escritorio; tenía los ojos vidriosos y el rostro contraído por una ira que no se molestó en ocultar. Vio la licorera prácticamente vacía, señal inequívoca de que pensaba beber hasta caer inconsciente.

—Me recuerdas a mí mismo hace algunos años. —Brandon le ofreció un silencio acerbo—. ¿No has valorado la opción de ir a buscarla? Quizá ella espera ese gesto por tu parte como una muestra de reconciliación. —Los verdes ojos de Brandon se clavaron en los grises de Justin con amargura.

—Si vuelves a abrir la boca, juro que haré que te tragues los dientes. —Justin resopló con impaciencia. Su primo era el más obtuso y terco de todos, ¿y se extrañaba de que Marina lo hubiese abandonado?

—¿De verdad piensas que la situación es irreversible? —Brandon afirmó con su cabeza una vez. Justin tomó asiento en una de las dos sillas que había colocadas frente a la mesa.

—Dijo que lo haría, y lo hizo.

—¿Abandonarte? —le preguntó Justin.

Brandon inspiró con fuerza.

—Ama a Sebastián —aclaró en un tono que se prestaba a interpretación.

—Y tú la amas a ella —afirmó con voz firme.

—Te equivocas, la odio con todas mis fuerzas —respondió con los dientes apretados y con

los ojos llenos de ponzoña caliente.

—Mientes muy mal.

Brandon chasqueó la lengua.

—Ahora te odio incluso a ti.

—Se te pasará.

—Lo sé, pero duele que me haya utilizado.

Justin sabía que Brandon estaba pasando por un momento sumamente delicado.

—Quizá regrese en unos días, cuando todo se haya calmado lo suficiente.

—¿Y crees que yo le permitiría regresar? Debes de estar loco.

—Cuando se ama, se perdona —le recriminó su primo con acritud.

—Tú lo has dicho, cuando se ama, pero no es mi caso —respondió Brandon de forma feroz.

—No te comprendo.

—Marina me pareció una mujer fuerte, decidida y maternal, necesitaba una mujer con esas cualidades para ocuparse de Ian. Lo demás, era secundario.

Justin sabía que su primo mentía. Si fuesen ciertas sus palabras, no estaría en esos momentos ahogado en alcohol y soltando sapos por su boca.

—Estoy convencido de que habla el despecho y no la razón.

—Dime lo que quieres y vete.

—Aurora y yo nos marchamos a Crimson Hill mañana. Si lo deseas, podemos tratar de hablar con Marina antes de que regrese a España.

Brandon soltó una carcajada cínica ausente de humor.

—Dile que, si vuelve a Ruthvencastle, lo lamentará.

Justin no se esperaba esas palabras preñadas de rencor.

—¿Has pensado en tu hijo? ¿En lo mucho que la quiere?

—No es a mí a quien se le ha olvidado ese detalle.

—Puede que ella espere simplemente una disculpa, y por ese motivo haya decidido poner un poco de distancia entre vosotros.

Brandon rugió como una fiera hasta el punto de que Justin dio un respingo.

—No se ha ido a llorar a casa de una amiga, se ha marchado con Sebastián ¡maldita sea! Una mujer que huye con un hombre no posee honor ni coraje, sino una inmensa cobardía.

Justin creyó que no había encarado el asunto demasiado bien.

—Marina no parece una mujer cobarde.

—¿Acaso no la viste bailar con tus propios ojos? ¿No te percataste de su infidelidad? ¿Tan ciego estás que no eres capaz de ver su veleidad traidora?

—Olvidas el carácter español, primo, sus acciones no contienen el mismo significado para nosotros. Para ellos el baile y los gestos cariñosos forman parte de la rutina diaria. Serías un necio si pretendieras lo contrario. —Brandon masculló por lo bajo, lo último que deseaba era escuchar la verborrea de su primo inglés—. Vi a una mujer hermosa y enamorada de su esposo complaciendo a uno de sus invitados. Soy incapaz de buscar razones donde no las hay.

Brandon lo taladró con sus ojos verdes.

—¿Deseas algo más? Porque deseo estar sólo.

—Deberías estar consolando a tu hijo y no compadeciéndote.

—Tiene que aprender a ser un hombre.

Justin decidió que no iba a lograr nada. Su primo tenía una actitud negada para todo, y lo peor era que deseaba seguir así.

—Quiero llevármelo a Inglaterra unos días, en compañía de sus primos no se sentirá tan solo

y desdichado.

Brandon resopló con hastío.

—¿Piensas que voy a permitir que esté cerca de ella? —Justin no había pensado en esa posibilidad.

—Nosotros vamos a Crimson Hill. Es difícil que nos crucemos, y ya sabes que Diego suele demorar las visitas a Redtower todo lo que puede —los ojos de Brandon le mostraron a Justin que no se fiaba de él ni de sus intenciones—. Tienes mi palabra que Ian no mantendrá contacto con Marina si eso es lo que deseas, pero deja que nos acompañe hasta nuestro hogar. Le hará mucho bien, ya sabes que adora a sus primos pequeños.

Justin le estaba ofreciendo la oportunidad de estar completamente solo, de poder desahogar su frustración y rabia sin tener que pensar en contenerse delante de su hijo.

La tentación era demasiado grande.

—¿Tengo tu palabra de que no mantendrá contacto con ella?

—La tienes.

—Dile a Rose que le prepare el equipaje. Y disculpa que no salga a despediros.

Justin comprendió que su primo lo estaba echando. Se levantó de la silla, y lo miró con ojos apesadumbrados.

—De ser yo Marina, habría actuado igual. —Sin decir nada más, Justin abandonó la biblioteca y cerró la puerta tras de sí sin volver la vista atrás. Buscó a la criada para comunicarle la orden de Brandon. El pequeño Ian tendría una oportunidad de superar el abandono en compañía de gente que lo amaba. Brandon podía irse al infierno.

Y Brandon estaba precisamente allí.

## CAPÍTULO 27

A pesar de todo, Marina no estaba tan asustada como su situación requería. Bruce Duncan la había abordado de madrugada, cuando ella se disponía a ir a la alcoba de Ian para comprobar si todo marchaba bien. Hacía muchos días que no mojaba la cama, y ella quería asegurarse de que seguía caliente y continuaba tapado con la manta y la gruesa colcha. Tropezarse con el escocés era lo último que esperaba ella, y cuando sintió que le tapaba la boca y la cogía en brazos, el pánico la paralizó. Con una velocidad alarmante, le había atado las manos y colocado una mordaza que le había impedido gritar. Marina se encontró subida a la grupa de Cabrón en un abrir y cerrar de ojos. El escocés le había dicho algunas palabras que ella no acertaba a comprender a una de las sirvientas del castillo. Ella no la había visto hasta esa madrugada, y la confusión hizo presa de ella. ¿Qué pretendía Bruce al secuestrarla? ¿Dónde diablos estaba encerrada? Ella no era valiosa como rehén, puesto que el escocés desconocía la fortuna que poseía su padre. ¿O no era al conde de Zambra a quien iban a pedirle el rescate? Contaba los días que se sucedían, monótonos, aburridos. Aunque el jergón y las mantas estaban limpias, ella no estaba acostumbrada a dormir en una habitación que más parecía una celda.

De repente, el pestillo fue corrido con brusquedad. Marina giró su cuerpo hacia la puerta que se abría en esos precisos momentos. Bruce entraba detrás de un hombre mayor, lo acompañaban dos escoceses con cara de pocos amigos.

—Tú debes de ser Marina del Valle. —Marina abrió los ojos estupefacta. El hombre mayor hablaba su mismo idioma, y con una corrección casi perfecta—. No te asombres tanto, muchacha, combatí contra Napoleón en tu patria y aprendí a hablar vuestra lengua.

Pero Marina seguía sin decir nada, tenía los ojos clavados en el traidor que la había arrancado de su casa a la fuerza, y sin explicarle los motivos.

—Bruce te ofrece sus disculpas.

Ella chasqueó la lengua.

—Solo las aceptaré si van acompañadas de su corazón en una bandeja.

—Mi nombre es William Duncan, y soy el tío de Bruce —Marina retrocedió un paso hacia atrás cuando William le extendió la mano para saludarla—. Tranquila, no voy a hacerte daño.

Marina estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se contuvo. Sus ojos se clavaron en la gruesa cruz de oro que llevaba colgada al cuello. Sin pretenderlo, se encontró entrecerrando los ojos. Su padre tenía una exactamente igual.

—Estoy prisionera en una habitación con barrotes, disculpe que no me incline a creer sus palabras.

—La conducta de mi sobrino no tiene disculpa. Ha olvidado que es una invitada y no una prisionera. Los Duncan no hacemos prisioneros, muchacha.

Marina recorrió con sus ojos las cuatro paredes gastadas de la habitación y lanzó una pequeña maldición que fue audible para los cuatro hombres. Si ellos no hacían prisioneros, ¿qué hacía ella encerrada?

—Acompáñame, tomaremos un té caliente y reconfortante, creo que te vendrá bien, estás temblando como una hoja.

¿Temblando? Estaba helada por completo. Aún no se había acostumbrado a las bajas temperaturas escocesas, y no tenía sus pertenencias, salvo un par de vestidos que le habían dejado en la celda días atrás. Bruce la había arrancado de su hogar en bata y camisón.

—No se saldrán con la suya. No van a obtener ningún dinero, no, si puedo evitarlo.



William se volvió hacia ella a mitad de la escalera completamente sorprendido.

—Muchacha, ¿quién te ha dicho que estás aquí por dinero?

Marina estaba completamente superada en emociones, si no era dinero lo que perseguían, ¿qué era? Todos estaban parados a mitad de la escalera que comunicaba las habitaciones con los depósitos de grano; indudablemente en el pasado habían sido utilizadas como celdas. Cuando salieron al patio empedrado del castillo, la brisa fría hizo que la falda de Marina se arremolinase alrededor de sus pies y que se le pusiera la carne de gallina. Hacía más frío del que imaginaba. Cruzaron las piedras del patio hacia el interior caliente del salón. El castillo era más pequeño que Ruthvencastle, pero más nuevo. Tenía solamente dos plantas y era de forma cuadrada. Cuando pasaron al interior, Marina soltó una exclamación de sorpresa; nunca había visto un salón más acogedor. Los muebles oscuros brillaban encerados y olían a aceite de linaza. El hogar encendido ocupaba por completo el muro, y las sillas que había alrededor del fuego tenían cojines de terciopelo y mantas de lana gruesa que invitaban a acomodarse cerca del hogar y a cerrar los ojos para sentir el calor en el rostro. Bruce la precedió, y le indicó una de los sillones para que tomara asiento. Ella lo miró con ojos retadores, pero no era tan estúpida como para rechazar una invitación pues se sentía congelada: iba a necesitar algo más que el fuego para que su cuerpo entrase en calor. William se sentó a su derecha, Bruce a su izquierda; los otros dos hombres se quedaron de pie junto a la puerta de entrada. Un momento después, un hombre vestido con algo parecido a una falda llevó una bandeja con té y pastas. A Marina se le hizo la boca agua.

¡Estaba famélica!

—¿Con leche? —le preguntó William.

Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza al mismo tiempo que devoraba unas galletas de mantequilla. Tomó la taza que le ofrecía, y se la bebió de un trago a pesar de lo caliente que estaba. El calor comenzó a penetrarle en los huesos. Ambos hombres comenzaron a hablar al mismo tiempo, pero un gesto de su tío hizo callar a Bruce de inmediato.

—Estos jóvenes siempre tan impetuosos.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó ella de sopetón.

William la miró con sorpresa.

—¿No lo sabes? —Marina negó con vehemencia—. Eres una McGregor.

¡Maldita sea! ¿Y qué quería decir eso?

—Un McGregor secuestró a una Duncan.

Ella lo interrumpió:

—¡Pero eso ocurrió hace cuatro siglos! —exclamó atónita.

—Un agravio es un agravio sin importar el tiempo que transcurra.

Marina tensó la espalda y la pegó al respaldo de la silla.

—¿Soy el cebo para que Brandon venga a este lugar?

William negó de forma apesadumbrada. La muchacha no parecía enterarse de nada.

—El McGregor no vendrá a por ti —Marina abrió la boca y la volvió a cerrar estupefacta.

—¿Cómo que no...? —Se sentía incapaz de continuar con la pregunta. Si no buscaban un rescate, ¿para qué diantre la habían raptado? ¿Por qué decían que Brandon no iba a rescatarla? La duda le mordió el corazón.

—Esperaremos hasta que te convenzas —le dijo William—. Después hablaremos. Bruce te acompañará hasta tu alcoba, permanecerás allí hasta entonces.

De veras que no entendía nada.

—Tengo muchas preguntas —le dijo bastante molesta.

—Y yo tengo todas las respuestas, pero te las ofreceré a su debido tiempo.

—Pero me ha dicho que soy una invitada.

—Y así serás tratada, a menos que desees lo contrario.

Marina se mordió el labio de forma pensativa. Brandon tenía que acudir a liberarla, no podía quedarse de brazos cruzados. No, esos escoceses se equivocaban por completo. Siguió de buena gana a Bruce por el estrecho corredor hasta la planta superior. Los empinados escalones la hicieron jadear. Tras pasar varias puertas cerradas, Bruce abrió la última del corredor con una llave que llevaba colgada al cuello con un cordón negro.

—¿Por qué? —le preguntó en gaélico.

Ian había sido de mucha ayuda para enseñarle un vocabulario básico, suficiente para hacerse entender. El hombre una eternidad en responder, pero lo hizo al fin con voz suave, sin el timbre de amenaza que había esperado ella.

—Porque no os merece. —Tras esas enigmáticas palabras, le indicó con una mano que cruzase el umbral hacia la alcoba. Marina hizo lo que le pedía.

—¿Sabe que estoy aquí?

Bruce dudó un momento, pero le dijo al fin:

—Mi prima Rose le ha informado sobre dónde se os retiene, mi señora.

Marina pensaba a toda velocidad. ¿Rose? ¿La criada era una Duncan?

—¡Miente! —exclamó con ira.

—¿Por qué lo haría? —Marina no tenía la respuesta a esa pregunta—. Hay un propósito para mantenerla aquí, y le será revelado a su debido tiempo.

—¡El laird McGregor vendrá!

—Bienvenida a Blackcastle.

Bruce cerró la puerta con llave, y Marina se quedó de nuevo sola.

\*\*\*

El tiempo se volvía interminable, aburrido hasta un punto insospechado. Marina pensaba que iba a volverse loca. Había esperado la llegada de Brandon las seis primeras semanas de su cautiverio; ahora, sufría el desengaño en la soledad más absoluta. Lo había maldecido, pero no había ido en su busca. La había dejado en manos de desconocidos como ellos habían vaticinado, y durante días había navegado en la esperanza más firme, en el enfado más terrible, y en la agonía más demoledora. Su corazón clamaba por Brandon, rogaba de forma encarecida por él para que acudiese a rescatarla, pero su mente le decía que él no la amaba y que le importaba bien poco lo que fuera de ella. Finalmente, el tiempo le había dado y quitado razón. Pensó en su familia, y su desasosiego creció hasta un punto insospechado de dolor y tristeza. Marina miró los cientos de bordados que cubrían la hermosa cama de mampostería labrada con doseles. La alcoba que le habían asignado después de dejar la habitación fría y húmeda, era grande y luminosa. La única ventana estaba cubierta por una reja, pero, aunque no la tuviese, la altura era demasiado elevada para escaparse. Y, ¿dónde diantre podría ir? Ella no conocía el terreno. No tenía dinero, ni medios... Marina se amonestó. El verdadero motivo para que ella hubiese aguantado tantas semanas encerrada en esas paredes era que tenía la secreta esperanza de que Brandon fuera a buscarla. Que la rescatara como el príncipe azul que ella creía que era, pero sus sueños habían barrido el suelo de la desilusión demasiadas veces. Marina ya no tenía orgullo, todo lo contrario, se había convertido en una persona consciente de sus fracasos y debilidades. Había hecho una pésima elección, y debía pagar las consecuencias. Llevaba meses pagándolas.

El clan Duncan la había tratado como a una invitada y no como a una prisionera, pero sin permitirle abandonar sus aposentos. Le habían llevado bastidores, lienzos para bordar, hilar y

coser; no había sábana o colcha en la alcoba que no llevase uno de sus bordados. El ruido de la llave en la cerradura le hizo alzar el rostro del bastidor que sostenía en sus brazos. Bruce acababa de cruzar el umbral en dirección a ella.

—Lady McGregor, hoy es el día decisivo.

Marina lo miró sin comprender.

—Mi tío ha llegado por fin de viaje y ha traído consigo un regalo para usted.

¿Un regalo? Ella había olvidado lo que era un presente: había olvidado demasiadas cosas en esas semanas de soledad.

—Acompañadme, la espera en el salón.

¿Quién la esperaba en el salón? ¡Debía de ser Brandon! Había acudido por fin a rescatarla, pero le iba a arrancar el corazón por haber tardado tanto tiempo. El pulso se le aceleró de forma peligrosa.

—Tenemos que llegar a un acuerdo —le dijo Bruce de forma preventiva.

—No estoy en posición de llegar a ningún acuerdo —le respondió ella con voz controlada—, e ignoro a qué acuerdo se refiere.

—Mi tío desea hablar con usted, después la llevará al salón.

Marina se sentía tan desesperada que no puso objeción alguna. Siguió a Bruce hasta la planta inferior con paso tembloroso. Cuando llegaron al despacho adyacente a la biblioteca, Marina enarcó una de sus cejas. El salón estaba justo enfrente de donde estaba ella. El impulso de correr era tan grande que no supo qué la contuvo, pero siguió de forma dócil a Bruce y cruzó la puerta. William estaba sentado detrás de un escritorio de madera de castaño. Se levantó cuando la vio entrar. Su atuendo la sorprendía. Vestía con el típico tartán escocés del clan Duncan, el broche celta que sujetaba la tela era impresionante, el zafiro debía de costar una fortuna. Ahora que lo meditaba, nunca había visto a Brandon ataviado con una indumentaria parecida.

—Veo que estás muy bien, lady McGregor. —Pero ella no podía decir lo mismo de él, parecía mucho mayor que la primera vez que lo vio. Marina tomó asiento sin una réplica. Si algo había aprendido en esas semanas de cautividad era que la impaciencia solo traía más impaciencia, y la ilusión, desilusión—. ¿Se te ha tratado con el respeto que mereces?

—Ella asintió con la cabeza. Su estancia en Blackcastle había sido agradable. La comida apetitosa, y el trato más que deferente, no la habían tratado como una prisionera sino como una invitada a la que se estima.

—Ha llegado el momento de informarte del motivo por el cual estás aquí en Blackcastle. —Marina respiró hondo y se preparó—. Queremos formalizar un compromiso.

—¿Com...com... promiso? —tartamudeó confusa.

—Permíteme que te presente a Ewan Alisdair Duncan, milady.

Los ojos de Marina se dirigieron hacia el lugar que le señalaba William con la mano, y cuando lo hizo, sus ojos se abrieron como platos. Ewan era un chiquillo que debía de tener unos siete u ocho años, no podía precisar su edad. Cuando miró sus ojos sintió un escalofrío que la recorrió de pies a cabeza. Eran los más fríos y azules que había contemplado nunca. Se veía tan serio en su corta estatura que producía inquietud.

—No comprendo —trató de decir ella volviendo sus ojos hacia William.

—¿Estás en estado de buena esperanza, lady McGregor? —cada vez que escuchaba su apellido de casada, Marina sentía un chirrido en los oídos, pero hizo un asentimiento de cabeza afirmativo—. Los Duncan deseamos formalizar un compromiso con tu heredera.

Marina estaba a punto de comenzar a reír. ¿La habían secuestrado porque estaba embarazada? No podía ser cierto. Su mente debía de estar jugándole una mala pasada. ¿Hija?

—Ewan es el último descendiente de Dorothea, la rama materna de la doncella Duncan raptada por un McGregor.

Marina trataba de ordenar el caos que sentía dentro de su cabeza.

—Los acuerdos matrimoniales no se formalizan así.

—¿No deseas terminar con la enemistad que pesa sobre los Duncan y los McGregor? — Marina parpadeó sorprendida, ella creía que la maldición pesaba solamente sobre los McGregor. —Ewan es un muchacho fuerte, respetuoso.

—Y huérfano —terminó ella.

La sonrisa de William le mostró que no se había equivocado.

—Así es.

—Es cierto que estoy en estado —le dijo con voz cansada—, pero ignoro si he concebido un niño o una niña —calló un momento—. Además, el laird McGregor es el único con autoridad para firmar un acuerdo de compromiso.

—El laird McGregor ha denegado todas las peticiones que se le han formulado en estas semanas. —Marina se negaba a creer algo así. ¿Conocía Brandon su estado y no había hecho nada al respecto?—. Acompáñame, muchacha, me gustaría mostrarte mi sorpresa.

Marina siguió como un autómata a William Duncan. Escuchó el ruido del picaporte al ser girado. Entró Bruce; William y ella se quedaron parados unos momentos en el umbral sin atreverse a entrar. De ser cierto que Brandon la estaba esperando, ella rompería a llorar por su ausencia prolongada, por el castigo que le había impuesto durante todas esas semanas, pero la persona que estaba parada delante de ella no era Brandon, sino su padre, el conde de Zambra. Marina sintió que las piernas no la sostenían. ¡Su padre estaba en Escocia! Y ella estaba sin habla.

—Hija mía.

Cuando escuchó su voz cálida y llena de emoción. La presa que contenía en su interior se rompió en miles de pedazos.

—¡Padre! —Marina se lanzó a la carrera.

Álvaro había abierto los brazos para sujetarla. Cuando llegó hasta él, comenzó a llorar de forma desconsolada, hipó, rio, y siguió llorando presa de sentimientos encontrados. Podía abrazar a su padre, y, por primera vez en su vida, maldijo su amor por Brandon, un amor que la había alejado de todo cuanto amaba y creía. Un sentimiento que la había rebajado como mujer y como persona.

—Mi preciosa hija, cuánto te he extrañado.

—¡Perdóneme padre! ¡Siento haberlo ofendido! —Álvaro la abrazó con fuerza, la consoló, y Marina sintió por los Duncan una gratitud infinita pues le habían dado el mejor regalo que podían ofrecerle: su padre.

—Regresarás conmigo, no permitiré que te hagan más daño.

Marina asintió con la cabeza. Si Brandon no quería saber nada de ella, que así fuera. Álvaro dio un paso hacia atrás para mirar la figura temblorosa de su hija, y la ira creció y creció dentro de él hasta un punto insospechado, pero calló su réplica y volvió a abrazar a su única hija con todo el amor que sentía por ella. Momentos después, Marina se sentía con la capacidad suficiente de mantener una charla sin que le temblara la voz. Siguió al conde de Zambra hasta los sillones del salón.

—No podía creer lo que veían mis ojos cuando Duncan se presentó en Zambra en tu nombre. Marina entrecerró sus ojos.

—¿En mi nombre?

—Trajo tu semental, Marina, y, conociéndote, era el más claro mensaje de cuantos podías

enviarme.

¿Cabrón estaba en España? Se preguntó Marina, su preciado tesoro iba de un lugar a otro sin que ella pudiese hacer nada.

—¿Conoce a William Duncan, padre? —le preguntó en un susurro.

—Luchamos juntos contra Bonaparte, pero nunca creí que lo volvería a ver.

Marina recordó entonces las palabras de su hermano Lorenzo. Ahora, no sabía cómo ordenar sus pensamientos caóticos. Ella había creído que los Duncan eran enemigos, y habían ido a buscar a su padre para que la llevara de vuelta a casa. ¿Sería posible? ¿Podía Dios ser benevolente con ella a pesar de sus errores?

—Estás preciosa, mucho más bella de lo que imaginaba. —A las palabras del padre, el rubor cubrió las mejillas de Marina, que bajó los ojos avergonzada—. El embarazo cubre tu rostro de felicidad, y yo me muero por conocer a mi nieto.

—¿No se avergüenza de mí? —le preguntó ella con un hilo de voz.

Álvaro la abrazó más fuerte.

—Me dolió terriblemente que decidieras casarte con un completo desconocido desoyendo mi orden tajante al respecto.

—Lo sé.

—Pero el tiempo me ha demostrado que estaba equivocado en mi actitud, que tu felicidad me importaba mucho más de lo que creía, y cuando decidí buscarte para decírtelo, ya no estabas. El forastero te había alejado de mi lado porque sabía que jamás te hubiese permitido irte con él.

La hija comenzó a relatarle todos y cada uno de los motivos por los que había aceptado la propuesta del forastero.

—Pensé que mis esponsales salvarían el cuello de Sebastián —le confesó ella, en su rostro se advertía la angustia—. Me equivoqué.

—Ha llegado el momento de regresar a casa —dijo el conde.

Marina afirmó con su cabeza.

—Lo haré, pero antes tengo una conversación pendiente con Brandon. —El rostro de Álvaro se contrajo al escuchar las palabras de su hija—. Necesito que me diga que realmente no desea nada conmigo. Cuando lo escuche, regresaré sin volver la vista atrás.

—¿No has sido suficientemente humillada, hija mía? —ella parpadeó al escuchar la pregunta dolorosa que le hizo el padre—. Pero tendrás la oportunidad de preguntárselo de forma personal: lo he citado en dos días en la casa que mi sobrino Diego ha comprado en Londres.

Los ojos de Marina miraron a su padre, y a continuación a William Duncan, que se había mantenido en un discreto silencio. Bruce la miraba con curiosidad, y con un brillo de pesar en sus pupilas negras.

—¿Sabe Diego que se encuentra en Escocia? ¿En Blackcastle?

El padre hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Le hice llegar un telegrama a primera hora de la mañana, justo cuando llegamos a Edimburgo. —Marina se mantuvo en silencio—. Pero antes debo agradecerle a mi viejo amigo Duncan que haya ido hasta Zambra para buscarme y traerme a su hogar. Su hospitalidad contigo me sigue conmoviendo, y deseo corresponder a su generosidad. Firmaremos el contrato matrimonial con el pequeño Ewan.

Las alertas de Marina se dispararon de golpe. Estaba emocionada de ver a su padre después de tantos meses, pero no quería ser desleal a Brandon hasta que hablase con él sobre su estado; quería conocer de su propia boca que no deseaba nada con ella, que se desentendía del bebé que esperaban. Solo entonces actuaría en consecuencia.

—Padre, no firmaré nada hasta que haya hablado con él.

Álvaro miró de forma intensa a su hija, y leyó en su rostro lo determinada que estaba a hablar con ese engendro del demonio. Asintió con la cabeza, pero sin estar convencido del todo.

—Firmaremos el acuerdo porque no deseo desairar a mi amigo. —Marina iba a protestar, pero Álvaro no se lo permitió—. Si Brandon responde como esperas, juro por mi condesa muerta que romperé el acuerdo pactado.

—¡Pero no sabemos si será niño o niña! —exclamó ella con lógica.

—Los papeles se prepararán para una niña, si resulta que das a luz un niño, quedarán nulos por ley.

Marina meditó durante unos momentos.

—Padre, el niño es escocés —le recriminó, pero Álvaro le mostró una sonrisa taimada.

Marina desconocía todo sobre el niño, y sobre su esposo el laird que no había sido sincero con ella. Brandon McGregor había omitido verdades como puños, y que William Duncan le había confesado. Ahora le pedía ayuda, y Álvaro le debía la vida, había llegado la hora de pagar el favor.

—Ewan Alisdair Duncan será criado en Zambra. He prometido a William que me ocuparé de su educación hasta que tenga edad suficiente para cumplir con el acuerdo nupcial. Después obtendrá un puesto importante en una de mis empresas navieras, jamás permitiré que le falte nada a mi primera nieta.

Marina estaba perpleja, pero podía comprender las maniobras de su padre. Con ese compromiso, y ocupándose del pequeño Ewan, se aseguraba de que su nieta se quedara en el reino por matrimonio. Era un astuto zorro. Podía valorar sus luchas para mantener a su familia unida

—No deseo precipitarme —alegó la hija.

El padre la miró intensamente.

—Ahora no puedo explicarte el motivo principal para mi decisión —comenzó el conde en un tono ecuánime—. Pero es importante que el muchacho dejé Escocia, y que me asegure de que no regresa, y la mejor forma es uniéndolo a mi nieta.

Marina entrecerró sus ojos con una profunda confusión, pero acató la decisión de su padre.

—Firmaremos el acuerdo matrimonial —Álvaro le mostró una sonrisa de felicidad—. Pero mi esposo tendrá la última palabra.

—Mi nieta se llamará Serena Gracia Rosa del Valle y Linares.

—McGregor... —susurró ella.

Álvaro entrecerró los ojos al escuchar su réplica.

—Mi nieta no llevará un apellido escocés.

—Padre... —trató de protestar, pero Álvaro la interrumpió. —Tú misma lo decidirás así.

¿Por qué motivo su padre se sentía tan seguro sobre lo que pensaba y haría ella?

## CAPÍTULO 28

Brandon aparcó el faetón en la calle Victoria Street. Odiaba visitar la casa de su hermana en Londres, y todavía más desde la última pelea mantenida con su cuñado en Ruthvencastle por culpa de Marina, pero ambos tenían negocios en común, y él había desatendido demasiado tiempo la parte que le correspondía. Diego le había insinuado que había sopesado comprarle su cincuenta y uno por ciento, y él estaba decidido a vender sus acciones, pero antes tenía que hablar con su hermana, tenía que asegurar su futuro monetario en caso de que Diego decidiese abandonarla. Desde que Marina se había fugado con Sebastián, dudaba del honor de los españoles, y creía que su cuñado era tan vil y miserable como su mujer. Temía por su sobrino, sentimiento que no llevaba demasiado bien en presencia de ella. Brandon alzó la vista hacia el cielo cubierto de nubes.

El lacayo sujetó su sombrero y sus guantes. Brandon cruzó los pasos que lo separaban de la biblioteca que utilizaba Diego como despacho cuando se encontraba en Londres. La pequeña casa había sido comprada por Diego para sus visitas a Inglaterra porque no le gustaba hospedarse en Ruthvencastle. Y Brandon tenía que darle la razón. Su castillo en las Tierras Altas era la antítesis de la confortabilidad. Cuando alcanzó el pomo para accionarlo, ya tenía el abrigo largo desabrochado, pero las risas que escuchaba en la planta superior hicieron que su corazón sufriese un sobresalto dentro de su pecho. Se podía palpar la paz y la armonía que reinaba en la casa, cualidades hogareñas que él había perdido hacía mucho tiempo. Brandon no tenía la menor duda de que las risas pertenecían a su hermana y a su sobrino Miguel. Cuando la puerta cedió a la presión de su mano y se abrió, lo que vio en el interior lo dejó momentáneamente paralizado. Sentado en el cómodo sillón de cuero estaba don Álvaro del Valle, su suegro, a su izquierda estaba su cuñado Diego. Cada uno sostenía en sus manos una copa de brandy. Brandon se fijó en la postura firme del conde. Incluso sentado, delataba un linaje ancestral. Tragó con dificultad. Si su suegro estaba en Londres, eso quería decir problemas.

—Bienvenido, cuñado, pasa y toma asiento, te serviré un brandy enseguida.

A Brandon esa invitación le pareció el preámbulo de la entrada al infierno: un averno gobernado por españoles.

—Disculpa mi intromisión, ignoraba que tenías visita. —Sus ojos verdes no se despegaban del conde de Zambra.

La mirada penetrante de él lo ponía sumamente nervioso.

—Soy de la familia —respondió el conde con acritud—, no se me puede comparar con una visita, y menos en el hogar de mi sobrino y ahijado. Brandon decidió no responder a las palabras que habían sonado como un desafío, y tomó la copa que le servía su cuñado que en ese momento actuaba como el abogado del diablo—. ¿Lleva mucho tiempo en Londres?

Álvaro clavó los ojos en su yerno con desdén. Le ofreció la misma mirada antagónica de aquella noche en los jardines del palacio de Zambra cuando retenía a Marina detrás de él. Parecía que habían pasado cientos de años.

—El suficiente, pero mi estancia será breve, puedo asegurarlo.

En cada frase del noble, Brandon entendía una advertencia.

—Mi hija se encuentra bien, gracias por preguntarlo.

Directo al corazón, pensó Brandon. Las estocadas del conde eran certeras y estaban impregnadas de veneno, pero había dicho las palabras sin mirarlo siquiera.

—No se lo he preguntado —respondió Brandon con voz como el granito.

Los ojos de Álvaro se clavaron en el rostro del escocés con sorpresa, un segundo después

con ira.

—Hablaba con mi sobrino Diego, ha sido muy amable al preguntar por mi hija.

Brandon maldijo en silencio. Se encontraba tan incómodo en la presencia del conde, que había dado un paso en falso y se había precipitado en su respuesta.

Diego cerró los ojos, Brandon estaba actuando precisamente como esperaba su tío: con prepotencia y arrogancia.

—Barón de Bidasoa, podrías dejarme a solas con mi... yerno —la leve vacilación al honrarlo con el título familiar le produjo al escocés un salto en el estómago.

Cuando los españoles citaban los títulos personales, era porque pensaban usar toda la artillería disponible de sus arsenales y, él, había sido declarado enemigo número uno del conde. Diego hizo un gesto con la cabeza y los dejó a solas. Cuando Brandon escuchó el golpe de la puerta al cerrarse, parpadeó de forma inconsciente. El silencio se tornó espeso. Sentados en sus respectivos sillones, y sosteniendo sendas copas de brandy, parecían dos amigos en un club londinense, pero eran rivales que iban a competir por darse las estocadas más dolorosas. Uno, defendiendo su sangre, el otro, su orgullo ultrajado.

—He traído los papeles de divorcio de mi hija, Marina Dalila Rosa del Valle y Linares, queremos un acuerdo amistoso.

Lo volvía a hacer, volvía a citar el nombre completo, pensó Brandon para sí. ¿Sabría el conde cuánto detestaba él los nombres largos y pomposos?

—Examinaré los papeles del divorcio cuando lo estime conveniente —ofreció sin garantías.

Álvaro alzó sus cejas plateadas, ¿eso era un sí o un tal vez?

—Por supuesto, mi hija no reclamará beneficio monetario por este breve matrimonio.

A Brandon le chirriaron los dientes.

—Por supuesto —lo imitó con voz aparentemente dulzona, pero llena de ponzoña en su profundidad.

—Le ruego que envíe sus pertenencias de regreso a Zambra, aunque si lo considera demasiado molesto, puede enviarlo aquí a Londres. Mi sobrino Diego se encargará de hacérselo llegar a España.

Brandon se prometió que no iba a responderle como se merecía. El conde lo trataba como si él fuese el causante del abandono de su esposa, cuando la única culpable era ella y su veleidad traidora. Pensar en Marina y Sebastián felices en la hacienda «Los Castaños» le produjo un latigazo en las entrañas que le resultó demasiado doloroso. Brandon, llegado a ese estado de menosprecio e indiferencia, permitió que la ira hablara por él.

—Ninguna pertenencia de Marina saldrá de Ruthvencastle. —Álvaro no pudo aguantar una exclamación de sorpresa—. Ella las dejó allí, y allí se quedarán.

El conde de Zambra lo miró con soberbia mal disimulada.

—Laird, está mostrando falta de sentido común. —Brandon le mostró una sonrisa falsa—. Aunque si lo estima necesario, mi hija podría ir a Ruthvencastle a buscar sus pertenencias, algunas de ellas son muy valiosas emocionalmente, y estoy convencido de que no desea perderlas de forma definitiva.

Brandon apretó el mentón con arrogancia.

—Si su hija aparece por Ruthvencastle, recibirá la patada en el culo que se merece.

—¡Brandon! —la voz de Marina había sonado en su espalda, pero Brandon no podía girarse, verla era lo último que deseaba en el mundo, y su maldito cuñado le había hecho una encerrona para que así ocurriese.

Permaneció rígido en su asiento sin volver su rostro, ofreciéndole el desprecio que creyó que



merecía, y que se tragó ella por completo. Su displicencia era mucho peor que la cólera. Marina se plantó delante de él, pero Brandon desvió la vista hacia las cristaleras que daban al jardín. Los rosales helados parecía que se burlaban de él y su infortunio. Estaban inmóviles, como su corazón, e incapaz de sentir o expresar nada salvo indiferencia que rozaba el desaire.

—¿No piensas mirarme? —le preguntó ella con voz de seda, pero Brandon se resistía a hacerlo, si lo hacía, no respondía de sus acciones—. Padre, le ruego que nos permita un momento a solas —el conde protestó con energía, pero ella no desistió en su empeño de que la dejara a solas con él.

Brandon temía ese momento como no había temido otro en su vida. Si se quedaba a solas con Marina era capaz de hacer una barbarie, pero se mantuvo pasivo, escuchó la puerta cerrarse con fuerza, y una ligera brisa con el perfume de ella llegó hasta su nariz. Marina se había movido, cuando sintió que le cogían las manos, dio sin querer un manotazo que hizo que ella lanzara una exclamación. Brandon ignoraba si había sido por la sorpresa o porque la había lastimado. La miró al fin con ojos que atravesaban como puñales afilados, pero fue un tremendo error. Estaba tan hermosa que le dolía. Tan confiada, tan traidora... sintió deseos de castigarla, de hacerla pasar por el calvario que él había pasado semanas atrás. ¿Y por qué demonios hablaba en pasado? Todavía sentía la ira bullir dentro de sus venas reclamando venganza ciega.

—Tenía que hablar contigo —le dijo ella con voz tranquila a pesar de la tormenta que encontraba en los ojos verdes—. Tengo que decirte algo muy importante que nos atañe a los dos. ¡Estoy tan feliz! —cada palabra de ella se la tomaba Brandon como un insulto.

Y estalló al fin. Bajó sus pupilas hacia sus piernas. Marina estaba en cuclillas frente a él, sus manos las tenía apoyadas en sus rodillas que las sentía de gelatina. Con un gesto airado, empujó los hombros de Marina con sus grandes manos para separarla de su cuerpo pues no soportaba su contacto. Ella, al perder el punto de apoyo, cayó hacia atrás y se quedó sentada en el suelo. Tenía una postura vulnerable, pero él no pensaba caer en la trampa.

—¿Crees acaso que me importa? ¡No quiero saber nada de ti! Lo he dejado bien claro.

Brandon pudo apreciar el nudo que trataba de bajar ella por su garganta.

—Creí que te importaba, así me lo hiciste creer.

—¡Así de estúpida eres! —le espetó con hondo desprecio.

El jadeo de ella le supo a victoria. Sus ojos, cuajados de lágrimas, los sentía como aceite caliente en sus doloridos músculos, y decidió asestarle un golpe que la iba a dejar malherida, sangrante.

—Buscaba una hembra fuerte, y sobre todo maternal. Necesitaba una mujer con esas cualidades para ocuparse de mi hijo Ian. Lo demás, era secundario.

El brillo en los ojos de Marina se apagó como un cirio que se agota en una noche oscura, pero Brandon no podía darse por satisfecho. Ella había sangrado muy poco, y él necesitaba ver más sangre, pero ella se le adelantó en las palabras.

—Te amaba muchísimo, laird. —Su tono lo puso alerta, había sonado resignado, sometido—. Eras la luz que iluminaba mis días cada amanecer; el aliento que me insuflaba en los pulmones el aire necesario para seguir viviendo. La sonrisa que crecía en mi alma y que esperaba ansiosa para ofrecerte cada atardecer, cuando tus brazos me rodeasen protectores y cariñosos... —Marina paró un momento para recobrar el aliento—. Pensé, ignorante de mí, que te alegrarías de verme, de saber que estoy bien. Te pido disculpas por mi presunción.

Esas palabras se le clavaron en el corazón. Ella estaba tirada en el suelo, pero actuaba como si ese detalle no le importara, se mostraba ante él en clara desventaja. Brandon sentía la urgente necesidad de abandonar la biblioteca, pero algo lo retenía clavado al suelo de las dudas y la

sospecha más cierta. Escudriñó el rostro que ella tenía inclinado hacia el ruedo de su falda, parecía derrotada. Realmente tenía buen aspecto, salvo por unas marcadas ojeras bajo sus preciosos ojos castaños, e incluso había aumentado algo de peso. El color lozano de sus mejillas se lo tomó como una afrenta a su persona. En los meses que habían vivido juntos, ella no había mostrado esa apariencia tan saludable, y unas semanas en compañía de Sebastián la hacían florecer como la rosa más delicada y exuberante. El despecho y el dolor volvieron a atizarlo con alevosía y volvieron a hablar por él.

—Tus sentimientos siempre me han traído sin cuidado.

Marina se levantó del suelo donde estaba sentada. Recompuso el vuelo de su vestido azul alisando unas inexistentes arrugas, pero sin alzar los ojos hacia Brandon. La puñalada se la había clavado directamente en las entrañas. Al fin había comprendido los sentimientos que el escocés sentía hacia ella, y los aceptó, sin reservas, sin una vacilación más.

—Debería odiarte, pero no pienso hacerlo. No mereces el esfuerzo que me llevaría.

—¿Y crees que me importa? Nada de lo que hagas o digas puede interesarme.

—Imagino que no, pero voy a ofrecerte la disculpa que mereces porque soy la causante de tu infelicidad —Marina lo miró de frente sin un parpadeo—. Lo siento, laird McGregor, lamento el infortunio que has sufrido durante el tiempo que has pasado a mi lado. —Marina se sentía incapaz de sostener su mirada sin quebrarse, pero lo hizo, aunque le costó el mayor esfuerzo de su vida—. Tienes mi palabra de que nunca más volveré a cruzarme en tu camino. Te libero de la reparación que me ofreciste en Zambra.

Brandon había contenido la respiración. Ella no le gritaba, ni lo insultaba, era como si hubiese renunciado a cobrarse el agravio que le estaba infringiendo de forma premeditada.

—Tenía muchas dudas, ante mí se abrían cuestiones de las que no obtenía respuesta porque no estabas a mi lado, pero ya no. —De pronto, Marina alzó la barbilla con gesto arrogante, decidido, como si hubiese llegado a un acuerdo tácito en su mente y en su corazón, y que nadie más conocía salvo ella—. Adiós, laird McGregor. —Marina le extendió la mano en señal de despedida, pero Brandon despreció el gesto al ignorarlo. Finalmente, ella dejó caer la mano. Su rostro había adquirido una serenidad sobrecogedora—. Incluso los enemigos, cuando no se matan, se muestran el respeto merecido.

Pero él estaba ciego a todo lo que no fuese la aplastante necesidad que sentía de desquitarse. Habían sido semanas de agonía, horas interminables imaginándola en los brazos de Sebastián, riéndose ambos a su costa. Brandon no se explicaba cómo contenía su ímpetu de causarle un daño físico.

—La puerta se encuentra detrás de ti —le indicó ella con gesto altanero al ver el inmenso odio que despedían sus pupilas.

Brandon parecía a punto de saltar sobre ella.

—Sé dónde está la maldita puerta, no estoy ciego —respondió con los dientes apretados—. Y me marcharé solo cuando yo lo desee, ni un momento antes.

Ella no le dijo nada más. Tensó la espalda como una reina delante de un súbdito, y le hizo una inclinación de cabeza antes de darle la espalda y salir al patio por las cristaleras de la biblioteca.

Brandon se quedó completamente solo.

## CAPÍTULO 29

—Mira que eres impaciente. —La sonrisa de Sebastián le caló muy hondo. Marina sujetó la tela entre las manos, la subió hasta sus ojos, lo colocó sobre ellos, y lo ató con un nudo en su nuca —. ¿Estás segura de que no ves nada? No vale hacer trampa.

—Estoy lista —le dijo ella con una mueca sonriente—. Vamos, sorpréndeme.

Sebastián la guio por el camino pedregoso hasta la puerta del cortijo «Los Castaños». Introdujo la llave en la cerradura, la giró una vuelta y empujó la puerta que olía a madera recién pintada. La mano de Sebastián estaba apoyada en su espalda, la condujo con pasos cortos al centro del salón principal, y, una vez allí, la dejó sola para abrir las ventanas.

—No te quites la venda hasta que yo te lo indique.

Marina chasqueó la lengua con impaciencia mal disimulada.

—Sabes que suelo cumplir mi palabra.

El gruñido de Sebastián le hizo sonreír, pero Marina pudo sentir los rayos de sol que le acariciaban el rostro cuando las ventanas fueron abiertas del todo. El olor de la primavera impregnaba el ambiente, incluso podía oler el aroma de las rosas blancas.

—Y eso lo dice la mujer que me dejó plantado en el altar. —Marina ahogó una risa cantarina seguida de una maldición—. Bien, señora impaciente, ya puedes quitarte la venda.

Marina desató el nudo que ella misma se había hecho, y dejó caer el pañuelo sobre su cuello. Cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, su boca soltó una exclamación de auténtico placer.

—¡Sebastián! ¡Es precioso!

El hermoso salón estaba reformado en su totalidad. Las carcomidas maderas de las puertas y ventanas habían sido sustituidas por otras nuevas y de madera más recia. Las paredes estaban enyesadas y pintadas con los colores originales, todo estaba como en vida de los padres de Sebastián, salvo los muebles, que eran más nuevos y de mejor calidad. Marina veía por doquier elegancia y buen gusto. Dio una vuelta completa con una sonrisa de auténtico placer.

—Quiero ver el patio. —Ambos salieron del bonito salón y cruzaron el vestíbulo hasta el patio interior porticado. La fuente que había justo en medio de las losas de mármol escupía el agua con un silbido: el sonido le recordó las veces que ella había jugado y mojado a su hermano en el pasado. Marina cerró los ojos—. Casi puedo oler el olor del pan que cocía tu madre por las tardes.

Los ojos de Sebastián se cerraron también.

—Yo puedo oler la canela y la miel de los hojaldres.

Marina abrió sus ojos y miró directamente a Sebastián.

—Soy la mujer más feliz del mundo.

—Y un poco más rica —le contestó él—. La almazara funciona al cien por cien, querida socia. —Marina le hizo un guiño con sus ojos castaños—. Nunca creí posible que estas tierras llegaran a producir fruto de nuevo.

—¿Estás preparado para la fiesta que se dará en tu honor? —el rostro horrorizado de Sebastián le indicó que era lo último que deseaba.

—Afortunadamente, todavía queda tiempo para el evento —respondió con verdadero alivio.

—Yo que tú me mostrarías impaciente —le aconsejó ella—, o podrías herir un corazón femenino.

Sebastián comenzó a reír.

—Eres incorregible, Da, pero no cambies nunca.

—No lo haré —contestó con humor.

—Diego está en el cortijo Vílchez. —Ella apartó la mirada del rostro de Sebastián, y la fijó en el jazminero que crecía por el arriate—. Ha venido por unos negocios, y se quedará unas semanas.

—¿Lo acompaña su esposa? —le preguntó.

Sebastián asintió con su cabeza.

—Y han traído al pequeño Ian —le informó con voz controlada.

Marina, al escucharlo, contuvo la respiración. Desde aquella noche en la que fue raptada de Ruthvencastle no había vuelto a ver a su hijastro, y el remordimiento la azotó sin piedad.

Sebastián pudo leer la angustia en sus pupilas.

—¿Qué piensas hacer al respecto? —Marina meditó la pregunta de forma intensa, ¿qué podía hacer? Había pasado demasiado tiempo, pero el dolor no había remitido lo más mínimo. Tenía su vida encauzada, pero el vacío en ocasiones era tan grande que Marina temía que la engullera por completo.

—Me mantendré un tiempo alejada de «Los Encinares».

Sebastián lanzó un silbido al escucharla.

—Ahhh, mi querida Da, nunca creí que fueras una cobarde.

Ella le obsequió un codazo por el insulto.

—Y no lo soy, pero no deseo ver a la mujer de mi primo.

—Sigue siendo tu cuñada.

Era cierto, Brandon no se había molestado en firmar los papeles del divorcio. Ignoraba con premeditación las visitas del abogado inglés contratado por su padre para anular el matrimonio, y con su actitud, Brandon mostraba que todo lo relacionado con ella le importaba bien poco.

—Me molesta la circunstancia de que sigas atada por ley a ese cretino.

Marina soltó una carcajada de auténtico humor.

—Pero ahora, gracias a tus brillantes gestiones, vuelvo a ser poseedora de mi dote para entregársela. Imagino que por ese motivo no ha firmado los papeles del divorcio, aunque confío que pronto seré una mujer libre, pero con un pecado mortal sobre mi cabeza: arderé por siempre en el infierno.

—¿Te lo tomas a risa? —le preguntó Sebastián bastante molesto.

Marina redujo sus bonitos ojos a una línea.

—¿Cómo dantes quieres que me lo tome? —Marina cruzó delante de Sebastián para salir al exterior de la casa. Él la siguió de cerca. Al salir al jardín principal, vieron el caballo de Lorenzo que acababa de llegar al cortijo.

—¡Baja, tito! ¡Baja! —Lorenzo llevaba en la grupa de su semental, y rodeada por sus brazos, a su sobrina Serena. La niña, de poco más de dos años, forcejeaba tratando de soltarse. Clavó sus ojitos en Sebastián y le tendió sus bracitos—. ¡Apa, Bastián, apa! —era su forma particular de pedir que la alzara.

Sebastián acudió a la llamada con una sonrisa en los labios.

—¿Cómo voy a negarme a la llamada de una princesa? —la niña pasó de los brazos de Lorenzo a los de Sebastián en un segundo.

—Es la última vez que llevo a cabalgar a esta pequeña tirana —se quejó Lorenzo—. No me ha tirado del caballo de puro milagro.

—Ya sabes que le gusta mirar y tocar todo, y le da exactamente igual si va en un caballo o en un carruaje —respondió Marina al ver que su hija no le hacía el menor caso.

Estaba absorta escuchando a Sebastián, que le contaba alguna historia de las que le gustaban

a ella: de duendes y princesas.

—«Los Castaños» está irreconocible —dijo Lorenzo de pronto, mientras desmontaba de su caballo con la mirada puesta en la casa—. Tienes que sentirte muy orgulloso. —Sebastián dejó de prestarle atención a la niña para centrarla en Lorenzo.

—Ha sido un trabajo demoledor, pero ha merecido la pena.

—¡Baja, Bastián, baja! —Serena trataba de soltarse de los brazos de Sebastián.

—¿Y cómo debe pedirlo una princesa? —le preguntó a la niña con voz firme, pero tierna.

—¡Po babó! —exclamó ella con ojos grandes y brillantes.

—Cuando me miras así, soy incapaz de negarte nada. —Sebastián la dejó en el suelo de forma muy suave. Una vez que Serena tocó la tierra con sus piececitos, corrió hacia el lugar donde estaba su madre.

—Eres el único que consigue que formule y exprese esas mágicas palabras —le dijo Marina a Sebastián antes de alzar a su hija y apoyarla en su regazo.

La niña se abrazó a su cuello y se restregó como si fuese un cachorrito.

—Es culpa del abuelo Álvaro, la consiente en demasía —explicó Lorenzo sin dejar de admirar las reformas que Sebastián había realizado en el tejado y los muros del cortijo—. Por cierto, el primo Diego vendrá a cenar esta noche a Zambra.

Marina aguantó un jadeo. Sabía que ese momento iba a llegar tarde o temprano, pero no creía estar preparada para enfrentarlo.

—¿El primo está en Córdoba?

Su hermano hizo un gesto afirmativo, pero sin mirarla.

—Padre me dijo que venía de Ronda —Marina parpadeó. ¿Qué hacía Diego en la ciudad de Ronda? Lorenzo respondió por ella—. Padre dice que ha tenido que entregar una documentación al conde de Ayllón.

Marina conocía la amistad entre ambos nobles, y que vigilaban los movimientos de adversarios contrarios a la corona.

—Creía que el conde estaba en la corte, en Madrid —murmuró pensativa. Lorenzo negó—. ¿Vendrá con su familia? —preguntó a su hermano con un hilo de voz.

—Por supuesto —respondió Lorenzo sin apartar los ojos de la pulida barandilla de madera.

—Padre me ha pedido que os diga que no os retraséis, yo tengo que llevar unos pagarés a uno de sus socios.

Marina se lamió el labio pensativa. Seguía cavilando sobre la visita de Diego.

—¿Podrás cabalgar de vuelta con la pequeña brujita? —Marina asintió, pero fue Sebastián quien respondió a la pregunta formulada por Lorenzo.

—Yo la llevaré de regreso en mi montura. Adoro ese cuerpecito serrano.

Los cuatro siguieron admirando el cortijo durante la siguiente hora.

\*\*\*

Las tres horas siguientes habían resultado caóticas en Zambra. Marina había elegido el menú para la cena, la vajilla, y el lugar para los invitados antes de ponerse a la tarea de bañar a una histérica niña que quería cenar con el abuelo y no en sus aposentos con Ewan. Los ojos de Marina se dulcificaron al pensar en el niño escocés que los había acompañado casi tres años atrás a Córdoba, y, sin una sola queja. El pequeño era un primor en obediencia y seriedad. Se había adaptado a la rutina española con una facilidad que la asombraba, además era el primero de su clase, el mejor en conducta, y también en acciones. Marina se sorprendía de lo mucho que había llegado a quererlo a pesar de la distancia que ponía el niño con respecto a ella. Sin embargo,

Ewan adoraba a su padre que lo imitaba en los gestos y en la forma de hablar, Ewan se había convertido en la sombra del conde, y, para sorpresa de ella, Álvaro lo estaba criando como si fuese un hijo propio y no un extraño. De repente, la pastilla de jabón salió volando por los aires por encima de su cabeza. La risa de Serena hizo que Marina se sentara en el suelo del baño a pesar de que estaba completamente mojado. Bañar a su hija suponía un reto del que no pensaba darse por vencida. Aunque había criadas para hacer el trabajo, a ella le encantaba escuchar sus chapoteos infantiles y el parloteo infantil.

—Tienes que dejar de salpicar agua fuera de la bañera —la recriminó con dulzura.

—¿Quere? —Serena tenía sus pequeñas manitas llenas de espuma, y se la ofrecía como si fuese un tesoro.

—Gracias, pero no, hoy no me apetece llenarme de espuma. —Marina vertió con cuidado el agua templada de la jarra sobre el pelo de su hija. Sujetó una toalla, y la envolvió en ella antes de salir del baño.

Cuando cruzó la puerta, vio horrorizada que Diego la esperaba sentado en el lecho. El colchón estaba cubierto por las pertenencias de Serena: su ropa de dormir, y el cepillo para el pelo con mango de plata. Diego sostenía en sus manos morenas el osito de peluche. La expresión de su rostro era indescifrable. Serena se removía dentro de la enorme toalla e intentaba sacar la cabeza de la tela. Diego se levantó del lecho para permitirle que depositara el bulto que no paraba de agitarse entre sus brazos. Marina tenía la ropa mojada, el cabello revuelto, y las mejillas tan rojas como la grana.

—¡Diego! ¡Qué sorpresa! —el bulto que llevaba en los brazos se quedó de repente quieto.

Marina lo depositó con cuidado encima del colchón. Diego contempló unas manitas que luchaban por desenrollar la gruesa tela, y, cuando lo consiguieron, una cabecita mojada y despeinada asomó al fin. Los ojos de la niña se clavaron en la figura de Diego que la miraba estupefacto, pero Serena no dio ni una muestra de temor por el desconocido, todo lo contrario, su rostro mostraba una inmensa curiosidad por el inesperado visitante en su dormitorio. Tras un instante largo y tenso, Diego se encontró la voz para preguntar.

—¿Quién eres? —la niña seguía quieta en medio del lecho de plumas.

Adulto y niña se contemplaban el uno al otro sin tapujos.

—¿Yo? —preguntó como si fuese imposible que un desconocido no supiera quién era ella. — ¡Selena! —respondió con su lengua de trapo.

—Y yo soy tu primo Diego.

Serena le mostró el indicio de una sonrisa aceptándolo de inmediato. Marina se sorprendió de la facilidad que tenían los niños para adaptarse a todo, aceptar a todos. Diego volvió su rostro hacia Marina.

—Tenía tantas ganas de verte que no he podido resistirme a venir a buscarte para meterte prisa, y menuda sorpresa me has dado.

Marina le sostuvo la mirada.

—Bajaré en unos minutos —contestó muy nerviosa.

—Confío que lo hagas acompañada de esta preciosidad.

Marina se mordió el labio inferior con la preocupación dibujada en el rostro.

—No creo que sea una buena idea —trató de excusarse.

Diego la taladró con ojos fríos.

—Mi esposa se merece conocer a su sobrina, e Ian a su hermana.

Marina trató de contener la exclamación que subía por su garganta como una exhalación.

—¿Has traído a Ian? —Diego hizo un asentimiento de cabeza.

—Te quiere, sería incomprensible no hacerlo.

—Me sorprende que Brandon haya permitido que os acompañe en vuestro viaje a España.

—De Brandon hablaremos más tarde, ahora ocúpate de tu hija... ¿Serena? —la niña volvió su atención del cepillo que en ese momento pasaba por su pelo, al hombre que le ofrecía una sonrisa y se daba la vuelta para marcharse.

La niña lo despidió con su manita. Cuando Diego salió por la puerta, Marina lanzó una maldición por lo bajo. Serena la miró con ojos como platos.

—Si repites eso, te daré una tunda que no olvidarás en la vida.

\*\*\*

Marina se había cambiado de ropa y arreglado el cabello que Serena había mojado mientras la bañaba. Su pequeña estaba radiante porque le había puesto su vestido más bonito, el que más le gustaba, y ella lo lucía como una auténtica princesa de cuento.

—¿Vas a portarte bien? —le preguntó con más temor del que podía admitir. Su hija le mostró una sonrisa que no la engañó en absoluto—. Tenemos una visita especial —le dijo.

—¿El pimo? —Marina la miró con dulzura.

—El primo Diego y su familia. —Pero Serena había dejado de prestarle atención porque habían llegado al pie de las escaleras.

A Serena le encantaba deslizarse por la barandilla con la ayuda de su madre, pero esa noche Marina estaba demasiado preocupada para pensar en los juegos. Serena, resignada, comenzó a saltar uno a uno los escalones. Marina la sujetó en brazos, impaciente, pero cuando vio al pie de la escalinata a su hermano Lorenzo, una tímida sonrisa afloró a sus labios.

—¡Lánzame ese caramelo! —Serena gritó con entusiasmo al escuchar las palabras de su tío, pero Marina la sujetó con más fuerza.

—Este caramelo va a bajar como una señorita. —Marina la depositó en el quinto escalón con delicadeza.

—¡Tito! ¡Tito! —y antes de que pudiese sujetarla, Serena se había lanzado al vacío sobre el cuerpo de su tío.

Los brazos de Lorenzo la sujetaron con fuerza, y los gritos de placer de la niña le hicieron lanzar un suspiro.

—¡No tienes que animarla! —le recriminó a su hermano—. Un día se va a romper la cabeza con esos juegos que le enseñas —pero Lorenzo había comenzado a darse la vuelta con su sobrina en brazos.

Al ver que su hermana no lo seguía, se giró hacia ella.

—Vamos, Marina, te están esperando. —Los pies de ella estaban clavados en el vestíbulo del palacio de Zambra—. Yo me ocuparé de este caramelo durante unos minutos, los suficientes para que rompas el hielo, y tomes el control de la situación.

Marina miró a su hermano con profunda gratitud. Los vio marcharse hacia el patio de los naranjos entre risas y juegos. Cuando alcanzó la puerta del salón principal de Zambra, sus hombros temblaban, pero gracias a su hermano tenía la oportunidad de allanar el camino. A lo lejos podía escuchar el parloteo de su hija. Se armó de valor, y abrió la puerta que la separaba de los recuerdos más dolorosos de su vida. Diego y su esposa se giraron hacia ella. Con un nudo en el estómago, dio el único paso que la mantenía en el vestíbulo.

—¡Marina! ¡Qué guapa estás! —Violet Casandra se lanzó a su encuentro, y cuando llegó hasta el lugar donde estaba ella, la abrazó con afecto genuino.

Los remordimientos comenzaron a ensañarse con ella por el trato amable que le dispensaba

su cuñada, y la frialdad que le mostraba ella.

—¡Mira quién ha venido a verte!

La escocesa se apartó del campo de visión de Marina, Ian estaba sentado en el sillón con el rostro serio. A su lado se encontraba Ewan, que trataba de incluirlo en una conversación de chicos sin conseguirlo. Su hijastro se levantó con formalidad y caminó hacia ella con pasos vacilantes. Marina le mostró una sonrisa precavida, temía ponerlo en una situación embarazosa, pero cuando miró sus ojos verdes, su determinación se fue al traste.

—¡Ian! —abrió los brazos llenos de felicidad. El muchacho se levantó de su asiento y caminó directamente hacia ella, y, cuando llegó, aceptó su abrazo con naturalidad—. ¡Dios del cielo! Te he extrañado un montón.

Un segundo después, Ian y Marina compartían abrazos y risas. El carraspeo del conde los hizo separarse. Se estaban olvidando del resto de invitados, pero el rostro de Ian había florecido con una sonrisa auténtica. Marina se apartó un paso para observarlo mejor, había crecido mucho pues estaba tan alto como su hermano Lorenzo.

—Me parece imposible verte aquí en Zambra —le dijo con la voz impregnada de emoción—. Es un sueño hecho realidad.

—Sentía mucha curiosidad por conocer a mi familia española. —Sus palabras le pusieron un nudo en la garganta.

Hablaba con esa corrección que producía extrañeza en los adultos, pero no pudo responderle porque Lorenzo hizo su aparición con Serena en ese preciso momento. La pequeña iba corriendo delante de él, pero al ver a tantas personas reunidas, paró sus pasos de golpe y no pudo evitar que su espalda tropezara con las piernas de su tío. Todos los rostros se dirigieron hacia ella tras su entrada espectacular en el salón. Marina pudo escuchar el jadeo de la escocesa al contemplarla. Ian no podía apartar la vista de la niña, ambos compartían el mismo color de ojos.

—¡Abelo! ¡Abelo! —Serena había decidido romper el hielo del silencio ella misma, y corrió hasta donde estaba situado Álvaro que la alzó con júbilo varias veces por encima de su cabeza.

—¿Es mi hermana? —la pregunta de Ian se le clavó directamente en el corazón a Marina; sabía que había llegado el momento de revelar la verdad.

—Por favor... —Dirigió esas palabras a todos los que estaban reunidos en el salón para la cena—. ¿Nos perdonáis a Ian y a mí? Tenemos que hablar un momento a solas. Regresaremos en seguida.

Marina sujetó la mano de Ian con la suya y lo arrastró hacia el vestíbulo en dirección a la biblioteca. Tenía que darle una explicación, pero se negaba a hacerlo delante de todos. Quince minutos más tarde, Marina se sentía profundamente atormentada. Ian no apartaba la mirada de su rostro, y sus ojos tenían un reproche que le supo amargo como la hiel. Había maquillado todo lo que había podido la explicación que le había ofrecido, pero el muchacho que la contemplaba entre la confusión y la tristeza, le hizo desear desaparecer de la biblioteca.

—Es muy guapa —dijo al fin.

Indudablemente se refería a su recién descubierta hermana.

—Eso es porque se parece a ti. —Ian no sabía por qué motivo, pero conocer la existencia de la niña hizo que su estómago se tensara de preocupación.

Aunque ahora tenía la certeza de que Marina iba a volver a Ruthvencastle, regresaría con él, tenía un poderoso motivo para hacerlo. Pensar en esa posibilidad hizo que sus labios sonrieran por primera vez en mucho tiempo.

—¡Yo la protegeré! Seré el mejor hermano para ella. —El corazón de Marina sufrió una sacudida al escucharlo.



Ian había dado por sentado que iban a regresar juntos a Escocia, pero estaba muy lejos de la verdad.

—Estoy convencida de que lo harás. —¿Qué podía decirle para no causarle más desilusión?

—Me alegro mucho de verte —le dijo Ian con una calidez que removió sus sentimientos por completo.

—¿Podrás perdonarme alguna vez? —el muchacho hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Siempre supe que no me habías abandonado, que te alejaba de mí un motivo poderoso.

Marina inspiró profundamente al escucharlo. La maravillaba el hijo de Brandon, era un chico fascinante en todos los sentidos.

—No imagino cómo puedes hablar con tanta madurez con tu edad.

—Soy prácticamente un hombre.

—Y serás un hombre maravilloso, puedo asegurarlo —le dijo con infinita dulzura.

Pero Ian meditaba en silencio, como si cavilara diferentes posibilidades sin decidirse por ninguna. Marina lo observaba sin atreverse a romper el momento pensativo.

—¿Por qué mi padre no la quiere? ¿Es porque es española?

Marina sufrió un nuevo sobresalto. ¿Qué le habría contado Brandon a Ian al respecto? Por la sorpresa de Diego, y de su esposa, Marina había llegado a la conclusión demoledora de que Brandon no había dicho nada sobre el embarazo de ella, y ese detalle la llenó de cólera, pero no lo demostró. Escondió sus emociones agitadas bajo una máscara de pasividad.

—¿Por qué dices algo así? —le preguntó con un hilo de voz.

Temía que Ian advirtiera los sentimientos negativos que la embargaban con respecto a su padre.

—Porque siempre maldice todo lo que tiene que ver con los españoles. La prima Aurora se enfada a menudo con él, y entonces mi padre maldice su origen español. En ocasiones, cuando visitamos Crimson Hill, no baja a cenar porque dice que detesta la compañía de ella, y entonces la prima Aurora le dice una palabra grosera que el tío Devlin desapruueba, pero ella suele conformarlo diciéndole que mi padre se lo merece, entonces el primo Justin media entre los dos para que hagan las paces.

A Marina no la sorprendía esa actitud por parte de Brandon, pero sí que fuese tan ligero en sus acciones en la presencia de su hijo.

—Se enfadó terriblemente conmigo, y, cuando uno está enfadado, dice y hace cosas que no quiere, pero que no puede evitar —le dijo ella en un susurro.

—Yo se lo explicaré. La aceptará.

Marina estaba a punto de estallar en llanto. La diferencia entre padre e hijo era abismal. No parecían compartir la misma sangre, pero a ella le tocaba echar tierra de por medio.

—Bueno, hablaremos sobre ello más tarde, ahora volveremos al salón pues mi padre está ansioso por conocerte.

Los ojos de Ian relucieron de entusiasmo. Aquel hombre mayor que no le había quitado la vista de encima le parecía muy importante y poderoso.

—Me gusta el tío Lorenzo, ha sido muy amable conmigo. Y Ewan también me cae bien.

Marina sonrió por la conclusión a la que había llegado Ian, pero se dejó guiar por su mano de regreso al salón.

## CAPÍTULO 30

La cena había resultado larga y tormentosa. Los tres niños estaban al cuidado de Lorenzo en la sala de música, les había prometido tocar para ellos. Álvaro decidió, en última instancia, acompañarlos en sus juegos. En la larga mesa del comedor quedaban Diego, su esposa, y ella. Su cuñada seguía removiendo con la cuchara el café de su taza. Marina había prescindido de tomarlo. La noche se le presentaba demasiado llena de insomnio como para agravarla situación todavía más con un estimulante como el café. Diego examinaba su rostro como si ella fuera un extraño ser de otro mundo.

—Brandon se encuentra en Ronda —soltó de pronto Diego. Marina aguantó la respiración durante varios segundos—. Por ese motivo hemos podido convencerlo de traer a Ian al cortijo Vilchez el tiempo que dure nuestra estancia aquí.

—¿Sabía que pensabais traerlo a Zambra?

Fue la esposa quien respondió a la pregunta formulada por ella.

—Sí, pero el niño se ganó el derecho a visitarte. —Las pupilas de Marina se oscurecieron por la sorpresa. La escocesa se propuso aclararle sus palabras—. Fue el regalo que pidió las navidades posteriores a tu marcha. No pidió juguetes, nada, excepto tener la oportunidad de verte una vez más.

Marina sintió un leve mareo de emoción. Ignoraba hasta qué punto la quería Ian. Su corazón se llenó de amor y gratitud hacia él.

—Al principio mi hermano se opuso con una resistencia titánica, pero Ian insistió durante tanto tiempo y tantas veces, que Brandon tuvo que recular en su postura indolente. Ian supo que podría venir a verte hace tan solo unas semanas. Ni te imaginas la felicidad que ha mostrado desde entonces.

—No merezco el cariño que me profesa —dijo Marina con humildad.

—¿Por qué, Marina? —le preguntó Diego a bocajarro—. ¿Por qué motivo abandonaste a tu marido estando embarazada?

Marina apretó los labios ofendida.

—¿Es eso lo que os ha contado? —preguntó ella a su vez.

—La respuesta resulta obvia —dijo la esposa en un tono de voz controlado para no molestarla.

Marina bajó la mirada hacia la mesa con el rubor tiñendo sus mejillas. Sentía que le arrancaban la piel del corazón de nuevo. Brandon había depositado la culpa en ella, ¿cómo podía mostrarse tan miserable? Pero ella no iba a mantener la boca cerrada.

—Debéis saber que Brandon se desentendió de nuestra hija incluso antes de que naciera.

La exclamación de la cuñada hizo que Marina fijara sus ojos en ella. Tenía el rostro completamente demudado por la sorpresa.

—Mi hermano sería incapaz de desentenderse de su propia hija —lo defendió la mujer.

Marina la taladró con ojos fieros.

—¿Que tú me recrimines algo así! ¿Has olvidado la indiferencia que mostraba con su único y valioso heredero en Ruthvencastle? ¿Las semanas de soledad y abandono que sufrió tu sobrino? —la mujer iba a interrumpirla, pero Marina no se lo permitió—. No, no digas algo de lo que puedas arrepentirte más tarde.

Pero ella ignoró su advertencia.

—Serena merece conocer a su padre.

Marina podría haber gritado con histeria de lo dolida que se sentía, pero se contuvo.

—Prefiero a mi hija sin padre, a que tenga uno como el laird McGregor —soltó con el mayor desdén posible.

Diego decidió intervenir porque Marina estaba adoptando una postura demasiado beligerante y desafortunada.

—Pero la realidad es que lo tiene, te guste o no.

Marina se tomó las palabras de su primo como una afrenta personal. Brandon la había despreciado como mujer, como esposa, y como madre, ella no pensaba olvidar ni perdonar ninguno de esos tres agravios. Inspiró profundamente antes de contestarle a Diego.

—En Londres tuvo la oportunidad de enmendar su postura, pero dejó clara su posición respecto a nosotras. Me dio la patada en el culo que me merecía, según sus palabras.

—Estaba herido y despechado —lo justificó la hermana.

Marina se mordió apretó los labios con fuerza para reprimir la réplica venenosa que pugnaba por salir de su garganta, pero su cuñada no tenía culpa de la relación conflictiva entre su intratable hermano y ella.

—¿Y cuál fue el terrible pecado que cometió Marina del Valle y Linares? Porque hasta hoy ignoro las poderosas consecuencias que causaron mis actos para que se me infringiera semejante castigo.

—Mi hermano cree firmemente que te fugaste con Sebastián. —Marina estuvo a punto de soltar una carcajada histérica al escuchar las palabras, pero se contuvo.

—Y ambos, sabiendo que no era cierto, callasteis, ¿por qué?

—Porque se merecía tomar un poco de su propia medicina —respondió Diego con ojos serios.

Marina cerró los ojos durante un instante antes de responderle.

—Me utilizasteis en vuestra guerra particular con el laird de Ruthvencastle, ¿no es cierto? — los ojos de Marina se clavaron en la persona de Diego—. Estabas tan herido por sus manipulaciones que me viste como el instrumento divino para cobrarte el agravio sobre tu persona.

—¡Marina! —exclamó la esposa horrorizada por el derrotero que estaba tomando la conversación, pero ella había cruzado la línea de la prudencia hacía demasiado tiempo.

—Bruce Duncan me raptó en mi propia casa, y nadie se percató de ello. —La cuñada abrió la boca, pero la volvió a cerrar un segundo después. La mirada de Marina le quemaba—. Pasé semanas enteras rezando para que tu hermano viniese a por mí, pero no lo hizo, estaba demasiado ciego en sus sospechas: envenenado por completo hasta el punto del pecado mortal.

—¡Pero él no tenía modo de saberlo! Desconocía que te encontrabas en Blackcastle con el clan armígero Duncan —exclamó convencida.

—¿Y crees que ahora importa esa variación de circunstancias? —Marina supo que perdía el tiempo tratando de justificar su postura y su silencio—. Si me hubiese fugado con Sebastián, ¿piensas por un momento que hubiese dejado las joyas de mi madre en Ruthvencastle, y a tu sobrino Ian con un despiadado, fuese su padre o no?

—Te llevaste la única posesión que según mi hermano te importaba: tu semental. Para él fue una prueba contundente e irrefutable

Marina masculló un improperio. Desde la llegada de su primo y de su esposa, había maldecido como nunca antes en su vida. Ella quería mucho a su caballo, pero jamás hasta el punto de fugarse con él en camión, y dejando atrás sus posesiones más preciadas como las joyas de su madre. ¿Cómo osaban insinuar algo así?

—Mi hermano tiene derecho a saberlo —le replicó la cuñada convencida, y esas palabras le silbaron en los oídos de forma estridente provocándole una ponzoñosa sordera.

—Tu hermano lo sabe, ¡maldita sea! —replicó molesta—. William Duncan le informó de mi buena esperanza cada una de las semanas que estuve retenida en Blackcastle.

—¿William Duncan? ¿El viejo Duncan? —preguntó atónita.

—Su interés en formalizar un compromiso entre clanes hizo que se pusiera en contacto con tu hermano, y, ¿sabes qué, mi querida cuñada? Recibió, en cada ocasión, una negativa contundente del laird de Ruthvencastle.

Tanto Diego como su mujer la miraron con cauta sorpresa.

—Mi hermano jamás permitirá un compromiso entre los Duncan y los McGregor, y conoces el motivo.

A Marina le iba a estallar la cabeza.

—No te habrás precipitado, ¿verdad, Marina? —la pregunta de Diego la descolocó por completo.

¿A qué diantre se refería con precipitarse?

—¿Y qué si lo hice? —respondió con otra pregunta.

—Que mi hermano tiene sus razones para pedirte cuentas —le dijo la cuñada en un susurro, pero Marina no podía seguir soportando más recriminaciones de ninguno de los dos.

Habían logrado que la cena se le indigestara en el estómago. Se levantó con el rostro demudado por la ira, y soltó la servilleta sobre la mesa con un enojo que no se molestó en ocultar.

—Serena no es tema de discusión en esta mesa ni en ninguna otra, espero que lo recordéis por vuestro bien.

—¿Nos estás amenazando? —la pregunta de Diego hizo que ella se inclinara sobre la mesa de madera y entrecerrara sus ojos hasta reducirlos a una línea peligrosa.

—¡Y nunca amenaza en vano! Espero que no lo olvides.

Marina abandonó el comedor con la espalda tan tensa que Diego pensó que iba a sufrir molestias durante la noche.

Cuando cerró la puerta tras ella, Marina apoyó la espalda en la suave madera para recobrar el aliento y el control sobre sí misma. Diego y su esposa la habían llevado a un extremo del precipicio donde solo podía saltar al vacío pues retroceder era del todo imposible. Recompuso su rostro y ordenó los mechones que se le habían soltado de la sujeción durante la acalorada discusión. Tenía unos niños que llevar a la cama, y por nada del mundo iba a mostrar lo infinitamente martirizada que se sentía. ¡Maldito Brandon! ¡Al infierno con él!

La escocesa miraba a Diego sin atreverse a decir nada. La sorprendente revelación la había dejado pasmada. Estaba convencida de que su hermano desconocía la existencia de Serena, y, cuando lo descubriera, iba a temblar el reino con su ira.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó con el rostro contrito.

—Nada —respondió Diego sin mirarla.

—Pero mi hermano... —Diego la calló con su mirada oscura y penetrante.

—Tu hermano es un cabrón sin escrúpulos. —La mujer alzó la barbilla ante el insulto sobre su sangre—. Él mismo cavó su fosa, que salga o no de ella dependerá de muchas cosas, pero tú no vas a mover un dedo para ayudarlo, o tendrás que vértelas conmigo.

La escocesa abrió los ojos estupefacta, pero no hizo ningún comentario al respecto. Conocía demasiado bien a su marido como para ignorar una advertencia dicha de forma tan clara.

Tras unos momentos en silencio, le dijo con voz seca.

—No podrás mantener el silencio de Ian.

—Ni es ésa mi intención.

Ahora lo miró asombrada.

—¿Y entonces? —preguntó llena de curiosidad.

—Lo que tenga que ser, será, pero nosotros nos vamos a mantener en nuestro lugar correspondiente sin movernos, a pesar de la tormenta que se desate a nuestro alrededor. —Ella entendía cada vez menos—. Si el destino de mi prima y de tu hermano es que terminen sus días juntos, así será, pero sin intromisiones por nuestra parte.

Ahora lo había entendido, aunque no podía estar menos de acuerdo.

\*\*\*

Los días se sucedían con un ritmo trepidante. Marina disfrutaba de la compañía de Ian como nunca antes en Ruthvencastle, y el muchacho había sacado de su interior el carácter alegre en compañía de ella y de Serena. La niña estaba encantada con la atención que le brindaban ambos pues la hacían reír a menudo. Marina lamentaba que ese espíritu de paz y armonía terminara pronto. Había hablado con su padre con respecto a Ian, y los deseos que sentía de quedárselo con ella en Zambra, pero algo así era poco menos que imposible; aunque ella podría darle todo el amor que contenía en su corazón, Brandon no iba a permitirlo. La detestaba demasiado. Pensar en él, ensombreció su rostro, y consiguió amargarle el resto de la tarde. Todavía le quemaban las palabras de Diego noches atrás, pero cada uno elegía el camino que quería seguir. Temía, en lo profundo de su corazón, que Diego o su esposa le hablasen a Brandon sobre la pequeña Serena, y que despertaran su interés por conocerla. Marina lo quería fuera de su existencia por completo, pero el destino se empeñaba en torturar su mente y estrujar su corazón hasta agotar la última de sus esperanzas.

Ella, que había creído superada su vida pasada en Ruthvencastle, comprobaba lo banal de sus ilusiones, y todo el rencor vomitado por su boca, y el despecho alimentado en su mente, regresaban a ella para impedirle dormir por las noches, para provocarle un malestar infinito. Marina lo ignoraba, pero mientras durase la visita de Ian, ella solo le iba a mostrar amor, alegría, y felicidad. Se lo debía. Los regalos ansiados de Navidad no producían tristeza o dolor, y, por él, iba a enterrar los malos sentimientos con respecto a su padre y su decisión de mantenerlo alejado de su vida para siempre.

\*\*\*

Brandon esperaba el regreso de Ian con mucha más ansiedad de lo que dejaban traslucir sus gestos. Estar recluido en una ciudad tan pequeña, y con la única compañía de Justin y su esposa, no era precisamente la mejor opción para su equilibrio mental. Su actitud distante y fría había frenado los intentos de la mujer de su primo, de interceder en sus decisiones pasadas, decisiones que habían quedado enterradas para siempre, o al menos eso creía él. Todavía le dolía profundamente la traición de Marina, ambos habían elegido caminos muy diferentes, pero su corazón seguía roto por los sentimientos que no podía desterrar, aunque tenía que hacerlo.

Temía y ansiaba la llegada de Ian. Pensar en su hijo hizo que sus labios se apretasen con fuerza. Lo había tratado tan injustamente en el pasado, que al recordarlo los remordimientos lo zarandearon con fuerza. Él había tratado de obligarlo a olvidar los hermosos sentimientos que sentía por una persona que solo le había reportado bien y no mal, pero amortajado por completo en su despecho, no había visto más allá de las estocadas sangrantes que recibía su corazón.

Tenía que olvidarla, pero le resultaba imposible. La tenía pegada a la piel, circulaba por sus

venas como un potente veneno que lo torturaba. Ian regresaría pronto, y él tendría que escuchar las innumerables virtudes de Marina y su mundo, un mundo al cual él no pertenecía... Brandon dejó de mirar por el cristal de la ventana y de aferrarse a pensamientos que no conducían a ningún lugar. La bonita propiedad del conde de Velasco seguía en unas condiciones perfectas, a pesar de la ausencia prolongada de su dueño, que vivía la mayor parte del tiempo en Redtower.

—¡Ya están aquí! —Aurora acababa de entrar en la biblioteca, donde permanecía él recluido desde hacía varios días—. ¡Rápido Brandon! Vamos a darles la bienvenida.

Brandon siguió a Aurora, pero sin el entusiasmo que ella demostraba.

—¡Estoy impaciente! Y ahora me arrepiento de no haberlos acompañado al cortijo Vílchez.

—Querida, siento la necesidad de recordarte que ya no soportas el sofocante calor cordobés.

Aurora clavó sus ojos en su esposo inglés que le sonreía al camino y no a ella. La última discusión que habían mantenido había sido monumental; ella quería arrancarle los ojos a Brandon, y Justin, evidentemente, no se lo había permitido, pero el escocés se torturaba en vez de poner el remedio a su infelicidad. Justin parecía que no se percataba de lo desdichado que se veía su primo.

El carruaje había tomado la curva que dividía el camino hacia el cortijo. El polvo que arrancaban las ruedas era tan espeso como alegre era el sonido de los cascabeles de los caballos rompiendo el silencio de la tarde.

—¿Dónde están los niños? —preguntó Justin.

Aurora no miró a su marido, le devolvió la misma afrenta que él le había obsequiado unos minutos antes. Siguió mirando el camino por donde subía la posta tirada por cuatro caballos.

—Imagino que haciendo de las tuyas —respondió concisa—, ya sabes lo que les gusta perseguir a las gallinas, pero vendrán enseguida para dar la bienvenida a Ian.

Justin la miró con reprobación. Cuando los niños visitaban España se convertían en salvajes. Andaban descalzos y a medio vestir por toda la casa sin importar que fuese en Ronda o en la hermosa ciudad de Granada. Aurora lo permitía porque alegaba que tenían que crecer probando la libertad. Él no sabía a qué libertad se refería ella, pero por supuesto, como buen diplomático, se abstenía de mencionárselo.

El carruaje se había detenido en la entrada principal, junto al jardín. Diego fue el primero en saltar del coche, lo siguió de cerca Ian que iba vestido como un perfecto cordobés. Violet Casandra lo hizo a continuación con el pequeño Miguel en brazos. Diego la sujetó para ayudarla en el descenso, pero todas las miradas estaban puestas en Ian y su indumentaria. Llevaba un pantalón de caireles, el pernil estaba abierto por cuatro ojales, los dos primeros estaban abotonados a los caireles a modo de pasador. La chaquetilla negra estaba abierta, y la camisa blanca tenía por adorno unas chorreras que sobresalían del chaleco gris. Llevaba un pañuelo de seda rojo a modo de faja en la cintura, y unos botines de piel de ternera, pero lo que más llamaba la atención en su atuendo era el sombrero de ala ancha. La cinta del sombrero era roja como el fajín que llevaba en la cintura. Ian llevaba el sombrero perfectamente colocado de la ceja a la oreja izquierda, y un poco ladeado, sin que el ala llegase a rozar el hombro, como un auténtico cordobés.

—¡Ian! —le gritó Aurora entusiasmada. El muchacho la miró con una sonrisa en el rostro, una sonrisa de las que no se ofrecen a cualquiera—. ¡Dios mío, qué guapo estás! —Aurora no esperó a que el muchacho llegara al portal de la casa, se lanzó a la carrera y lo abrazó con afecto.

Brandon se fijó en las ricas ropas que vestía su primogénito y se preguntó cuál sería el motivo para que vistiese de forma tan singular, pero se mantuvo en silencio observando cómo recibía el saludo de todos. Cuando Ian llegó a la altura de él, lo miró de frente sin un pestaño.

—Padre... —Brandon le colocó la mano sobre el hombro derecho.

—Bienvenido hijo. —Un segundo después, lo abrazó tan entusiasmado como el resto.

Lo había echado de menos, y estaba encantado de tenerlo de nuevo con él.

—Dios mío. Tengo que vestir a Roderick igual que tú, ¡seréis la envidia de todos los chavales de Inglaterra! —exclamó Aurora sin dejar de mirar a Ian.

Justin le regaló, en compensación a su comentario, una ceja alzada con sarcasmo.

La velada prometía ser todo un acontecimiento.

—Confío que hayas disfrutado plenamente de tu estancia en Córdoba —Ian se tomó el vaso de limonada fría de un trago antes de responderle a su padre con educación.

—Han sido unos días inolvidables, gracias padre por darme el permiso para que fuese posible.

Brandon pisaba arenas movedizas, pero tenía que hacerle la pregunta que le quemaba en la garganta desde que había entrado en la casa con Ian a su lado. Diego y su hermana estaban cambiándose de ropa antes de bajar a cenar. La distancia entre el cortijo Vílchez y la ciudad de Ronda resultaba larga y dificultosa, y ellos habían llegado sudorosos y polvorientos. Aurora trataba de bañar al pequeño Miguel junto a sus dos mellizos pequeños con la inestimable ayuda de su hija mayor, María. Justin estaba sentado detrás del enorme escritorio de madera oscura con una pierna cruzada sobre la otra. Miraba unas cartas como si tuviese puesta su completa atención en ese menester insignificante, pero Brandon sabía que se mantenía alerta a los comentarios de Ian sobre su visita a Marina.

—¿Te ha gustado la ciudad? —ni padre ni hijo esperaban la pregunta de Justin, la había formulado sin levantar los ojos de la misiva que leía con aparente interés.

—Es muy hermosa, me impresionaron sus palacios y sus fuentes —respondió el niño con voz fluida.

—Confío que la gente fuese amable con un forastero —Brandon ignoraba el significado de la frase dicha por su primo inglés, o qué pretendía con ella.

—Ah, pero no era el único forastero en Zambra.

Brandon miró a su hijo con interés, pero Diego hizo su aparición en ese preciso momento y cortó la posible interrogación de su cuñado.

—No puedo creer que no le hayas mostrado los regalos que les has traído.

Las pupilas de Ian brillaron al escuchar a Diego. Había llevado regalos para todos. Pidió permiso para levantarse, y, cuando lo recibió, salió como un resorte hacia sus dependencias. Llevaba los obsequios dentro de la valija de la ropa. Esperaba que la doncella los hubiese colocado en el armario. Tras el vacío dejado por Ian en la habitación, Diego se propuso llenarlo ocupando su lugar en el sillón. Se sirvió un vaso de limonada de la jarra llena, y cogió una galleta de canela que mordisqueó con sumo placer. Brandon seguía en silencio mirando el hueco de la puerta por donde había desaparecido su hijo unos momentos antes. Justin continuó leyendo la carta como si la entrada de Diego no hubiese interrumpido su trabajo.

—Tu hermana ha llevado bastante mal el calor. —Brandon clavó sus ojos verdes en su cuñado, que lo miraba con sumo interés esperando su reacción—. Pero hemos disfrutado mucho, gracias por preguntar.

Tanto Justin como Brandon observaban el rostro burlón de Diego, que seguía devorando galletas de canela.

—Creímos que tardaríais un par de días más en regresar —comentó Justin como de pasada.

—Terminé las gestiones antes de lo que imaginaba —respondió Diego sin despegar sus ojos del rostro de su cuñado—. Y mi esposa creyó que sería innecesario retrasar nuestra partida.

Brandon cruzó una pierna sobre la otra.

—¿Pudiste ver a tu tío el conde de Zambra? —preguntó Justin con curiosidad.

Pero Diego no pudo responder la pregunta formulada por él.

—¡Suéltalo! —le espetó Brandon de pronto—. Sé que te mueres por disparar toda la pólvora que tienes preparada en tu arsenal, puedo verlo desde que has puesto un pie en la casa. —Diego alzó una de sus cejas negras ante el estallido de su cuñado.

—Solo tengo que hacerte una advertencia: no utilices a tu hijo para saciar tu curiosidad sobre mi prima —le aconsejó Diego a Brandon con voz pragmática.

Brandon lo taladró con sus ojos verdes y le respondió con toda la frialdad que pudo.

—Sobrevaloras mi interés, cuñado.

Diego se mantuvo en silencio unos segundos, sin quitarle la vista de encima

—Entonces me alegro de haberme equivocado.

El silencio imperó en la sala hasta la llegada de Ian, que repartió los obsequios con mirada ávida pues era la primera vez que compraba regalos e ignoraba si les gustaría recibirlos. El primero en romper el envoltorio fue Justin, para descubrir un abrecartas de bronce bellamente tallado. Brandon tomó el pequeño paquete que le dejó su hijo en sus manos, rompió el papel que lo cubría, y descubrió una navaja muy bella con el mango de marfil. Al abrirla descubrió que estaba muy afilada y que era muy grande, le recordó a la que llevaba Sebastián, y, sin proponérselo, apretó los dientes con disgusto.

—¿No le agrada? —la decepción brilló en las pupilas de Ian que trató de tomar la hermosa navaja de las manos de su padre. Brandon lamentó el gesto de desagrado que le había mostrado a su hijo porque un regalo no se despreciaba—. Marina pensó que no le gustaría. —Brandon clavó sus ojos en los de su hijo con sorpresa por su comentario—. Mencionó que le recordaría un momento desagradable. —Brandon inspiró bruscamente, y, al hacerlo, se atragantó violentamente con su propio aire. Marina no podía referirse a la noche que lo había amenazado con una navaja similar—. Pero dijo también que para ella ese recuerdo se había convertido en una fecha importante: una que no podría olvidar nunca.

Brandon pudo ver la broma cruel del destino en el regalo de su hijo, y tensó el mentón sin percatarse.

—¿Ella eligió la navaja? —le preguntó a su hijo con voz seca, pero ni Justin ni Ian se percataron del tono salvo Diego, que arrugó el ceño pensativo.

—¡Oh no! —exclamó Ian aliviado—. Vi la navaja y me gustó tanto que no cesé en mi empeño hasta que la conseguí para usted. Marina trató de disuadirme para que comprara un juego de ajedrez muy bonito, pero la faca era lo que quería. Entonces, ¿le gusta? —le preguntó ansiando su aprobación.

Brandon tanteó el peso, el acero debía de ser muy bueno porque poseía un brillo inusual en un arma de ese tamaño.

—Me encanta hijo, cada vez que la utilice me acordaré de ti, y de tu buena fe al obsequiármela.

Ian sonrió de oreja a oreja. Justin miraba el intercambio de palabras entre padre e hijo con interés. Las dos mujeres hicieron su aparición en la estancia. La cena estaba preparada, y los niños más pequeños acostados en sus respectivas alcobas. Los cuatro se levantaron al unísono, y caminaron hacia el comedor en silencio.

Ian iba relatando, entre bocado y bocado, todas las actividades que había realizado en el cortijo Vilchez, y también en el palacio de Zambra. La escocesa enriquecía la narración con algunos detalles que se le olvidaba mencionar. Todos los adultos tenían puesta su atención en las



descripciones de Ian sobre los sementales que poseía Diego en el cortijo Vilchez. Confesó con algo de turbación que había toreado una vaquilla pequeña, y que la tía Violet se había llevado un susto monumental al verlo. Mencionó con cierto orgullo que había conducido el faetón del conde de Zambra en una de las ocasiones que habían paseado cerca del río Guadalquivir. Y contó la pelea verbal que había sostenido con Lorenzo sobre las mejores navajas del mundo, también la ayuda que le había prestado a Sebastián en su almazara. A cada palabra de su hijo, Brandon apretaba más los dientes. Lo describía todo con una energía envidiable, nunca lo había oído hablar con ese entusiasmo.

—Pero imaginad lo difícil que es hacer todo eso con Serena pegada a mis talones.

Ian abrió los ojos como platos porque había cometido un desliz imperdonable. Marina le había arrancado la promesa de que no hablaría sobre Serena. Brandon se percató del repentino silencio de su hijo, y del rubor culpable que cubrió sus mejillas.

—¿Serena? —preguntó con inusitado interés.

Los ojos de Ian se desviaron hacia sus tíos, pero ellos no lo miraban a él, sino a su padre. Justin se había perdido el último comentario. Alzó la vista de su plato, y se dio cuenta de que Brandon no le quitaba la vista de encima a su hijo, así como Diego no le quitaba la suya a Brandon.

Ian trató de enmendar su error.

—Serena es la princesa de Sebastián y el caramelo de Lorenzo.

Sus palabras enredaron todavía más la tensa situación que se había creado en el comedor. A Brandon, la actitud de su hijo le parecía sospechosa, sobre todo la alarma que mostraban las pupilas de su hermana.

—Serena es la hermana de Ewan —mintió de pronto Ian, aunque se arrepintió de hacerlo. Era lo primero que se la había ocurrido para salir del embrollo. Vio que Diego lo miraba de forma censurable por la mentira, pero ya no podía retirarla.

—¿Ewan? —preguntó Brandon sin que menguara en absoluto el interés que sentía.

—Es un niño huérfano que ha adoptado mi tío Álvaro —comentó Diego mientras volvía a servirse de la ensalada.

El brillo de alivio en los ojos de Ian era claramente revelador.

—Tiene nombre escocés —alegó Brandon sin querer zanjar el asunto.

—Sus padres murieron de forma trágica, pero lo importante para el niño es que puede disfrutar de la vida con una buena familia que lo adora. —Las palabras de su hermana dejaron la cuestión cerrada—. ¿Cuándo regresáis a Ruthvencastle? —le preguntó para desviar la atención sobre Ewan y Serena.

—En dos, tres días como mucho —respondió Brandon—. He podido cerrar el trato de las yeguas. El precio ha sido desorbitado, pero ha merecido la pena. Los potros que nazcan tendrán un valor incalculable en la feria de Londres.

Justin dejó de mirar a su esposa para clavar los ojos en su primo escocés.

—¿Llegaste a un acuerdo sobre el préstamo? —le preguntó, pero Brandon le hizo un gesto negativo.

—¿Piensas pedir un préstamo? —ahora la pregunta la había formulado Diego con sorpresa.

Nadie en la mesa podía imaginarse los problemas financieros que tenía Brandon. Su viaje al reino de España tenía como finalidad entablar negocios con aristócratas del sur, para que le reportaran beneficios a corto plazo.

—No —respondió seco.

Brandon optó por mantenerse en silencio el resto de la velada.

\*\*\*

Brandon estaba relajado en uno de los sillones del patio interior. Ian se había marchado a dormir completamente agotado, y, por primera vez desde la llegada de los viajeros a la casa, podía escucharse el silencio de la noche; llenarse del perfume de los jazmines; podía seguir con la vista el chapoteo del agua al chocar los chorros sobre la pulida piedra de la fuente, pero Brandon no era consciente de ninguno de esos hermosos detalles porque estaba ausente: perdido en pensamientos que le removían las emociones escondidas hasta el punto de causarle escalofríos físicos. Le provocaban recuerdos que creía sepultados en lo más profundo de su memoria para siempre. Ian había hablado de Marina durante horas, con candor, con un cariño auténtico, y había logrado con esa tenacidad inocente, que se sintiera culpable por haber intentado manipular sus sentimientos de apego hacia la única persona que le había mostrado afecto genuino: ella. Había antepuesto su sentir despechado en detrimento de los sentimientos de su hijo. Se había portado como un auténtico déspota. Con sus celos, y con sus deseos de posesión, le había allanado el camino a la única persona con el suficiente poder para quitarle lo que más temía, la confianza de ella. Le había allanado el camino a Sebastián.

—Tienes que decirle lo que sientes. —Brandon volvió su rostro hacia su primo Justin que acababa de tomar el único asiento libre en el frondoso.

Por las noches refrescaba en Ronda, y las plantas del jardín aumentaban esa sensación agradable.

—Perdería el tiempo —respondió con voz pausada.

—Sigue siendo tu esposa. —Brandon lo miró de frente, con el rostro mortalmente serio—. Eres incapaz de dar el paso definitivo que la aleje de tu vida para siempre, corrígeme si me equivoco. Mientras siga unida a ti por matrimonio, formará parte de tu vida, aunque sea a miles de millas de distancia.

—Nos casamos por el rito católico, Justin. Un divorcio es inviable.

—Ese detalle nunca te detendría si no quisieras seguir unido a ella.

—He cometido muchos errores que no puedo enmendar, es tarde para tratar de hacer lo contrario.

—Mi esposa y yo perdimos mucho tiempo por motivos tan insustanciales como esos que esgrimes, y bajo los que te escondes como si fuesen un escudo protector.

—No deseo hablar sobre mis sentimientos, no es el momento más apropiado.

Brandon confiaba que su primo inglés dejara de molestarlo.

—¿Sabes por qué motivo tu hermana y tu cuñado Diego han adelantado su regreso? —Brandon siguió callado—. Sebastián se casa este próximo domingo. —La revelación de Justin lo dejó momentáneamente aturdido—. Y si Marina sigue casada contigo, es obvio que no lo hace con ella.

¿Sebastián se casaba? ¡Imposible!

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó con tono estridente.

—Mi esposa está disfrutando con los chismes que se ha traído tu hermana de Córdoba. —Brandon no sabía qué decir o qué pensar, se sentía confuso—. Cuando han comenzado, he salido como un loco a buscar refugio.

Brandon no pudo ocultar un amago de sonrisa por las palabras de Justin.

—Deberías permitir que Ian nos acompañase a nuestro hogar aquí al menos una vez al año, sería bueno para él.

—Estás jugando con fuego —le advirtió con voz que se había tornado seria.

—Ronda no es Córdoba, Brandon. Sabes que tu hijo disfruta del clima cálido, y del ambiente

poco formal que se respira en estos lares. Es bueno para los niños, los educa sin la rigidez que detestamos ambos.

—¿Me estás sugiriendo que permita que mi hijo andorree como un salvaje durante dos o tres meses al año?

Visto así, pensó Justin, sonaba un poco exagerado.

—¿Estás llamando salvajes a mis hijos? —le preguntó con tono enfadado, aunque Brandon sabía que no lo estaba porque Justin era el primero en catalogarlos así.

—Puedo deletreártelo si lo deseas. —Pero no hizo falta, Justin era plenamente consciente de la libertad de la que gozaban sus niños, y no pensaba cambiarlo por nada.

—Acepta mi consejo, primo. Inténtalo una última vez antes de darte por vencido.

Pero Brandon no sopesaba esa posibilidad en absoluto. Lo que estaba enterrado, debía seguir enterrado. Ambos primos siguieron disfrutando del frescor de la noche, y del aroma de las flores del patio sin decir nada más.

## CAPÍTULO 31

La Catedral de Santa María de Córdoba estaba engalanada con rosas amarillas que habían entrelazado con lirios blancos. Los cientos de flores inundaban con un aroma intenso y penetrante a los invitados que esperaban la llegada de la novia. Sebastián, erguido en el altar, miraba con cierto nerviosismo la puerta de la iglesia ante el retraso de su prometida. Le daba la espalda al altar y se introducía el dedo índice en el lazo que tenía anudado al cuello, parecía que le apretaba demasiado, pero ella sabía que era debido a la impaciencia. Marina sentía que se le llenaban los ojos de lágrimas al contemplar la felicidad en el rostro de Sebastián mientras aguardaba. Habían pasado muchos acontecimientos desde su llegada a Zambra. Cuando regresó de Escocia tiempo atrás, lo había hecho rota por el dolor, hundida emocionalmente, y embarazada de un hombre que había demostrado de forma contundente que no la quería. Sebastián había sido de un apoyo valioso e inestimable en esos días frustrantes y llenos de una agonía suprema, había actuado con ella de la misma forma que en el pasado consolándola. Durante meses había sido el hombro sobre el que había llorado su desdicha. Sebastián se había tragado su rabia vomitiva, la cólera ardiente que la había poseído en el momento que dejó de compadecerse por amar un imposible. La consoló como un hombre paciente que espera una invitación para ocupar el lugar en su corazón vacío, pero cuando comprendió que ella no podía corresponderle como quería, había aceptado su destino y dejado que los acontecimientos siguieran su curso... hasta ese momento en el que esperaba la llegada de su novia.

Marina actuaba esa mañana como madrina del novio; su padre, el conde de Zambra, lo hacía como padrino de la novia, y que además era su sobrina política. A Marina todavía le sorprendían los entresijos del destino. Sebastián le había declarado su amor eterno, Teresa suspiraba y gemía por el amor de Alejandro, pero la vida tenía formas particulares de borrar o mitigar las decepciones que bañaban el alma por las equivocaciones tomadas. Teresa y Sebastián habían compartido una confidencia cuando Teresa recibió el golpe que nunca debería recibir una mujer enamorada, y menos por parte de la persona en la que ha depositado su afecto, y esa circunstancia había desatado, meses después, un amor que traspasaba todos los límites.

Las campanas de la iglesia comenzaron a repicar con alegría anunciando la llegada de la novia. Sebastián miró a Marina con los nervios a flor de piel. Ella le sonrió para infundirle ánimos.

El conde de Zambra, impecablemente vestido, llevaba del brazo a una novia radiante que caminaba junto a él erguida y sonriente. Teresa vestía con elegancia, y sus gestos mostraban que se sentía muy segura de sí misma, y feliz de dar el paso que la uniría para siempre a Sebastián. Marina se alegró interiormente de poder disfrutar ese momento especial.

—¡Qué guapa es! —murmuró Sebastián.

—La novia más linda de todas —contestó ella—. La mujer que te mereces.

Sebastián le guiñó un ojo en aceptación a sus palabras.

Marina dejó de mirar a su padre y a la novia para observar a su hermano que trataba de sujetar a una Serena impaciente por ir hasta donde estaba ella. Le hizo un gesto negativo con la cabeza, pero la niña no entendía que no podía estar al lado de su madre en el altar mayor. Cuando la pequeña hizo un gesto para soltarse de Lorenzo, Ewan la sujetó de un brazo y le murmuró algo al oído. Marina ignoraba las palabras susurradas, pero lograron que Serena se mantuviera quieta sin moverse, aunque habían conseguido que hiciera un puchero a modo de protesta.

Cuando Marina se convenció de que Lorenzo tenía la situación controlada, regresó su

atención al novio. Sebastián le tendió su mano para que ella no se mantuviera tan apartada de él. Marina aceptó el gesto y se colocó más cerca. Sebastián le susurró algo al oído que le arranco una carcajada, pero Marina evitó a tiempo que se oyera, pues cubrió su boca con la mano enguantada, y luego le hizo un ademán para que se comportara porque estaban en un lugar sagrado. Pero Sebastián se sentía demasiado feliz y no podía ocultarlo, por ese motivo la hacía partícipe de su alegría.

\*\*\*

Para el hombre que contemplaba la escena desde una parte oscura de la iglesia, la complicidad del novio y de su madrina podía interpretarse de muchas formas. Marina estaba preciosa, mucho más de lo que había imaginado. Su pelo castaño brillaba con la luz de los cirios encendidos a pesar de la mantilla de encaje que los cubría. La llevaba sujeta por una peineta de marfil que le confería una apariencia majestuosa. Los ojos de Brandon se fijaron en la novia que hacía su entrada en ese preciso momento junto al conde de Zambra, y su sorpresa fue mayúscula cuando descubrió a Teresa, la prima de Marina.

Brandon había luchado a muerte con los deseos que lo habían invadido de ver con sus propios ojos la boda de su rival. Tenía que asegurarse, y por ese motivo estaba en la iglesia, en la zona más oscura y apartada del rito. Su enorme estatura había sido un problema, pero el ambón, la tribuna elevada donde se proclamaba la palabra cerca del presbiterio, había servido de enorme ayuda para ocultarlo. Siguió el recorrido de la novia y del padrino hasta que alcanzaron el altar donde esperaban Sebastián y Marina. Cuando Brandon vio con sus propios ojos la mirada de amor que le dedicó Sebastián a Teresa, no tuvo la menor duda del intenso sentimiento que compartían. Y entonces los remordimientos acudieron en tropel para hostigarlo. Con sus actos había apartado a la única mujer que le había importado de verdad. Había permitido que los celos gobernasen su mente hasta el punto de actuar como un descerebrado y de hacerle cometer las mayores locuras de su vida. Había perdido a Marina, y era el único culpable. La misa había comenzado, y Brandon sopesó abandonar la iglesia, pero juzgó más prudente esperar hasta que los invitados lo hiciesen. Podría camuflar su marcha entre el gentío que salía del lugar santo al finalizar la ceremonia. Por ese motivo cerró los ojos, y esperó la conclusión del acto.

Lorenzo suspiró con algo de impaciencia porque tratar de sujetar a su sobrina para que no fuese hasta donde se encontraba Marina era mucho más difícil que torear un astado. Serena quería ir con su madre para que la abrazara, y para tener una mejor visión sobre la gente que había tomado asiento en los bancos. A él ya se le habían agotado los argumentos para mantenerla quieta y callada. Marina seguía con ojos preocupados los constantes movimientos de su hija. Le hizo un gesto a Lorenzo para que la soltara, dio dos pasos hacia atrás y le tendió la mano con una invitación que la niña aceptó de inmediato. Serena se lanzó a la carrera, y, en la quietud y el silencio de la ceremonia, la palabra «¡mami!» fue claramente audible por todos los que escuchaban las palabras del hombre de Dios. Marina le hizo un gesto con el dedo sobre la boca para silenciarla, pero la niña estaba demasiado emocionada para contener su energía.

—¡Apa, mami, apa!

Para que la atención de los invitados a la ceremonia no se desviase de la pareja que contraía matrimonio, Marina alzó en brazos a su hija y la arrulló con cariño con el fin de silenciarla.

—Me prometiste que ibas a portarte bien —le recriminó en un susurro—, tienes que volver con el tito Lorenzo hasta que termine la misa. —La niña la miró como si eso fuese algo imposible, y Marina supo que solo había una cosa que podría mantener a su hija callada.

Le hizo un gesto a Ewan para que se acercase hasta dónde estaba situada. El niño lo hizo

solícito. Ella dio un paso más hacia atrás para inclinarse sobre él, y entonces le susurró que llevase a Serena de la mano hasta el fondo de la iglesia, y que encendiera un cirio en agradecimiento, de esa forma podría distraerla hasta que terminase la boda. Ewan asintió con la cabeza, y Marina bajó de su regazo a su hija mientras le aseguraba que Ewan iba a encender una vela en su nombre, pero tenía que ofrecer a cambio una oración: como las que rezaba por las noches antes de dormir. Serena sonrió entusiasmada y cogió la mano que le había tendido Ewan. Marina observó a los dos niños que se alejaban entre cuchicheos. Lorenzo alzó los ojos al cielo a modo de gratitud pues ahora podría disfrutar del rito ceremonial. Si Marina hubiese sospechado por un momento que al sugerirle a Ewan que se llevase a la niña iba a desencadenar un desastre sobre su vida, habría dejado que la niña armase todo el alboroto del mundo. Ambos niños tenían que pasar por el ambón y la presencia de Brandon para llegar hasta los cirios de ofrenda. Marina puso de nuevo su atención en la pareja de novios que comenzaban a decir el mutuo consentimiento de unión.

\*\*\*

La palabra «mami», en el silencio de la iglesia, hizo que Brandon abriera los ojos con curiosidad, pero cuando vio la niña que alzaba Marina en sus brazos, dio un paso hacia atrás completamente atribulado. Contempló con el corazón desbocado la hermosa sonrisa que ella le brindaba a la pequeña, el gesto tierno al arrullarla, y soltarla unos momentos después. La pequeña había desaparecido de su campo de visión, pero Brandon ignoraba por qué motivo se sentía tan atravesado en emociones contradictorias. ¿Por qué la pequeña había llamado mami a Marina? ¡No! ¡No podía ser cierto! ¿Cómo podía ser tan estúpido? Brandon lanzó una maldición entre dientes que hizo que varias personas que escuchaban los votos girasen sus cabezas para mirarlo de forma reprobatoria. Brandon no pudo ofrecerles una disculpa porque su atención se centró en los dos niños que pasaban a su lado entre risas y susurros. Brandon apoyó la espalda como si las piernas no pudiesen sostenerlo, y los siguió con mirada confusa. El niño debía de tener alrededor de diez o doce años, y contestaba, con infinita paciencia, todas las preguntas que le formulaba la pequeña. Decidió seguirlos empujado por una urgencia que ni entendía ni estaba dispuesto a analizar. Brandon se fijó en el pelo rubio de la niña, en los rizos que se habían escapado de la redcilla que los sujetaba y que se movían al compás de sus pasitos. Cuando los vio detenerse delante de las velas encendidas, se posicionó detrás de ellos con mucho cuidado para no asustarlos, Brandon se dejó caer en el banco de madera donde se ofrecían los ruegos y las gracias de los peregrinos, su cuerpo estaba encogido por un temor irrazonable. Vio, sin poder emitir un pestañeo, que el niño trataba de encender una vela sin conseguirlo: la mecha colocada en una parte de los cirios para que los creyentes la usaran se le resistía, y comprendió que se le ofrecía una oportunidad valiosa de acercarse a ellos. Se alzó en toda su altura y dio los tres pasos que lo separaban de ellos. El silencio de la iglesia había sido interrumpido por el comienzo de los cantos, lo que indicaba que la ceremonia había concluido. La niña se alzaba de puntillas para alcanzar las velas encendidas, pero el muchacho le apartaba la mano con delicadeza.

—No es correcto tocarlas porque son oraciones de personas que se encomiendan a Dios. — Pero Serena no entendía lo que le explicaba Ewan—. Además, puedes quemarte.

—¿Necesitáis ayuda? —ambos niños se volvieron con sorpresa hacia la voz.

Serena dio un traspie al hacerlo, pero la mano de Brandon evitó que cayera al suelo sobre sus posaderas. La niña se quitó un rizo que se le había soltado de la sujeción, le bailaba delante del rostro y le impedía mirar al desconocido como quería, con inusitado interés.

—Gasias —le agradeció la pequeña con una voz que le penetró a Brandon en el corazón

provocándole el mismo efecto que un puñal al rojo vivo.

Al contemplar los ojos verdes de la niña que refulgían a la luz de los cirios, creyó que iba a caer al suelo fulminado por la impresión. ¡Dios del cielo! Ewan miró al desconocido con suma desconfianza. El gigante no apartaba la mirada de Serena, y ese detalle lo inquietó.

—Quería encender un cirio —le explicó con voz precavida al mismo tiempo que miraba hacia el lugar donde estaba sentado Lorenzo.

Pero estaban demasiado alejados de él y no podía gritar en la casa de Dios para llamarlo. La niña echó la cabeza hacia atrás para poder mirar a Brandon en toda su altura. Él, al ser consciente de ese detalle, fue inclinando su cuerpo hasta dejarlo en cuclillas frente a ella.

—Hola, ¿cómo te llamas? —Serena, en su inocencia infantil, le mostró una sonrisa de medio lado. Sus ojitos brillaban de interés porque nunca había visto a un gigante de cuento, pero debía de ser un gigante bueno, porque le sonreía de la misma forma que su amiguito Ian.

—¿Yo? —le preguntó con ojos como platos—. ¡Selena! —el corazón de Brandon dio un vuelco peligroso dentro de su pecho al escuchar la voz infantil.

¡Era preciosa! La niña más hermosa del mundo.

«¿Qué has hecho Marina? ¿Cómo has podido?», se preguntó con la respiración agitada por emociones que lo desbordaban.

—No debes hablar con desconocidos —le reprendió Ewan a Serena con voz asustada.

Brandon sintió una quemazón en las entrañas. Era un ser ajeno en la vida de ese ser maravilloso por culpa de Marina. ¿Cómo podía haberle hecho algo así? ¡Era su sangre! Pero no iba a perder la oportunidad que se le había presentado. Ahora veía claro el motivo por el cual había sentido la necesidad apremiante de estar en la iglesia en esa mañana de domingo.

—Yo no soy un desconocido, soy el padre de Ian. —Ewan, al escuchar el nombre de su amigo, relajó la tensión de sus pequeños hombros.

Serena aplaudió entusiasmada al oír el nombre del niño que había jugado con ella, y que trataba con cariño.

—¡Jan! —trató de decir con su lengua de trapo.

—Sí, pequeña, Ian Douglas McGregor —les recordó.

Serena miró detrás de los hombros de Brandon, como si esperase que Ian estuviese escondido tras su ancha espalda.

—Yo me llamo Ewan. —Brandon parpadeó al escuchar el nombre del niño que le había extendido la mano para ofrecerle el saludo caballeroso.

La tomó sin ser consciente de que lo hacía, pero unos pasos le impidieron devolverle el saludo verbalmente. Lorenzo había dejado su lugar en el altar para buscar a los niños que tardaban demasiado. Cuando Brandon giró parte de su cuerpo hacia su cuñado, pudo escuchar la exclamación de sorpresa que soltó Lorenzo al verlo en cuclillas frente a Serena.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó seco.

Brandon podría reírse por la broma cruel del destino. Había llegado hasta la iglesia porque necesitaba ver con sus propios ojos que Sebastián realmente se casaba. A cambio recibía la mayor felonía de su vida. El engaño más vil de todos.

—Descubrir una traición. —Brandon lo dijo en voz muy baja.

Lorenzo no tenía modo de saber que le estaba costando un suplicio controlarse para no lanzar un grito injurioso y maldecir como el más indeseable de los apóstatas.

—Te pido por favor que pienses lo que vas a hacer a continuación. Mi consejo es que no armes un escándalo pues estamos en la casa de Dios.

Brandon se alzó en toda su altura y se quedó parado frente a Lorenzo con ojos que

apuñalaban.

—¡Dile a tu hermana que deseo hablar con ella de inmediato! Cuidaré a los niños hasta entonces.

Lorenzo negó de forma vehemente mientras le tendía la mano a su sobrina para que la cogiera, pero Serena estaba demasiado ocupada viendo el intercambio de palabras entre los dos adultos como para aceptar la mano de su tío.

—Tendrías que matarme antes de confiártelos.

Brandon apretó tanto los dientes que Lorenzo pensó que iba a partírselos.

—Permitirás que Serena me acompañe si no quieres que arme un escándalo de tal magnitud que haría temblar los muros de este templo —lo amenazó, pero Lorenzo le sostuvo la mirada sin que le importase la amenaza proferida.

—Estás en tu derecho de armar la gresca que desees, pero mi sobrina se viene conmigo.

—Soy su padre, ¡maldita sea! No voy a causarle daño alguno —exclamó profundamente dolido.

Ambos hombres se miraron con un reto en sus ojos. Los niños habían vuelto su atención a las velas, Ewan seguían intentado encender el cirio.

—Comprenderás que hoy no es el momento apropiado para que Marina tenga una conversación contigo, ¿verdad? Tienes mi palabra de que lo hará mañana por la mañana en nuestra hacienda «Los Encinares». —Brandon iba a protestar, pero Lorenzo no se lo permitió—. Créeme, no voy a hacer ninguna concesión más al respecto. —Cuando terminó de decir las palabras, bajó sus ojos castaños hacia su sobrina, y le sonrió—. Vamos, caramelo, tu madre nos espera.

Brandon se quedó plantado viendo la partida de Lorenzo con los niños. Cerró los ojos, y se tragó la acidez que amenazaba con perforarle el estómago. Que Dios se apiadase de Marina porque él no iba a hacerlo.

El regreso hasta el altar de Lorenzo con el rostro contraído de preocupación hizo saltar todas las alarmas de Marina, pero parecía que todo estaba bien porque llevaba a ambos niños de la mano, y, curiosamente, Serena no protestaba. La ceremonia había concluido y todo había salido a la perfección. Teresa estaba radiante abrazada a Sebastián, y él la miraba como si fuese la única mujer en el mundo. Serena se soltó de la mano de Lorenzo y corrió hasta ella, que la aupó sin dejar de sonreírle.

—¿Te has portado bien? —le preguntó con emoción en la voz. Serena hizo un gesto afirmativo con su cabecita llena de rizos.

—Marina tengo que decirte... —Pero Marina no escuchaba a su hermano. Un movimiento había captado su atención por completo.

Miró fijamente al hombre parado en medio de la iglesia, entre los bancos vacíos. Vestía con gran elegancia, aunque seguía teniendo el pelo demasiado largo para las normas que dictaba la moda. Contempló su levita negra, sus pantalones grises, y el pañuelo blanco que adornaba su fuerte cuello; sujetaba el nudo del pañuelo con un prendedor de zafiros. Llevaba el sombrero y los guantes en una mano en señal de respeto por el lugar sagrado donde estaban, pero Marina ya no pudo seguir mirando, se dio la vuelta con suma rapidez y mortalmente pálida. El altar giraba en torno a ella, y su corazón comenzó a cabalgar de forma descontrolada.

—Desea hablar contigo.

Las palabras de su hermano le llegaban como si estuviese muy lejos, pero Lorenzo estaba a menos de un paso de ella, y, entonces, ¿por qué motivo no podía oírlo? Se sentía confusa, mareada, a punto de vomitar. Afortunadamente se encontraba de espaldas a los invitados que se acercaban para felicitar a los novios. Soltó a Serena, que corrió a los brazos de Sebastián. La niña



quería besar al novio como el resto de mujeres que estaban en la iglesia. Marina agradeció quedarse sola, porque tenía que sujetarse a algo o iba a caer al suelo.

—¡Lorenzo! —pudo exclamar.

Su hermano llegó a tiempo para sujetarla. Marina había cerrado los ojos, aunque los abrió un segundo después.

—¡Dios mío, Serena! —exclamó ella con terror.

Lorenzo lograba ocultar con su cuerpo el nerviosismo que embargaba a su hermana para que los invitados no sospecharan que ocurría algo, afortunadamente, todas las miradas estaban centradas en los novios salvo la de su padre. Marina maldijo el desastre que podía comenzar de un momento a otro en la boda de su prima y su mejor amigo, pero, gracias a Dios, los invitados habían creído que ella había tropezado con el escalón, y, aunque su padre la miraba con creciente curiosidad, ella pudo ofrecerle una sonrisa vacilante que lo tranquilizó.

—¡Me cuesta respirar! —exclamó de forma entrecortada, y de pronto le entró un pánico acerbo.

Buscó con los ojos a su hija y vio que corría hacia el lugar en el que se mantenía Brandon con los ojos clavados en ella, Ewan la seguía muy cerca. Marina sintió un espanto como no había sentido nunca. Se le encogió el corazón, ¿qué hacía él en la iglesia? Marina no podía encontrar la respuesta a esa pregunta que la llenaba de incertidumbre.

—¿Qué sucede, Marina?

Marina no pudo responder a la pregunta formulada por su padre porque seguía con los ojos clavados en Brandon y en su hija Serena, que había pasado muy cerca de él, tanto, que había rozado con el vuelo de su vestido su pantalón oscuro. Marina observó el gesto de Brandon al acariciar con las yemas de los dedos los rizos rubios de Serena, y que ondeaban sobre sus pequeños hombros debido a la carrera. Habían abierto las dos hojas de madera de las puertas de la entrada principal a la catedral. Los ojos de Marina volaron hacia los de Lorenzo con un interrogante mudo.

—Quiere hablar contigo —insistió su hermano.

¡Imposible! Pensó ella, los ojos de Brandon mostraban que tenía algo mucho peor en mente para ella que una charla en un templo lleno de gente.

—¡Busca a los niños! —murmuró con voz aterrada. Teresa continuaba recibiendo las felicitaciones de los invitados, que seguían ajenos a la tormenta que sacudía a la madrina del novio—. Tienes que llevártelos de aquí.

—No creo que sea necesario. —Respondió el hermano.

Marina iba a responderle de forma enérgica, pero Brandon había comenzado a avanzar hacia el lugar donde estaba ella. Ewan llevaba de la mano a Serena con dirección a la plaza para esperar la salida de los novios junto al resto de invitados. En la iglesia quedaban unos pocos que ya se disponían a salir para esperar a los novios.

—¡¿Cómo se atreve?! —exclamó Álvaro del Valle que había descubierto al fin la presencia de Brandon en la iglesia—. ¡Malnacido!

Por la mente de Álvaro cruzaron los angustiosos momentos que había vivido su hija por culpa de ese canalla. La había arrancado de su lado para llevársela lejos sin tener en consideración lo mucho que él necesita a su hija. Y durante meses le había provocado un dolor lleno de escarnio. Sus ojos buscaron a su nieta, y la vio cogida de la mano de Ewan en la primera fila de invitados que esperaban. Su nieta Serena era un regalo del cielo, pero no podía olvidar que tenía sangre forastera, una mancha en la familia Del Valle, una afrenta que él no pensaba olvidar.

El corazón se le llenó de despecho amargo.

De pronto, Álvaro sacó un arma pequeña del interior del bolsillo de su levita, apuntó al hombre que seguía caminando hacia su hija, con la cólera saliendo por todos los poros de su cuerpo. No pensaba permitir que Marina sufriera en sus carnes el agravio de su olvido. Su hija había sido repudiada como esposa una vez, y el desgraciado no iba a tener una segunda oportunidad de menospreciarla, así la vida le fuera en ello.

—¡Padre! ¡Suelte el arma! —gritó Lorenzo.

Las pupilas de Marina brillaban con horror.

Lorenzo avanzó rápido hacia el padre de ambos tratando de desarmarlo. Sebastián tenía los ojos clavados en Brandon. La Catedral se había quedado prácticamente vacía, por ese motivo la presencia de Brandon se hizo clara y visible a los ojos de los que esperaban en el altar.

—¿Qué hace él aquí? —logró preguntar Sebastián con los dientes apretados de ira, mirando el rostro demudado de Marina.

El resto de las personas que quedaban dentro del templo comenzaron a exclamar, sorprendidos de ver al padrino con un arma, y apuntando a un desconocido.

—¡Padre! —volvió a exclamar Lorenzo.

Todo sucedió muy rápido, pero Marina lo sufrió de forma muy lenta. Brandon continuó su avance con los ojos verdes cuajados de ira. Tenía los labios apretados en una línea amarga que no se molestó en ocultar, además de los puños apretados a sus caderas, había dejado el sombrero y los guantes en el banco donde había estado sentado. Verlo en ese estado de ira la dejó paralizada, y cuando escuchó la detonación, sintió que la bilis subía hasta el cielo de su boca, y que el aire se quedaba retenido en el interior de sus pulmones. Giró el rostro hacia su padre, y contempló, llena de horror, el humo espeso que salía de la boca del arma que sostenía. Un segundo después, giró el rostro hacia Brandon, y clavó sus ojos en la mancha roja que comenzaba a teñir su chaleco, pero esa circunstancia no detuvo el avance de él, que seguía imparable hasta donde estaba ella. Su mirada la traspasaba, y Marina retrocedió un paso hacia atrás de forma inconsciente. La mancha de sangre seguía aumentando a un ritmo alarmante pues la herida parecía muy grave, pero Brandon no detuvo sus pasos.

—¡Maldita sea! ¡Solo quería hablar contigo! —exclamó antes de caer al suelo con un golpe.

Brandon quedó inconsciente en el suelo, herido de muerte a los pies de Marina.

## CAPÍTULO 32

La desgracia se cebaba con la familia Del Valle. Brandon se debatía entre la vida y la muerte, y al conde de Zambra lo habían detenido por el intento de asesinato de su yerno. Diego y Justin habían llegado muy temprano por la mañana a la ciudad. El telegrama enviado por Lorenzo había sido escueto pero claro. Su cuñada Violet Casandra, y lady Penword se habían quedado cuidando de los niños, y en espera de noticias sobre la vida del escocés. El luto había vestido de negro las paredes del palacio de Zambra. Sebastián y Teresa habían anulado el banquete y el viaje de sus esponsales. No podían marcharse sin saber qué sucedía con el conde, y hacia dónde los dirigía esa adversidad. Lorenzo gastaba con sus pasos las losas de mármol del suelo. Había demasiados testigos del intento de asesinato para que su padre saliera libre de cargos. El asunto parecía muy serio, y él estaba realmente preocupado. Todo dependía de un delgado hilo que podía romperse en cualquier momento. Si Brandon no lograba sobrevivir al disparo, la vida del conde iba a valer muy poco, tendría escasas posibilidades de librarse de la horca. El médico apenas había ofrecido esperanzas, aunque la bala de plomo había sido retirada, pero no había podido evitar la infección grave de la herida. Lorenzo soportó en silencio el escalofrío que lo recorrió de pies a cabeza.

Marina se sentía mortificada hasta el extremo de sentir un dolor físico. Había odiado a Brandon con toda su alma, pero no hasta el punto de desearle la muerte. ¿En qué estaba pensando su padre para actuar de forma tan precipitada? Y, lo más preocupante, ¿de dónde había sacado el arma para dispararle a Brandon? Marina suspiró de forma amarga y dejó de mirar hacia el jardín del palacio. Volvió su cuerpo tenso hacia el lecho donde estaba acostado Brandon. El médico había hecho todo lo que había podido por él, y ahora su vida estaba en manos de Dios.

Caminó los pasos que la mantenían separada del cuerpo inconsciente, pero lo hizo de forma muy lenta, como si la meta no fuese el lecho, sino el cadalso. Cuando llegó hasta donde estaba acostado y cubierto simplemente por una sábana, extendió su mano para tocarle la frente. Al hacerlo comprobó que continuaba ardiendo de fiebre. Si Brandon moría, su padre sería ahorcado por asesinato. Se sentía torturada de una forma en la que no se podía encontrar consuelo. Temía por su padre, rezaba por la vida de Brandon, y, en medio de ese caos emocional provocado por sus deseos de venganza y de perdón, comenzó a elevar una plegaria ferviente por la libertad de su padre y por la curación de su marido. Ella había sido el desencadenante de la tragedia que pendía sobre sus cabezas.

Se arrodilló junto al lecho y cerró los ojos. Marina rezó como ruegan las almas martirizadas, sin esperanza, pero con fe, sin pedir el favor, pero sí el perdón. Y rezó en el lecho de Brandon hasta quedarse sin fuerzas. Quedó tendida de rodillas con sus manos entrelazadas en un gesto de humildad y súplica. Si Brandon vivía...

\*\*\*

En el gran salón de Zambra, varios hombres guardaban silencio, pero se miraban con hondo desprecio y mal disimulado rencor. Lorenzo escudriñaba a su primo Diego con ojos interrogantes. Por su actitud veía claramente que se había posicionado al lado de Brandon, aunque el herido no estuviese presente en la sala. Sebastián, en cambio, miraba a Justin con un reto en sus ojos castaños. Los cuatro esperaban en silencio un desenlace u otro, pero Marina seguía sin bajar de la alcoba donde habían instalado a Brandon, sacarlo del hospital tras recibir la cura necesaria en su herida había sido un tremendo error, pero su hermana había ordenado de forma tajante que lo

trasladasen al palacio. Lorenzo había protestado por su decisión, pero ella le había indicado que, si Brandon moría, no lo haría en un lugar extraño y ausente de familiares. El médico se había lavado las manos al respecto, aunque había aceptado la decisión de la esposa pues creía realmente que el escocés iba a morir, y, de hacerlo, sería mejor que lo hiciese rodeado por sus allegados.

Teresa había ordenado un refrigerio para los hombres que debían de estar famélicos ya que desde el día anterior no habían tomado ningún alimento, y el estómago vacío no ayudaba en nada. Sentía unas ganas enormes de buscar a su prima y consolarla, pero Marina había pedido estar a solas en la alcoba de Brandon, y ella no podía hacer nada salvo respetar su decisión. Ewan y Serena estaban al cuidado de la niñera que tenía la orden expresa de no sacarlos de sus aposentos.

Zambra contenía dentro de sus muros un silencio que podía resultar peligroso.

\*\*\*

El dolor de su hombro le resultaba insoportable. Brandon trató de levantar su mano izquierda para tocarse la herida, pero fue imposible, tenía el brazo atado con un cabestrillo. Al tratar de hacerlo con la derecha, sus dedos tocaron el cabello suave de una mujer, y Brandon supo que era el de Marina. ¿Qué hacía ella tirada en el suelo? Es más, ¿qué hacía él en el palacio de Zambra? Pero de pronto recordó todo: el conde le había disparado cuando trataba de llegar hasta Marina. Brandon se había sentido incapaz de abandonar el templo sin hablar antes con ella, de llegar a un acuerdo para tener una conversación pacífica a pesar de los deseos coléricos que lo embargaban, pero todo se había precipitado sin control. Alzó apenas la cabeza para mirarla. Tenía la cabeza recostada en el lecho, y, por la postura forzada de su cuerpo, dedujo que debía de haber pasado horas sentada en el suelo. ¿Por qué motivo se encontraba en el lecho dormida? Por instinto, sus dedos enredaron uno de los mechones sedosos de su cabello castaño. Lo acarició con una profunda ternura. Había pasado tanto tiempo desde que la había acariciado, que apenas recordaba el tacto de su piel de porcelana.

Brandon hizo un movimiento para tratar de incorporarse, pero al hacerlo sintió un latigazo en el pecho, y lanzó un gemido que sobresaltó a Marina que abrió los ojos de golpe. Por un instante eterno se miraron sin rencor: sin el veneno ponzoñoso que los había devorado durante meses. Brandon pudo apreciar en la mirada de ella, el inmenso alivio que la sacudió al verlo despierto, la esperanza que renacía en su interior al verlo consciente, y el miedo que remitía ante el milagro de su recuperación.

Marina clavó sus ojos en el rostro pálido de Brandon. La miraba sin ira, como aquella primera vez en los jardines cuando cayó entre sus brazos desde la celosía. ¡Su ruego había sido escuchado! Salió disparada de la habitación para buscar al médico, que no había salido del palacio de Zambra, había decidido quedarse hasta comprobar que el paciente salía del estado crítico.

El milagro se había hecho realidad. Brandon viviría. Había cruzado la línea que separaba la vida de la muerte, y regresaba con más fuerzas que nunca. El doctor le dio a Marina todas las indicaciones para cuidarlo hasta que se recuperase, sin creer del todo la buena suerte del forastero. El doctor prometió que regresaría en un par de días. Después de la partida del doctor, Marina se había quedado a solas con Brandon.

—¿Cómo te encuentras? —apenas se reconoció en la voz que salió de su garganta.

—Con temblores de muerte al contemplarte.

Marina cerró los ojos por su respuesta ausente de reproche. No se la merecía.

—Temíamos por tu vida.

Brandon hizo un gesto doloroso cuando ella le tocó la frente para comprobar si la fiebre había remitido.

—Soy un escocés duro. —Marina no pudo evitar una sonrisa al escucharlo, había rezado mucho por su vida—. Creo que me debes una disculpa —le dijo él con rostro serio sin apartar sus ojos verdes del rostro de ella.

—Te debo algo más que una disculpa: una explicación —contestó con la voz cargada de remordimientos—. Y te la daré en el momento que te hayas repuesto por completo —le prometió.

—¿Cómo está tu padre? —Marina no podía creer su pregunta. Había estado al borde de la muerte por su causa, y aun así se preocupaba por el conde de Zambra.

—Mi padre se encuentra arrestado. —Marina no pudo esconder el sollozo que escapó de su garganta—. Perdió la cabeza, Brandon, no era consciente de lo que hacía —Marina trataba de justificar las acciones de su padre—. ¡Lo juro! —exclamó llena de angustia.

Brandon suspiró de forma entrecortada, como si le costase.

—Puedo imaginar los motivos que lo impulsaron a actuar de la forma en que lo hizo, pero soy incapaz de comprender o valorar los tuyos. —Al fin había escuchado el reproche en sus labios—. Y de los dos, los tuyos son los más peligrosos.

Marina clavó la mirada en el rostro de Brandon con muda súplica.

—Mi padre necesita tu ayuda, o lo ahorcarán por intento de asesinato —le dijo con voz temblorosa.

Los ojos de Brandon brillaron de una forma que le provocó un escalofrío.

—Ha estado a punto de conseguirlo —le recriminó con dureza.

Los ojos de Marina se anegaron en lágrimas.

—Es mi padre, y lo amo —le respondió contrita—. Haré cualquier cosa para ayudarlo.

Brandon apretó el puño al escucharla. Esas palabras le recordaban otras que pronunció tiempo atrás a favor de Sebastián. El destino era un cabrón sin escrúpulos.

—Hablaré con la autoridad, les explicaré que mi herida ha sido provocada por un accidente desafortunado, que me crean o no, está en manos de Dios.

Marina rompió a llorar al escucharlo. Había sido tanta la angustia que apenas podía respirar con alivio al comprender que no iba a tomar represalias por la acción del conde. Sus hombros temblaron por la emoción. Miró a Brandon con inmensa gratitud.

—¡Gracias!

—Pero hay una condición.

Marina parpadeó para alejar las lágrimas y aclararse la visión.

—Lo que me pidas —contestó demasiado rápido.

Brandon clavó sus pupilas en ella. Marina sintió un escalofrío inesperado.

—Quiero a Serena. —El corazón femenino se había detenido en una pausa dolorosa. Brandon no podía hablar en serio—. Mi hija, por la vida de tu padre.

\*\*\*

Todo volvía a la normalidad en Zambra.

Brandon se recuperaba a una velocidad que sorprendía a todos, y había cumplido su palabra de declarar ante la justicia a favor del conde de Zambra. Su testimonio, y el de varios testigos desinteresados alegando que lo ocurrido dentro del templo había sido un lamentable accidente, había logrado que se retirara el cargo de intento de asesinato. Álvaro podría regresar en unos días a casa, y, aunque la mancha por su acción no se podría limpiar de la noche a la mañana, se había salvado de la horca.

Y Marina tenía que cumplir una promesa.

Recordaba perfectamente lo que había pedido en sus oraciones y lo que había ofrecido a cambio, aunque en ese momento ignoraba lo que tendría que entregar en compensación. Su hija por la vida de Brandon y la libertad de su padre. El precio era demasiado elevado, pero ella iba a pagarlo como cristiana a la que se le ha concedido una merced. Desde el momento doloroso en el que Brandon le había explicado lo que quería a cambio de ayudar a su padre, no había vuelto a verlo. Era incapaz de mirarlo a los ojos sabiendo que se iba a llevar lo que más quería en la vida, y la razón de su existencia.

Lorenzo había intentado hablar con ella en varias ocasiones, pero Marina estaba ausente para todos pues se sentía incapaz de mantener el aplomo delante de él, y no quería darle ninguna explicación sobre los motivos por los que se sentía tan atormentada. Diego y Justin habían vuelto a Ronda tras comprobar que Brandon estaba fuera de peligro, y que se recuperaba con toda normalidad.

Brandon deseaba que informasen de forma personal a Ian sobre su recuperación. Sebastián y Teresa se habían instalado en el cortijo «Los Castaños» poco después de que se declarase la inocencia del Álvaro del Valle. Marina había evitado hablar con Sebastián y con su prima, y se mantenía encerrada en sus aposentos rumiando su angustia en silencio, agotando hasta el último minuto en compañía de Serena. Todo lo demás había dejado de tener importancia para ella.

Lorenzo tocó con los nudillos la madera de la puerta donde se encontraba Brandon. Se sentía profundamente agradecido porque gracias a su explicación convincente, su padre estaba libre. La justicia había tomado el incidente como un desgraciado accidente en un día feliz, pero el alivio que sentía ante el desenlace aumentaba su preocupación por su hermana. A medida que la recuperación de su cuñado avanzaba, el espíritu vivo de su hermana disminuía. Apenas la reconocía, y Lorenzo intuía que había algo más que Marina no le había contado, y él estaba dispuesto a llegar a la raíz del problema.

No esperó el permiso para abrir la puerta, accionó la manivela y empujó. Brandon estaba plantado de pie mirando por las cristaleras del dormitorio que daba al jardín de los naranjos. Le habían quitado el cabestrillo que mantenía su brazo sujeto. Aunque no podía vestirse solo, estaba haciendo grandes progresos. Aún se sorprendía de la fortaleza que mostraba el escocés.

—Disculpa, no he escuchado tu permiso —le dijo Lorenzo a modo de defensa, pero Brandon no se volvió, seguía parado sin apartar sus ojos de los cristales.

—No te lo he concedido. —Lorenzo se quedó quieto en medio de la alcoba sin saber qué hacer a continuación—. ¿Vienes a hablarme sobre Marina? —Brandon se giró de pronto hacia Lorenzo, y ambos hombres se escudriñaron mutuamente.

—Quería darte las gracias por tu gesto altruista al declarar a favor de mi padre. Nunca lo olvidaremos.

—Don Álvaro actuó como un hombre de honor.

—Esas palabras te honran.

—Pero no has venido para hablar sobre el conde, ¿no es cierto?

Brandon miró al hermano menor de Marina con atención. Tenía grandes ojeras bajo los ojos, y se notaba que no había dormido bien durante noches.

—Quiero saber por qué mi hermana tiene esa actitud de derrota. Por qué sus ojos se ven resignados. Nunca he visto a una mujer tan vencida físicamente, tan destruida emocionalmente hasta el punto de no querer hacer nada, salvo consumirse en su alcoba. Ha perdido el apetito, la alegría...

—¿Y piensas que yo tengo la culpa? —le preguntó el cuñado con voz fría.

—Solo tú puedes ser la causa para ese conformismo destructivo —le espetó con su habitual sinceridad.

—Los remordimientos son un poderoso veneno —masculló Brandon con sequedad.

—Mi hermana ha sido siempre una mujer voluntariosa, con un carácter decidido, y, hasta tu llegada a Zambra, Marina era una mujer feliz.

Los labios de Brandon se apretaron con enfado por la acusación.

—Tiene motivos para estar preocupada.

—Me siento en la obligación de anunciarte que, aunque te agradezco de forma infinita lo que has hecho por nuestro progenitor, no pienso permitirte que le hagas daño a Marina.

Brandon pestañeó atónito. ¿Lorenzo creía que pensaba lastimarla?

—No tengo intención de hacerle ningún mal.

—¿Entonces? —le preguntó Lorenzo sorprendido por su actitud.

—Marina tiene que darme una explicación nada fácil. Estoy convencido de que está sopesando la mejor forma de ofrecérmela, y por ese motivo se esconde en sus aposentos.

Lorenzo respiró. Así que Brandon estaba molesto por el compromiso de Serena. Su padre había actuado de forma precipitada, y ahora le tocaba a Marina limar asperezas.

—Fue el conde de Zambra quien aceptó el trato, no mi hermana. Ella se opuso desde el principio al compromiso entre mi sobrina y el pequeño Duncan.

Lorenzo miró con acritud el rostro estupefacto de Brandon.

—¿El pequeño Duncan? —preguntó con voz controlada.

—Creí que lo sabías.

Lorenzo contempló atónito la salida intempestiva de Brandon en busca de su hermana. Trató de seguirlo por el amplio corredor, pero a pesar de encontrarse aún convaleciente, Brandon caminaba demasiado rápido. Lorenzo se sentía intrigado. ¿Por qué motivo estaba tan furioso? ¿Qué se había perdido? Cuando llegó hasta la puerta de la alcoba de su hermana, Brandon no llamó, directamente accionó la manivela y empujó la gruesa hoja de madera. Marina estaba sentada en el suelo jugando con Serena. Al ver que Brandon entraba de golpe al dormitorio, y su hermano tras él, bajó los ojos al suelo. El rostro de su marido estaba contraído por la rabia, pero al ver a Serena que había alzado su cabecita y lo miraba con curiosidad, templó su carácter, y le mostró el comienzo de una sonrisa.

—Lorenzo, llévate a Serena, por favor —le pidió la hermana—, Brandon y yo tenemos que hablar.

Lorenzo no quería dejarla sola, pero cuando palpó la tensión que existía entre su cuñado y su hermana, no cuestionó la orden ni la contradijo.

—Vamos, caramelo, si me acompañas, te alcanzaré el bote de galletas que tanto nos gustan, y podremos darnos un atracón. —Serena ni se lo pensó.

Con un grito de entusiasmo se levantó del suelo donde estaba sentada, y comenzó a correr hacia su tío que le había tendido la mano para que ella la cogiera, pero Brandon la interceptó antes de que alcanzara a Lorenzo, la alzó en vilo y la mantuvo pegada a su pecho en un abrazo tierno. La meció como si fuese la última vez que la veía. Serena no protestó ni se sorprendió, estaba acostumbrada a los abrazos, a las caricias, y aceptó a Brandon con alegría. Marina sentía un nudo en la garganta. Nunca había contemplado un gesto de cariño de Brandon hacia un niño, y el momento la pilló con la guardia baja.

—Cuidado, estaré pendiente.

Ni Brandon ni Marina supieron a quién había dirigido Lorenzo la advertencia. Cuando la puerta se cerró tras él y la niña, Marina inspiró profundamente tratando de encontrar el valor que

necesitaba para enfrentarse a su esposo escocés.

—Ya está todo listo —le dijo apenas en un susurro.

Brandon entrecerró sus ojos sin comprenderla.

—¿Listo? —preguntó de forma cauta.

—El equipaje de Serena, ya está preparado y listo.

—Me alegra comprobar tanta eficiencia, pero no he venido a preguntarte por el equipaje de Serena.

—¿Y entonces?

—¿Has prometido a una McGregor con un Duncan sin mi permiso? —la pregunta había sonado afilada.

Tras un instante de vacilación, ella le ofreció una respuesta que él no esperaba.

—No —confesó mucho más serena de lo que se sentía—. Serena Gracia Rosa del Valle y Linares está prometida a Ewan Alisdair Duncan. —Brandon avanzó un paso hacia ella.

Marina estuvo a punto de retroceder, pero no lo hizo. Sus ojos verdes parecían un mar agitado por una tormenta furiosa, y los de ella estaban sumidos en un abismo negro.

—Serena es una McGregor —le dijo él en un tono peligroso—. Y Duncan es armígero.

Ella desconocía esa palabra y lo que significaba, además, no sentía deseos de discutir, pero le iba a ofrecer lo que había ido a buscar: una pelea en condiciones.

—Nunca ha sido una McGregor —le dijo sin emoción en la voz—. Tú lo decidiste así.

Brandon se perdía en la explicación de ella.

—¿Cuándo se supone que decidí algo así? —respondió atónito.

¿Se burlaba de ella? Marina apretó los puños en su regazo. Era necesario que mantuviese la calma.

—Cuando William Duncan te hizo llegar la propuesta de compromiso, y la rechazaste, pero no una, sino ciento una vez. —Marina había usado el sarcasmo, pero él no lo valoró.

—¿Cómo sabes...?

—Porque me encontraba en Blackcastle esperando tu confirmación.

El desconcierto se paseó por el rostro de Brandon. Algo no encajaba. ¿Marina había estado con el clan Duncan? ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Los Duncan llevan décadas tratando de conseguir un compromiso con mi familia porque hay un asunto inconcluso entre ambos, y que no puedo explicarte.

—Entonces no tienes de qué preocuparte —le espetó dolida—, porque el compromiso es con la mía.

Las palabras de ella le hicieron lanzar una maldición.

—¿Me estás provocando?

—Aunque te cueste entenderlo, mi prioridad en la vida no es provocarte.

—Serena es una McGregor —reafirmó él—. Y no se unirá al clan Duncan.

Marina apretó los labios para contener un sollozo. Cuánto hubiese dado en el pasado por escuchar esa afirmación, ahora llegaba demasiado tarde para menguar la decepción que sentía en su orgullo.

—¿Por qué? —le preguntó de pronto.

Brandon no podía explicarle el antagonismo entre los dos clanes porque no lo entendería.

—Como su padre no pienso permitirlo.

Marina dio dos pasos hasta situarse cerca de Brandon. Le parecía imposible que días atrás hubiese luchado entre la vida y la muerte, ahora estaba plantado frente a ella recriminándole algo que él había decidido a voluntad.



—Serena es un ser humano, no puedes decidir que ahora la quieres, y otrora no.

El iris de Brandon brilló de confusión. Se sentía incapaz de comprender las palabras de ella.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Brandon se refería a la concepción de Serena, y Marina pensó que hablaba del compromiso entre ambos niños.

—¿Qué hubiera cambiado? —Marina no se esperó la reacción que tuvo en Brandon la pulla de su pregunta.

Asió con brusquedad el brazo de ella y de un solo gesto la arrastró hasta dejarla pegada a su cuerpo. Ella podía sentir los latidos acelerados del corazón de Brandon, su piel caliente. La ira que bullía en sus pupilas y que contenía a duras penas.

—¡Todo! —exclamó con sus labios muy cerca de la boca de ella—. No puedes hacerte una idea de lo que significó para mí descubrir a Serena en la iglesia. Si hubieses estado al alcance de mi mano y no en el altar mayor, te hubiese arrancado el último suspiro de la garganta por tu traición.

—¿Y crees que no lo harás si te la llevas? ¡Me habrás matado!

Brandon soltó el brazo de Marina y retrocedió un paso con la alarma reflejada en el rostro.

—¿Piensas que trato de quitarte a Serena? —le preguntó completamente escandalizado.

—¿Acaso no era el trato? ¡Mi padre por mi hija! —Los hombros de Marina temblaron porque trataba de contener los sollozos. El rostro de Brandon se ensombreció—. Lo dejaste muy claro, laird —lo acusó ella con mirada dolida.

—¡Pero tú estabas incluida en el trato! —le aclaró de forma furiosa. Marina parpadeó para barrer las lágrimas que llenaban sus ojos castaños—. Estoy a un paso de zarandarte con violencia.

Los verdes ojos de Brandon quemaban. Su mirada la traspasaba como si fuesen agujas al rojo vivo.

—Pensé que querías herirme, desquitarte llevándote a Serena lejos de mí.

Brandon cerró los ojos para mitigar el dolor que le producían las palabras de ella. La baja opinión que tenía de él lo torturaba hasta el extremo de la humillación física.

—Nunca utilizaría a mi hija para infringirte daño. ¿Tan poco me conoces, mujer? —Marina se mantuvo en silencio—. Cuando la descubrí me sentí lacerado hasta un punto que jamás podrás comprender... —Marina lo interrumpió.

—¡Deja de decir que ignorabas su existencia! Me ofendes.

—Pero es que no lo sabía, ¡maldita sea! ¿Piensas que te hubiese dejado escapar con Sebastián estando preñada de mi hija? ¡Antes os hubiese matado a los dos!

Marina subió su mano hasta su garganta completamente afrentada. Cabía la posibilidad de que Brandon ignorase que ella no se había marchado con Sebastián. De ser posible, ambos defendían una verdad incuestionable: eran dos estúpidos rematados. ¿Se atrevería a decirle una vez más la verdad? ¿Serviría de algo?

—No me marché con Sebastián. ¡Lo juro!

Brandon asió el pelo de ella y le dio un tirón hacia atrás para contemplar su rostro. Marina lo estaba llevando a un punto muy peligroso, lo iba cercando en el lugar donde una mujer nunca debería llevar a un hombre, al borde del precipicio emocional donde, o saltaba, o se estrellaba. Pero Brandon se juró que, si saltaba, Marina lo haría con él.

Aunque la retenía por el cabello, no le hacía daño.

—¡Mientes! —le espetó él.

Los ojos de Marina se oscurecieron. Y decidió sacar la bandera simbólica de la rendición.

—Bruce Duncan me sacó de mi hogar delante de tus narices y me llevó hasta Blackcastle.

¿Por qué razón te mentiría?

—Bruce no tenía motivos para hacer algo así.

Sin apenas percatarse, Brandon había enredado sus dedos como garras en el pelo de ella. Sentir el contacto de la piel de Marina lo estaba volviendo loco.

—Contempló con sus propios ojos el despecho que nos consumía.

Brandon inspiró profundamente. La revelación de Marina tomaba unas proporciones descomunales. Poco después de la marcha de Marina había recibido la invitación para un compromiso entre las dos familias por parte de William Duncan. El padre de Brandon les había dejado a deber un dinero considerable que los Duncan no reclamarían si formalizaban un compromiso ambos clanes, pero eso era imposible.

—¿Qué tratas de decirme? —le preguntó completamente descolocado, confuso en su fuero interno.

El caos emocional que leía Marina en el rostro de Brandon le dio las fuerzas que necesitaba para encarar la verdad de forma definitiva.

—No me marché con Sebastián. William Duncan, al comprobar que no tenías intención de buscarme, se puso en contacto con mi padre para que me llevase de vuelta a Zambra. Fui retenida en el clan Duncan hasta la llegada de mi padre. Se conocían de años atrás, lucharon juntos contra Bonaparte. El tiempo que estuve en Blackcastle fue el que necesitó mi padre para llegar hasta Escocia.

Brandon soltó su pelo. La miró con una profunda duda en sus ojos verdes. Pero al ver su rostro sereno, comprendió que Marina le decía la verdad. Se apartó de ella como si rozarla fuese un pecado mortal. Caminó varios pasos hasta la ventana y se quedó parado y en silencio delante de los cristales. Su entereza se resquebrajaba con cada palabra de ella.

—¿Por qué nadie me informó de ello?

Marina soltó un suspiro largo.

—Porque soy una mujer muy orgullosa —le aclaró—, aunque te ame con toda mi alma. — Brandon se volvió hacia ella de golpe. El dolor que mostraban sus ojos era auténtico, de una magnitud que producía escalofríos—. Me hería tu continua desconfianza —le increpó molesta—. Me decepcionó profundamente que no fueses a buscarme, como había presumido que harías delante de mi padre y del laird Duncan. Estuve esperando tu llegada hasta que la esperanza comenzó a marchitarse dentro de mi corazón, y al mismo tiempo mis entrañas florecían por tu hija. —Brandon se mesó el pelo cansado. Las revelaciones se sucedían una detrás de otra, y lo atormentaban hasta un punto insospechado—. Mi padre creyó que no me querías, y por ese motivo actuó en la iglesia de forma desesperada. Trataba de vengar una afrenta a su hija, cobrar un desprecio a su nieta. Dos acciones válidas moralmente para un hombre de su talante. —Marina tragó saliva de forma forzosa—. Fue tan difícil aceptar que nunca me habías correspondido en sentimientos...

Brandon cerró los ojos un instante, los abrió un segundo después, y le respondió con el corazón en la mano.

—¡No podría amarte más! —le confesó él con voz desolada—. Quererte se convirtió en un tormento silencioso en mi vida, en una agonía que me consumía noche tras noche. Me aterrorizaba perderte. Sentía que me ahogaba en mis propios celos de una forma humillante, agotadora. — Marina iba a protestar, pero él se lo impidió—. Aunque lo intentara, no podría amarte más de lo que te amo.

—¡Brandon!

Un instante después, Marina se perdía entre los brazos del esposo, que había capturado su

boca con loca ansia y profunda necesidad. Y ya no la soltó. Brandon se emborrachó con el sabor de Marina. Atacó el interior de su boca con ferocidad, como un muerto de sed al que se le han negado las necesidades más elementales para la supervivencia. Acarició con su lengua rugosa el interior aterciopelado de sus mejillas, sus dientes perfectos, mordió con placer inusitado sus labios jugosos. Los engulló sin ser consciente de los gemidos que escapaban de la garganta de ella, y de la imperiosa necesidad que sentía de acariciarla para fundirse con ella en un acto de amor. La estrechó con fuerza, la encerró entre sus brazos como si deseara hacerle partícipe del inmenso alivio que sentía. Había estado a un paso de la desidia emocional, odiándose así mismo por sus acciones, pero sin merecerlo. Ahora, se le ofrecía una nueva oportunidad de enmendar sus errores, de rectificar su postura. Se sentía un hombre afortunado. Ella le correspondía como él ansiaba que lo hiciese.

Finalizó el beso renuente, pero necesitaba oír de sus labios que lo amaba. Habían sido las palabras más dulces que había escuchado nunca en labios de una mujer. ¡De su mujer!

—¡Dios! Qué miedo me has hecho pasar. Me sentía al borde del precipicio, y me empujabas hacia el abismo sin que pudiera asirme a nada.

Marina aceptó el cariño que le daba. Era como si Brandon quisiera asegurarse de que no iba a escaparse del encierro de sus brazos.

—Tú me hiciste saltar a mí primero —le recordó.

—Sigo terriblemente enfadado contigo. Por Serena, por Ian, por mí. Creo que vas a estar toda la vida pagando el precio.

Marina sonrió, pero Brandon no pudo verlo porque ella tenía la mejilla apoyada en su pecho, en el lugar donde tenía puesta la venda.

—Te recuerdo que tú también estás en deuda conmigo.

Brandon gimió por el recuerdo doloroso. Se había portado como un verdadero canalla, como el más estúpido de los estúpidos rematados.

—Soy un hombre celoso —admitió con humildad—. Me sentía inseguro de tu afecto, y esa circunstancia me provocaba un malestar constante. Me hacía dar pasos falsos que luego lamentaba, pero era demasiado tarde para rectificar.

—Nunca es tarde para corregir.

—Afortunadamente, estarás a mi lado para guiarme, para indicarme cuál es mi sitio como esposo y padre.

Marina se separó de Brandon con mirada preocupada.

—Has sido un padre terrible.

A Brandon no le molestó la queja, porque las palabras de Marina estaban cargadas de razón.

—Mi conducta ha sido imperdonable, y, para mi sorpresa, Ian no lo tiene en cuenta.

—Llegue a odiar tu comportamiento —le confesó ella con dureza—. Lo dejaste al cuidado de una bruja.

—Estaba al cuidado de su abuela —la corrigió.

Marina lo miró atónita.

—¿Morgana es su abuela? —le preguntó con voz emocionada.

—Por eso mi falta es más grave. Cuando Morgana perdió a su hija Sophie, se derrumbó, volcó toda su energía y rabia en Ian, y yo fui incapaz de ver el enorme daño que le provocaba a mi hijo con mi pasividad.

—¿Por qué lo permitiste? —le preguntó todavía incrédula.

—Porque me sentía terriblemente culpable. —Ella iba a decir algo, pero Brandon no se lo permitió—. Nunca amé a Sophie, fue un matrimonio por obligación, y llevaré ese sentimiento de

pesar sobre mi conciencia.

—Ian no tiene la culpa.

—Lo sé, y por ese motivo me siento más despreciable todavía.

Marina volvió a dejarse abrazar por Brandon. Las confesiones eran una cura para el alma atormentada, y ambos estaban purgando sus miserias en ese momento íntimo.

—Serena no puede casarse con un Duncan armígero —afirmó de pronto él.

Marina seguía preguntándose qué significaba esa palabra, y se dijo que en verdad Brandon era un escocés muy terco.

—Entonces tienes que explicarme por qué —lo animo ella.

Brandon soltó un suspiro largo.

—Hay detalles en mi familia que no puedo contarte, pero debes de confiar en mí. No podemos comprometer a nuestra hija con los Duncan.

—¿Qué te parece si dejamos ese puente para cruzarlo dentro de veinte años? Hay mucho tiempo por delante. —Brandon le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Él tenía que arreglar todavía muchos asuntos, y que nadie conocía, pero antes de hacerlo debía obtener la aprobación de una parte implicada, y que se mantenía en el anonimato. Nadie salvo él conocía esos temas.

—Te pido una merced. —Marina alzó su rostro para mirarlo con atención y deseo—. Permíteme que disfrute de mi preciosa Serena, después hablaremos sobre el futuro de nuestros hijos.

A Marina le pareció una idea maravillosa.

—Dímelo otra vez, necesito oírlo miles de veces por esa boca que me vuelve loco.

—Te amo, celoso escocés, y me encanta ver que te has rendido al fin.

Brandon gimió como si estuviese atacado por un dolor insoportable, pero sin soltarla del encierro de sus brazos.

—Soy un highlander derrotado. ¡Dímelo otra vez!

—«Ni un laird fanfarrón ni un ejército francés harán que yo tenga miedo de un escocés». — Brandon iba a protestar de forma enérgica, pero Marina lo silencio poniéndole un dedo en los labios—. Te amo, te adoro, te quiero.

Brandon le obsequió con esa sonrisa que comenzaba en la comisura derecha de su boca. La hermosa sonrisa que tanto la había enamorado a ella.

—Mucho menos que yo, infinitamente mucho menos que yo.

Ambas bocas se fundieron en un beso eterno y dulce.

# EPÍLOGO

## *Campos de Inglaterra*

Christopher Beresford, primogénito y heredero del marqués de Whitam, estaba furibundo, nunca en su vida se había sentido tan enojado y furioso con una mujer, rectificó, mujer no, víbora. Volvió sus ojos helados hacia la persona que lo sacaba de quicio con cada palabra que salía por su boca. ¿En qué estaría pensando para aceptar ir a recogerla a Dover y llevarla a Whitam Hall? Porque era el único que estaba disponible, y porque además tenía que hacer unas diligencias en Londres de carácter urgente. En el momento que la mujer supo que no iban directamente al encuentro de lady McGregor sino a la bulliciosa ciudad de Londres, había sacado un carácter de lo más insoportable. Ese talante español indisciplinado lo molestaba muchísimo, y, la superioridad con la que lo miraba, lo enardecía. El viaje hacia Whitam Hall le estaba resultando demasiado largo.

Ágata Martin miró al estirado inglés que la había recogido en el puerto. En la carta que le había escrito su amiga Marina, casada con un escocés, no le había especificado quién iría a recogerla para llevarla a su lado. Su odisea para ir de París hasta Inglaterra había sido tremendamente agotadora. Nada más terminar sus estudios de medicina, había decidido que no podía pasar más tiempo sin estar con ella, era su única amiga, confidente de todos sus miedos y sus dudas. De nuevo clavó su mirada oscura por el rostro masculino, y por los ojos celestes que le mostraban un brillo peligroso. Sus labios finos los tenía apretados en una línea que le indicaba el disgusto que lo embargaba. Tenía un rictus de fastidio en el rostro como si no pudiese soportar su presencia en el estrecho carruaje.

—Podría por lo menos mostrarse amable.

Ella de nuevo lo miró, y sus ojos azules le mostraron un brillo peligroso. Sus labios finos los tenía apretados en una línea que le indicaba el disgusto que lo embargaba. Tenía un rictus de fastidio en el rostro, como si no pudiese soportar su presencia en el estrecho carruaje.

—No llevo muy bien los desaires y los desplantes. —Christopher volvió a contenerse. Llevarla por Londres en las diversas gestiones había sido un completo error, pero no le había quedado más remedio. Escuchar sus constantes quejas sobre el tiempo perdido había sido un suplicio, y él no podía presumir de tener un sobrante de paciencia con las mujeres, y menos si eran como la señorita Martin. Entre ellos había nacido una incipiente enemistad y una clara antipatía.

La tensión dentro del carruaje se había vuelto asfixiante.

—Al infierno me iría ahora mismo con tal de no escuchar una queja más.

Ágata lo miró atónita por su respuesta. Cuando descendió llena de ilusión de la pasarela del barco, había esperado encontrar a su amiga del alma, pero en cambio se había topado con el témpano de hielo más duro y frío de todos. La había llevado por la ciudad de Londres como si fuese un fardo molesto. Y había perdido en el recorrido, por su culpa, la valija que contenía el regalo que le llevaba a su amiga Marina, así como artículos personales de incalculable valor. Christopher había restado importancia a la pérdida, pero ella no.

—Eso ha sido un lamentable comentario, y de lo más grosero viniendo de un caballero inglés. —Christopher volvió a mascullar interiormente. Había olvidado el número de insultos que había recibido a lo largo del tiempo que habían viajado juntos, y temió no poder controlarse si seguía con esa actitud ofensiva.

—Su predisposición a ponerse en evidencia me sigue sorprendiendo, sobre todo cuando me

molesta hasta su olor.

Ágata lanzó una exclamación de sorpresa. Ese comentario había sido el colmo de la grosería.

—Algo así jamás debería decirse a una dama. —Christopher miró a izquierda y derecha como buscando algo, la estrechez del habitáculo del carruaje hacía que el gesto resultase exagerado.

—¡Una dama! ¿Dónde... dónde está? —Ágata ahogó un quejido ante el insulto descarado.

Christopher Beresford era un hombre insufrible.

—No pienso volver a dirigirle la palabra.

Christopher suspiró aliviado.

—¡Dios existe! —las palabras dichas al techo del carruaje hicieron que el silencio que siguió a continuación resultase bochornoso, pero ninguno de los dos reculó en su postura.

Christopher se amonestó interiormente. Siempre había sabido controlar su réplica, aunque el insulto recibido hubiese sido injustificado, pero esa marisabidilla lo sacaba de quicio. Esperaba con todo su corazón que esa pequeña bruja no se quedase con ellos por tiempo indefinido porque iba a terminar por retorcerle el pescuezo. Si Brandon y Marina tardaban en recogerla, él pensaba lanzarla al mar de vuelta a Francia o España. La miró de forma subrepticia, como en las últimas cuatro horas. A pesar de ese olor particular, tenía que admitir que resultaba bastante interesante a la vez que intratable. Tenía los ojos más raros que había visto nunca, y hacían un contraste muy extraño con su pelo, de un color tan rubio que parecían hebras de oro bruñido. La muchacha era bastante alta, herencia sin duda de su padre francés, pero el carácter belicoso debía de ser herencia de su madre española.

¡Y él detestaba a los españoles!

Volvió a fijar sus ojos en el paisaje, aunque lo pensó mejor, iba a fingir que dormía para no tener que escuchar ni una palabra más de la víbora... se amonestó, él era poco dado a devolver los insultos, aunque creía que ya había conseguido cerrarle la boca el resto del camino y pronto llegarían a Whitam Hall. Suspiró y reclinó su cuerpo hasta apoyarlo en el lateral del carruaje, se puso el sombrero en la cara, y cerró los ojos...

Un disparo lo sobresaltó. Abrió los ojos desorientado, y comprobó horrorizado que se había quedado de verdad dormido. El carruaje estaba detenido y la serpiente había dejado su asiento para hacer no sabía el qué. Buscó su pistola en el interior de su chaqueta, siempre la llevaba consigo cuando viajaba, los caminos estaban llenos de asaltadores, pero comprobó estupefacto que no la tenía, volvió a oír otro disparo y caballos que salían al galope. Lanzó una maldición justo al poner un pie sobre el escalón, y, de pronto, el cristal del carruaje estalló y sintió un dolor agudo en el hombro. La fuerza del impacto hizo que su cabeza golpeará con brusquedad el marco de la puerta. Miró hacia abajo y comprobó que su chaqueta azul se iba tiñendo de rojo, sintió como si un carbón ardiendo se hubiese metido en su carne y la fuera cauterizando. Sufrió un ligero mareo, y cayó al suelo con un golpe sordo.

Christopher abrió los ojos y contempló el cielo azul, por un momento se sintió confuso. La quemazón en su hombro le provocaba ganas de maldecir, y entonces fue consciente de las manos que se movían sobre él. La víbora pretendía rematarlo. Con un movimiento brusco detuvo la mano de ella en el momento que lo apuñalaba, aunque Christopher no pudo evitar un quejido.

—¡Basta! Si pretendía matarme debería haberlo hecho cuando aún estaba inconsciente, ahora, deje ese cuchillo en el suelo suavemente, o le romperé la muñeca.

Ágata se quedó parada un momento ante las bruscas palabras de él, y de pronto fijó sus manos en su navaja, sin comprender. Un segundo después sonrió, y Christopher cerró los ojos ante el latigazo que le perforó las entrañas. El rostro de ella se había transformado por completo.

Parecía un ángel y no un demonio peleón.

—Estoy tratando de sacar la bala de su hombro con una navaja. —La mujer lo miró con mirada sapiente—. Nos han asaltado dos bandidos, pero no debe de preocuparse, les hemos dado su merecido.

Christopher volvió a suspirar.

—¿Hemos? —ella volvió a sonreír y Christopher pudo apreciar la hilera de dientes blancos y perfectos. El sol arrancaba destellos dorados a su pelo rubio desordenado.

—Como estaba durmiendo, me he tomado la libertad de coger su arma y hacerles frente. El cochero ha sido de gran ayuda, por supuesto. Ambos atacantes se han largado despavoridos, lástima que uno de ellos en venganza disparase sobre nuestro carruaje y lo alcanzara a usted. —Ella seguía trabajando en su herida—. El cochero ha ido a buscar ayuda, creo que no tardará mucho en regresar, se ha asustado bastante cuando lo ha visto tirado en el suelo como un felpudo.

—Debería esperar a que me atendiese un médico pues puede provocarme más heridas de las que tengo, y es posible que me haga un daño irreversible.

La mujer rio con voz cantarina.

—Pero le está atendiendo el médico. —Christopher miró a un lado y a otro sin ver a ningún hombre. Ella entendió de inmediato y le mostró un mohín—. ¡Sorpresa, yo soy el médico! —Christopher gimió al sentirse de nuevo apuñalado—. Estoy haciendo un buen trabajo pues he sido bien preparada en la mejor universidad de París.

—Las mujeres no deberían estudiar, les ablanda el cerebro. —Las palabras de Christopher pararon las manos de ella, y Ágata enderezó sus hombros con altanería, aunque no le respondió como él esperaba.

—La bala no ha alcanzado ningún órgano vital, pero tengo que sacar las astillas y parte del tejido que ha penetrado con el plomo —le explicó—. Aquí solo le estoy aplicando los primeros auxilios, cuando lleguemos a... ¿cómo se llama?

—Whitam Hall —respondió vacilante.

—Cuando lleguemos, coseremos la herida, y la vendaremos.

Christopher asintió con la cabeza, pues se sentía algo mareado.

—¿Qué me ha dado? —le preguntó de pronto.

Ágata lo miró con sorpresa.

—¿Cómo lo ha sabido? —Christopher meneó la cabeza, incrédulo. El sabor rancio y pastoso de su garganta era un claro indicativo de que la había dado algo.

—Espero que no sea cianuro. —La mujer chasqueó la lengua sin poder creer sus palabras. El inglés era en verdad insoportable. Ella le estaba salvando la vida, y él se lo agradecía con insultos.

—Ofende mi profesionalidad —le recriminó con acritud.

Él, gimió de nuevo ante el dolor que le provocó el dedo de ella al presionar la herida de su hombro.

—Tras dos días de amargos insultos, no creería ni por un instante que desaprovecharía el momento de hacerme pagar mi falta de caballerosidad.

Ágata suspiró ofendida hasta la médula. Ella se había mostrado irritada y cansada, y el inglés le había respondido con brusquedad y exceso de egocentrismo.

—Una merecida recompensa por un trato grosero —le dijo ella de forma soberbia. Algunas palabras aún escocían.

—Habló la voz de la dulzura personificada —le replicó, pero sin intención de molestarla.

—Tenía mis motivos para mostrarme irritada —le confesó—. Ha sido una decepción que mi

amiga Marina no viniese a recogerme al puerto. Llevo sin dormir más de tres días, y como guinda de la tarta, usted me ha llevado como una valija molesta de un lado a otro de Londres.

Un momento de silencio se instaló entre los dos. Christopher fue el primero en romperlo.

—No sé qué me molesta más, si la herida de la bala o su olor. —Ella hizo un movimiento brusco y Christopher volvió a gemir.

—Lo que huele es una mezcla de cayena y retama; puesta sobre la piel en forma de loción ahuyenta a la mayoría de las alimañas, y, créame, en el barco había decenas de ellas. — Christopher tenía que haberlo sospechado.

—Entonces le debo una disculpa.

Ágata presionó la venda con demasiada fuerza para contener la hemorragia hasta que llegasen a destino. Aunque llevaba su maletín de médico, no tenía suficientes herramientas para coser la herida de la forma correcta. Confiaba que la fuerte sujeción que había aplicado sobre la herida aguantara hasta que llegaran a Whitam Hall. Christopher cerró los ojos un instante mientras ella seguía trabajando, pero el dolor no le impedía notar la presión del codo de ella en cierta parte de su anatomía.

—No le perdonaré que use mi arma sin pedirme permiso.

Ágata comenzaba a reír por la preocupación de él. Además de inglés parecía tonto.

—Su arma ha sido bien utilizada en mis manos. Además de médico soy una excelente tiradora.

Christopher movió su rubia cabeza como si ella hubiese dicho una sandez.

—Me estaba refiriendo a mi otra arma. —Ágata comprobó horrorizada que tenía su codo apoyado en la bragueta de él, y entonces su piel adquirió el color de las rosas rojas, pero durante los siguientes minutos se mantuvo tan alejada de él como pudo. Finalmente terminó de vendarle el hombro con la ayuda torpe de él.

—Listo, ahora regresemos al carruaje y esperemos al cochero. Estoy deseando llegar a... — Ágata dejó la frase sin concluir, le resultaba imposible acordarse del nombre.

—Whitam Hall —respondió Christopher al mismo tiempo que se levantaba. Ella lo había dejado sin chaqueta y sin camisa, aunque no iba a poder vestirse adecuadamente sin ayuda.

Cuando Christopher se alzó en toda su altura. Ágata tragó saliva de forma forzada. Contempló el torso desnudo del inglés sin emitir un parpadeo. Mientras lo desvestía, no se había percatado de lo fuerte y masculino que era, pero ahora, con cada movimiento al colocarse de nuevo la camisa, sus músculos se marcaban y lo mostraban como un hombre muy peligroso. Ágata supo que la llegada hasta la casa iba a ser muy larga. La visión del cuerpo masculino la tenía clavada en la retina, y rezaba interiormente para que el inglés no se hubiese percatado del interés carnal que había despertado en ella. No era el único hombre que había visto semidesnudo, pero sí el más espectacular.

\*\*\*

Whitam Hall era un hervidero de actividad. La llegada de Brandon y Marina para recoger a la señorita Ágata Martin y llevarla a Escocia, había supuesto una pequeña fiesta de bienvenida, pero él había podido mantenerse alejado de ella y de su lengua mordaz. En el momento que la dejó sana y salva en los escalones de su casa, se había desentendido por completo de ella, aunque no había podido librarse de la fiesta en su honor. La advertencia de su padre y de su hermana había sido determinante, y ante todo era un hombre íntegro, educado para ser un buen anfitrión y un hijo obediente. Un revuelo de faldas lo descentró momentáneamente de sus pensamientos, pero esos pasos firmes y el murmullo que los acompañaba los conocía muy bien: había estado



escuchándolos durante muchas horas. Tenía que ser la víbora quien invadía su espacio privado e íntimo. Pensar en la señorita Ágata le hizo lanzar una maldición. Cada vez que posaba sus ojos en los negros de ella se le encendía la sangre. Era la mujer más insoportable de cuantas hubiese conocido, a pesar de que había hecho un excelente trabajo con su herida porque podía mover el brazo con libertad, aunque sentía un dolor definido. Le había dado las gracias con educación por el buen trabajo realizado, y ella había alzado su nariz respingona a modo de aceptación.

Christopher seguía oculto bajo la balaustrada de mármol. Había escogido ese lugar para no ser visto por las personas que salían a la terraza. Las sombras lo hacían practicante invisible a los ojos de los demás. Volvió a escuchar el *fru-fru* de una falda y le llegó otro tipo de perfume que en modo alguno era el de las rosas, y, por un momento, sintió el súbito deseo de huir. Temía un enfrentamiento con ella si lo descubría pues no le apetecía en absoluto tener un nuevo altercado. Seguía escuchando sus pasos sigilosos: como si caminara de forma indecisa. Desde su posición podía apreciar el rubio de sus cabellos y su cutis blanco. Ella miró unos segundos hacia el frente, pero era obvio que no lo había visto. Christopher suspiró aliviado. Si ella hubiese bajado su mirada se habría percatado de quién estaba bajo la balaustrada de piedra. Christopher observó cómo volvía su cabeza hacia las cristaleras de acceso a los salones para asegurarse de que no la veía nadie, y, acto seguido, vació la copa que sostenía entre sus manos justo encima de la cabeza de él.

El templado líquido se iba deslizado por su cara. Parecía como si las gotas se alcohol se burlasen de él. Christopher estaba atónito, e ignoraba si ella lo había hecho a propósito o no, pero no le importó. Se acabaron sus intenciones de permanecer en el anonimato, pensaba darle la tunda que se merecía por su carácter maleducado. Justo cuando ella se daba la vuelta para regresar a los salones y a la fiesta, le espetó de la forma más seca posible.

—Siempre atacando por la espalda ¡víbora! —Ágata se volvió rápida hacia la voz, y entonces sí bajó sus ojos hacia la rosaleda donde la miraba un Christopher furibundo.

Tenía el pelo mojado y por la barbilla le goteaba un líquido oscuro que había alcanzado el cuello de su camisa blanca. ¿Qué hacía él escondido como un ladrón? Sus ojos despedían fuego. Ella dio un paso hacia atrás por precaución, pero conteniendo la risa.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Es de pésimo gusto vaciar el vino en la cabeza de un hombre. —La voz de Christopher quemaba—. Puede dar gracias de que es una mujer, porque de lo contrario, ahora no tendría la cabeza sobre los hombros. —Ágata seguía callada y horrorizada al comprobar que el líquido de su copa no había caído entre los rosales, sino en la cabeza de Christopher.

Parecía enormemente enfadado, y el licor iba tiñendo de cereza su camisa blanca, estaba a punto de soltar una carcajada, y sabía que si se reía de ese accidente podría perder los dientes. Pero algo superior a ella le hizo burlarse de él y de la situación cómica en la que se había colocado.

—Si no se estuviese ocultando como un vulgar ratero, el vino no le habría caído en la cabeza.

Christopher resopló incrédulo al mismo tiempo que subía los tres peldaños que los separaban de ella, y tan lleno de ira que le crujieron los dientes. Ella retrocedió otro paso por cautela, pero sin el miedo que él esperaba.

—Lo mínimo que se esperaría de una dama educada sería una disculpa y un pañuelo, pero aquí no hay una dama sino una arrabalera.

Ágata sabía que le debía una disculpa, pero su tono flemático al pedirlo la rebeló. ¿La había llamado arrabalera?

—Mis disculpas se las ofrecería a un caballero, pero no a un cangrejo inglés malhumorado. Christopher avanzó un paso más hacia ella.

—No sé qué tiene en contra de los ingleses ni me interesa averiguarlo, pero le juro que, si no se mantiene lejos de mí, la tumbaré sobre mis rodillas y le daré tantos azotes que no podrá sentarse en una semana.

Ella alzó su pequeña nariz en un reto. El mismo gesto que él no soportaba en una mujer.

—Típico de un caballero inglés. —Las palabras habían sonado como un insulto deliberado, y así se lo tomó él.

Christopher volvió a inspirar para controlarse.

—Si no fuese por los caballeros ingleses... —usó el mismo tono de ella —los españoles ahora hablarían francés y cantarían la marsellesa.

Ágata abrió la boca, atónita; ése había sido un golpe bajo.

—¿Cómo se atreve a hablar así de mis compatriotas? —Christopher se puso las manos en las caderas para no ponerlas en su garganta.

—Si no le gusta recibir insultos, omita decirlos. —Ágata lo miró, ofendida hasta la médula—. Es un hecho demostrado que los españoles no saben librar sus batallas, pero ¡Dios! Allí estábamos los cangrejos ingleses para sacarles las castañas del fuego.

Christopher sabía que estaba atacando a propósito el sentimiento patriótico de ella, que se sentía más española que francesa, pero tenía que bajarle esos humos de inmediato.

Ágata no soportaba que hablaran con desprecio sobre sus raíces maternas. Ella adoraba España, aunque su primer apellido fuese francés. Entrecerró sus ojos negros y le lanzó a Christopher una mirada abrasadora.

—¡Así le dé flojera intestinal! —Christopher la miró sorprendido por el insulto, y se lo devolvió.

—Deleznable española. —Ágata parpadeo boquiabierto, pero se recuperó rápido.

—¡Pazuato! ¡Ajoporro!... —Christopher avanzó un paso más y ella quedó cercada entre la balaustrada y él, pero siguió sosteniéndole la mirada con decisión.

—¡Discúlpese! —tronó Christopher iracundo.

—¡No! —le respondió con la altivez de una reina.

—Conozco la fórmula adecuada para hacerle tragar sus insultos. —Ella lo miró como si fuese un deshollinador sucio y temiese que la manchase—. Le doy una última oportunidad para disculparse. —Ella negó enérgicamente con la cabeza.

Ágata era una mujer terriblemente orgullosa, y el inglés había rebasado el límite de su tolerancia. Ella pensaba ofrecerle una disculpa por haberle derramado el vino sobre la cabeza, pero su actitud flemática la había puesto a la defensiva. La tensión entre ambos producía chispas de energía incontenible.

—¡Usted se lo ha buscado!

Christopher fue tan rápido que ella no pudo oponer resistencia. La alzó en volandas y bajó los tres peldaños hacia el jardín. Sabía la forma de arrancarle la disculpa que le debía desde el mismo instante que la conoció. De una patada abrió la puerta del hermoso invernadero lleno de flores exóticas, alcanzó el banco de madera y la sentó en sus rodillas boca abajo como si fuese una niña. Comenzó a darle nalgadas. Ágata estaba tan estupefacta que no podía articular palabra, pero la primera nalgada le dolió de veras.

—¡Ésta por sus quejas! —ella no se quejó esa vez—. ¡Ésta por coger mi arma sin mi permiso! —ella siguió en silencio, pero el muy necio olvidaba que gracias a que le había cogido el arma, había espantado a los ladrones—. ¡Ésta por tirarme el vino! —Ágata se mordió los labios

porque ella no era culpable de que él estuviese escondido—. Y ésta por insultarme.

Le escocían las nalgas por los azotes, pero no soltó ni un impropio. Christopher la reincorporó, y se quedó mirando los ojos de ella que prometían venganza absoluta, y, ¡estaba realmente hermosa! A la boca de él asomó una sonrisa que pudo ocultar a tiempo. Si la mujer cumplía la amenaza que prometían sus ojos, su cuello corría verdadero peligro. Y de pronto, al ser consciente de la vulnerabilidad de ella, el deseo de besarla le perforó los intestinos. ¡Qué le ocurría! La veía tan furiosa que ansiaba beberse el enfado de su boca. Christopher perdió la facultad de razonar pues deslizó sus dedos por el interior de los brazos de ella disfrutando de la suavidad de su piel. Ella no se separó. El brutal asalto a sus posaderas la había dejado paralizada y sin capacidad de reacción. La vergüenza la abrumaba, la ira la consumía, y el inglés tenía los días contados.

—Y esto por lo que me haces sentir cada vez que te miro.

La boca de Christopher descendió sobre la de la mujer como un lobo hambriento, los gemidos entrecortados que emitía ella sin pretenderlo lo volvían loco. El beso fue tan brutal como los sentimientos encontrados de ambos, pero Ágata no protestó. Tras la sorpresa inicial, relajó sus miembros entre los brazos de él. Detestaba a ese inglés, pero le gustaba el beso que estaba recibiendo, aunque fuera motivado por la venganza y alimentado por el deseo. Christopher mordisqueó el labio inferior de ella, que comenzó a devolverle el beso con la misma urgencia, y, de pronto, un dolor insoportable en sus partes íntimas lo dejó sin respiración. La víbora le había dado un rodillazo. No se dobló en dos de milagro, pero pudo sujetarla antes de que diese media vuelta. Ágata, para soltarse, lo abofeteó con la mano izquierda, y, al hacerlo, le arañó la mejilla con el anillo de su dedo.

—Vuelve a tocarme, y serás hombre muerto.

Christopher la soltó para llevarse la mano a la mejilla lastimada, una gota de sangre le manchó las yemas de sus dedos. Ágata se dio media vuelta y abandonó el invernadero con la espalda tan tiesa como el palo de una lanza. Lo había tuteado por primera vez. Cuando el dolor remitió lo suficiente como para poder andar, Christopher lanzó una promesa antes de regresar de nuevo al salón de baile.

—Veremos si cumples lo que prometes, ¡Gata!